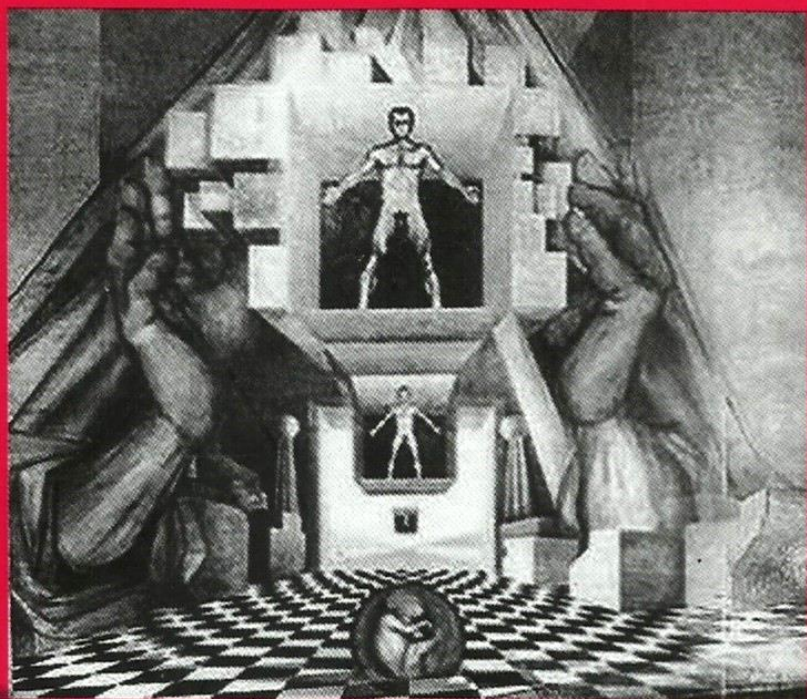


TRAZADOS ENTRE COLUMNAS



Sebastián Jans

Dedicado a Rosalía

*Y a los hombres notables de mi Logia Madre
que desde los pasos perdidos me condujeron a la Iniciación:
Edison Morales Silva, Alfredo Corvalán Naturali,
Enrique Knockaert Peña, José Lerner Tartakowsky
y Francisco Javier Peña.*

Trazados entre columnas

Sebastián Jans Pérez



**Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE**

© Sebastián Jans Pérez

1ª. Edición año 2008

2ª. Edición año 2020

Edición digital gratuita para masones

Ediciones de la Gran Logia de Chile
Oriente de Santiago

Índice

En torno a la doctrina Masónica

La formación iniciática no verbal de la Masonería	13
La pertenencia a la Orden Masónica, una forma de vida	31
Una comprensión de la Francmasonería para el siglo XXI	41
La acción masónica. Una reflexión en doctrina	61
Doctrina y contenido del Grado de Compañero	93
Maestría y Arte Real	109

La búsqueda del esoterismo perdido

Esoterismo y ocultismo.....	129
El Teorema de Pitágoras y los pitagóricos	159
Los orígenes esotéricos del cristianismo	211
El simbolismo zodiacal en el Templo Masónico	237
Masonería y simbolismo zodiacal	291

Monografías históricas

Del debate de la Regularidad y la reivindicación masónica de las Logias “Lautaro”	301
Iglesia católica y Masonería	327
Palingenius	351

Presentación

El presente libro recoge distintas Planchas de Arquitecturas realizadas por el autor entre los años 2000 y 2008, en distintas logias, y conferencias al medio masónico o profano.

Ello, mientras formaba parte de las Oficialidad de la Respatable Logia de Investigación y Estudios Masónicos “Pentalpha” N°119.

En tal condición era invitado a exponer y dar conferencias, contenidos que fueron recogidos para dar forma a este trabajo antológico.

Los trazados se encuentran agrupados en tres grupos temáticos: el primero, contiene la apreciación del autor sobre algunas cuestiones doctrinarias; el segundo, se refiere a algunos aspectos propios de esoterismo que dan carácter a lo masónico; y el tercero, recoge miradas historiográficas sobre aspectos de permanente debate en las logias chilenas.

La presente edición pretende servir para ilustrar la conciencia de los masones estudiosos, y provocar debates sobre aquellos aspectos que siempre serán un incentivo al estudio de quienes quieren profundizar su conocimiento iniciático.

Oriente de Santiago, marzo de 2020

***EN TORNO A LA
DOCTRINA MASÓNICA***

LA FORMACIÓN INICIÁTICA NO VERBAL DE LA MASONERÍA

Introducción

Todo acto de comunicación requiere de un lenguaje, sin el cual no hay posibilidad de transmitir un mensaje. Cuando se habla de lenguaje, se entiende que se trata de cualquier forma inteligible que permita comunicarse o establecer comunicación entre dos actores lenguajeantes, independientemente de los factores de tiempo y/o lugar.

El hombre es un animal lenguajeante, al decir de Maturana, pues, cada ser humano tiene la posibilidad de explicarse, de referirse a si mismo, a través del lenguaje. Solo el lenguaje permite construir distintas categorías, hacer las ponderaciones frente a cada una de nuestras acciones, y dar la posibilidad cierta de elegir entre distintas opciones. Así, el lenguaje no es solo la forma como se transmite información, sino que permite establecer la dimensionalidad, la contrastación y la explicación de los fenómenos.

En lo que se refiere al tema que analizaremos en esta oportunidad, debemos tener presente que no existe docencia sin un mensaje que transmitir, ni una idea que enseñar, de tal modo que sin un emisor ni un receptor no se hace magisterio.

Teniendo ambos componentes de una comunicación - el emisor y el receptor -, lo que viene a ser el requisito siguiente es el tipo de lenguaje a utilizar, para que haya una relación inteligible entre ambos.

Se nos ha propuesto reflexionar sobre la *formación iniciática no verbal* de la Masonería, lo cual, significa que

debemos indagar sobre una forma de lenguaje que no se manifiesta oralmente, que no es textual, pero, que expresa ideas o mensajes, es decir, transmite conocimientos. Ello es lo que trataremos de dimensionar y textualizar en las páginas siguientes, por lo que nuestra línea docente, esta vez, será esencialmente argumental, ergo, verbal.

El lenguaje en la comunicación de ideas

Para aproximarnos a la importancia del lenguaje en la comunicación de ideas, tenemos la afirmación de Mario Poehler, en su compendio “*Falacia y Problemática en la Transmisión Oral de Ideas*”¹, quien define el lenguaje como un conjunto de sonidos articulados con los que el hombre manifiesta lo que piensa o siente, que nos permiten comunicarnos, socializar, intelectualizar, analizar, constituir pensamiento.

Ello nos llevaría a inferir que solo es lenguaje aquello que se expresa por la vía oral. Empero, según otras definiciones, el lenguaje es cualquier procedimiento que sirve para comunicarse. Algunas escuelas lingüísticas entienden el lenguaje como la capacidad humana que conforma al pensamiento o a la cognición.

Ahora, si entendemos el lenguaje como un medio de expresión y de comunicación, hay que reconocer en esa calidad los sonidos y los gestos, forma en que muchas especies animales se comunican entre sí, como lo reconocen diversas investigaciones sobre los primates, y que demuestran que algunas de estas características no son exclusivas de los seres humanos. No obstante, se puede afirmar con cierta seguridad que el lenguaje humano posee características especiales, que están radicadas en la capacidad asociativa mediante el discurso y su graficación en signos que son intelectualizables.

¹ “*Falacia y Problemática en la Transmisión Oral de Ideas*”. Mario Poehler E. Impresiones Cromia. 2003, Chile.

Al respecto, la comunicación humana difiere de la animal en siete aspectos que los lingüistas han formulado: 1) posee dos sistemas gramaticales independientes aunque interrelacionados (el oral y el gestual); 2) siempre comunica cosas nuevas; 3) distingue entre el contenido y la forma que toma el contenido; 4) aquello que se habla es intercambiable con lo que se escucha; 5) lo que se comunica siempre tiene una intención; 6) lo que se comunica puede referirse tanto al pasado, al presente y al futuro, y 7) se transmite de generación en generación.

Pero, hay otro tipo de lenguaje, más impreciso desde el punto de vista de la comprensión común o de la significación universal. Se trata del lenguaje simbólico, reconocido en distintas disciplinas del conocimiento, pero, no necesariamente sistematizado, debido a su particular alcance. Es un lenguaje estrictamente no verbal y no gestual, que, aunque puede tener recursos verbales y emplear signos o gestos, no se funda en la lógica de aquellos.

El Lenguaje Simbólico y el simbolismo

En un hecho que el psicoanálisis puso en el pensamiento contemporáneo, la vigencia en el estudio psicológico del símbolo y el simbolismo. Ello ha permitido que se introduzcan en el ámbito del pensamiento científico, conceptos que, para las escuelas iniciáticas, son de larga data y fundamento importante de su concepción docente.

En la medida que se ha producido la integración del simbolismo al ámbito de la ciencia, investigaciones realizadas en torno a la conformación de las mentalidades arcaicas o primitivas, han revelado la importancia de la simbología en el desarrollo del pensamiento humano y en el inconsciente colectivo.

Cuando hablamos de inconsciente colectivo, nos estamos refiriendo, desde luego, a la formulación jungiana como elemento

de reflexión sobre los procesos psíquicos colectivos que tienen un efecto en las conductas de las personas.

Dice Eliade² que “*símbolo, mito, imagen, pertenecen a la sustancia de la vida espiritual*” los que “*pueden camuflarse, mutilarse, degradarse, pero, jamás extirparse*”. Precede al lenguaje y a la razón discursiva, y tiene sus fueros en la intuición o en lo más inconsciente. Eliade sugiere que el simbolismo significa retrotraerse de alguna manera al “*hombre primordial*”, lo que no debe entenderse que lo retrotrae a su animalidad. “*Los sueños, los ensueños, las imágenes de sus nostalgias, de sus deseos, de sus entusiasmos, etc. – agrega este autor – son otras tantas fuerzas que proyectan al ser humano, condicionado históricamente, hacia un mundo espiritual más rico que el mundo cerrado de su momento histórico*”.

El simbolismo no recorre precisamente los caminos racionales del conocimiento, sino que se nutre de la intuición y de los secretos muchas veces recónditos del ser. Específicamente, tiene que ver con la capacidad de experimentación a través de lo imaginario. Frente al símbolo, en el momento de la percepción y de su interpretación, el receptor del mensaje simbólico aporta su propio imaginario, con todas las posibilidades transformadoras que ello contiene.

Gilbert Durand³, en una de sus obras en que estudia los fenómenos simbólicos, define lo imaginario como un conjunto de imágenes mentales y visuales, mediante las cuales el individuo, la sociedad y, en general, el ser humano, organiza y expresa su relación simbólicamente con el entorno.

² “*Imágenes y Símbolos. Ensayos sobre simbolismo*”. Mircea Eliade. Taurus, 1989. España.

³ “*Las estructuras antropológicas de lo imaginario*”. Gilbert Durand. FCE 2004. México.

Lo simbólico Guénon⁴ lo ejemplificaba con un texto védico, que grafica al símbolo con la función del caballo. El caballo permite al hombre cubrir una distancia considerable en forma rápida, la cual, si el hombre la recorriera a pie, la haría en mucho más tiempo. Así, el símbolo, igual que el caballo no es una necesidad absoluta que impida al hombre alcanzar un objetivo, sino que es un vehículo para alcanzar un fin de un modo más rápido y sintético, que presenta condiciones de mejor conveniencia en vista de las condiciones de la naturaleza humana.

Por cierto, lo simbólico está definitivamente conectado con lo primordial de la comprensión humana, pues, para un niño, la capacidad de identificación y comprensión de los símbolos, es su primera capacidad cognitiva y su lenguaje inicial, que deriva luego en lo gestual para, finalmente, llegar al lenguaje oral.

Cuando se regresa a lo simbólico, teniendo las disposiciones posteriores de lenguaje, se quiere reponer aspectos de comprensión que pasan por la sublimación de las capacidades del hombre, volviendo a la esencialidad de sus capacidades espirituales, y donde se construye su individualidad: su imaginación, su capacidad de hacer su lectura de la realidad a partir de lo intuitivo y de la primera visión de la experiencia.

No es un proceso fácil. Requiere que esa experienciación tenga un elemento equilibrante, cual es la racionalidad. Es un hecho que el ser humano puede sublimar la experiencia simbólica, mediante estados de ánimo fuertemente subjetivo, e incluso, recurriendo a métodos químicos.

Las consecuencias de tales experiencias pueden ser lamentables, pues, el simbolismo, sin un elemento de corrección racional, puede engendrar consecuencias distorsionantes. Un simbolismo desmedido puede llevar al fanatismo y a dogmas de imprevisibles consecuencias, precisamente, porque se está en el campo de lo primordial de la conciencia humana.

⁴ Idem

Los años que transcurren entre las dos guerras mundiales, en Europa, dan cuenta de un proceso que tiene fuertes arraigos en concepciones simbólicas y míticas, que generaron procesos tales como el reencuentro con un cristianismo tradicional fuertemente dogmático, la aparición de los fascismos y la experiencia del estalinismo, los cuales tuvieron un radical basamento en componentes simbólicos para producir una reacción de masas, es decir, para precipitar en el inconsciente colectivo coherencias sensoriales, anímicas y espirituales, que mancomunaran propósitos de alcance social.

De tal modo, que, si bien el simbolismo es una posibilidad develadora y cognitiva, que puede ser una herramienta iniciática que permita al hombre descubrir los secretos de su propia conciencia, en el plano de los fenómenos sociales puede convertirse en una vía para el fanatismo y el fundamentalismo.

Las concepciones racionalista y post-racionalista del conocer

El lenguaje oral se expresa en el discurso, entendiendo como discurso la facultad racional con que se infieren unas cosas de otras. El inferir permite sacar las cosas de sus principios, deduciéndolas o conociéndolas por sus consecuencias. La construcción de argumentos es lo que permite establecer la racionalidad, es decir, el arreglo colectivo, o el arreglo con nuestro interlocutor sobre determinada cosa, situación o experiencia

Fue Tomás de Aquino quien sostuvo que la razón argumentativa era el único modo de acceder a la verdad o legitimarla. Descartes se encargaría de imponerlo en el pensamiento occidental de un modo definitivo. Posteriormente, Kant contribuiría de un modo categórico a separar el mundo fenoménico, aprehensible mediante los sentidos y el entendimiento, del nómeno que se encuentra en lo inasible y la

antinomia del razonamiento, es decir, en los ámbitos de lo irracional.

Conocemos según nuestra experiencia, pero conocemos según lo que nuestra razón puede entender, es decir, conocemos según lo que nuestros argumentos son capaces de explicitar. Si nos faltan palabras para explicar una cosa consensuaremos un vocablo para referirnos a él. La experiencia, en consecuencia, requiere de ser consensuada para llegar a un resultado racional, válido para unos y otros. Ese parece ser la esencia del racionalismo clásico, si se me permite esta sintetización temporal para seguir avanzando en esta exposición.

El post-racionalismo, sin embargo, ha producido una ruptura en la cultura occidental, enfrentándonos a un cambio epistemológico radical. Este cambio dice relación con el vínculo que existe entre el observador y lo observado, es decir, entre el experimentador y lo experimentado.

La concepción de la realidad, desde el punto de vista de la razón cartesiana, se funda en que el observador contempla las cosas y los fenómenos desde afuera, y la realidad parece ocurrir fuera del observador, es decir, existe independientemente de este.

El concepto post-racionalista propone una visión fundada en que lo observado es consecuencia también del observador. La realidad que vivimos y observamos es co-construida por el observador. Esto, porque el conocimiento, desde la óptica del observador, es solo una representación de la realidad y del orden presunto de las cosas y los fenómenos.

Si llevamos esta aseveración al plano de las experiencias simbólicas, veremos que este evento es conocido por la Masonería y por el esoterismo desde hace mucho, donde la variedad interpretativa de un símbolo tiene que ver con la variedad de los observadores, con las intensidades que cada cual radica en la acertividad y/o en el error.

Lo subyacente en el hombre

Todo hombre está co-construido por luces y sombras, y en su marcha por la vida tiene circunstancias de notable oscuridad y notable luminosidad. Una forma concreta de manifestarlo es el simbolismo chino del *Ying* y el *Yang*, que representa el balance armónico de todo lo que constituye el Universo, formado por dos fuerzas esenciales, energías opuestas que son el motor de toda existencia. El significado de *Ying* es el lado sombrío, lo receptivo, femenino, lo flexible, lo negativo. Mientras que el *Yang* es el lado soleado, lo activo, lo masculino, lo dominante, lo positivo.

Para los chinos los opuestos no son conflicto sino complementariedad, pues, no existe uno sin el otro. El existir, entonces, es armonizar los opuestos, pues se necesita tanto lo negativo como lo positivo. Sin el concepto del mal, es imposible tener una comprensión del bien. Sin las sombras no podríamos tener la necesidad de la luz. La dualidad es la esencia del hombre. En cada uno de nosotros convive lo positivo y lo negativo, lo cual se refleja en nuestros actos.

Hay un hermoso poema de Neruda, que es muy significativo para señalar las conductas humanas, producto de esa dualidad, que viene al caso recordarlo:

*“De tantos hombres que soy, que somos, / no puedo encontrar ninguno, / se me pierden bajo la ropa, / se fueron a otra ciudad. / Cuando todo está preparado/ para mostrarme inteligente / el tonto que llevo escondido / se toma la palabra en mi boca. / Otras veces me duermo en medio / de la sociedad distinguida / y cuando busco en mí al valiente / un cobarde que no conozco / corre a tomar con mi esqueleto / mil deliciosas precauciones”*⁵

Herman Hesse, dice en una de sus obras, que la vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo, la tentativa de un

⁵ “*Extravagario*” Pablo Neruda, Losada 1972, Argentina.

destino, la huella de un sendero, ningún hombre ha sido él mismo por completo, aunque todos esperan llegar a serlo. Algunos lo intentan oscuramente, otros en forma luminosa. *“Todos llevan consigo, hasta el fin, viscosidades y cáscaras de huevo de un mundo primordial – dice Hesse, y agrega – Algunos no llegan jamás a ser hombres, y siguen siendo rana, ardilla u hormiga, otros son hombres de medio cuerpo hacia arriba y el resto pez. Pero, cada uno es un impulso de la Naturaleza hacia el hombre”*.

Es cierto, en el ser humano, en cada individuo subyacen lo oscuro y lo luminoso, las buenas y malas pasiones que, según las circunstancias, pueden ser evaluadas de manera dicotómica: lo bueno puede ser malo y lo malo puede ser bueno. Así también subyace lo primordial y lo cultural, léase, lo que el hombre tiene de su naturaleza primitiva, y lo que ha recibido de su medio.

Cada individuo sabe sus grandezas y flaquezas, sus luces y sus sombras. Cada cual sabe sus ripios, lo brillante y lo oscuro que esconde bajo la careta de su personalidad. El ser humano es un sistema vivo y complejo, autopoietico, que tiene la capacidad de organizarse de tal manera que el resultado es el mismo. Sistémicamente, se relaciona con el ambiente en que vive y convive, absorbiendo selectivamente elementos de este, en un proceso recursivo. De allí, la importancia que tiene el carácter del ambiente en que se encuentre inmerso, para determinar sus conductas.

Los objetivos y los métodos de la Masonería

Decía Roberto Orihuela⁶, destacado masón chileno que la Masonería *“no se parece ni en la forma ni en el fondo, ni en su estructura, ni en sus métodos, a los organismos que viven fuera de*

⁶ *“El sistema educativo tradicional y simbólico practicado por la Masonería”* Enrique Cabrera Quezada. Anuario # 17 de la R:L:I:E:M:. “Pentalpha” # 119. 2001, Chile.

los Templos". Tampoco se contrapone a ninguno, y esto porque su objetivo "*no existe fuera de la Institución, y al que, dicho sea en verdad, en el exterior no se le presta mayor atención: formar la moralidad integral del individuo*".

Desde que el Iniciado recibe la Luz, y ante sus ojos se revelan los primeros símbolos masónicos, se ve enfrentado a un proceso docente que recurre permanentemente a dos variables, dos concepciones del conocer, dos percepciones intelectuales: la racional y la simbólica. Ello le lleva a un juego permanente, dual, que busca racionalizar lo simbólico y a simbolizar lo racional. No se trata de optar por un camino que solo se verifique en el campo de lo simbólico, o, por el contrario, solo en los ámbitos de la racionalidad.

Así, se produce lo que viene a ser para algunos un doble juego de planos, que permite por un lado el uso de la razón, que hace de la actividad masónica un verdadero taller de análisis y pensamiento, y por otro, permite la expansión imaginativa, que hace de la actividad masónica un espacio mítico, personal, donde se templan los sentimientos y las sensaciones para construir la riqueza interior del recipiendario,

El ilustre masón chileno, Eduardo Phillips, en su libro "*A las puertas del Templo*" ⁷ nos recuerda que "*la más antigua definición que se conoce, describe a la Francmasonería como un peculiar sistema de moral, velado por alegorías e ilustrado por símbolos*".

"*Explicada en términos más explícitos – agrega – ella nos dice que la Orden está solo al alcance de los Iniciados, es decir, de aquellos que conocen el lenguaje en que está expresada*".

Luego, reflexiona: "*Sin embargo, nadie puede negar el hecho de que cada día abundan más en la Francmasonería los Iniciados que no solo no conocen este lenguaje, sino que no*

⁷ "*A las puertas del Templo*". Eduardo Phillips Müller. Ediciones Pentalpha. 1987. Chile.

muestran ningún interés por conocerlo, y hasta lo consideran como una de las añejeces de nuestra Orden”.

La aseveración de Phillips no es gratuita. En nuestros tiempos, diversas tendencias han querido hacer de la praxis masónica solo un espacio exclusivo de debate de la variante discursiva o racional, de la expresión oral, capaz de llegar directamente a extramuros con mensajes definidos y específicos. Aquello puede ser, definitivamente, un peligro incluso para los receptores de esos mensajes.

Así como advertíamos antes sobre los peligros de un simbolismo puro, ahora debemos advertir sobre los peligros de una racionalidad extrema, que significa siempre una forma excluyente y unívoca de enfrentar la realidad.

Lejos está aquello de los propósitos de la Masonería, donde los matices hacen la esencia del transcurrir humano. Tales matices son consecuencia de las experiencias de individuos distintos, de personas que aprenden y aprehenden en tiempos e intensidades diferentes. De conciencias que tienen mayor percepción hacia lo simbólico o, equidistantemente, hacia el mensaje racional, en cuyo caso la Masonería busca equilibrar ambas formas de percibir, haciéndolas concurrir en cada circunstancia a través de sus ritos y de su doctrina.

Ello se hace presente en cada etapa de su simbolismo, y en las modalidades docentes a las que recurre, en relación a cada una de esas etapas. El iniciado es instruido con símbolos, se le enseñan símbolos y debe educarse con símbolos. De esta última afirmación se desprende necesariamente una aclaración conceptual, que nos ayude a completar las ideas expuestas.

Las tres etapas cognitivas del Iniciado

En los procesos de docencia y aprendizaje, la sinonimia entre las acepciones *instrucción*, *enseñanza* y *educación*, tiende a

ser recurrente, tendencia que se ve reflejada incluso en los diccionarios de la lengua española. Sin embargo, en su raíz etimológica hay diferencias que son válidas para entender los procesos iniciáticos que caracterizan a la Masonería.

La **instrucción**, del latín *instructio*, es un concepto análogo a *construcción*, según lo indicaba San Isidoro de Sevilla, en sus “*Etimologías*”⁸, correspondiendo a la primera fase de todo proceso iniciático - el de la construcción del individuo -, donde se establecen las referencias ordinales, conductivas, del recipiendario, constituyendo la formación en el sentido exacto, pues mediante ella se formaliza la conciencia, es decir, se produce una proceso de internalización de las referencias básicas a partir de las cuales se desarrollará la individualidad.

La **enseñanza**, en tanto, proveniente del latín *insignāre*, es decir, señalar textualmente “*dar o poner un signo*”, “*dar un ejemplo*”. La base del término es la raíz indoeuropea *sekw*, con el significado de “seguir”. *Signum*, elemento principal de *insignāre*, remite al sentido de “signo”, “señal”, “marca” que se sigue para alcanzar algo. El “signo” es “lo que se sigue”. De modo que, lo que se da en el enseñar es un signo, una señal a ser descifrada⁹. A la conciencia formada, ya construida, se le dan señales, referencias de inspiración y estímulo, pero, también, elementos de identificación y externalización, es decir, señaléticas que permiten una identificación.

Por último, la **educación**, proviene del latín *educatio*, relacionada con la acepción “*educare*”, que significaba “extraer aquello que está adentro”. Recordaba Ortega y Gasset¹⁰ que los

⁸ “*Etimologías II*”. San Isidoro de Sevilla, B.A.C. Madrid 1983

⁹ “*Glosario etimológico de términos usuales en la praxis docente*”. A. Castello, C. Marcico. Buenos Aires. 1988

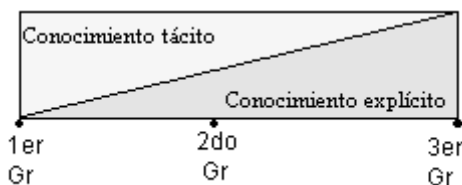
¹⁰ “*José Ortega y Gasset (1883-1955)*” Juan Escámez Sánchez. Revista “*Perspectivas*”, vol. XXIII, # 3-4, Unesco, Oficina Internacional de Educación, 1993, París.

latinos llamaban *eductio* o *educatio* a la acción de sacar una cosa de otra, o la acción de convertir una cosa menos buena en otra mejor. En consecuencia, colegía por educación el conjunto de actos humanos que tienden a transformar la realidad dada en el sentido de un ideal. El educando tiene entonces la capacidad de vincular el aprendizaje recibido con su potencialidad creadora.

Las tres etapas implican acceder a grados específicos de conocimientos: los necesarios para formalizar la conciencia, los requeridos para desarrollar una relación social, y los exigidos para potenciar la capacidad creadora individual. Cada una de esas acepciones representa una fase distinta en la vida iniciática, en su contexto simbólico, pues, instrucción, enseñanza y educación, son la equivalencias a los grados Primero, Segundo y Tercero, respectivamente, donde se adquieren conocimientos que apuntan a objetivos específicos en estados diferentes de conciencia.

En ese contexto, a nivel de la psicología, se habla de dos tipos de conocimiento: el tácito y el explícito. El primero no requiere del lenguaje, ni del pensamiento, ni del discurrir, alimentándose de emociones, sensaciones, de disposiciones corporales, y se nutre esencialmente de la vivencia. El segundo tiene que ver con la lógica conceptual, con la construcción de argumentos, con la expresión de palabras, con el discurrir. Ambos se retroalimentan y se interrelacionan constantemente, y permiten la interpretación de las experiencias.

Estos dos tipos de conocimientos se encuentran presentes y conviven en la docencia masónica, y contribuyen al equilibrio que se manifiesta entre lo simbólico, por un lado, y lo oral o verbal, por el otro; y cada uno se hace presente, con más o menos énfasis, en las tres etapas del proceso docente que hemos citado. La intensidad que presenten estas formas de conocimiento hace la diferencia entre los tres grados simbólicos, y que podemos graficar en el esquema siguiente:



La formación iniciática no verbal

La vía iniciática de la Masonería y su fórmula formativa, posee dos formas a través de las cuales se concretiza: una, intencionada, dirigida y planificada; y otra asistemática, básicamente ambiental. Siguiendo ese planteamiento, diremos una formación iniciática verbal y otra no verbal.

Lo verbal, como lo hemos indicado previamente, tiene que ver con la textualización, es decir, con la capacidad argumental, con la lógica y los conceptos, con la forma como construimos nuestros puntos de vista en un plano expositivo. Esto determina el conocimiento explícito. Cuando analizamos, proponemos, racionalizamos, en Masonería, aún sobre temas simbólicos, no hacemos sino reflejar los contenidos verbales y explícitos. Ello establece una de las variables en la vía iniciática masónica.

Lo no verbal de la formación iniciática masónica, está radicado en el lenguaje simbólico. Maturana plantea la experiencia humana como las coherencias experienciales de quien tiene o vive la experiencia, y que toda experiencia está amarrada a la estructura del ser experimentante de una manera indisoluble¹¹. Esto tiene su correlato en la esencialidad del sistema docente de la Masonería, y obedece a la tradición esotérica por excelencia.

A través del lenguaje simbólico se expresan dos variables: una, la que enfrenta al iniciado con su imaginario, a través de la

¹¹ “*Máquinas y seres vivos*”. Humberto Maturana.

interpretación simbólica, y la otra, la que se refiere al ejemplo como componente iniciático fundamental. Este último no se trata de un ejemplo manifestado en formas lenguajeantes, sino que es esencialmente conductual, donde los actos, la praxis cotidiana, hacen posible que el beneficiario perciba un mensaje, un contenido, una vivencialidad, que le induce a moldear sus propias conductas en consonancia con el ambiente.

En las grandes tradiciones iniciáticas y esotéricas, el ejemplo era la forma medular de hacer docencia. De allí que muchos conocimientos esotéricos eran aprendidos por los iniciados solo mediante la observación. Jamás el beneficiario recibía una charla o exposición, sino que las respuestas debía buscarlas por sí mismo.

Es muchas Obediencias, siguiendo esas antiguas tradiciones, la primera labor del Aprendiz consiste en guardar silencio y observar. Nadie le da una disertación, ni se dedica tiempo en darle las explicaciones que sus interrogantes inquieran. Por el contrario, debe estar atento respecto de lo que ocurre a su alrededor, y hacer realidad las tres frases del Evangelio: *“Buscad y encontraréis. Pedid y os darán. Golpead y os abrirán”*. Su labor, por excelencia, es captar, aprehender aquella instrucción no verbal que transmiten los usos y costumbres masónicas.

Las condiciones del ambiente en esta metodología son determinantes, es decir, las condiciones o circunstancias físicas y sociales del lugar o espacio, de la colectividad que lo acoge, en síntesis, el conjunto de circunstancias culturales y sociales en que vive la colectividad iniciática.

Esta forma de hacer y ser genera un conocimiento tácito por excelencia, pues implica aprehender virtudes y prácticas de las conductas percibidas en el ambiente masónico, y que no son ni deben ser argumentadas. Esto tiene su momento más intenso en el Grado de Aprendiz, pues el Primer Grado Masónico corresponde

a la etapa de la instrucción, periodo del conocimiento tácito en forma preponderante.

Hemos dicho que los tres grados masónicos, simbólicamente, corresponden a las tres edades del hombre: la infancia, la juventud y la adultez. El Grado de Aprendiz, en ese contexto simbólico, dice relación con el *puer* iniciático griego, equivalente al niño que aprende antes por comprensión propia de la experiencia, que por las explicaciones y contenidos argumentales.

Cuando el recién Iniciado se incorpora al aprendizaje masónico, muchas veces encuentra conductas un tanto superlativas, en la medida que se deja llevar por una percepción que tiene que ver con racionalidades extramurales. Pero, en la medida que se compenetre de la concepción y la racionalidad iniciática, se abrirá a una experienciación no verbal que le será absolutamente inteligible y vivencialmente reveladora.

Conclusión

Al concluir estas reflexiones, no podemos dejar de reiterar lo que la Masonería pretende en el Hombre y la Humanidad: su perfeccionamiento para alcanzar la fraternidad universal del género humano. Para ello exalta virtudes, promueve la búsqueda de la verdad y el conocimiento de sí mismo, sustenta postulados valóricos, rechaza afirmaciones dogmáticas, propugna objetivos y combate privilegios. Establece deberes y considera el trabajo como el medio más eficaz de emancipación y realización humana.

Esos objetivos se construyen en la práctica y en la cotidianidad de lo masónico, y deben constituir el ambiente necesario que en sí mismo es el sistema de formación. Allí radica el contenido instructivo, las señales de nuestras certezas y la fuerza educativa que contiene la Masonería.

Nuestras conductas, la forma como nos relacionamos, como aplicamos los medios de formación, enseñanza y educación, que se hacen en el simbolismo, en el ritualismo y en la doctrina, son determinantes para hacer tangible los objetivos perseguidos por la Orden.

De la misma forma, nuestros afectos son la expresión concreta de que, efectivamente, somos parte de una fraternidad, donde tales lazos constituyen la promesa de un futuro superior de la Humanidad, donde los hombres dejen atrás las causas y los motivos que los han enfrentado, con toda la herencia de dolor y horror que señalan su tránsito de milenios.

Hagamos entonces carne de nuestras convicciones, los valores que promovemos. Desterremos de nuestras prácticas cotidianas la indiferencia postmoderna, las vanalidades del egoísmo, los celos y las arrogancias; aprendamos de nuestros errores; no cuestionemos las deficiencias, sino que promovamos la superación; seamos expresivos con nuestros afectos, para que el ambiente fraternal se nutra con nuestros ejemplos; y, sobre todo, es fundamental creer en el proceso iniciático. Definitivamente, la superlatividad del afecto en nuestras prácticas, es un bien precioso.

*

* *

LA PERTENENCIA A LA ORDEN MASÓNICA, UNA FORMA DE VIDA

“¿Qué es la vida? Un frenesí / ¿Qué es la vida? Una ilusión” – se preguntaba y respondía Calderón de la Barca, hace tres siglos. Erasmo, algunos siglos antes, reflexionaba que la vida humana no es más que una comedia, en la que, bajo una máscara prestada, cada uno representa un papel, hasta que el dueño del teatro nos obliga a salir de la escena. Esa comedia está presente también en Séneca, que la entiende de la misma manera, pero, donde pone énfasis en que no es importante si la comedia es larga o corta, sino representarla bien; una comedia que se puede concluir donde se quiera, con tal de ponerle un buen final.

Tagore se aproximaba a su reflexión sobre la vida y su sentido desde la percepción onírica, cuando nos dice que dormía, dormía y soñaba que la vida no era más que alegría. Me desperté – dice - y vi que la vida no era más que servir, y el servir era alegría. En ese sueño que induce al despertar, Immanuel Kant, en su comprensión imperativa de la moral, dice también que dormía y soñaba que la vida era bella, y cuando despertó advirtió que la vida era deber; criterio que tratará de matizar Bertrand Russell, cuando suponía que toda la actividad humana estaba motivada por el deseo o el impulso.

Unamuno siente que la vida es un anhelo de extenderse en el tiempo y en el espacio; en tanto, Ortega y Gasset, nos propone que no es una suma de lo que hemos sido, sino una suma de lo que anhelamos ser. En realidad, – planteaba Aristóteles - vivir como hombre significa elegir un objetivo específico: honor, gloria, riqueza, conocimiento, sabiduría. Keyserling ve la vida como un constante proceso, una continua transformación en el tiempo, un nacer, morir y renacer. Mientras, Sartre piensa que la vida precede

a la esencia, porque el hombre existe antes de ser, siendo ella en sí misma solo una contingencia.

Goethe, recogiendo la cercana influencia kantiana, asume que una vida inútil equivale a una muerte prematura, que la actividad es lo que hace feliz al hombre, y que una vida ociosa es una muerte anticipada. A su vez, Khalil Gibran nos llama a amar la vida a través del trabajo, pues este nos permite intimar con el más recóndito secreto de la vida.

Al enfrentar el desafío de definir lo que es la vida, empero, más allá de la mirada lúdica, es inevitable considerar el punto de vista de la biología contemporánea que nos plantea que, cuando nace un ser viviente, no adquiere vida por ese solo efecto, sino que solo recibe la habilidad para auto-construir sus estructuras que pondrán en movimiento ese estado de la energía.

Para resolver este desafío el conocimiento del hombre la aborda desde todas las esferas del pensamiento, y la ciencia trata de insinuarnos una respuesta desde la fisiología, la genética, la bioquímica, la biología, la termodinámica... La primera nos da una respuesta: hay vida cuando hay individuos compuestos por materia orgánica capaces de consumir materia, metabolizarla, permitiéndole crecer, reproducirse y responder a estímulos externos. La bioquímica nos dice que hay vida cuando un organismo contiene información hereditaria reproducible, codificada en los ácidos nucleicos, los cuales controlan el metabolismo celular a través de las proteínas, que catalizan o inhiben las diferentes reacciones biológicas.

La termodinámica afirma que la tendencia natural de todo objeto material es aumentar su entropía, y que la vida es un sistema que va en contra de esa tendencia. Más, el aumento del orden en un sistema vivo no incumpliría el citado principio termodinámico en forma global, ya que ello se hace siempre a expensas de un incremento de la entropía en el Universo.

Desde la visión autopoietica, la vida es un proceso de auto-organización, en la cual, un sistema - desde la pequeña célula, pasando por un organismo vivo mayor, hasta una organización de seres vivos -, se genera a sí mismo a través de la interacción con el medio.

Esta impronta biológica adquiere una condición especial, sin dudas, para el hombre que discurre, que reflexiona en torno al sentido del fenómeno que le hace existir. El hombre nace para interactuar con el medio en que se desarrolla, en que obtiene la condición excepcional de la vida. Y digo excepcional, porque, al parecer, en un Universo de materia inerte y en constante entropía, la vida es una condición tan ínfima, tan precaria, tan circunstancial, tan singular, que lleva a muchos a pensar que se trata de una casualidad. Es lo que Albert Einstein, trataba de graficar al decir, que hay dos maneras de vivir la vida: una, como si nada fuera un milagro; la otra, como si todo fuera un milagro.

Recursivamente el hombre enfrenta la realidad de la vida, a través de formas de concebirla, interpretarla y conducirla, un conjunto de comportamientos o actitudes que desarrollan las personas, un estilo, donde incide el carácter de sus hábitos y recurrencias. En sociología, se hace analogía con la idea del *estilo de vida*, esto es la manera en que vive una persona o un grupo de personas. Esto incluye la forma de las relaciones personales, del consumo, de la hospitalidad, de la sociabilidad. Una forma de vida también refleja las actitudes, los valores o la visión del mundo de un individuo o un grupo. Tener una "forma de vida específica" implica una opción consciente o inconsciente de un sistema de comportamientos frente otros sistemas de comportamientos.

La forma de vida es un modo de enfrentar la incógnita del sentido de la vida para darle una dimensión ordinal a nuestro existir, una definición conductual, una manera, en tanto seres pensantes, seres biológicos que existimos en el vivir, que existimos en tramas relacionales de alcances concretos y

abstractos, donde pretendemos que somos racionales, pero, donde no actuamos desde la razón, sino fundamentalmente desde la emociones.

¿Es posible concebir una forma arquetípica de vida, para quienes golpean las puertas del Templo, para pedir la Luz y un camino de perfectibilidad?

En la filosofía de Platón el arquetipo expresa las formas sustanciales de las cosas: ejemplares eternos y perfectos que existen eternamente en el pensamiento divino. Para los escolásticos, sobre todo para aquellos que se acercan algo al sentido platónico, el arquetipo viene de la idea primordial, que ha presidido a la creación del mundo. Para Locke los arquetipos son ideas, que no tienen semejanza con ninguna existencia real, ni con la nuestra ni con la de los objetos externos.

En Goethe es el símbolo de la luz de la inteligencia, que con su previsión nos guía en la vida. Lorenz Oken lo considera como una anticipación ideal, que después ha obtenido comprobación perfecta por los progresos de la experiencia. Carl Gustav Jung usa el concepto para designar cada una de las imágenes originarias constitutivas del "inconsciente colectivo" y que son comunes a toda la humanidad.

De lo dicho, un arquetipo vendría a ser un patrón ejemplar del cual otros objetos, ideas o conceptos se derivan. Un modelo o ejemplo de ideas, o un conocimiento del cual se derivan otros modelos, ideas o conocimientos; una referencia para modelar los pensamientos y actitudes propias de cada individuo, de un grupo social, incluso de un sistema.

Eclécticamente, podemos asumirlo como un sistema de palabras, de ideas, de ideales, de pensamientos, para modelar un camino, para abrirse campo en un medio de ideas abstractas y poco entendibles, e incluso inteligibles, solamente guiados por los propios pensamientos y nuestras creencias.

Barruntemos, por algunos instantes, sobre la impronta que nos plantea esta oportunidad solemne de reconocimiento y explícita docencia, frente a la interrogante que hemos planteado. Entonces, cito aquello que está grabado en aquel momento en que, por primera vez, nuestros torpes pasos nos dejaron entre columnas: *“Nuestra Orden elige hombres, los educa, los organiza y disciplina; esto es, corrige en ellos, cuanto es posible, los defectos de herencia; les enseña a seleccionar los elementos útiles del ambiente en que se desenvuelven, y les indica el rumbo de las evoluciones que han de llevarlos a su destino. Purifica al hombre, se purifica a sí misma, por el propio esfuerzo, sin intervenciones extrañas; purifica por medio del estudio, por el ejercicio de la justicia y por la actividad del trabajo”*.

En aquella memorable jornada, se nos indica que somos un grupo de personas serias y honradas, constituidas en familia merced al vínculo de una sana fraternidad, que trabajan por extender esa fraternidad más allá de nuestros Templos, que perfeccionamos nuestra individualidad y la de cuantos nos rodean. Luego, se nos señala que los masones deben estar puros y limpios de toda iniquidad, y que debemos dedicarnos a obras meritorias, especialmente purificando nuestra inteligencia de los prejuicios, debiendo arrostrar con ánimo esforzado toda clase de peligros, en defensa de la verdad y de la justicia. Se nos compele a practicar la caridad, y se nos reitera la tolerancia y su propagación en el mundo.

“¡Huid del vicio! - se nos indica perentoriamente -, y seguid la senda de los hombres que han esclarecido con sus méritos y servicios a la Humanidad”. Ya en las postrimerías, se nos dice que la Marcha del Aprendiz significa que el Masón debe siempre proceder con rectitud reflexiva para merecer la aprobación de su conciencia, en el camino hacia la virtud.

Sin duda, a la luz de los planteamientos que hemos recordado, la Orden nos plantea que la vida efectivamente es un

proceso de auto-organización, autopoietico, en el cual, un hombre se genera a sí mismo a través de la interacción con el medio en que vive y convive. Un proceso en que no es posible establecer signos visibles para identificar nuestros logros y avances, sino que solo son perceptibles en nuestras acciones, a través del honor y la virtud.

Ergo, el arquetipo de la forma de vida que hace al masón esta dibujado con trazos indelebles en la conciencia de quien ha recibido la Luz de la Iniciación. En nuestra mente, podemos reconstruir cada uno de los conceptos que nos permiten dar forma a una concepción de la vida, que permiten establecer un vector espiritual trazado con perpendicular y nivel, en perfecta rectitud hacia la virtud, hacia la perfectibilidad y la verdad, objetivos de la obra purificadora y emancipadora que la Masonería ha asumido para bien el Hombre y de la Humanidad.

Sin embargo, no es un desafío fácil. Los obstáculos son recurrentes, variados, persistentes. Uno de esos obstáculos es el escepticismo. No olvidemos aquel día, en que el cínico Diógenes salió a una plaza de Atenas en pleno día portando una lámpara. Mientras caminaba decía: “*Busco a un hombre*”. “La ciudad está llena de hombres”, le dijeron, a lo que él menesteroso pensador respondió: “*Busco a un hombre de verdad, uno que viva por sí mismo, y que no sea indiferenciado miembro del rebaño*”. Nada puede poner en duda, el aporte de Diógenes a la libertad pura del individuo humano. Su corrosiva exaltación de la carencia de fe pública, es la expresión más pura del individualismo prototípico.

Pero, a decir verdad, lo que hace Diógenes es obtener ventaja del medio en que vive y en el que desarrolla su sarcasmo e incredulidad. No toma el camino del desierto, para alejarse de aquello en que no cree, sino que se queda en la ciudad. A través de la mendicidad obtiene el alimento, parasitariamente, y lanza sus dardos exultantes contra el medio en que obtiene su posibilidad de vivir.

Y mientras las ciudades griegas construían lo que será su herencia a una civilización por casi tres milenios, Diógenes se quedaba inmóvil con su cinismo, esperando que un mendrugo de pan le llegara a sus manos; y cuando los hombres imperfectos buscaban su superación, a través de una visión común, Diógenes era incapaz de ver, y necesitaba una lámpara para buscar al hombre a plena luz del día.

No hay exaltación de la libertad, que no tenga un poco de la corrosiva tentación del cinismo de Diógenes. Y de alguna manera, todo grupo social, todo constructo asociativo, desarrolla el germen de la disociación, producido por una libertad centrífuga. ¿Cuántas veces hemos escuchado en nuestros templos, que la vida social, desde el impulso gregario hasta las estructuras sociales más complejas, solo son posibles en la medida que cada uno de sus individuos constituyentes cede parte de su libertad, en función de una vida colectiva?

Aquella comprobación viene desde los tiempos de Diógenes, pero, Diógenes no lo podía o no lo quería ver. ¿Cuántas veces hemos sostenido, desde el mensaje que nos entrega la Iniciación, que el hombre no es perfecto, sino que es un ser perfectible, y que deben corregirse en él los efectos de la herencia, tanto por la influencia del medio como por el pulimento personal, es decir, la auto-perfección?

Aquella comprobación la tuvieron los hombres de la misma Grecia, en que Diógenes se negaba a creer, burlándose de los que buscaban inspiración en el saber y en el sentir. ¿Cuántas veces hemos valorado la ciencia y la estética como los caminos que iluminan al hombre, desde la oscuridad hacia revelación de los misterios del Universo, a través de la comprensión de los fenómenos y la sensación? Aquella fue una creación de las ciudades griegas, mientras Diógenes menospreciaba la geometría, la astronomía y la música, porque ellas no conducían a su pretendida autarquía.

Diógenes camina por nuestro tiempo. Franquea muchas veces las puertas de los Templos, y estimula un concepto de libertad radical, corroyendo las bases asociativas que hacen posible un concepto colectivo, que no puede ser perfecto, porque todo grupo social es una obra humana y lo humano no es perfecto porque no es divino, pero, en esencia, porque es humano es perfectible. Su boca habla muchas veces para negar lo necesario al aporte común, para abstraerse del esfuerzo colectivo, y su cuerpo se tiende al sol, en la inactividad y el ensimismamiento, porque se considera incontaminado de las deficiencias y errores de los demás.

Mientras el conjunto de los aportes y esfuerzos individuales que hacen lo colectivo, construyen con sus aciertos y desaciertos, el espíritu de Diógenes se pasea exultante frente a las carencias y los yerros. Y cuando no los hay, lo que es aún más disociativo, induce a la desconfianza frente a los resultados, negándose a contribuir a su mejoramiento.

Para el espíritu de Diógenes, los arquetipos son modelos insustanciales, imposibles de percibir o de constatar por la experiencia, definitivamente intangibles en el espacio colectivo. Y camina en las penumbras, portando una lámpara, mientras vocifera a través de las columnas del Templo, preguntando dónde está la perfección, donde está el hombre arquetípico, donde está la vida arquetípica, donde está el modelo que debemos seguir.

Nuestra respuesta es que el arquetipo de la forma de vida que hace al masón, esta dibujado con trazos indelebles en la conciencia de quien ha recibido la Luz de la Iniciación. Desglosando el texto del *Ritual de Iniciación*, hay allí cuarenta afirmaciones que definen la forma de vida que hace al masón, a partir del Primer Grado Simbólico. Desde aquella inicial en que se le dice al profano que nosotros no reconocemos jerarquías sociales ni de fortuna, pasando por aquella que indica que no es una secta ni un partido, o por aquella que hace análoga la idea de los

hombres sin doctrinas arraigadas con las embarcaciones que sucumben dismanteladas, siguiendo por la expresión de nuestra necesidad de una constante decisión de la voluntad para todo lo bueno; en fin, hasta concluir señalando que toda logia es un taller de hombres de buena voluntad consagrados a la obra de su propio perfeccionamiento y a la redención de las sociedades. ¡Cuarenta afirmaciones de un modo de vida!

Frente a ello, cabe preguntarnos si la sola pertenencia a la Orden, constituye una forma de vida compatible con los contenidos que arquetípicamente nos propone el Ritual de Iniciación. Seguramente, la respuesta inmediata sería que no. El hábito, diremos, no hace al monje. Vestirnos de oscuro, cubrirnos con un mandil, y ponernos al Orden entre columnas, no es la señal esperada que nos patente la condición de masón, de una conciencia que ha aquilatado la forma de vida que se nos propone iniciáticamente.

La pertenencia a la Orden pone a disposición el medio en que la conciencia individual del Iniciado pueda vivir, y no solo vivir, sino vivir de una forma determinada. Y en la medida que esa conciencia se alimente de ese medio, deberá vivir del modo en que los nutrientes vayan satisfaciendo su estado energético. Una conciencia sana, se vigorizará con los nutrientes y perdurará de mejor forma que una conciencia enferma. Esos nutrientes que entrega el medio masónico son los elementos que dan la energía necesaria, para superar los efectos de los males y de las enfermedades del espíritu.

Una larga permanencia en la Orden, sin duda, es producto y constituyente de una forma de vida. Pero, toda vida es una singularidad, una individualidad única, un proyecto específico que se hace tangible en los actos y las conductas. Cada cual, en su condición única, es parte de una condición común, colectiva: humana, por excelencia.

Y aquí viene a ser radicalmente importante el talante, la disposición con que nos presentamos frente a quienes integran el colectivo, la forma de vida común. Y el talante de nuestros viejos maestros, de aquellos que han recorrido las vicisitudes de la experiencia del hacer común, de la conciencia individual adornada de sabiduría y auto-construida con la moderación y la constancia, vienen a constituir la tangibilización más coherente e irrefutable de una forma de forma de vida arquetípica, que debe ser parte de nuestro inconsciente colectivo, y de nuestra cotidianidad en el hacer masonería.

*

* *

UNA COMPRENSIÓN DE LA FRANCMASONERÍA PARA EL SIGLO XXI¹²

Introducción

La venda cayó, y nuestros ojos pudieron ver la luz. Con dificultades – parpadeando –, tratamos de acostumbrarnos a la intensidad lumínica que nos rodeaba, acentuada por el largo tiempo en que estuvimos privados de la vista. Vimos unas espadas dirigidas a nuestros pechos, y tras ellas las miradas serias de quienes las sostenían que nos observaban. Alcanzamos a distinguir los detalles del Templo – unos pocos –, y muchos fueron los que se nos escaparon. Así, nuestra comprensión de los que vivimos fue insuficiente para entender con plenitud los mensajes, los detalles, la envergadura de los contenidos.

Muchas de las palabras escuchadas en esa especial condición anímica, se perdieron, mientras otras quedaron indeleblemente grabadas en nuestra memoria. Tuvimos que ir a otras ceremonias iguales, ya como testigos, no en tanto protagonistas, para aprehender todos los detalles, y comprender en toda su significación el sentido y esencia de aquel ritual.

Ha pasado algún tiempo y no está demás preguntarnos si lo comprendimos todo, o si nuestra comprensión fue obnubilada por lo accesorio, o quizás solo comprendimos lo que nuestro acervo cultural nos permitió, prevaleciendo lo esencial de esa interpretación. Debíamos preguntarnos, todas las veces que sea

¹² Este trabajo fue presentado ante la Masonería de la Patagonia Chilena, en una jornada preparada por la Logia "Estrella Polar" de Punta Arenas, abril de 2007.

necesario, en nuestra introspección cotidiana, si nuestra comprensión de la Masonería es la que corresponde a su doctrina, y si tenemos la capacidad de interpretar correctamente el proyecto que ella representa. Luego, preguntarnos cuales son las coincidencias que mi comprensión expresa con las comprensiones de aquellos Hermanos, con los cuales compartimos las Cámaras de Docencia, los ágapes y la comunión logial.

A esa puesta en común, de cada encuentro y reencuentro con quienes compartimos el trabajo en la cantera, apunta esta reflexión.

La comprensión germinal de lo masónico

Hace ya casi tres siglos, se produjo el hito que, históricamente, es definido y reconocido como el comienzo de la Masonería Moderna o Especulativa, al registrarse la constitución de la primera Gran Logia reconocida como un poder legislador y regulador sobre un conjunto de logias. Esta aseveración puede prestarse, como todo hecho histórico, para ser rebatido, pero, existe la convención de señalar ese evento como el hito a que me he referido. Porque todo hecho histórico, nunca es un punto de partida, sino solo un episodio marcado por las consecuencias de determinadas causas, las que en si mismas son otros hechos históricos anteriores, muchas veces más relevantes que el propio hito que creemos más importante o primigenio, pero que, por determinadas circunstancias, queda referenciado cronológicamente dentro de la comprensión humana, para acotar los espacios y los tiempos, en que el discurrir nos lleva a entender el desarrollo de los procesos que hacen el tránsito de los grupos sociales.

Ciertamente, el hecho aludido establece algunas condiciones que hacen posible una comprensión de la Masonería, luego de un sinuoso tránsito anterior que tiende a ser nebuloso,

para imponer una condición de regularidad que tendrá sus consecuencias en muchas de las incertezas históricas que siguen dividiendo a los masones, impidiendo que la Orden pueda alcanzar una condición verdaderamente *universal*, y que podamos congregarnos en todos los lugares del mundo como parte de una sola comprensión fraternal.

Una de las primeras reflexiones que surgen de aquel hecho que tiene connotaciones fundacionales y que reconocemos como el inicio de la Masonería contemporánea, es que tal acontecimiento no es el nacimiento mismo de la Masonería – puesto que las logias que concurren a ese evento ya existían, como lo afirma el relato de lo que ocurre en 1717 –, sino que lo que viene a ser fundante es el establecimiento del primer poder regulador.

¿Qué nos dice el relato? Que, existiendo logias en una condición precaria en su funcionamiento, cierto desorden en los propósitos y las formas, fue necesario crear una Gran Logia para tener la capacidad de regular el funcionamiento de ellas y legislar las conductas que sus integrantes debían observar.

Parece ser que, en la memoria masónica y en el relato que señala el punto de partida de toda la comprensión que hemos tenido de ella, lo que hace posible la existencia de una Masonería Especulativa, no es el hecho que un grupo de masones se reúnan a especular en una logia sobre las circunstancias humanas, sino que, por sobre todo, es fundamental y determinante precisar bajo que condiciones ello es posible, es decir, sobre que marco se crean las condiciones para que esos trabajos tengan legitimidad y reconocimiento.

De allí que, el segundo hito histórico y proposicional, que determina la fundación de la Masonería Moderna o Especulativa, sea la enunciación de la Constitución de Anderson de 1923, para todos nosotros el primer documento doctrinario, legislativo y ético, que pone en evidencia los propósitos, contenidos y normas,

que hacen la definición y comprensión de lo masónico de un modo determinante.

Muchos años después vendrá la discusión extraviada sobre los *landmarks* o *antiguos linderos*, que aún hoy sigue animando las especulaciones de los masones, sobre cuales deben ser los contenidos que comprende lo masónico, pero, aún con su recurrente iteración en los debates que pretenden acotar las definiciones sobre lo que somos, ninguna de las afirmaciones de Mackey y Pike, tienen el valor histórico y la trascendencia ética que contiene la obra constitucional andersoniana, ni congregan el consenso que estos documentos reguladores y legisladores poseen de un modo evidente. Entonces, si hay *antiguos linderos* que marcan de modo indeleble la comprensión de lo masónico, estos fueron rescatados de tradiciones de remoto origen por la pluma y la acuciosidad indagativa de aquel, nuestro padre constitucional inglés.

Comprensiones contradictorias

Las pugnas políticas y las influencias culturales derivadas del tránsito histórico, que podemos percibir en la Europa occidental y en la gran Bretaña, donde los ingleses, escoceses y franceses tuvieron un determinante protagonismo, incidirán en lo que ocurre con la Masonería a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. A partir de los antecedentes de esas comprensiones del hacer masónico, podemos decir que se constituyen dos conceptos predominantes: el inglés y el francés.

Son dos comprensiones diversas que se hacen presente en el hacer masonería y en la forma de proyectar su acción bienhechora en la sociedad, y que llevarán a los masones a tomar caminos distintos, muchas veces con un tono y un carácter definitivamente contradictorio.

Efectivamente, en el periodo que señalo, se producen dos comprensiones de la Masonería, que prevalecen hasta nuestros días: el espíritu de club inglés - *the spirit of English club* – y el espíritu de barricada francés - *L'esprit français de barricade* -. Ambas concepciones, ambas formas de comprender el Arte Real, conducirán a ya eternas discrepancias sobre como hacer masonería, para que hacer masonería, y, en no menor medidas, respecto de que es la masonería.

El *spirit of English club*, nos ha señalado que hay que crear condiciones en las logias para que el hombre encuentre los caminos de perfectibilidad en el ambiente limitado de la logia, para que allí viva la fraternidad y el amor a la Humanidad, para que, en la rutina del ritual, entienda la esencia reveladora del mensaje que la tradición conlleva, sin necesidad de contenidos ideológicos ni elementos exógenos que induzcan a la discrepancia entre sus miembros. En la perspectiva de trascendencia hacia la sociedad, propone el obrar concreto que debe manifestarse en acciones de beneficencia hacia aquellos que están fuera de la Luz y de la Verdad.

El *esprit français de barricade*, en tanto, estará marcado por la vivida impronta de una sociedad en constantes cambios, que debe enfrentar el desafío de las propuestas sociales que marcan el tránsito histórico de los grupos humanos. El desafío masónico es asumido en la necesidad de aportar a una forma de sociedad donde los principios y valores, que la masonería exalta para el bien del hombre y de la Humanidad, se hagan tangibles en un modelo social. La trascendencia del verbo masónico, debe manifestarse en la tangibilidad societal, en como es posible crear condiciones para el hombre, que garanticen su emancipación espiritual y material.

Estas dos comprensiones, que tienen su fundamento en experiencias históricas distintas, pero, inter-relacionadas por la propia historia que une y confronta sus culturas nacionales, han

seguido influyendo hasta el tiempo presente, igual como desde hace dos siglos.

Pero, más allá de lo trascendente que viene a ser la influencia de ingleses y franceses, lo cierto es que, podemos comprobar con facilidad que la Masonería se hizo durante gran parte del siglo XIX, de la manera como los masones la entendían según su cultura local. Hubo entonces miradas distintas frente a los desafíos que imponía a sus miembros el medio en que se desarrollaban.

El sentido de la regularidad no estaba particularmente consolidado. En muchos casos, más que una pureza en las cuestiones formales lo que se impuso fue una cultura masónica – una comprensión ética –, que buscaba superar por distintos caminos el lastre histórico que pesaba sobre las sociedades en que se desenvolvían, donde imperaba aquello que por esencia el contenido masónico buscaba superar.

Porque, debemos aceptarlo, aún con las diferentes lecturas que masones de distintas latitudes hacían de la doctrina que nace bajo el impulso de 1717 y de las Constituciones Andersonianas, lo que estaba allí subyaciendo era un mensaje avizorante de una nueva concepción de la Humanidad, una buena nueva que no estaba destinada solo al excelso ambiente de los templos de los Obreros de Paz.

Ciertamente, aquella cultura masónica generó muchas formas de implementación. Algunas fueron sociedades con propósitos específicos de carácter social o político, otras fueron sociedades que apuntaban a descubrir misterios, y estaban aquellas que se dedicaron a propiciar la exclusiva práctica fraternal. Hubo algunas de perduraron, y otras que no tuvieron esa oportunidad. Unas y otras buscaron formalizar sus inquietudes y prácticas, a través de formulaciones rituales de las más variadas naturalezas.

La prolífica generación ritual obedece, de manera importante, a comprensiones distintas del hacer masónico y a la forma en que cada comprensión creyó encontrar la forma más adecuada de constituir los medios para transmitir la doctrina que dejara plasmada el reverendo Anderson.

Es imposible llegar a tener hoy una prístina línea de fidelidad coherente e incuestionable desde el punto de vista histórico, que pretenda establecer la ininterrumpida filiación con la fundación de la Gran Logia de Londres y la Constitución Andersoniana. Aún la Gran Logia Unida de Inglaterra, que hoy nos orienta y nos patenta con su reconocimiento, tiene un pasado no perfectamente conectado con aquellas cuatro logias londinenses que dejaron claramente lindado el inicio oficial de la llamada Masonería Especulativa.

No nos olvidemos que la discusión entre los Modernos y los Antiguos se generó en la misma Inglaterra, poco después de las Constituciones Andersonianas, y solo se vendría a resolver en 1813. Aquella discusión terminó con una capitulación conceptual de los Modernos, que tarjo por cierto consecuencias importantes más allá de Inglaterra, donde la Masonería se había desarrollado de un modo espectacular.

Empero, la proliferación de ritos y poderes reguladores, así como de organizaciones con claros perfiles paramasónicos, nos debe llevar a reconocer la existencia de una cultura masónica que se extendió por distintos lugares del mundo. Pretender excluir a toda esa pléyade de esfuerzos de la historia masónica, es un error sociológico, antropológico e histórico.

Así, si hubo organizaciones de tipo masónico, con propósitos no específicamente masónicos, fue porque la masonería era capaz de influir, de alguna manera, en algún sentido, en lo que esa organización pretendía. Por esta razón, los eventos históricos han recibido la influencia ética de la Masonería en hombres que han cumplido roles en posiciones contrapuestas.

Referencias ordinales

Por cierto, en algún momento, hubo que ordenar tanta iniciativa y tanto esfuerzo disperso, muchas veces definitivamente extraviado. Era necesario regularizar el excesivo desorden. El primer esfuerzo para poner fin a las fantasías, al juego caballeresco y a la fabulación descontrolada, fue el Convento de Wilhelmsbad, en 1782. No tuvo un resultado exitoso, aún cuando logró acotar los excesos de manera importante.

Por eso tiene un alto valor lo que ocurre en Lausanne, en el ámbito del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, en 1875, que tiene la particularidad de imponernos la adecuada lógica de los medios de reconocimiento, es decir, la regulación del procedimiento del retejado. Pero, tiene también la importancia de recordarnos, a través de sus *Institutas*, cinco puntos que son esenciales para entender lo que es Masonería

Art. 1º.- La Francmasonería Escocesa proclama ahora, como desde su origen ha proclamado siempre, la existencia de un principio creador, al que rinde culto bajo el nombre de Gran Arquitecto del Universo.

Art. 2º.- No impone ningún límite a las investigaciones de la verdad, y exige a todos los miembros la tolerancia, a fin de garantizar a todos ellos esta libertad de investigación.

Art. 3º.- La Francmasonería abre su seno a los hombres de todas las nacionalidades, de todas las razas y de todas las creencias.

Art. 4º.- Es por lo mismo que prohíbe en su logias toda clase de discusiones políticas y religiosas, pues, desea acoger en ellas a todos los profanos, cualesquiera que sean sus opiniones políticas y religiosas, con tal que sean libres y de buenas costumbres.

Art. 5º.- La Francmasonería tiene por misión combatir a la ignorancia bajo todas sus formas, y constituye una escuela de

enseñanza mutua, cuyo programa se encierra en los siguientes lemas: obedecer las leyes del país, vivir con honra, practicar la justicia, amar a sus semejantes, y trabajar sin cesar por la felicidad de la humanidad y por su progresiva y pacífica emancipación.

En 1929 – sí, hace tan poco – la Gran Logia Unida de Inglaterra, señalará los puntos que particularizan la regularidad de la concepción iniciática que nos organiza, educa y disciplina, al señalar los requisitos para el reconocimiento de las Grandes Logias:

1. La Regularidad de Origen, o sea, que cada Gran Logia haya sido fundada regularmente por una Gran Logia debidamente reconocida, o por lo menos por tres logias constituidas regularmente.

2. La creencia en el Gran Arquitecto del Universo y en su voluntad revelada, serán condiciones esenciales en la admisión de sus miembros.

3. Todos los iniciados deberán prestar su juramento sobre el Libro de la Ley Sagrada abierto sobre el Arca.

4. La Gran Logia y las Logias particulares estarán formadas exclusivamente por hombres; cada logia no mantendrá ninguna relación masónica, de cualquier naturaleza que sea, con logias mixtas o Talleres que admitan mujeres entre sus miembros.

5. La Gran Logia ejercerá una jurisdicción soberana sobre las logias que controla; es decir, será un Organismo responsable, independiente y completamente autónomo, poseyendo una autoridad indiscutida sobre los Grados Simbólicos (Aprendiz, Compañero y Maestro) colocados bajo su jurisdicción y no estará subordinada de ninguna forma a un Supremo Consejo o a una Potencia que reivindiquen un control o supervigilancia sobre estos grados, ni compartirá su autoridad con ese Consejo Supremo o Potencia.

6. *Las Tres Grandes Luces de la Francmasonería (Libro de la Ley Sagrada, Escuadra y Compás) estarán siempre expuestos durante los Trabajos de la Gran Logia o de las Logias que ella controle, siendo la principal de esas Luces el Libro de la Ley Sagrada.*

7. *Las discusiones de orden religioso y político serán estrictamente prohibidas en Logia.*

8. *Los Antiguos Límites (Landmarks), Costumbres y Usos de la Masonería serán observados estrictamente.*

Con esos elementos rectores, podemos centrar nuestra reflexión sobre cual debe ser nuestra comprensión de la Francmasonería para el siglo XXI, y esa comprensión deber ser el instrumento intelectual que motive y promueva nuestro desarrollo iniciático, para hacer de la Francmasonería un instrumento efectivo en bien de los hombres y de la Humanidad, frente a los desafíos que presenta el mundo en que vivimos.

El propósito que nos congrega

Pretendemos en esta reflexión señalar los elementos esenciales que permiten definir la comprensión de la Francmasonería para el siglo que ya ha avanzado más de un lustro.

Lo primero en que debemos estar contestes es que la Francmasonería es una escuela de ética y moral, destinada a preparar a sus iniciados para su búsqueda de la perfectibilidad individual, para influir positivamente en el curso de los aconteceres humanos. Purifica al hombre, y a través de esa labor proyecta su acción bienhechora hacia la Humanidad toda.

Todas las definiciones que hemos encontrado sobre la Masonería, convergen hacia el mismo objetivo superior - el perfeccionamiento de la Humanidad, de la sociedad -, que comienza en el perfeccionamiento del Hombre individual.

Ninguna gran idea, ningún propósito trascendente, ningún proyecto de Humanidad es posible, si las piedras con las que se construye una Gran Obra no están debidamente devastadas, adecuadamente pulidas, para cumplir su función constructiva.

No es posible pensar una Humanidad mejor, un país mejor, una sociedad mejor, una comunidad mejor, una familia mejor, si quienes componen las logias no asumen la necesidad de corregir sus defectos de herencia, sus pasiones, sus errores. Ergo, el objetivo fundamental que la Masonería pretende es que sus integrantes, iniciados en sus prácticas y doctrinas, sean hombres de bien, capaces de dominar su temperamento y decididos a asumir lo que la doctrina, expresada en nuestros rituales, nos propone como modelos a seguir y a desarrollar en nuestra actividad cotidiana.

Nuestro Ritual de Iniciación nos invita a asumir como propios ciertos principios, que son fundamentales para nuestra primera etapa de alquimia espiritual. No nos compelen como si fueran mandamientos, no nos obligan como si se trataran de un credo, no nos condiciona con la sensación del pecado si no los observamos, pero, por cierto, deja planteado el desafío de asumir tales valores y prácticas en conciencia, los que son indivisibles de un francmasón que ha comprendido en profundidad la doctrina que anima a la Orden.

Es decir, en buenas cuentas, podremos ser grandes personalidades públicas, notables intelectuales, reconocidos profesionales, pero, si no somos capaces de aquilatar y traducir en actos manifiestos lo que nuestra doctrina expresa en nuestros Rituales, no podremos considerarnos iniciados y *solo estaremos*, como lo señala la Sabiduría Antigua, *a las puertas del Templo*. Es habitual que, a poco de iniciar la marcha entre columnas, arrastrando la materialidad de la Escuadra, el Aprendiz de Masón sea seducido por variados conceptos místicos, y al no haber abrevado su sed de saber en el manantial del Rito, los entienda

según una mirada y una comprensión exógena, según el acervo extramural, aspecto absolutamente normal a una conciencia construida según patrones profanos, distantes a los contenidos que la Francmasonería pretende sublimar.

Es normal que la búsqueda nos lleve a engolosinarnos con todo aquello que nos sugiera cierto cuerpo místico de ideas, más aún, ante la crisis espiritual que ha desatado la post-modernidad, posibilitando un ambiente abonado para sembrar las más variadas creencias y las más incitantes seducciones ocultas. No nos olvidemos el *boom* que produjo hace un par de años un simple relato, un simple mito urbano, "*El Código da Vinci*", la literariamente discreta novela de Dan Brown, que produjo tanta adicción y comentarios, que favorecieron grandemente la industria editorial en el mundo, y en nuestro país la industria de la piratería. En un plano más elevado, nuestros iniciados se sintieron subyugados por el relato matriz – "*El enigma sagrado*" – que fue recurrente en muchas cámaras de instrucción y en muchas discusiones de ágapes, lo cual es absolutamente legítimo, en este último escenario, tratándose de hombres ilustrados. No voy a hacer mayores abundamientos en las modas místicas que surgen de la industria editorial, respecto de las leyendas druidas, templarias u orientistas.

Efectivamente, hay muchas lecturas que nos invitan a recorrer caminos que nos llevan a vías ocultas, por las cuales transitar sin mucho esfuerzo reflexivo, y cuando no hay fortaleza en lo que nuestra vía iniciática nos propone, construimos una atalaya intelectual, donde plantamos nuestra propia e inexpugnable aseveración de esoterismo. Ocurre muchas veces entre nosotros, más allá de la gradación en que nos encontremos, producto del reconocimiento de nuestros Hermanos. Esto hace que la libertad de conciencia a que la Orden nos estimula, muchas veces, más que usada para explorar, sea usada para consagrar

verdades que suponemos perfectamente decantadas en nuestra comprensión.

No pretendamos que nuestras particulares certezas nos franqueen las puertas de la verdad, por el solo mérito de un discurrir afirmado en lecturas sorprendentes. No pretendo con estas palabras excluir los caminos de búsqueda que surgen del estudio sereno y reflexivo, que todo hombre ilustrado, a través del ejercicio de su libertad de conciencia, está en pleno derecho a emprender. Solo quiero poner en común la afirmación de que la impronta que establece nuestra condición iniciática, se sustenta en nuestra doctrina expresada en los Rituales.

Si la Masonería es esotérica, es porque ha asumido una tradición basada en un conocimiento gradual, que induce al perfeccionamiento de las conductas humanas. No es un conocimiento que pretenda acceso a estadios ocultos, a fórmulas mágicas para cambiar nuestra naturaleza humana. Nuestro proceso alquímico no tiene que ver con el paso de un estado a otro, producto de llaves ocultas, o poderes inciertos, ajenos a la lógica humana. Nuestro proceso tiene que ver con simples herramientas, que la Sabiduría Antigua definiera como fundamentales para modelar la piedra dura y burda, devenida del magma de nuestras pasiones, de nuestros errores y de nuestra herencia cultural.

Posiblemente, para más de alguna percepción superficial, esta simple constatación puede ser frustrante. Sin embargo, en esa Tradición se encuentra el punto central del drama humano, la encrucijada que impide que los hombres puedan reconocerse como hermanos. Precisamente, las pasiones humanas son las que han desencadenado y siguen desencadenando los grandes males en la convivencia social, produciendo dolor, violencia, confrontación, controversias insalvables, infelicidad, guerras, injusticias, opresión. Nuestra declaración de principios, ante esa constatación, lo plantea claramente, y no está demás, siempre y

bajo toda condición, recordar algunas de sus categóricas afirmaciones:

“Fundada en el sentimiento de la Fraternidad, constituye el centro de unión para los hombres de espíritu libre de todas las razas, nacionalidades y credos”.

“Promueve entre sus adeptos la búsqueda incesante de la verdad, el conocimiento de sí mismo y del hombre en el medio en que vive y convive, para alcanzar la fraternidad universal del género humano”.

“A través de sus miembros proyecta sobre la sociedad humana la acción bienhechora de los valores e ideales que sustenta”.

“Exalta la virtud de la tolerancia y rechaza toda afirmación dogmática y todo fanatismo”.

“(los francmasones) Anhelan unir a todos los hombres en la práctica de una moral universal que promueva paz y entendimiento y elimine los prejuicios de toda índole”.

Para mayor abundamiento, Anderson especificaba certeramente en su elaboración Constitucional de 1723:

“El Masón está obligado, por vocación, a practicar la moral, y si comprende sus deberes, nunca se convertirá en un estúpido ateo, ni en un hombre inmoral. Aún cuando en los tiempos antiguos los masones estaban obligados a practicar la religión que se observaba en los países donde habitaban, hoy se ha creído más oportuno, no imponerle otra religión que aquella en que todos los hombres están de acuerdo, y dejarles completa libertad respecto a sus opiniones personales. Esta religión consiste en ser hombres buenos y leales, es decir, hombres de honor y de probidad, cualquiera que sea la diferencia de sus nombres o de sus convicciones. De este modo la Masonería se convertirá en un centro de unidad y es el medio de establecer

relaciones amistosas entre gentes que, fuera de ella, hubieran permanecido separados entre sí”.

“El masón, debe ser una persona tranquila, sometida a las leyes del país donde esté establecido y no debe tomar parte ni dejarse arrastrar en los motines o conspiraciones fraguadas contra la paz y contra la prosperidad del pueblo, ni mostrarse rebelde a la autoridad inferior, porque la guerra, la efusión de la sangre y los trastornos, han sido siempre funestos para la Masonería”.

Aspectos fundamentales

El aprendizaje masónico está determinado por el Ritual de Iniciación. Allí se encuentra condensado el plan que la Sabiduría Antigua propone para la construcción iniciática de un hombre, que debe transmutar su condición de piedra bruta a piedra pulimentada, capaz de integrarse meritoriamente a una Obra Grande, una construcción superior desarrollada por aquellos, que como él, se dedican al Arte Real, esa destreza espiritual que se eleva por sobre las capacidades comunes y corrientes.

Cuando pensamos a la Masonería como una elite, no debemos creer que ella es superior a la media, por contar entre sus miembros a una pléyade de intelectuales, u hombre socialmente connotados, o reconocidos por su poder económico o político. Ello nos haría sinonímicos a cualquier organización profana, constituida como club o asociación de derecho privado, muchos de ellas concebidas en torno a intereses de poder o prestigio social.

Kipling, en uno de sus célebres poemas, nos da la pauta cuando define la media de los miembros de su logia madre, cuando señala:

“Allí estaban Rudle, el jefe de estación,

*Peazley, de la Sección de vías y Trabajos,
 Ackman, de Intendencia,
 Donkin, funcionario de la Prisión
 y Blake, el Sargento Instructor
 que fue dos veces nuestro Venerable;
 y también estaba el viejo Franjee Eduljee,
 dueño del almacén "Artículos Europeos".
 afuera nos decíamos "Sargento "o "Señor" ;
 "Salud" o "Shalom";
 adentro, en cambio, "Hermano" y así estaba bien.
 Nos encontrábamos en el Nivel y nos despedíamos en la
 Escuadra.
 Yo era el segundo Diácono.
 Estaban, también, Bola Nath,
 Saúl el contador,
 el judío de Aden,
 Din Mohamed de la oficina del Catastro,
 el señor Chuckerbutty
 Amir Sing el Sikh
 y Castro, del taller de reparaciones,
 que por cierto era católico romano.
 Nuestros ornamentos no eran ricos
 y nuestro Templo era viejo y desguarnecido,
 pero conocíamos los Landmarks
 y los observábamos escrupulosamente..."*

¿Que nos estaba diciendo Kipling en ese poema? Por cierto, no nos está hablando de una componencia logial que expresa la cúspide social y administrativa del colonialismo inglés en la India. Nos está hablando de hombres de trabajos, integrantes del cotidiano social. Es más, cuando las cuatro logias se reúnen en Londres para fundar una Gran Logia, dando inicio a lo que llamamos Masonería Moderna, no se reúnen en un palacio real, o

en una finca condal, o en una mansión de la nobleza. ¿Qué nos indica esto? Simplemente, que la Masonería tiene su composición en personas sencillas, carente del boato y de la connotación del éxito o el pináculo social. Son personas que hacen sociedad con su esfuerzo, con sus destrezas, con su trabajo directo.

Sin embargo, son distintos y superiores espiritualmente, porque han sido capaces de desarrollar las destrezas que subliman aquellos elementos que hacen posible la exaltación del hombre a su plenitud ética y moral. Son protagonistas e impulsores de una plenitud espiritual, donde los seres humanos pueden considerarse efectivamente libres en su pensar, fraternos, dialogantes, tolerantes ante su diversidad, caritativos; hombres más allá de toda diferencia que surge de la fortuna, de sus particulares creencias, de su origen, del color de su piel o de su cultura; en fin, hombres diversos y diferenciados, pero, unidos por lazos de fraternidad que surgen de su propia naturaleza humana.

Basamentos para nuestra comprensión

De lo dicho, nos queda entonces, sintetizar de una manera clara, lo que entendemos como Masonería, y como damos contenido a una comprensión de la Orden, que nos permita que esta peculiar institución moral, velada por símbolos y alegorías, siga cumpliendo su misión, de un modo cada vez más efectivo y trascendente.

Diremos entonces, en primer lugar, que la Francmasonería es una escuela iniciática, una escuela que instruye, enseña y educa, sobre la base de un método tradicional y simbólico. Tradicional, porque recoge la forma y el propósito de la Sabiduría Antigua – aquella que hunde sus raíces en la historia de la Humanidad -, para traernos la comprobación de que, antes que cambiar las sociedades y el medio en que vive y convive entre el error y la ignorancia, es necesario cambiar al hombre en su

condición íntima e espiritual. Y simbólico, porque de un conjunto de nobles herramientas que el hombre creara para ejercer el más sublime de sus atributos – el arte de construir -, deriva una excelsa estructura alegórica, cuya componencia simbólica permite articular una doctrina esencialmente humanista y una conducta axiológica, que debe hacerse efectiva y tangible en el actuar del masón.

La Sabiduría Antigua descubrió, efectivamente, que la naturaleza misma del hombre es imposible de cambiar, por lo cual, para construir un hombre superior, lo que el iniciado debe aprender, asimilar y aquilatar son conductas que produzcan un cambio sustancial en las acciones humanas. En ese camino iniciático se encuentra su esoterismo, es decir, un camino gradual, velado por símbolos y alegorías, a través del cual la conciencia va enfrentando desafíos progresivos, metas que cumplir, valores que exaltar, conocimientos que permiten la transmutación alquímica de su personalidad.

Una doctrina que señala con nitidez como deben ser nuestros actos y actitudes, en el medio logial y en el medio en que nos relacionamos cotidianamente. Una doctrina de nos indica que nuestra posición al orden nos invita a contener nuestras pasiones, que los efluvios de la ira, del error y de ambición, que irrumpen desde nuestra constitución primaria, no obnubilen el buen discurrir. Una doctrina que nos recuerda a través de la marcha entre columnas, que arrastramos nuestra materialidad, impidiéndonos avanzar con rapidez; una doctrina que nos une en una fraterna cadena, en comunión espiritual, en toda circunstancia y situación.

En fin, cada uno de nosotros tiene la posibilidad de repasar nuestros Rituales de Primer Grado – tanto el de Apertura y Cierre como el de Iniciación -, así como la capacidad de observar la riqueza de los símbolos que adornan nuestros Templos, para comprobar, las veces que sea necesario, nuestra doctrina y sus

profundos contenidos. Una doctrina que está ineludiblemente relacionada con una concepción ética, una reflexión serena sobre las acendradas conductas que debemos desarrollar en los distintos planos de la convivencia humana, y que derivan en una acción moral correspondiente.

Epílogo

Concluyendo esta exposición de ideas, quisiera poner énfasis en una exhortación sentida y profunda, especialmente dirigida a quienes, luego de un tiempo, continúan sus trabajos entre columnas, ya sin ese enamoramiento con la vivencia iniciática, donde lo que prevalece es, por sobre todo, una acostumbamiento o una cierta propensión rutinaria, y donde el ritual ya no es sino una formalidad, antes que una invitación a la búsqueda y al desafío intelectual de pensar y repensar la Masonería.

Mi invitación a esos espíritus un tanto tumefactos, es que veamos a la Masonería como lo que es: un proyecto de Humanidad. Siéntanse parte de una epopeya que lleva siglos a favor de Hombre. Veámosla con sinceridad vigente y trascendente; potenciémosla con nuestros mejores esfuerzos y nuestras más sólidas convicciones, alejando toda mirada ácida, toda pretensión un tanto cínica que pueda aportar nuestra comodidad o nuestro escepticismo postmoderno.

Asumamos que solo el bien permite al hombre su transmutación alquímica, de una condición burda a una que lo torna en material precioso; con la certeza de que el bien no es cuestión de especulación filosófica, sino de actos positivos percibidos por los demás; actos que nos elevan sobre pasiones incontenibles e irracionales. Actos que están perfectamente definidos en los contenidos axiológicos que nos propone el ritual iniciático. Tal pues que, por sobre todo, debemos recordar que la

virtud cuya práctica más apreciamos los masones, tratándose de nuestros semejantes, es la caridad.

Frente a las angustias y dudas propias de la postmodernidad y la globalización, busquemos nuestras certezas en lo que la Orden debe ser y en la confianza de que somos parte de un largo camino, cuya esencia nos une con los mejores esfuerzos de la Humanidad por mejorar la condición espiritual del hombre a favor de su condición intrínsecamente humana; que nos une con el sueño pitagórico, con la esperanza esenia, con el misterio templario; en fin, con las mejores tradiciones esotéricas que el hombre ha desarrollado para vencer el error, el vicio, la violencia, al desmedida ambición.

Tengamos siempre conciencia de que *"la vida es una batalla continua, ruda e implacable. No se adivina cuando tendrá término o si en ella no se puede esperar otro armisticio que la muerte... Es una lucha de la verdad contra la mentira, de la sinceridad contra la hipocresía, de la libertad y la tolerancia contra la tiranía y el fanatismo... Lucha de siglos, tremenda y solemne, que la Francmasonería, por su parte, acepta para realizar, en cuanto de ella dependa, todo lo que importe salud y alegría, fuerza defensiva para el hombre y para los pueblos"*.

*

* *

LA ACCIÓN MASÓNICA. UNA REFLEXIÓN EN DOCTRINA¹³

INTRODUCCIÓN

Hay un concepto que está profundamente enraizado en la conceptualización de la Masonería, y que hoy se entiende como íntimamente asociado al ser masónico, el cual nos convoca para ser debatido en esta oportunidad: la acción masónica. Esta acepción podría parecer fuera de lugar para muchos de los miembros de la Orden, que asumen que el ser masón, en sí mismo, es sinónimo de acción, por lo cual, decir “acción masónica” es un vicio del lenguaje masónico. Para otros, les pareceré fuera de lugar porque entienden el ser masónico como un estado de excepción del espíritu, que pone al individuo en una condición fuera del tiempo y el espacio vulgar y, por lo tanto, un momento en que solo la meditación debe ser el estado que determine el hecho masónico; una suerte de anonadamiento, de ahuecar el espíritu para llenarlo solo de cosas superiores pero intangibles.

Las concepciones iniciáticas, empero, obedecen a comprensiones del ser que, en el ámbito de la Masonería, están llamadas a ser acogidas en toda su diversidad, porque, al fin y al cabo, esta debe ser capaz de abrir el abanico de todas las posibilidades para reconstruir la espiritualidad humana, con la condición de cumplir con objetivos que le son característicos y que le hacen singular y capaz de trascender en todas las épocas, que la han hecho trascender en el pasado, que la hacen hoy, y que le harán trascender hacia el futuro.

¹³ Plancha presentada en la R.:L.: “Salvador Allende” # 191 (19 de junio de 2008).

Esa singularidad está en nuestros rituales y en nuestra declaración de principios, señalando nítidamente lo que pretendemos y la razón de ser que hace de la Orden una institución universal, atemporal y sublime para el espíritu.

Asumiendo que cada cual, en su nivel iniciático, está en condiciones de entender con nitidez y trabajar por los objetivos que la Orden le señala, y que constituyen su sublime misión en bien de la Humanidad, los objetivos que nos hemos planteado en esta Plancha, es reflexionar en torno a lo que viene, luego de conocer y entender el plan que la Orden nos ha señalado: es decir, el paso necesario del conocimiento a la acción.

DEFINICIÓN

Deberíamos entender la acción masónica, siguiendo la acepción de la lengua, que indica que una acción es la posibilidad de hacer, y el resultado de ese hacer efectuado o efectuable por quienes son reconocidos como masones, es decir, es el resultado de los actos de los masones sobre algo o alguien.

Hemos indagado en algunas fuentes que tenemos a mano, en las bibliotecas masónicas especialmente, tratando de buscar definiciones de la acción masónica. No existe una definición específica, y tampoco hay un tratamiento reflexivo de la acción masónica como un acápite específico. Tal es así que, analizadas las constituciones masónicas chilena, no hay una definición que hable específicamente de la acción masónica como un objetivo concreto del ser y hacer masónico. Sin embargo, en ellas siempre se desprende que hay una proyección del masón hacia intra y extramuros.

Como una contribución al debate, y con el ánimo de hacer una contribución intelectual a este tema inagotable y de amplia proyección y consecuencias, nos propondremos hacer un aporte a la teoría de la acción masónica, un ámbito que no debemos

entenderlo desde la perspectiva fragmentaria cognitiva del reduccionismo, sino desde la perspectiva holística del ser masónico, es decir, entendiendo que esta teoría de la acción masónica, en lo concreto es una reflexión sobre el ser masónico.

Podríamos crear una definición de la acción masónica a propósito de esta indagación, pero, creo que aquella que se hiciera hace ya dos décadas, en el Tercer Convento Nacional, debiera ser nuestra mejor referencia para entender lo que es ella: *“se define la Acción Masónica como todo quehacer individual o colectivo de los integrantes de las Logias, organismos y estructuras masónicas que, inspirados en los principios de la Orden y de su transparencia en el actuar, propenden a iniciar, completar o mejorar la marcha de la institución, el perfeccionamiento de sus integrantes y estructurar armónicamente toda labor o actitud hacia el mundo exterior en forma planificada, con objetivos definidos y bajo una dirección masónica, para el cabal cumplimiento de nuestros puros y dignificadores ideales¹⁴”*.

UNA REFERENCIA NECESARIA: LA TEORIA DE LA ACCIÓN Y SUS ALCANCES

Hoy se asume en los ámbitos de las ciencias sociales, que la teoría de la acción y la doctrina de las instituciones pertenecen al fundamento de una teoría general de la sociedad, y que están necesariamente interrelacionadas desde un punto de vista teórico. Por otro lado, en los sistemas de gestión, hay un interés muy potente por entender cuales son los factores que determinan la acción individual, y como ella se hace efectiva en los grupos laborales. Así, también en el estudio de los sistemas cibernéticos hay una permanente necesidad para establecer los contextos inter-

¹⁴ “Los Conventos Masónicos en Chile”. Alexander de Vic Tupper Manen, Anuario # 22. Año 2006). R:L:I:E:M: “Pentalpha” # 119.

relacionales que competen a la incidencia humana en las disposiciones tecnológicas.

En esos contextos, en los últimos 100 años, el pensamiento contemporáneo ha abordado la teoría de la acción, especialmente a través de las reflexiones de Emile Durkheim, Max Weber, Jurgens Habermas, Talcott Parsons; Erving Goffman y Martin Fishbein, para entender la trascendencia que tiene en las ciencias y en los fenómenos que determinan lo relacional del hombre. En esos aportes parece ser determinante que toda teoría de la acción debe estudiarse como un paradigma epistemológico centrado en lo intencional y relacional del sujeto, como un obrar cotidiano del que todos nosotros, es decir, los hombres de todos los tiempos, somos capaces.

Por cierto, la acción humana es intencional, ya que, al actuar, el hombre intenta la consecución de algún fin que se propone a sí mismo, es decir, toda acción tiene un propósito finalista, al perseguir un objetivo o efecto, es decir, tiene un fin. Toda acción se inicia en un cierto estado de cosas que un observador considera deficitario, y con el cual no se siente conforme o que supone puede ser mejorado. La finalidad de la acción puede ser provocada por cambios ocurridos en el entorno del observador, o puede ser provocado por un *statu quo*, es decir, es una reacción ante acontecimientos o estados percibidos.

El punto de partida para la acción es, entonces, el examen o la evaluación de un estado de cosas que deriva en la conclusión de que requiere ser transformado. El objetivo de la acción sería la solución de un problema, real o ficticio, que nace de la apreciación del observador, es decir, de la percepción de una situación que no es la deseada, que no es la satisfactoria o que no es agradable, y que al actuar sobre ella puede dar lugar al logro de una satisfacción o a la desaparición de una insatisfacción. Así, toda acción es resultado de un propósito o una intención discrecional que le da sentido, y donde los actos que la

caracterizan no necesariamente tienen coherencia con una lógica convencional, en virtud de lo cual, los fines de la acción humana son subjetivos, pues se los propone un observado-actor sobre la base de sus convicciones.

Fishbein, un autor de gran influencia en los últimos años, a través de su Teoría de la Acción Razonada, nos indica que la acción es el resultado de conductas, las que son el resultado de la evaluación del objeto o fenómeno sobre el cual se actúa y sus atributos, y señala los factores que anteceden a una conducta, explicando el comportamiento humano como resultado de creencias, actitudes e intensiones.

Define al ser humano como un animal racional que procesa y utiliza, permanente y sistemáticamente, la información de que dispone, a fin de juzgar, evaluar y llegar a la toma de decisiones. Sostiene que las creencias son la base informativa fundamental, que las actitudes se forman a partir de las creencias sobresalientes que se tienen en relación con los objetos o fenómenos, y que las intensiones corresponden a cuestiones de carácter personal y social del individuo.

Reversivamente, la conducta está basada en la intensión, esta en la actitud y en la norma, y éstas en las creencias conductuales y normativas. Así, la realización de ciertas conductas produce nuevas creencias y el ciclo se reinicia. La acción, entonces, según Fishbein, deviene de la convicción del individuo de que la realización de cierta conducta le proporcionará consecuencias favorables o desfavorables, en lo teórico agrado o desagrado, y en lo práctico utilidad o inconveniencia.

FUENTES FUNDACIONALES PARA LA COMPRENSIÓN DE LA ACCIÓN MASÓNICA

La acción masónica está en los orígenes y en el fundamento de la Masonería Universal. Su reivindicado tránsito

de Masonería de Obra a Masonería Especulativa, se da en el aserto de un obraje privilegiadamente material a un obraje especialmente espiritual.

Consolidada esa inflexión histórica, ¿cuál es el objeto de la acción masónica desde el punto de vista fundacional? Para el efecto de reflexionar sobre nuestro tema, la referencia de los textos masónicos fundacionales de la Masonería Moderna o Especulativa es ineludible. La Constitución de Anderson, parte con una definición, al establecer lo que es el deber de un masón: *“Un masón está obligado por su condición a obedecer la ley moral; y si entiende exactamente el Arte, no será nunca un estúpido ateo ni un libertino irreligioso. Pero, aunque en los tiempos antiguos los masones de cada país estaban obligados a ser de la religión de ese país o nación, cualquiera que ella fuese, ahora se considera más conveniente obligarlos a la religión en la que todos los hombres están de acuerdo, (...) que sean hombres buenos y leales u hombres de honor y honestidad, cualesquiera que sean las religiones o creencias que los distingan; por lo cual la masonería llega a ser el centro de unión y el medio de conciliar la verdadera fraternidad entre las personas que, de otra manera, habrían permanecido perpetuamente distanciadas”*. Por cierto allí está plasmada con absoluta claridad la acción que deviene de los deberes que asume quien es iniciado en las prácticas y doctrinas de la Orden.

Homologando ese primer pronunciamiento histórico y universal, veamos cual es el primer pronunciamiento de alcance local. La primera Constitución de la Gran Logia de Chile, en su Declaración de Principios, expresaba como objetivo *“la beneficencia, el estudio de la moral universal y la práctica de todas las virtudes. Tiene como base la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y el amor a la humanidad”* (art. 1°); *“tiene por divisa: Libertad, Igualdad y Fraternidad, pero recuerda a sus adeptos que trabajando en el dominio de las ideas, uno de sus*

primeros deberes como masones y como ciudadanos, es el respeto y observancia de las leyes del país que habitan. Sin embargo, en la esfera de la discusión filosófica, les será permitido procurar la reforma de las que no estuviesen de acuerdo con la justicia y la razón” (art.3°).

La Constitución de 1930, en tanto, expresa en su Declaración de Principios, que la Francmasonería *“tiene por objeto el perfeccionamiento intelectual, moral y físico de sus miembros y, por consecuencia, de la sociedad profana. Con este fin, incita a sus adeptos a investigar la verdad y a practicar todas las virtudes (...) Permite a los masones procurar, dentro de la discusión filosófica, la reforma de aquellas leyes que no estuviesen de acuerdo con la justicia y la razón” (art 1°).*

La Constitución de 1984, en sus Principios, expresa: *“...tiene por objeto el perfeccionamiento del hombre y de la Humanidad. Promueve entre sus adeptos la búsqueda incesante de la verdad, el conocimiento de si mismo y del hombre, en el medio en que vive y convive, para alcanzar la fraternidad universal del género humano. A través de sus miembros proyecta sobre la sociedad humana la acción bienhechora de los valores e ideales que sustenta”.*

A esos principios constitucionales, se suma otros elementos o referencias fundamentales ineludibles para establecer la acción masónica con acuerdo a la doctrina: ellos son los Rituales Masónicos en los cuales puede encontrarse un conjunto de definiciones sobre lo que caracteriza el accionar masónico. Los rituales de apertura y cierre, así como aquellos que confieren la calidad masónica en sus distintos grados, establecen también una condición fundante de la acción que el iniciado debe desarrollar de modo inexcusable.

En ese contexto, las afirmaciones de que nuestra Orden elige hombres, los educa, organiza y disciplina, corrigiendo en ellos los defectos de herencia, cuanto sea posible, prescindiendo

de las pasiones e intereses de círculo, para inspirarse solo en altos ideales, debiera ser una pauta u plan de toda acción masónica, y su permanente fuente generatriz.

FUENTES TEÓRICAS

Los ámbitos de la acción masónica han desarrollado visiones teóricas distintas, producto de los énfasis que aquella pueda adquirir por circunstancias históricas especiales. En 1793, por ejemplo, debido a los problemas que ocasionó la Revolución Francesa, dentro y fuera de la logias, la Gran Logia de Irlanda emitió una carta circular que planteaba: *“Los francmasones tienen suficientes oportunidades para expresar sus opiniones religiosas y políticas en otras sociedades y en otras capacidades, y no deben, bajo ningún pretexto, permitir que tales tópicos invadan el sagrado retiro de un logia, que tiene la propiedad peculiar de mejorar los Deberes Morales, corregir las debilidades humanas, e inculcar la Felicidad Social”*¹⁵.

En Chile, una fuente teórica obligada es la representada por Roberto Orihuela, quien publicara un trabajo cardinal en la Revista Masónica en diciembre de 1938, bajo el título *“Sepamos primero que es la Masonería”*, que constituye una referencia obligada para analizar el sentido de la acción masónica. Este trabajo fue reeditado de manera incompleta, por la misma revista en 1999, con otro título, y fue rescatado en su integridad por José Bravo Llantén, en el Anuario # 23 de la R.:L.:I.:E.:M.: *“Pentalpha”* # 119.

Parte señalando Orihuela, que en los Talleres, cuando se debate *“el tema de la actitud que debe adoptar la Orden ante diversos temas de actualidad (...) se insinúa con más o menos vehemencia la necesidad de que la Institución, como cuerpo se*

¹⁵ Carlos Gayán Salinas. “Temas Masónicos” # 1. R.:L.:I.:E.:M.: *“Pentalpha”* # 119.

pronuncie por una teoría, escuela o bando de los que bregan encarnizadamente en la ruda lucha del exterior. Y hasta se expresan palabras de desilusión porque ella no sale a la caldeada arena, lanza en ristre, a combatir abanderizada a determinado sector de la opinión o de tal o cual bandería”.

“Tales hermanos – continúa – parece que ignoran que la Masonería no se parece ni en la forma, ni en el fondo, ni en su estructura, ni en sus métodos, ni en nada, a los organismos que viven fuera de los Templos. Tampoco se contrapone a ninguno. Y esto porque su objetivo es otro; uno que no existe fuera de la Institución u al que – dicho sea en verdad – en el exterior no se le presta mayor atención: la moralidad del individuo”.

Durante su trabajo, Orihuela expresa con claridad su visión, sobre los objetivos de la Masonería y sobre los deberes que competen al masón, y se afirma fuertemente en que esta es una escuela, afirmando perentoriamente que *“debe concretarse a su labor educadora del individuo. Después el individuo obrará. Obrará bien si ha sido sabiamente educado, si la escuela logró en él su objetivo (...) Como escuela, como alta escuela que es, ella no obra: actúan los elementos que forma. ¿Cuándo se ha visto que una escuela de ingeniería construya un puente, o un ferrocarril, que la de derecho defienda un pleito, una de medicina recete a un paciente, o una de bellas artes pinte un cuadro? La misión de esas escuelas no es construir, alegar en el tribunal, sanar a un enfermo o pintar una tela. Es formar a los hombres que ejecutarán el ferrocarril, conducirán una querella, sanarán al enfermo o realizarán la obra de arte. (...) La Masonería, como escuela que es, actuará en la obra que realicen sus miembros. Los educará, los disciplinará (disciplina interna se entiende) los purificará para decirles luego: - Allí está el mundo profano. ¡Mirad cuánto dolor, cuánto atropello, cuánto vicio! Os he dado cabal conocimiento de las miserias humanas, os he fortificado la voluntad, he exaltado vuestros nobles impulsos. ¡Id, valerosos,*

nobles y fuertes a combatir tanto mal! ¡Id a luchar por el bien de la desdichada humanidad! - ¿Cómo? ¿Por qué ruta?, preguntará el masón. - Por la que cada cual sienta grata a su corazón o estime la más apropiada. (...) Y ahora nos preguntamos: ¿qué actitud debe adoptar la Orden ante tales o cuales grandes problemas? ¿La Orden? Señalar a sus miembros los males que afligen a la humanidad. Darles un espíritu retemplado y purificado de pasiones y egoísmos; darles el impulso necesario; fortificar su decisión y exaltarles a un sereno valor. Todo esto es obra a realizar dentro de los templos, como parte integrante de su misión de forjadora de caracteres. Lo demás lo hará cada uno convertido en paladín de la gran causa del bien humano, de la libertad, de la justicia, de la equidad social”.

Desde el punto de la teoría de la acción masónica, por cierto, es importante lo señalado por un grupo de masones que constituyeron la comisión redactora del sub-tema “Masonería y Acción” del Tercer Convento Nacional, que expresaron las ideas que cito a continuación, y que corresponden a párrafos del documento que no tienen la continuidad con la cual los presentamos a continuación:

“Teniendo en vista lo anterior se define la Acción Masónica como todo quehacer individual o colectivo de los integrantes de las Logias, organismos y estructuras masónicas que, inspirados en los principios de la Orden y de su transparencia en el actuar, propenden a iniciar, completar o mejorar la marcha de la Institución, el perfeccionamiento de sus integrantes y estructurar armónicamente toda labor o actitud hacia el mundo exterior en forma planificada, con objetivos definidos y bajo una dirección masónica, para el cabal cumplimiento de nuestros puros y dignificadores ideales”.

“La Francmasonería Universal es una Institución eminentemente docente y formadora, su fin último es el hombre

genérico y muy en especial el individuo, para hacer de este un elemento útil a la sociedad y a sí mismo”.

“Se entiende así que toda acción supone la adecuada preparación que ha de recibir en Logia: se trata de producir el hombre bueno, líder y ejemplo en todos los medios, capaz de superar y contrarrestar al “hombre masa” destinado a ocupar lugares secundarios”.

“Cada Masón, de acuerdo con su edad simbólica, está destinado a un nivel de acción que, en su conjunto, presentará la imagen exacta de una Institución unificada por Principios y no por dogmas, los cuales limitan la creatividad individual y la concepción de la vida. Los Masones tienen el deber de organizarse con todos los medios a su alcance para hacer imperar la justicia y el derecho, inspirados en los elevados Principios que la Masonería proclama como instrumento de convivencia social, y en el interés exclusivo de la Humanidad”.

“El problema se plantea cuando se trata de obtener de la Orden, a través de su Gobierno Simbólico, alguna opinión o actitud frente a un problema puntual o coyuntural profano de origen ajeno a lo simbólico; se estima innecesario incursionar en política contingente, ni pronunciarse en aquellos aspectos que pudieran dividir a los Hermanos”.

“La acción individual del Masón en el medio en el cual vive, deriva de un deber ético y humanitario, que le es impuesto por su conciencia en virtud de su preparación intelectual imbuida de los Principios que rigen su conducta. Y corresponde a su peculiar interés por servir a los demás, que esta acción sea eficiente y positiva”.

FUENTES INTERPRETATIVAS

Las fuentes teóricas señaladas debemos cotejarlas con las visiones interpretativas de quienes han debido, en algún momento,

definir el ámbito y el alcance de la acción masónica, de acuerdo a las circunstancias de cada tiempo y cada lugar, ante la conminación que todo tiempo histórico impone en su peculiaridad.

Para ello, cavilaremos en torno a los siguientes tópicos de importancia interpretativa:

1. Mensajes de los Grandes Maestros

La más importante fuente interpretativa de la acción masónica, deviene del liderazgo ético que debe ejercer quien dirige la Masonería. En ese contexto, los Mensajes de los Grandes Maestros son una fuente importante donde constatar los conceptos de acción que deben orientar a los miembros de la Orden. En ellos advertiremos énfasis y circunstancias apreciadas de manera distinta.

El año 1935, se crea el Departamento de Acción Masónica de la Gran Logia de Chile, en virtud de lo cual el Gran Maestro Adjunto de la Gran Logia de Chile, Fidel Muñoz Rodríguez, fundamenta el decreto correspondiente con una Circular, en que expresa: *“Nuestra Orden es fundamentalmente constituyente, descansa en la tranquilidad social, y procura por todos los medios legales y pacíficos la armonía entre los ciudadanos, fomentando el espíritu de cooperación a la común obra de progreso humano”*. A continuación, hace algunos alcances sobre la realidad económica y social para concluir que *“Tal estado de cosas obliga sin duda alguna a las instituciones sociales y especialmente a la Masonería, a redoblar sus esfuerzos para remediar tan penosa situación, desplegando sus fuerzas propias en franca lucha contra la injusticia y los males sociales, en defensa primordial de las clases más sufrientes y más abatidas”*.

El documento hace enseguida un diagnóstico sobre las condiciones de salud y alimentarias del pueblo, sobre la situación económica y los impuestos, la instrucción y la cultura, los

problemas de la tierra y denuncia la actitud de los sectores conservadores del país. Luego, las circunstancias políticas nacionales e internacionales, previas a la Segunda Guerra Mundial, se hacen presente en sus consideraciones finales, poniendo de manifiesto las consecuencias de la acción del fascismo sobre la masonería en Europa.

Su circular es una conminación a actuar decididamente en el mundo profano, a través de iniciativas concretas, tangibles e inexcusables.

Equidistantemente, el 22 de junio de 1974, el Gran Maestro René García Valenzuela, en su Mensaje Anual a la Asamblea de la Gran Logia de Chile¹⁶, cuando el país se encuentra sometido a los momentos más duros de la represión de la dictadura de Pinochet, llama a *“abandonar lo temporal y perecedero”*, proponiendo que *“los tiempos, tal como vienen, aconsejan una retrogradación”*. Y agrega: *“Necesitamos rectificar nuestros conceptos. Después de mucho pensar he llegado a la conclusión que lo que nosotros imaginamos nuestras sílabas comunes no están orientadas a los mismos objetivos de nobleza y bondad. Hemos venido confundiendo el universalismo con un esfuerzo masificado en el que desaparece el arte de construir. Hemos escondido nuestra individualidad iniciática en aventuras profanas, tras el engañoso sostén del anonimato y de la cómoda fuga de la irresponsabilidad”*.

Hacia el final de su mensaje plantea: *“Antes y después hemos salido al mundo profano en busca del pájaro azul y no hemos sido capaces de advertirlo en nuestra propia casa. Seguimos preocupados de los problemas contingentes y sus soluciones. Pera nada hacemos por aprovechar nuestra enseñanza, por ignorancia, por desdoblamiento, por acciones indebidas o por omisiones incalificables”*.

¹⁶ René García Valenzuela. Mensaje Anual, leído en Tenida de la Gran Logia de Chile, celebrada el 22 de junio de 1974 (E.V.). Imprenta Eire, 1974.

“Hemos intervenido en política. Lo hemos hecho individual o colectivamente, cometiendo numerosas equivocaciones. Cuando el Gran Maestro clamaba por el compromiso de la Orden consigo misma y con nadie más, nuestros hermanos la comprometieron con otros sectores extraños y la siguen comprometiendo, en una u otra forma, hacia uno u otro extremo, de esos que la Orden nunca aceptó ni aceptará”.

No es la idea hacer una revisión de los planteamientos de los Grandes Maestros, ya que para ello sería necesario un tratado. Lo que pretendemos con los dos ejemplos que hemos expuesto, es que las visiones de los conductores de la Orden son distintas, no solo por los momentos históricos en que les toca vivir, sino que también por sus propias visiones e interpretaciones de las circunstancias que les corresponde vivir.

2. Los conventos masónicos

Otra fuente interpretativa de la acción masónica, deviene de los eventos en que los miembros de la Orden han debatido abiertamente aquellos aspectos relativos a la doctrina de la acción masónica, en los cuales, sin lugar a dudas, las referencias más importantes han sido los Conventos Masónicos.

El primer Convento Masónico chileno, que tuvo por nombre *Primer Congreso Masónico Nacional*, consideró que la acción masónica tenía dos vertientes, y se abocó a debatirlas. La primera, era la que correspondía para ejercer su influencia de cultura y progreso en la sociedad profana, y la entendió a través de los siguientes medios o perspectivas: por medio de la enseñanza pública y privada, por medio de la prensa profana y masónica, en la beneficencia pública, en el mejoramiento de la conducción económica, y en la emancipación integral de la mujer. La segunda, era la acción que correspondía ejercer a la Masonería, para robustecer la organización, doctrinas y prácticas de la Institución,

donde resaltaban la unidad de dirección y acción de todos los elementos masónicos, las medidas tendientes a seleccionar mejor los aspirantes a la iniciación y afiliación, el desarrollo del estudio de la filosofía, legislación, liturgia e historia de la Orden, y especialmente en lo que se refiere a Chile, Memoria sobre los orígenes históricos de la Orden en Chile, Memoria sobre la liturgia (Ceremoniales comparados del rito del Gran Oriente de Francia, del Rito Escocés y del Rito Azul). Pero, también debatió sobre la laicización de los establecimientos hospitalarios de beneficencia, organización de un servicio médico masónico, la fundación de hospitales laicos¹⁷.

En septiembre de 1940, se realiza el II Convento Masónico, donde se resaltan como de temas de debate la actitud de la Orden ante los grandes problemas que ensombrecían la vida nacional (económicos, educacionales, eugenésicos, y sociales), y el papel que correspondía a la Masonería frente a los grandes movimientos político-sociales mundiales, y a la juventud y la mujer.

Dentro de las conclusiones, se plantea: *“La lucha por la realización de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, requiere una acción sostenida y coordinada de todos los francmasones. Es necesario, en consecuencia, que se imponga una disciplina inquebrantable junto a una fiscalización acuciosa de todas las actitudes, y exigir que estas concuerden con las finalidades que persigue la Orden en relación con los indicados postulados”*¹⁸.

En 1986, se realiza el Tercer Convento Nacional, postergado en 1971, y su tema central fue *“Rol de la Francmasonería en una Sociedad Democrática que Aspira a Cambios”*. Su desarrollo se dio en torno a 5 grandes temas: Masonería y Educación, Masonería y Salud, Masonería y Trabajo,

¹⁷ Ver en *“Los Conventos Masónicos en Chile”*, Alexander de Vic Tupper Manen, Anuario # 22, R.:L.:I.:E.:M.: “Pentalpha” # 119 (2006).

¹⁸ idem

Masonería y Democracia, Masonería y Acción (Acción Masónica Individual, Acción Masónica concertada, y Acción Masónica Institucional). Sin duda, en la comisión que desarrolló este último tema, se produce el hecho histórico en que, por primera vez se hace una definición profunda y ampliada sobre la Acción Masónica como concepto¹⁹. Este documento debe ser una referencia histórica de consulta, dado que aborda de manera profunda una comprensión de la acción masónica que estuvo subyacente, pero, que no había sido capaz de traducirse en definiciones textualizadas. Por cierto, hay alcances y proposiciones propias de la época y las circunstancias históricas en que el Convento se realiza, pero, en lo relativo a las definiciones tiene una proyección permanente.

El IV Convento Masónico no realizó sustanciales definiciones sobre la conceptualización de la Acción Masónica y sus alcances. De un modo distinto, estuvo marcado por las proposiciones respecto al accionar a desarrollar en los distintos planos. Así, sus conclusiones son un plan de acción concreta frente a los desafíos que sus participantes percibieron en torno a tres grandes temas y una cuarta instancia para promover temas libres²⁰:

- Análisis crítico de la Francmasonería Chilena. Propuestas de acción para promover y proyectar los valores y principios masónicos en la sociedad nacional.
- Francmasonería Chilena: análisis y proyecciones de sus sistemas docentes y de la acción masónica, nacional, regional y local.
- Medios y formas de extensión y sustentación de la acción masónica intra y extra muros.

¹⁹ idem

²⁰ idem

3. El Departamento de Acción Masónica de la Gran Logia de Chile

El 3 de agosto de 1935, el Gran Maestro Adjunto de la Gran Logia de Chile, Fidel Muñoz Rodríguez, decreta la creación y organización del Departamento de Acción Masónica *“con el fin de coordinar los medios de acción en el mundo profano, llamados a fijar los rumbos de la Masonería en sus altos fines de progreso y de amparo de los principios de libertad y de sus propósitos a favor de las clases populares, persiguiendo el perfeccionamiento intelectual, moral y físico de sus miembros”*.

El decreto establecía que ese Departamento dependería de la Gran Secretaría General y constaría de los siguientes sub-departamentos: Estudios Económicos, Problemas de la Tierra, Estudios Sociales, Estudios Políticos y Estudios Educativos, cada cual a cargo de un técnico en su área.

Dentro de las atribuciones del Jefe de Departamento estaba confeccionar proyectos de acción inmediata, a través de “Comités de Realización”, formados por Maestros Masones, elegidos en sus logias, a los cuales podían incorporarse también Compañeros y Aprendices, y aún, profanos. Tales “comités de realización” estaban obligados a actuar de acuerdo a la doctrina y los principios masónicos, obligaban a toda la Orden y las trasgresiones serían castigadas de acuerdo a la Constitución.

La divulgación del Decreto fue acompañada de una Circular del Gran Maestro Adjunto explicando su alcance, firmado el 09 de Agosto del mismo año, en que expresa que *“Nuestra Orden es fundamentalmente constituyente, descansa en la tranquilidad social, y procura por todos los medios legales y pacíficos la armonía entre los ciudadanos, fomentando el espíritu de cooperación a la común obra de progreso humano”*. A continuación hace algunos alcances sobre la realidad económica y social para concluir que *“Tal estado de cosas obliga sin duda*

alguna a las instituciones sociales y especialmente a la Masonería, a redoblar sus esfuerzos para remediar tan penosa situación, desplegando sus fuerzas propias en franca lucha contra la injusticia y los males sociales, en defensa primordial de las clases más sufrientes y más abatidas”.

El documento hace enseguida un diagnóstico sobre las condiciones de salud y alimentarias del pueblo, sobre la situación económica y los impuestos, la instrucción y la cultura, los problemas de la tierra y denuncia la actitud de los sectores conservadores del país. Sin duda las circunstancias políticas nacionales e internacionales, previas a la Segunda Guerra Mundial, se hacen presente en sus consideraciones finales, poniendo de manifiesto las consecuencias de la acción del fascismo sobre la masonería en Europa.

Cuarenta años después, el DAM envía una circular, en junio de 1975, firmada por su jefe, Jorge Otte Gabler, quien además preside el Consejo de Acción Masónica designado por el Gran Maestro Horacio González Contesse. La circular contenía el mensaje del Q:H: Otte dirigido a una reunión de Venerables Maestros de las logias de Santiago y alrededores, a la que fueron convocados también los diputados de las logias del país, donde se hizo algunas definiciones que conviene tener presentes, frente al momento histórico que se vivía en Chile. En esa circular se expresa: *“La Acción Masónica (...) no es una actividad cuyo ejercicio deba recomendarse al iniciado, no significa una actitud volitiva conveniente de recomendar. Es mucho más que eso, constituye la condición esencial del ser masón. Es para nosotros un deber, ya sea en la acción Individual o Concertada”.*

Y más adelante agrega: *“Todos están de acuerdo en que la razón de Ser de la Masonería es proyectarse al mundo profano y que, de no ser así, es solo una Escuela Esotérica a la que no interesa la sociedad en que vive (...). Sin dejar de considerar que la Acción Masónica tiene el triple aspecto de Universal, Interna y*

Externa, existe el consenso dentro de nuestra Orden de considerar referido el término a la labor que el Masón desarrolla en el mundo extramural, sea en lo Individual o en concierto con otros hermanos o profanos”.

Entre las propuestas que el documento contiene, lo más significativo fue la decisión de impulsar la creación en las logias de Comités de Acción Masónica, integrada por tres Maestros, con el fin de implementar iniciativas tanto de orden interno como externo. Desde luego, ese impulso parece romper las prevenciones que un año antes señalara el Gran Maestro René García, que llamaba a la introversión y preeminencia de la vida intramural.

LA ACCIÓN MASONICA COMO CONCEPCIÓN INICIÁTICA

La concepción iniciática de la acción masónica se expresa en las circunstancias que determinan nuestra noche de Iniciación, aún antes que desordenadamente llamemos a las puertas del Templo, donde se establece el primer plan de acción que asumimos de nuestra entera y absoluta decisión.

Abandonado a nuestras personales reflexiones, en una cámara que evoca nuestra conciencia, aguardando lo que desconocemos, destinados a morir sin saberlo, somos invitados a testificar en torno a tres tópicos, uno de los cuales, nos invita a señalar lo que nos gustaría legar a quienes nos sobrevivirán. Ese legado es el primer compromiso de acción que asumimos libremente, de nuestra propia conciencia. Es un plan de acción que tiene que ver con lo que, como personas, como individuos, asumimos ante la Humanidad, ante nuestra sociedad, ante el medio en que nos desenvolvemos, ante los seres que más queremos, pero por sobre todo, ante nuestra conciencia.

De todos los interesados en conocer nuestra herencia, nuestro legado, quien más nos compele a dejar claramente

establecido su carácter y alcance, es nuestra conciencia. Ante al papel que tenemos frente a nuestros ojos, cuando estamos en la Cámara de Reflexiones, está una conminación a dejar grabados con la tinta del lápiz la síntesis de nuestro paso por la vida, que aspiramos sea percibida por quienes recuerden nuestra memoria. No son riquezas, no son bienes materiales, son percepciones abstractas, etéreas, las que quedan grabadas en la memoria de quienes nos conocieron o en la percepción futura de nuestros actos y hechos, interpretados por ajenos.

El segundo compromiso va en directa relación con lo que nos comprometemos ante los masones esparcidos sobre la faz de la Tierra, ante el colectivo logial. Ocurre en el momento en que, luego de franquear por primera vez las puertas del Templo, se nos pregunta sobre las motivaciones que nos traen a la Masonería. La respuesta que entregamos en ese momento es un específico compromiso de acción, que creemos sano en sus intensiones y que si se tuerce tiene como sanción el desprecio de los hombres virtuosos.

Dadas las condiciones del estado de ánimo en que esas afirmaciones se expresan, su contenido muchas veces se pierde en la memoria, pero es más que necesario recordarlo, porque allí está el plan de nuestra vida iniciática. Es una declaración y un compromiso, que surge de lo más hondo de nuestro estado anímico, y que debiera grabarse en una placa de metal, para recordarnos aquello que expresamos en un momento singular de nuestras vidas, cuando lo único que deseábamos era la luz para nuestros ojos y nuestra conciencia.

¡Como quisiéramos que aquellas expresiones nunca se olvidaran, porque allí está nuestro plan de vida masónica!

Para el efecto de esta reflexión sobre la acción masónica, en aquellos dos sencillos episodios se manifiesta en toda su significación conceptual, la definición iniciática más fidedigna de lo que nos corresponde hacer en el día a día.

Eso es lo que debemos entender iniciáticamente como un plan de acción masónica. Ni más ni menos.

LA ACCIÓN MASÓNICA COMO TEORÍA DEL CONOCIMIENTO MASÓNICO

He sostenido, desde hace algún tiempo, que la comprensión del ser y el hacer masónico, se encuentra distorsionado por dos comprensiones de la Masonería, que terminan por inducir errores iniciáticos sustanciales: el espíritu de club de influencia inglesa y el espíritu de barricada francés. Ambas comprensiones del hacer tienen un origen societario y se proyectan equidistantemente con fuerza recurrente en la forma de entender el espíritu asociativo, es decir, tienen un origen cultural.

Ellas se recrean en la forma como nos asociamos y actuamos en la Masonería, aunque sin devenir en forma específica de aquellas formas de cultura, pero, como consecuencia de un estado de ánimo que tienen que ver con las incertezas iniciáticas propias de la falta de profundización en los contenidos comprendidos en la doctrina de la Orden, son tomadas como modelos de manera ficticia y trastrocada.

Me explico: no está en lo inglés ser iniciáticamente introvertido o en lo francés ser iniciáticamente extrovertido, pero la lectura que hacemos de lo inglés, es que este se hace y se proyecta en el club, y la lectura que hacemos del francés, es que lo francés es salir a las calles a hacer algo abrupto. Así, entendemos que lo esencial de la masonería al estilo inglés es la introversión iniciática y lo esencial de la masonería francesa es la extroversión como fundamento del ser masón. Ambas son lecturas que no corresponden sino a nuestras recurrencias fantasmales de la falta de profundización en el estudio de nuestros linderos, y a la referenciación impostada por un tiempo y un espacio que no es nuestro.

Frente a ello, hay una máxima que debe señalar el sentido de la acción de cada masón, y que contextualiza el carácter de nuestros actos: cada masón es según el tiempo y el lugar en que le corresponde vivir. Así, todo masón está conminado a la acción, pero no hablamos de una acción genérica, de cualquier acción: hablamos de una acción con sello masónico.

La acción masónica nace de un objetivo personal, de una predisposición conciente, intelectual, de modificar nuestras conductas, de ser hombres nuevos, sustentados en una convicción ética. Nuestro carácter de hombres, y por lo tanto, de seres sociales, nos debe llevar a la acción en el medio en que nos desenvolvemos, y donde, como seres sociales, lo que somos como masones queremos proyectarlo a la sociedad de la cual somos partes. Es decir, de nuestras convicciones y certezas se desprenden, o se consecuencian, los actos que realizamos, y nuestro lugar de vida, nuestro lugar de acción, son los escenarios de proyección de nuestra conciencia.

Debemos entonces volver a Fishbein y a su Teoría de Acción Razonada, recordando que somos entes racionales que procesamos y utilizamos la información que la Orden nos entrega en su plan iniciático, para evaluar y tomar decisiones masónicas. Lo hacemos sobre la base de nuestras creencias - nuestras doctrinas -, en torno a las cuales asumimos una actitud, la cual deviene en intensiones, que derivan finalmente en conductas.

Respecto del concepto de *creencia*, se define de ese modo a un conjunto de ideas u opiniones, que sustentamos individual o colectivamente, es decir, una información que tenemos sobre el objeto de las actitudes que debemos realizar. Ellas se sustentan en el conocimiento que tenemos de las cosas, los lugares, los hechos, etc., en torno a los cuales o como consecuencia de ellos debemos actuar. Nuestra doctrina masónica nace de una comprobación sobre la condición humana, ante la cual debemos tomar una actitud.

De acuerdo a la Teoría de la Acción Razonada, hay *creencias conductuales*, que se refieren al convencimiento de un individuo sobre el estado de cosas que enfrenta y que determina su conducta, es decir, se refiere a la información que posee; y hay *creencias normativas* que devienen del convencimiento de lo que el medio social espera de las conductas de los individuos, es decir, no se trata de cualquier conducta, sino una que debe ser consonante con el arreglo social. Las primeras dan lugar a las actitudes y las segundas dan lugar a las normas subjetivas que condicionan las actitudes.

¿Qué son las actitudes? La acepción lingüística inequívocamente nos refiere al efecto de activar, de hacer que las cosas funcionen, a una disposición – favorable o desfavorable – a realizar una acción. En Masonería la actitud está asociada inevitablemente a la Posición al Orden. Es una predisposición activa a la acción, a manifestarse en y con una intensión específica.

La intensión no es otra cosa que la intensidad respecto a nuestras creencias y como ellas se manifiestan en las actitudes, tiene que ver con la fuerza de nuestra voluntad, tiene que ver con la idea de poner en tensión, con cómo nos predisponemos frente a los eventos o a los demás. En este aspecto, la intensión y la intención, adquieren una condición convergente, en tanto la segunda, siendo la determinación de la voluntad, debe expresar una intensidad tal que permita una conducta coherente. En el consenso social se habla de “buenas intensiones” y de “buenas intenciones”. Con ello se quiere inferir que los actos bien intencionados son aquellos que tiene una fuerza proporcional a los objetivos perseguidos, y que los actos bien intencionados son aquellos caracterizados por una determinación correspondiente a la convencionalidad existente en el ambiente social. Simbólicamente, en Masonería las intensiones están representadas en el Signo y en la Palabra.

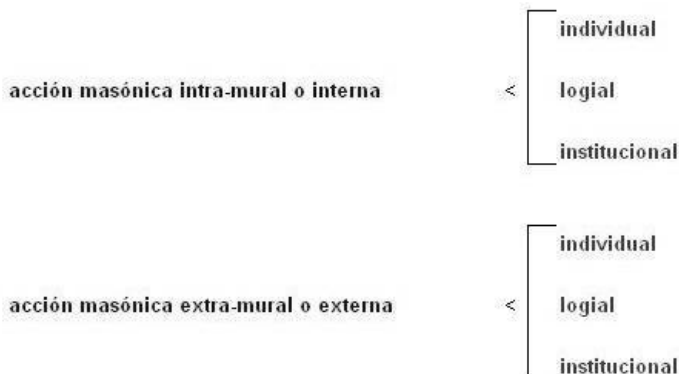
De las creencias, de las actitudes y de las intensiones, deviene la conducta, que no es otra cosa que la forma como los seres humanos se comportan, como llevan a cabo sus acciones, como caracterizan sus actos. La conducta siempre es el reflejo de lo que creemos, de cómo son nuestras actitudes y como se manifiestan nuestras intensiones. Masónicamente, la conducta está simbolizada en el Toque y en la Marcha.

En suma, sintetizando lo que hemos propuesto como una lectura de la teoría de la acción masónica, debemos decir que nuestros símbolos corporizados en la ritualidad de cada grado nos hablan del sentido de la acción, que a través de acciones iniciático-simbólicas estamos estableciendo el paradigma que debemos emular.

Pongamos, entonces, nuestras reflexiones y motivaciones en sintonía con lo que nos propone en su rica interpretación nuestra posición al orden, el signo, el toque, la palabra, la marcha, elementos ellos que nos identifican en nuestra condición de masón y a través de los cuales somos reconocidos.

LA ACCIÓN MASÓNICA ATENDIDA LA DOCTRINA

La acción masónica tiene dos ámbitos muy definidos: la acción masónica intra-mural, y la acción masónica extra-mural. Cada una de ella tiene tres frentes o perspectivas: la individual, la logial y la institucional. Se entiende que hay cuestiones que cada masón individualmente debe abordar en su cotidiano vivir, y en los que debe poner en ejecución el plan que la Masonería propone para la sociedad y la Humanidad. Pero, también, hay cuestiones que deben ser abordadas colectivamente por la logia a la cual pertenece y de la cual el individuo es parte activa. Y por último, está el involucramiento de la Orden en su conjunto, como suma de individuos y logias.



Entonces, asumimos que hay una *acción intramural* cuando los valores y principios que cada grado contiene, son expresados en hechos y actos, en el ámbito propiamente masónico, en cómo y para que nos relacionamos con nuestros hermanos; y asumimos que la *acción extramural* es la prolongación, es una consecuencia, es la manifestación concreta de hechos y actos en la sociedad profana en la cual estamos inmersos, bajo el signo indeleble de nuestros valores y principios.

En el contexto de esa definición espacial, la *acción individual* es inexcusable y atraviesa todos los ámbitos en que un iniciado debe expresar con hechos, lo que la Masonería le ha propuesto en la noche en que fue admitido en logia por primera vez. En esa oportunidad hay compromisos y aseveraciones de contenidos que son señaladas libremente por el iniciado, y otras que le son señaladas como imprescindibles para ser reconocido como un masón. No es posible que un masón sea un hermano ejemplar, en los ámbitos internos de nuestra Orden, y fuera de ella sea una persona distinta en sus compromisos éticos que le caracterizan como masón. En sentido inverso, no es posible que un masón sea una figura descollante en el ámbito profano y en nuestras prácticas y doctrinas esté ausente y alejado de una práctica masónica concreta. Tal pues que, la congruencia entre lo

intra y extramural, es lo que determina la verdadera condición del masón. Masón es aquel que cumple el plan de la Masonería dentro de los templos y fuera de ellos, y el plan está claramente determinado por nuestro Rito, en cada etapa o grado del proceso iniciático. Debemos recordar *que los hombres sin doctrinas arraigadas son como las embarcaciones con que juegan los vientos arremolinados.*

La *acción logial* obedecerá, sin lugar a dudas, a las capacidades colectivas que la comunión espiritual de un Taller es capaz de concretizar en acciones tangibles. Y antes de asumir deberes inexcusables de carácter logial, están los deberes de acción manifestados en el ámbito gradual en que cada cual está cumpliendo su proceso iniciático: el aprendiz en su Cámara, el Compañero en la suya, y el Maestro en la Cámara del Medio. Solo cuando el masón ha cumplido sus deberes en el ambiente masónico que le es propio, podrá asumir los de la logia, porque se habrá compenetrado del sentido superior que impone el querer hacer, el como hacer y el para que hacer que la Masonería establece en su doctrina. Asumido que los masones en su colectividad logial están maduros para emprender acciones relevantes, como un grupo de iniciados que han aquilatado en profundidad nuestra doctrina, no se debe perder de vista jamás los objetivos que la Orden establece para cada Taller de Obreros de Paz.

Entonces, sobre esa premisa, estaremos contestes en que el primer deber de acción masónica de una logia, es formar masones sobre la base de los contenidos de nuestra Constitución, Reglamentos y Rituales. El segundo objetivo de acción nace de la confraternización que se expresa en la relación con nuestros Hermanos más allá de ámbito exclusivo de nuestra logia, es decir, en la capacidad de concertarnos para acciones fraternales relevantes aún en el espacio propio de la vida iniciática. La introversión de las logias, un sentido excluyente de toda inter-

relación entre logias, la ausencia de presencia en las acciones comunes de carácter iniciático, es un claro signo de decadencia en la vida logial, o expresión de una enfermedad que inhibe el sentido de una Fraternidad Universal, esencia de la doctrina de la Orden. Cuando se han cumplido los pasos anteriormente señalados es cuando la logia está en condiciones de asumir tareas extramurales, como cuerpo, como colectividad iniciática. Para ello lo hará, según sus propios medios y objetivos, en objetivos concertados con otras logias. La experiencia indica que, cuando los objetivos y las acciones son asumidos de manera concertada entre muchos masones, las acciones son más efectivas y los éxitos son más perdurables.

La acción institucional, en tanto, estará determinada por el accionar del gobierno superior hacia la Obediencia y por la inserción de la Orden en la sociedad en que vive y convive. Así como ocurre con el masón individual y la logia como expresión de comunión entre masones, nuestra Orden está llamada en primer lugar a la acción masónica interna. El objetivo que deben cumplir, de manera inexcusable, quienes están a cargo de las obligaciones de dirección superior, es trabajar para que la Masonería cumpla con su accionar iniciático. Ello es lo que da sentido, carácter y trascendencia a la misión superior que está encargada a quienes cumplen labores como jefes jurisdiccionales, jefes de tareas, grandes oficiales, y grandes dignatarios de nuestra institución. El cuerpo masónico debe reflejar el buen funcionamiento de sus órganos, la eficacia de sus compartimientos, la calidad sistémica de sus componentes. La acción masónica en tanto misión institucional nace en el ambiente propio de la Orden, y solo cuando ella demuestra capacidades efectivas y eficaces, es posible pensar que se está en condiciones de asumir tareas o misiones de carácter extramural. Y cuando se tiene esa capacidad, en atención a la diversidad de individuos y logias que componen la Masonería,

esta tiene que ser capaz de interpretar esa pluralidad en todas las acciones que correspondan.

Pero, con lo que hemos señalado, no todo está dicho. Y en este punto, adquiere trascendencia en forma descarnada un aspecto fundamental: la Masonería institucionalmente no está llamada a sustituir el rol que deben cumplir otras organizaciones en el seno de la sociedad. No es su tarea sustituir a los partidos políticos, a las organizaciones de interés particular (gremiales, culturales, sociales, económicas, etc.). No es tarea de la Orden propender a adquirir labores subsidiarias del Estado, en aquellos aspectos en que la labor de este es entregada a particulares. Tampoco puede asumir labores subsidiarias en el ámbito de las organizaciones que genera el mercado o la sociedad civil.

Bajo cualquiera de los ámbitos en que hemos postulado como ámbitos de la acción masónica, ninguna acción masónica externa puede estar basada en contenidos y acciones que estén lejos de lo que es esencial a la Masonería: la caridad, la decidida voluntad de elevar a los hombres espiritual y materialmente, *prescindiendo de los intereses de círculos para inspirarse solo en altos ideales*.

Las acciones del masón y de los masones adquieren una proyección extramural marcada fundamentalmente por la referencialidad ética. ¿Qué quiere decir esto? Que no debemos perder el norte de lo que es una tarea iniciática por excelencia. Formamos hombres que deben cumplir una función en la sociedad profana, no hombres para formar una sociedad paramasónica, lo cual es un absurdo.

No somos misioneros de una verdad absoluta, por lo cual, mal podemos tratar de replicar organizaciones y entidades bajo determinados principios, como lo hacen las instituciones de creyentes. El éxito de la acción masónica está en lograr que las instituciones de la sociedad sean capaces de acoger los valores que postulamos, producto de la labor trascendente y esmerada de

los masones que están en ellas. Nuestra labor está en influir éticamente en el comportamiento de los partidos políticos, no en formar un partido político masónico. Nuestra labor está en influir éticamente en el Estado, para que este refleje los valores que postulamos, no está en formar un Estado Masónico. Nuestra labor está en influir para que las políticas públicas estén determinadas por postulados éticos y no por postulados de fe, no está en crear hospitales que sustituyan el sistema de salud público o privado.

No somos misioneros sino iniciados en una práctica y doctrina que postula valores y principios que queremos reflejar en la sociedad. Esa es la acción masónica por excelencia. La acción masónica nada tiene que ver con labores subsidiarias, que no acomete el Estado o la iniciativa privada, o con la creación de instancias de proselitismo masónico en la sociedad profana.

Nuestra labor es moralizadora, en el sentido de proponer en los espacios de construcción social un *ethos* sostenido en los valores que consideramos esenciales para la humanización del ser y el hacer social. Propendemos a que nuestros más puros ideales sean el espejo en que el ser humano se mire, para observar en ellos cuanto falta a la Humanidad para ser plenamente reconocida como tal. Allí está el Verbo Masónico - institucional, logial e individual - que debemos conjugar de manera inequívoca.

CONCLUSIÓN

Frente a los criterios que se han expresado, nos cabe concluir que la Masonería como institución – expresada en las logias y en su institucionalidad – es un ambiente de desarrollo de la espiritualidad del hombre. Sus prácticas y doctrinas tienen una naturaleza iniciática y no proselitista. Sus fines de acción por excelencia están en la formación del Hombre Nuevo que se sugiere simbólicamente, que renace alquímicamente como iniciado. Recordemos que la Masonería ha sido definida como una

peculiar escuela de moral basada en símbolos y alegorías, destinada a cambiar espiritualmente al hombre, para bien de la Humanidad.

Iniciáticamente, cada masón tiene un plan a desarrollar, cual es cumplir con aquello que soñara en la noche de su iniciación, y que se transcribió en su testamento. Ese plan es reforzado éticamente con los valores y principios que la Orden sublima alquímicamente en su proceso iniciático gradual. Simbólicamente, cada uno de los que hemos recibido la Luz de la Iniciación, ha recibido herramientas con las cuales construir la Obra a que estamos convocados en nuestra condición de masones. De allí que los objetivos de la acción masónica son sublimes, pues apuntan a expresar en hechos concretos aquella aspiración superior de Humanidad, que resulta de los valores más puros de un individuo que se han plasmado con los valores trascendentes de la Orden Masónica, en una comunión de principios y valores.

La comunión masónica está destinada a exaltar las capacidades de perfectibilidad del Hombre, y a través del trabajo sobre las conciencias, proyecta su labor bienhechora a toda la sociedad, a través de la individualidad creativa, libre y ética de sus miembros. Las logias, efectivamente, son la matriz en la cual se concibe un nuevo tipo de hombre, caracterizado por valores de la más elevada trascendencia: caridad, tolerancia, fraternidad, libertad, perfectibilidad.

Sin embargo, la falta de maduración en ese proyecto – y maduración quiere decir un profundo conocimiento reflexionado e internalizado de nuestros principios – lleva a que, día a día, se produzcan confusiones sobre lo que debemos entender como acción masónica, producto de las premuras y de las lecturas superficiales de nuestra doctrina.

Las tendencias que se han producido en la sociedad chilena actual, ha incitado a muchos masones a aprovechar las posibilidades de crear corporaciones de diverso tipo bajo el sello

de lo masónico. Creemos sanas sus intenciones, y no podemos juzgarlos por su lectura del hacer masónico. Pero, es bueno preguntarse si ello se ajusta a una sana doctrina de la acción masónica, ya que siempre debemos tener claridad absoluta que cuando nos concertamos para crear entidades fuera de nuestros templos, destinadas a poner en ejecución nuestros valores, ellas solo pueden estar destinadas a proyectar nuestros contenidos éticos, a tangibilizar nuestros más caros principios, a la construcción del *ethos* fundado en la fraternidad y caridad humana.

Me explico a través de dos ejemplos. Es distinto crear una sociedad de ayuda a los estudiantes pobres que crear un colegio o universidad destinado a competir en el mercado de la educación ofreciendo un modelo de educación sustentado en valores masónicos para aquellos que están en condiciones de pagar. Es distinto influir en la ética de los partidos políticos, a hacer un partido que nos represente de modo más fidedigno en la contingencia, ya que si esto último fuera lo optado, habría que hacer un partido político por cada una de las tendencias políticas que se expresan en la membresía de nuestra Orden. Cuando estamos en uno u otro predicamento de los ejemplos indicados estamos ejecutando dos acciones de naturaleza muy diversa.

En definitiva, la Masonería no es una institución subsidiaria, destinada a actuar en la sociedad en reemplazo de otras que existen con fines específicos. Su labor está claramente determinada por su doctrina y su Constitución. Sus fines están en los ámbitos de la conciencia individual, y no en los ámbitos de la política, la economía o la sociedad civil. Sin embargo, su labor infatigable en sus miembros está destinada a hacerse tangible en la política, la economía o la sociedad civil, a través de la labor moralizadora que cada masón debe acometer sin armisticio, en el medio en que vive y convive.

El éxito de cada masón es el éxito de la Masonería. Su fracaso, en el contexto definido por la moral y el fundamento ético, efectivamente es un fracaso de la Masonería. Aquellos fracasos que están fuera de ese contexto, le son propios a cada uno, pues, están fuera del sublime objetivo de nuestra Orden. Sabrá entonces el buen masón, por el bien general de la Orden, jamás involucrarla en sus actos extramurales con mácula ética alguna, como el hijo protege la honra de su madre.

*

* *

DOCTRINA Y CONTENIDOS DEL GRADO DE COMPAÑERO²¹

Introducción

Una inquietud que surge con cierta recurrencia, cuando hemos iniciado nuestra marcha entre columnas, es el rol y objetivo que cumple en nuestra vía iniciática el Grado de Compañero, nuestro Segundo Grado Simbólico. Es una inquietud no siempre manifestada y que parece estar siempre subyaciendo, en el sentido de que este Grado es una especie de pasadizo que conduce de una cámara a otra, un interregno entre el aprendizaje y la maestría, un obstáculo que debe ser sorteado.

Recuerdo cuando, siendo Compañero, alguno de mis hermanos lo calificó como un foso, que estaba destinado a obstaculizar la entrada a la Cámara del Medio, y que quienes lograban pasarlo, estaban en condiciones de perseverar en la Masonería. Otra analogía que recuerdo, es aquella que decía que el Segundo Grado era un hoyo, donde estaban destinados a ser arrojadas las conciencias débiles, que flaqueaban en su persistencia de ser masones.

En fin alegorías más o alegorías menos, es un hecho que hay cierta tendencia a considerar el Segundo Grado, más como una etapa de transición que un Grado iniciático donde se adquiere la condición masónica, y que existe para moldear el espíritu en torno a contenidos que difieren de los énfasis que se manifiestan en el grado precedente y en el siguiente.

²¹ Este trabajo fue presentado ante la masonería de la Patagonia Chilena, en una jornada preparada por la Logia "Estrella Polar" # 87 de Punta Arenas, Abril de 2007.-

Orígenes del Grado

Las tesis históricas sobre los orígenes de la Francmasonería, sostienen en su mayoría, que antes de 1717, en las logias inglesas existía un solo grado – *Fellow* –, el cual correspondía al que ahora identificamos como Segundo Grado Simbólico, y que los grados de Aprendiz y Maestro solo aparecieron más de una década después.

Francisco Sohr²², un destacado estudioso de la Masonería, quien fuera director del Museo Masónico chileno y Venerable Maestro de la Respetable Logia de Investigación y Estudios Masónicos "*Pentalpha*" # 119, hace algunas aseveraciones importantes que sustenta en la Constitución de Anderson de 1723, en la cual se indica que el maestro que dirigía la logia y los vigilantes se debían de elegir de entre los compañeros. Sin embargo, en 1738, la segunda versión de la Constitución andersoniana, se indica que los oficiales se eligen de entre los maestros. Nuestro H.: Sohr, sustenta también sus afirmaciones en las que hiciera Eugen Globet D'Alviella, Gran Maestro y Soberano Gran Comendador belga, realizadas en el libro "*El Origen del Grado de Maestro*", y August Pauls, quien fuera Gran Comendador del Supremo Consejo de Alemania.

Tal tesis, que se repite en muchos autores, al parecer se sostiene fundamentalmente en los antecedentes que tienen que ver con los orígenes e inicios de la Gran Logia de Londres, y no con la experiencia previa que aporta la llamada "Masonería Operativa", que tiene su desarrollo en Escocia. Debemos tener presente que, ya en 1598, entre las masones de Escocia, se consideraba la existencia de "maestros masones", lo que se pone en evidencia en los estatutos y ordenanzas dictados por William Shaw, quien actuara como una especie de Pro-Gran Maestro, bajo

²² "Temas Masónicos" # 2. R:L:I:E:M:."Pentalpha" # 119. Chile

el título de "*Custodio del Arte*", en representación del Rey Jacobo VI, que después sería reconocido como Jacobo I de Inglaterra.

Las pugnas político-religiosas que dividieron a los masones operativo-especulativos de Escocia, producto de la discrepancia frente al reconocimiento de los derechos del protestante Rey Jacobo, para dirigir los trabajos de las logias, y quienes seguían las tradiciones de la Casa de los Saint-Clair, señores de Rosslyn, no impidió la aplicación de las regulaciones que impuso William Shaw, a nombre de su monarca intelectual, y se impuso la existencia de tres grados²³.

Anterior a esa regulación – y aquí viene una afirmación que contrasta significativamente con la de origen inglés –, se constata la existencia solo de dos Grados: *aprendiz y maestro*, este último llamado por las logias escocesas "Masón con Marca", en alusión a que este maestro podía firmar sus obras, es decir, dejar su marca. En lo concreto, entre ambos Grados operativos, las logias escocesas crearon un espacio para que, antes de adquirir la condición de Maestro, el Aprendiz pudiera lograr el manejo de aquellas ciencias necesarias para aplicar en el Arte. Este segundo Grado pasó a denominarse "Hermano del Arte" y estaba dedicado a introducir al miembro de la Logia en los misterios ocultos de la naturaleza y la ciencia.

De aquí se desprende un dato fundamental para entender el nacimiento de la Masonería Especulativa y para entender lo que pudo ocurrir en las logias que concurren a la fundación inglesa de 1717. Es obvio que el Segundo Grado, que surge de los estatutos y ordenanzas de Shaw, influenciado tal vez por la reflexión intelectual del Rey Jacobo, un estudioso de la ciencia y los misterios de la naturaleza, tenía un objetivo esencialmente especulativo, es decir, un momento previo al ascenso a la maestría

²³ "La Clave Masónica". C.Knight y R.Lomas. Ediciones Martínez Roca, 2004. España.

donde poder adquirir los conocimientos aportados por la ciencia, para luego aplicarlos en la acción operativa propia del maestro.

Podremos entonces suponer que aquello que se estableció en Escocia, se implementó luego en Inglaterra, durante el reinado de Jacobo (1603-1625), y que, en la medida que decayó el arte operativo, solo fueron quedando en las logias esencialmente miembros especulativos, es decir, aquellos que estaban preparándose para el magisterio, es decir, solo "Hermanos en el Arte".

Quienes han respaldado la idea de una masonería operativa, basada solo en el Grado de Compañero, han recurrido a justificar esa tesis con aquella que asociaría a la Masonería con el *Compagnonage* Francés. Sinceramente, cada vez que reflexiono sobre los antecedentes escoceses, la tesis del antecedentes francés me parece más insostenible, sobre todo si reconocemos que el *Compagnonage* sigue vigente, y aparece más como un testimonio gremial del pasado que como un testimonio iniciático, aún cuando parte del mito que sustenta su origen legendario, tenga también una raíz salomónica.

Por cierto, hay aspectos que tienen un común origen, pero, es obvio que la violenta práctica gremial del *Compagnonage* se aleja de los sublimes propósitos que la Masonería viene promoviendo desde sus más remotos orígenes. Sobre la historia de esta sociedad francesa originaria del siglo XIII, hay un interesante trabajo del Q:.H.: Julio Saa, en el Anuario # 21 de la Respetable Logia de Investigación y Estudios Masónicos "*Pentalpha*" # 119, que debe ser una referencia obligada para el estudio de ella.

El objetivo del Segundo Grado bajo nuestras concepciones

Los contenidos doctrinarios del Grado de Compañero, sus atributos simbólicos e iniciáticos, están claramente definidos por el Ritual de Aumento de Salario. Es un ritual que difiere en

algunos aspectos formales del practicado en otros Ritos u Obediencias, pero, no en el fondo.

Al acceder a esa Ceremonia de profundos contenidos conceptuales, se nos presenta un nuevo universo de aspectos axiológicos, sustentados en los viajes que el recipiendario debe realizar para descubrir la esencia radicada en esa nueva condición iniciática, donde destacan cinco valores fundamentales para la acción social: Inteligencia, Rectitud, Valor, Prudencia y Filantropía.

La doctrina, de un modo categórico, plantea el objetivo fundamental del Grado, señalándonos que *el estudio de las ciencias y las artes es atributo que debemos a nuestra inteligencia*, y que debemos *esclarecer nuestra razón si queremos comprender el mundo que nos rodea*. En ciertas tradiciones masónicas – como las norteamericanas -, se hace especial indicación en que el Segundo Grado está destinado a investigar los misterios ocultos de la naturaleza y la ciencia. En esas tradiciones la identificación del Compañero, sigue siendo de "Hermano en el Arte".

Muchos investigadores masónicos, consideran que el Segundo Grado es el núcleo de nuestro sistema simbólico, y hay quienes han afirmado que este Grado es el alma de la Masonería. Por cierto, analizando los distintos componentes doctrinarios e iniciáticos involucrados en el Grado, podemos comprobar toda su enorme significación, que no tiene que ver con la errónea y superficial percepción de entenderlo como un simple *grado de paso*.

Esta comprobación parte del hecho que, si el Primer Grado giró en torno al imperativo socrático "*gnose te ipsum*" – "conócete a ti mismo" -, es decir, con una finalidad esencialmente ontológica, el Segundo Grado es marcadamente gnoseológico, como nos lo indica su emblema fundamental: la estrella flamígera.

Pero, antes de enfatizar aquellos aspectos que dicen relación con la doctrina que modela su contenido iniciático, quisiera retomar aquella afirmación que sostiene que el Segundo Grado es el *alma* de la Masonería.

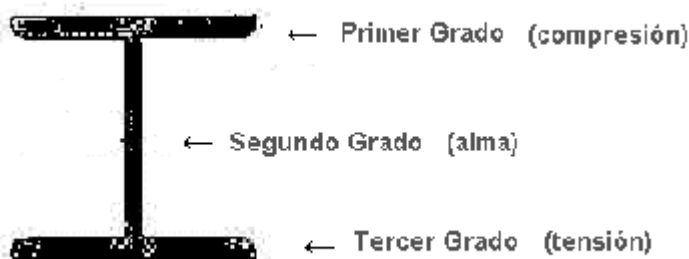
Es un hecho que, cuando se usa este vocablo, lo primero que viene a la mente de las personas, es aquella vinculación del concepto con el uso religioso, que apunta a una sustancia espiritual e inmortal de los seres humanos, una sustancia etérea particular. En esas tradiciones, el alma viene a ser la esencia interna de cada uno de esos seres vivos, lo que determina su espiritualidad por sobre todas las cosas.

Sin embargo, el conocimiento humano ha entregado otras ideas para comprender el vocablo, a partir precisamente de la mirada religiosa. De este modo, decir *alma*, es referirse a la sustancia o parte principal de cualquier cosa, a aquello que da espíritu, aliento, sostenimiento y fuerza. La primera acepción que nos propone el diccionario de nuestra lengua, es que se trata del principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida.

En ese contexto, quisiera jugar con la idea constructiva, tan afín a nuestra alegoría simbólica: para construir las grandes obras de la creatividad humana, en nuestro tiempo se usan enormes vigas, destinadas a soportar y sostener todo el peso propio y el de los aditamentos propios de la construcción, además de soportar el peso de las personas y los equipos necesarios para la función que la construcción debe prestar.

Técnicamente, la viga es una estructura horizontal que puede sostener carga entre dos apoyos sin crear empuje lateral en éstos. En este tipo de estructura se desarrolla compresión en la parte de arriba y tensión en la parte de abajo. Las vigas o viguetas se diseñan para resistir la carga con el mínimo de costo, teniendo dos tipos de elementos: un centro vertical o *alma*, y dos *alas* horizontales, centralizadas encima y debajo de aquella. El *ala* de

arriba queda en compresión, y el *ala* de abajo en tensión; mientras que el *alma* las amarra de forma que los tres elementos funcionen al unísono. Pero, junto con esa labor de amarre, cumple con la tarea de distribuir las fuerzas de compresión y tensión, a toda la estructura, para resistir de mejor manera tales fuerzas, impidiendo la debacle.



De este modo, el alma masónica viene a ser el elemento articulador de la función que pretende ejercer la Orden, como si fuera una viga, en la estructura social, en que la sociabilidad debe descansar firmemente sobre la solidez de nuestra institución.

De lo dicho, más allá de la alegoría, y considerando los antecedentes históricos en debate, es evidente la importancia sustancial que tiene el Grado de Compañero, para cumplir con el propósito que le asigna la Orden en los planos intra y extra-mural. No en vano, ya en el Ritual de Primer Grado se le reconoce su condición regularmente masónica, cuando los trabajos son abiertos, y examinados los HH.: presentes se constata la *presencia de masones regulares y aprendices*. Efectivamente, el Compañero es un masón que se reúne en Logia de Compañeros, encontrándose su labor ya no en la cantera, sino en la Obra misma.

La cognición del Compañerazgo Masónico

Hemos dicho que el símbolo fundamental del Segundo Grado es la Estrella Flamígera y que el objeto fundamental del Compañero es el conocimiento de los misterios de la ciencia y de la Naturaleza. En atención a esto último, desde los orígenes de los Grados Simbólicos, el Templo de la Logia de Compañeros está dotado de tres ventanas: al Oriente, Occidente y al Mediodía, a través de las cuales, el Compañero Masón puede ver la ocurrencia de extra-muros y contemplar la acción de la Naturaleza en todo su esplendor.

Pero, no habría posibilidad de esa contemplación y la percepción de los fenómenos que ocurren en el escenario de la Vida, si el Compañero Masón ni estuviera compenetrado de la fuerza que anima al Universo, la resplandeciente estrella que se forma con el "pentalfa" pitagórico, y que para los masones constituye el paradigma de perfectibilidad, que nutre el espíritu más excelso, expresados en los valores: Fuerza, Belleza, Sabiduría, Virtud y Caridad.

Las cinco puntas desplegadas de la Estrella Flamígera, en perfecta equidistancia, son la simbolización del hombre, dotado de la chispa divina, con todas sus capacidades cognitivas predispuestas en medio de un Universo repleto de misterios, que el iniciado debe develar. Fue Cornelio Agrippa de Nettesheim quien nos ha legado la conocida figura humana adaptando la posición de una estrella dentro de un círculo.

En un trabajo de nuestro Q.:H.: Julio Superby²⁴, miembro de la Resp.: Logia De Investigación y Estudios Masónicos "Pentalpha" # 119, y miembro de la Comisión de Rito y Simbolismo de la Gran Logia de Chile, este nos da una explicación de la figura corneliana: "*De acuerdo a este dibujo, la*

²⁴ "En el Umbral de la Iniciación", Julio Superby Ríos. Temas Masónicos # 3.

cabeza del hombre queda en la punta superior, con el signo del planeta Marte que es al mismo tiempo símbolo de la acción y de la voluntad. Las manos extendidas a los lados tocan las puntas derecha e izquierda de la estrella y están señaladas, la primera por el signo del planeta Venus y la segunda por el de Júpiter, o sea, amor y fuerza respectivamente. Ambas piernas quedan separadas en un ángulo de 72 grados, que es justamente la quinta parte de 360. La derecha toca con el pie el signo del planeta Mercurio y la izquierda la de Saturno. Los órganos genitales quedan en el punto medio del círculo, en el punto de fijación del Compás y en donde la Plomada toca al Nivel. Tienen asignado el símbolo de la Luna que es también el símbolo de renovación constante de la vida, en un eterno ciclo de muerte y resurrección".

Según Luciano de Samosata – nos recuerda el V:H.: Superby -, *"la Estrella Flamígera era el principal símbolo de los iniciados en la Confraternidad Pitagórica, quienes lo usaban como medio de reconocimiento. El Pentagrama o Pentalpha, por sus proporciones aritméticas, origina una cadena de proporciones matemáticas que, según Jámblico, constituían los signos de paso de los Maestros de las Cofradías Pitagóricas".*

Por cierto, el Pentagrama o Pentáculo, es el resultado de la proporcionalidad de la llamada Sección Dorada, común a las tres figuras geométricas más importantes de los misterios pitagóricos: el pentágono, el pentagrama y el dodecaedro, los que se expresan en la formula común de $1 + \text{raíz cuadrada de } 5$, partido por 2, lo que nos da la medida áurea 1,618034. Como resultado de ello, se afirma que la Estrella Flamígera es un exponente de la armonía universal y de la euritmia de la vida.

En nuestras tradiciones, decimos que ella simboliza la Razón, aún cuando también podemos proyectar de su estudio las más variadas interpretaciones de contenido iniciático, filosófico, matemático, astronómico, arquitectónico y literario, incluyendo lo mágico y lo religioso. Masónicamente, está también la alegoría

con los cinco sentidos, aquellos medios que, en los libros de Alquimia, eran reconocidos como los medios que permiten que nuestra alma tome contacto con el mundo exterior.

En su centro se encuentra el mayor de los misterios de la Naturaleza, y seguramente el motivo de interminables debates de vuestras Cámaras, donde se habrán aproximado a la conclusión, que siendo "Hermanos en el Arte" – compañeros de un esfuerzo común -, esa letra G en el centro del Pentagrama, es el único misterio que corporativamente no podrán resolver, sino que compete a cada cual resolver, en lo más profundo de su conciencia.

No son pocos los eruditos que sostienen que la Estrella Flamígera debiera ser el símbolo del Tercer Grado, y que, por razones de diverso origen, la vida terminó dejándola cautelada por el Segundo Grado, motivo más que importante de tener presente por quienes tienen el privilegio de ser Compañeros Masones, para dignificar esta hermosa alegoría de la cual son depositarios privilegiadamente.

En atención a lo expresado, los invito a retomar nuevamente la idea cognitiva que está radicada en la Estrella Flamígera, y a la relación sensorial que nos propone, y que ponemos de manifiesto cada vez que nos ponemos al orden en Logia de Compañeros. En relación a esa posición, citamos nuevamente al V::H:: Superby, quien nos recuerda que *"la más antigua imagen de esta Posición al Orden que conocemos, está en unas estatuillas de arcilla desenterradas por Wooley en las excavaciones de la antiquísima Ur, tierra del Patriarca Abraham, y que se calcula fueron hechas entre 2000 y 2100 años A. C. Son figuras que tienen una indudable significación mágica. Posteriormente, se han descrito tres figuras del Libro de los Muertos, cuya antigüedad alcanza a los 3000 años A.C., que representan hombres que están saludando al Sol naciente"*.

Al tomar esta posición al Orden, el Compañero Masón está indicando que sus sentidos están atentos para percibir la realidad en la que está inmerso, para entender e interpretar los fenómenos de su sociedad, de la Naturaleza, con una espiritualidad firmemente asentada en la ciencia, en el discurrir, dispuesto a desentrañar los misterios que esconde la realidad, a superar el error, a vencer la ignorancia. Consciente de que nuestro superior objetivo en tanto masones, es ser constructores de una propuesta de civilización basada en la razón, en la capacidad humana de confluir hacia una respuesta a los misterios que surgen de la triada filosófica existencial: *¿De donde venimos?, ¿Qué somos?; ¿Para dónde vamos?* Formidable desafío que la Humanidad busca responder desde los más remotos tiempos, y en donde se encuentra, en definitiva, el secreto de su condición peculiar en el Universo, entendido este como el todo de la Naturaleza, en sus ámbitos que nos son conocidos y en sus incommensurables aspectos que nos son desconocidos.

Los Antiguos Deberes del Compañero

Wirth, ese notable pensador masónico del siglo XIX, nos habla de que *"trabajar como Compañero, es hacer obra de utilidad general, es ponerse al servicio de la colectividad a la que el individuo se debe"*. En ese contexto, nos recuerda que *"el individuo es una manifestación efímera y particularizada de la especie que es la que posee una vida más extensa ligada a la gran vida universal. Despejémonos de la estrechez de nuestra personalidad para elevarnos hasta la Humanidad. Humanizándonos en el sentido de los Iniciados, nos identificaremos con lo que perdura. Para vivir una vida superior y durable, sepamos hacer abstracción de las mezquindades de*

nuestro Yo, aplicándonos a pensar, sentir y desear humanitariamente"²⁵.

No es posible entonces, entender la Masonería, si ella no se vincula a la colectividad a que, como iniciados, nos debemos. El Compañero Masón es un obrero que ha sido reconocido apto para ejecutar su Arte y es poseedor de todas sus energías de trabajo, para realizar prácticamente el plan teórico concebido por quienes dirigen nuestra Augusta Orden. Ese plan teórico se hace con el ejemplo, y quienes son ya masones, habiendo accedido al Segundo Grado iniciático, lo deben hacer con inteligencia, rectitud, valor, prudencia y filantropía.

Ese plan se sustenta en una concepción que ya ha sido experimentada – experienciada – en la colectividad iniciática. Es por ello, que la vía iniciática considera fundamental la vivencialidad como método de aprendizaje. El masón debe vivir el contenido de su doctrina en la vida logial, para allí adquirir las destrezas que le permitirán *ser masón* en toda circunstancia y lugar. Esa es la importancia de una exitosa vivencialidad en la comunidad logial.

Siguiendo la tradición historiográfica inglesa, la Masonería Moderna estuvo solo formada por Compañeros, los que fueron reglamentados en sus derechos y deberes por la Primera Constitución de Anderson. En virtud de ello, podemos colegir que allí se encuentran determinados no solo los *landmarks* fundamentales del masón, sino también, los *landmarks* del Compañero, de modo incontestable.

¿Qué nos dice la Constitución andersoniana, que debemos tener siempre presente, como una actitud manifiesta en cada uno de nuestros actos? Veámoslo sintéticamente: no hablar de manera impertinente o inconveniente, no usar un lenguaje indecoroso, no debéis hacer nada grotesco ni dedicaros a la chanza cuando el tono de la logia esté en lo serio y lo solemne; si se ha presentado una

²⁵ “*El Libro del Compañero*”. Oswald Wirth. Edición Gran Logia de Chile.

queja contra un compañero masón, el declarado culpable aceptará la sentencia y la decisión de la logia; en los ágapes debe evitarse todo exceso, desacuerdos y querellas profanas no deben nunca traspasar la puerta de la logia, y menos aún de orden religioso, patriótico o político; os saludaréis de modo cortés; seréis circunspectos en vuestras palabras referidas a la logia en presencia de profanos, y nadie que os sea próximo conocerá los asuntos de ella; tendréis cuidado de permanecer por mucho tiempo fuera de vuestro hogar, especialmente, después que hayan pasado las horas de la logia, de suerte que vuestras familias no se encuentren descuidadas o perjudicadas ni que vosotros os encontréis incapaces de trabajar.

"En conclusión – dice la Primera Constitución andersoniana -, debéis observar todas las presentes obligaciones y también aquellas que os serán comunicadas de otra manera, cultivando el amor fraternal, fundamento y abrigo, cimiento y gloria de esta confraternidad, evitando todas las disputas y querellas, toda calumnia y maledicencia, no permitiendo a otros calumniar a un hermano honesto, más defendiendo su reputación y asegurándole todos los buenos oficios tanto como lo permita su honor y bienestar...".

¿Que nos señalan estos Antiguos Deberes de manera tan clara y precisa?

Obviamente, que hay que ser buenos compañeros, que el trabajo corporativo es ineludible para cumplir nuestra función en la vida, que las formas como nos relacionamos son determinantes en el éxito de toda obra, que las conductas disociadoras son determinantes en el fracaso iniciático y en el fracaso de la Humanidad.

No hay trabajo fructífero, si nuestra acción está determinada por el egoísmo y la exaltación del individualismo como conducta de vida.

Conclusión

Vivimos una época marcada por la indiferencia, el individualismo exacerbado y la introducción de mensajes que tienden a aislar a los seres humanos de su condición social. La tecnología está puesta en función del aislamiento y sobre-posición del egoísmo sobre el desarrollo societario. El Yo es exaltado superlativamente, y la postmodernidad ha puesto en discusión y ha degradado los relatos que promovían lo societario. La ambigüedad es una conducta recurrente, que se enseñorea en todos los espacios.

Frente a esa ambigüedad, equidistantemente, el Compañero Masón tiene las certezas de quien llegó a conocerse a sí mismo, a definir su personalidad, después de haber trabajado para responder el "¿qué somos?" filosófico, ha sido retribuido con el premio a su constancia y esfuerzo sostenido.

Así, el Compañerazgo masónico significa iniciáticamente que, quien ha sido aumentado en su salario, ha adquirido la edad adulta, donde el individualismo de la conciencia se hace colectiva y necesariamente laboriosa, donde el ser se manifiesta para la acción. Las fuerzas de la Naturaleza, expresadas en la Antigua Sabiduría a través de los cuatro elementos, constatan la alquímica presencia del quinto elemento, el agente de transformación, el agente de la vida, que hace de la materia componentes de los procesos de transmutación: el hombre, el astro flamígero, la Quintaesencia.

El llamado que nos compete hacer, en esta conclusión, es entonces hacer un llamado a vivir la adultez masónica, a entender que somos la quintaesencia del hacer iniciático, que debe expresarse en actos tangibles, actos colectivos, actos masónicos manifiestos. Esos actos hablan del privilegiamiento de la acción en el espacio logial. Ser buenos compañeros implica ser disciplinados, activos, potenciadores del esfuerzo de su Taller de

Obreros de Paz, protectores de las formas que hacen posible la convivencia.



MAESTRÍA Y ARTE REAL²⁶

Vista la Masonería como lo que realmente es, un camino iniciático, no nos duda alguna que, en la noche de nuestra exaltación, hemos vivido el momento más trascendente de nuestra vida de masones, develándose a nuestro entendimiento un relato que pone en evidencia el misterio superior de la Masonería, que tiene que ver con el drama humano por excelencia. Los contenidos que nos fueron rebelados constituyen un privilegio para la reflexión iniciática, que devienen de la más noble vertiente de la Sabiduría Antigua.

Enfrentado a una terrible acusación, debimos probar nuestra inocencia de los cargos más graves que puede enfrentar un masón: ignorancia, fanatismo y ambición. En ese momento, tomamos firmemente con nuestra mano la rama de la acacia, porque mediante esa acción nos ligamos a todo lo sobreviviente de la tradición masónica, logrando retener lo que subsiste en sus ritos, en sus usos, en sus prácticas y doctrinas.

Ya investido de Maestro Masón, no tenemos otra misión ni otra comprensión de la Masonería que convertirnos en un jefe de obra, que sabrá conducir a los Compañeros y Aprendices, y que deberá ser, por sobre todo, Maestro de sí mismo. Comprobamos que, en definitiva, siguiendo los más antiguos usos, el Maestro Masón solo será identificado a través de su "marca" de cantero, sobre la esquina sur de la piedra fundacional de la construcción.

En nuestra conciencia, está la convicción de que Hiram estableció el orden en el caos en los trabajos, organizó el Taller,

²⁶ Este trabajo fue presentado ante la masonería de la Patagonia Chilena, en una jornada preparada por la Logia "Estrella Polar" de Punta Arenas, Abril de 2007.-

disciplinó y jerarquizó a los obreros, porque, solo de esa manera, aquel Taller funcionaba con la precisión de una máquina; recordemos que aquel Taller simbólico era un organismo del cual Hiram era su vida y su espíritu. En el conocimiento del secreto que alberga la Cámara del Medio, como nuevo Maestro asumiremos la disposición de conducir los trabajos de la forma más leal con el legado de quien constituye el arquetipo de toda Maestría.

¿Qué es el Grado de Maestro?

Cuando nos remontamos a los orígenes de la llamada Masonería Moderna o Especulativa, queda en la nebulosa historiográfica el origen cierto del Tercer Grado y su incorporación en la Masonería, siendo una incógnita que hasta la fecha carece de una definitiva respuesta. Se ha especulado mucho acerca de ello y existen muchos tratadistas masónicos que han intentado clarificarlo, entregando una profusión de antecedentes que parecen tener cierta verosimilitud, pero que no han podido ser confirmados de un modo fehaciente.

Entre muchos, podemos citar los nombres de Pike, Mackey, J.G. Findel, August Pauls, Murray Lyon, Eugenie Clabet D'Alviella y Bernard Jones, como ejemplos de una extensa lista, de quienes han avivado la vieja discusión histórica, sobre la existencia de los 3 grados, y cuando nació el Grado de Maestro.

De esa discusión histórica, podemos colegir que tal vez no hubo tres grados, y el Grado de Maestro como etapa iniciática, tal cual la conocemos hoy, no existió antes 1720, pero, es indudable que la función del Maestro estaba presente desde mucho antes: desde los periodos germinales del sentido iniciático, fuera este de carácter operativo o especulativo.

¿Cuál era en esos tiempos el objetivo que debía cumplir el Maestro? Dirigir los trabajos, darle una organización a la obra,

cancelar los salarios, y culminar lo obrado rubricando con su marca todo lo hecho.

Esto es lo debemos rescatar, por sobre todo debate histórico, porque es lo que da sentido a un grado superior, relacionado con las tradiciones iniciáticas que devienen de la Sabiduría Ancestral, que ponía en el pináculo más alto de la construcción ideal, el llamado Arte Real.

Desde los remotos tiempos, que ligan el esoterismo masónico con las más sabias tradiciones de la antigüedad, se tuvo especial cuidado en la educación de quienes iban a ser los líderes de las comunidades humanas, encargados de conducirlos material y/o espiritualmente. Wirth hace referencia a que las escuelas antiguas enseñaron el Arte Sacerdotal a quienes debían guiar las cuestiones de la fe, y el Arte Real, a quienes debían gobernarla. *"Cuando la Masonería moderna se desprendió de toda preocupación arquitectural profesional, para no preconizar más que una construcción filosófica puramente moral e intelectual, el Arte Real llegó a ser sinónimo de Grande Arte o el Arte por Excelencia. ¿No era, en efecto, **el rey de las artes**, este Arte Supremo según el cual, la Humanidad en su conjunto, deber ser construida; Arte que se aplica, de otro modo, a cada individuo destinado a ocupar su sitio en el inmenso edificio?"*²⁷

El Arte Real requiere, además, que quien lo ejerza posea especial predisposición, intuición y elaboración interior para la actividad constructora, de lo cual se desprende que no todos los hombres pueden ejercer el Arte Real, tarea que está reservada sólo para los iniciados. Esa implicancia simbólica, esotérica y práctica es ineludible para quien ha sido investido masónicamente con los atributos necesarios para dirigir la Gran Obra, que la Masonería Universal pretende construir para bien de la Humanidad. Lo que es esperable de todo Maestro Masón es que responda a la conminación de iluminar su camino por ideales grandiosos, que se

²⁷ "Libro del Maestro". Oswald Wirth. Ed. Gran Logia de Chile.

hagan tangibles en obras donde su marca quede indeleblemente registrada.

Experticia y Magisterio

En los procesos de gestión de nuestro tiempo, hay un concepto que se ha hecho fundamental para entender las capacidades y destrezas que hacen posible la capacidad de liderazgo organizacional necesaria para lograr los mejores resultados dentro de los fines perseguidos: la experticia.

La experticia tiene que ver con una pericia específica, más allá de la simple experiencia. Quien posee la experticia en determinado ámbito es un sujeto reconocido como fuente confiable de conocimiento, técnica o habilidad, un componente del grupo que destaca entre sus pares. Un experto se diferencia del especialista. El especialista tiene los elementos necesarios para *poder solucionar un problema*, en tanto un experto tiene que *saber su solución*.

Un especialista se destaca por sus capacidades técnicas, y se recurre a sus conocimientos para asistir a los expertos. Sin embargo, el especialista siempre estará acotado en aquella área en que su conocimiento le da las destrezas para resolver los problemas que se le planteen. Un médico especialista en enfermedades del corazón, no se pondrá en predisposición de enfrentar con honestidad los problemas endócrinos que su paciente presente. El experto tiene que tener elementos más generales, saber en que contexto determinada solución técnica puede ser mejor respecto de la otra. Su espectro de alternativas, entonces, es mayor que la del especialista.

Si analizamos desde el punto de vista de la epistemología contemporánea, la maestría está sobre el rol del experto. Un maestro, es aquella persona a la que se le reconoce una habilidad extraordinaria en una determinada ciencia, arte o alguna otra rama

del conocimiento, de la que es una eminencia y que está en condiciones de enseñar y compartir sus conocimientos con otras personas, denominadas normalmente discípulos o aprendices. La maestría viene a garantizar la transmisión y construcción del conocimiento más avanzado hacia quienes vienen accediendo a los niveles primarios y secundarios del conocimiento. Así, la maestría tiene en todas las esferas del conocimiento la condición terciaría por excelencia, el pináculo de la estructura del saber.

De lo dicho, colegiremos con celeridad, que la sola experticia no nos permite cumplir con la tarea misional que nos corresponde en la posesión del Tercer Grado. Podemos tener muchas capacidades para enfrentar desafíos con la experticia que nos ha dado la vida, resolviendo los problemas que afectan a la Orden, ya sea en un plano local o general. Debemos alegrarnos de contar con experticias que nos nutren en lo cotidiano de un modo trascendente. Hay experticias en el campo de la simbología, de la doctrina, de la gestión, de los procesos docentes, de la historiografía masónica, en fin. Pero, ello no hace la Maestría que la Orden requiere para enfrentar los desafíos que plantean inexcusablemente nuestros rituales, las hojas de ruta que conducen a los masones a cumplir con su misión.

La Maestría del Masón, es mucho más que gestión y conducción. Antes que todo es transmisión de un conocimiento iniciático, es elaboración constructiva de las respuestas que la Orden requiere para asumir los desafíos de la vida, frente a un mundo en constante transformación, ante una realidad cambiante que exige la lectura de la Sabiduría Antigua a la luz de los fenómenos nuevos que presenta la realidad. Es un docente, que basa su academia en el ejemplo, para transmitir una idea y un conocimiento, un sublime administrador de una doctrina tangible.

En ese ámbito, no son solo importantes los conocimientos que forman parte de nuestra simbología y doctrina, sino que tiene decisiva importancia la docencia no verbal que está radicada en el

medio peculiar donde las acciones y las conductas son determinantes para inducir a las conciencias hacia su transmutación alquímica.

La tarea superior del Maestro: la preservación de la Masonería

Oswald Wirth, hace más de un siglo, hizo una afirmación que no debemos ignorar: *"De todas las instituciones humanas, la Francmasonería es la única que ha sabido prever su propia decadencia y el modo de remediarla"* El drama vivido por Hiram nos dice que las perturbaciones internas son las que más a menudo nos conducen a la tumba. Wirth nos propone como reflexión, que surge del crimen de los tres malos compañeros, que si *"los obreros trabajan mal y en un mal espíritu comprometen a la corporación, (...) pueden matarla, si ella no posee un poder suficiente de resistencia contra la disolución"*. Luego, agrega: *"Puesto que los criminales (...) son obreros que cooperan con nosotros a la construcción del Templo, no busquemos fuera de la Masonería sus más temibles enemigos"*²⁸.

Ergo, la preservación de la Masonería requiere de destrezas que no pueden ser exigibles a quienes están realizando su aprendizaje en la cantera, ignorantes de lo que ocurre directamente en el obraje; también requiere de previsiones que no pueden ser derivables a los Compañeros, que deben cumplir una intensa jornada de trabajo en cumplimiento de las metas del Taller.

Que la Logia y la Orden sigan cumpliendo con su misión, depende esencial y fundamentalmente de los Maestros, quienes tienen la responsabilidad de arbitrar las decisiones y los medios

²⁸ Ibid

que hagan posible que la Masonería sea una realidad en cada logia y en cada país.

El modelo a aplicar es el que nos señala el relato hirámico, que es parte de nuestros haberes, que nos habla de aquel maestro que fue capaz de disciplinar y jerarquizar los trabajos del Taller, repartiendo las tareas con justicia y equidad, al punto de lograr que aquel funcionara con fructífera precisión. El orden se impuso sobre el caos y los resultados fueron benéficos y trascendentes. ¿Cuántas veces hemos podido comprobar la efectividad de ese aserto, que se impone sobre la disolución y la anarquía?

Para preservar a la Masonería, corresponde a los Maestros ser rigurosos con aquello que hace posible que ella sea una vía iniciática. La Orden no es un club de amigos, ni una estructura de sociabilización, o un gremio reivindicativo, una corporación de debate político, un frente ideológico, o una congregación espiritual donde se practican un conjunto de creencias. Es posible que, bajo ciertas condiciones, alguna de estas características pueda aparecer en el actuar masónico, frente a determinadas contingencias, pero, ello solo tiene una condición simplemente episódica, ante las circunstancias en que cotidianamente debe obrar el masón.

La Francmasonería, antes que todo y antes que nada, es una escuela iniciática velada por símbolos y alegorías, elementos que constituyen la base de su esoterismo. Sus rituales son la piedra angular sobre la que descansa su doctrina, y su simbología es un sistema de revelación gradual de enseñanzas y verdades que conducen al reconocimiento del masón. Sin ellos, la Masonería dejaría de ser lo que es.

De allí que, nada más lejano a un Maestro Masón, es ser paladín de ciertas tendencias a despojar a la Orden de aquello que le es constituyente. Al respecto, Wirth llama a desenmascarar a los asesinos de Hiram, que son numerosos, pero, los más, a menudo no saben lo que hacen, encontrándose sumergidos en la

ignorancia masónica más deplorable. *"En nombre de un racionalismo limitado reclaman la supresión de las fórmulas y de los usos cuya razón de ser no disciernen"*.

La concepción iniciática de la Maestría

La calidad del Maestro Masón impone deberes superiores que son insoslayables, en la medida que se trata de hacer evidente una forma de vida, no solo dentro de los muros del Templo y la comunión iniciática, sino también porque debe cumplir una misión vicarial en extramuros, donde debe ser el emisario ejemplar de la construcción axiológica que la Orden propone para Bien del Hombre y de la Humanidad.

Uno de los grandes masones chilenos, Martín Pino Batory²⁹, señaló en una oportunidad: *"El Maestro Masón, no obstante ser representativo del adulto que ejerce en plenitud los deberes y los derechos masónicos, lo cual puede parecer una situación terminal de madurez y realización, es, en realidad, un masón inconcluso, imperfecto y en trance de **llegar a ser**, mediante un perseverante perfeccionamiento que se prolonga por el resto de su vida. Esta condición inacabada de la Maestría, concuerda con las conclusiones a que han llegado los antropólogos en el sentido de que lo único que define definitivamente al ser humano en su calidad de criatura inconclusa, que constantemente renace, se renueva y alcanza metas de plenitud cada vez más altas si aprende los caminos que conducen a ella"*. Y agrega: *"Para nuestra Augusta Orden lo importante es que, llegada la edad adulta, el hombre se hace consciente de su carencia fundamental, de su humanidad fragmentaria y desarrolla su aptitud y su voluntad para avanzar y*

²⁹ . "El orador frente a la docencia del Grado de Maestro". Martín Pino Batory. Cámara de Docencia para Oradores, Cuadernos de Docencia de Tercer Grado # 2. Gran Logia de Chile. 1991.

no retroceder en este proceso de llegar a ser. Ninguna criatura sobre el planeta vive este drama profundo. Los animales cuando llegan a adultos alcanzan una definitiva perfección dentro de su especie. El hombre, en cambio, debe trabajar con todas las energías de su voluntad para no retrogradarse hacia la bestia".

La maestría implica un grado de perfección superior en el camino que la Francmasonería propone al iniciado, que debe expresarse en conductas concretas. El gran desafío a que la Masonería nos compele, a quienes hemos sido exaltados al sublime grado de Maestro es que seamos Maestro de nosotros mismos. En ese contexto, el mito hirámico, desde un punto de vista moral, al traernos el relato de la muerte y resurrección quiere señalarnos que la espiritualidad humana es un conjunto de conductas, producto de apreciaciones disímiles que devienen de la incapacidad o capacidad de saber interpretar los fenómenos de la realidad.

Pero, nadie es Maestro si no está en posesión del conocimiento a fondo del arte al cual se dedica. Y Wirth nos señala que el verdadero Iniciado se consagra al Gran Arte que es la Vida, y el Maestro masón está consagrado a ese Gran Arte: *"una juiciosa comprensión de la vida, es la base de toda sabiduría iniciática"*.

"Visitetis Interiora Terrae Rectificando Invenietis Occultum Lapidem Veram Medicinam" (visitad las entrañas de la tierra y si hacéis las oportunas rectificaciones encontraréis la piedra oculta, la verdadera medicina) nos indica el *Vitriolum* alquímico, para invitarnos a la introspección profunda en nuestra conciencia para descubrir las respuestas que nos hagan verdaderamente Maestros.

No debemos ignorar que, la primera responsabilidad del Maestro, es hacer buenos masones, es decir, su primera prioridad está en la docencia. Y hacer buenos masones no solo tiene que ver con las responsabilidades que le competen en relación a las

columnas menores, sino que, de una manera determinante, en la misión de hacer de sí mismo un buen masón. Entregar la luz a quienes están realizando su aprendizaje y a quienes están cumpliendo sus primeras labores en la sublime construcción espiritual de su Templo interior, en tanto Compañeros, requiere que estemos en posesión de las capacidades para generar Luz.

Wirth³⁰ nos habla de reanimar a Hiram en realidad, que se haga carne en nosotros, y nos invita a resucitar *"la sabiduría de las edades, evocando el espíritu que da un sentido viviente a las formas incomprendidas"* y agrega que *"la noche del misterio tiene su fin ante la claridad del alba de los nuevos tiempos"*. *"Es la conjuración de los Maestros la que obliga al sol intelectual a abrirse paso a través de las brumas del horizonte"*. Apreciando todas las cosas en su justo valor, un Masón plenamente instruido *"no se atendrá más a la letra muerta de la más venerable de las tradiciones, porque tomará de ella el espíritu vivificante que le permitirá ejercer verdaderamente la Maestría y consumir la gran transmutación de la ignorancia en saber y del mal en bien"*.

La marca del Maestro

Señalamos que la primera responsabilidad del Maestro es hacer buenos masones. Cumplida la primera etapa de la autoconstrucción del Maestro, le corresponde entonces ser el manantial en el cual abreve el ansia de conocimiento de sus Hermanos menores. Como muchas veces lo hemos escuchado y lo hemos dicho, no es la tarea docente una labor exclusiva de las Vigilancias, sino que debe entenderse a toda la Maestría de la Logia como un cuerpo orientado a la formación de los nuevos masones.

³⁰ Ibid

Frente a ese desafío, hay aspectos que requieren ser percibidos en el Maestro Masón, de un modo determinante. El más definitivo de esos aspectos está radicado en torno a la construcción y sostenimiento de un amplio y sólido ambiente fraternal.

Hay una propensión en el estudio psicológico, en reconocer que la pobreza afectiva produce una merma significativa en las capacidades anímicas y conductuales de las personas. De la misma forma, un exceso de afectividad que no se matiza con tamices axiológicos y procesos de ilustración, lleva al arrebatado pasional y al descontrol. El crimen que cometen los tres malos compañeros de nuestro espíritu, está determinado por una carencia de afectividad y por un descontrol pasional, que revive una y otra vez, aunque sea en simples latencias, en la vida del masón y en la colectividad de que es parte. Es el drama de la muerte, recurrentemente, que nos orillea con su finitud abismal.

Esto, sin embargo, lo constata la Sabiduría Antigua antes de que el conocimiento científico se desarrollara en los albores de la Humanidad, y cuando Anderson redacta la primera Constitución de la Masonería Moderna, lo pone como el antecedente central de todo propósito masónico, mucho antes de que se esbozara el estudio psicológico.

Ergo, no hay masonería si no existe el ambiente fraternal que la Obra exige, y que debe ser el máspreciado de los bienes que las logias deben atesorar. Pero, cuidado. Ese ambiente debe ser construido como una malla relacional que actúe de Norte a Sur, de Oriente a Occidente, de Cenit a Nadir. Hay un espacio de involucramiento expansivo que lo dimensiona la Maestría, como un territorio soberano pero integrativo.

¿A que apunta esta exigencia? A que los grupos son naturales en la forma de actuar del hombre, por lo cual, la existencia de grupos es un fenómeno concreto que se manifiesta en las logias. Sin embargo, ningún grupo puede establecer

diferencias en los ámbitos e intensidades en que la fraternidad se expresa en ese escenario común: no puedo estimular la fraternidad más estrecha con los que son mis afines y mantener una recatada fraternidad con quienes son los "otros" que están fuera de mis intereses y objetivos.

El espacio infinito de la logia, completado con la más pura fraternidad, es el capital espiritual de la logia, y cualquier contenido de fondo carece de sentido masónico, mientras aquello no se haga vivencial, no se perciba en los actos de cada día, especialmente en las conductas de quienes están destinados a ejercer magisterio.

Otro de los aspectos que debemos tener en nuestra priorización, que debe reflejarse en el actuar del Maestro, es que, siendo la Masonería una institución esencialmente iniciática, los objetivos permanentes y los contenidos que deben reponerse cotidianamente son los de carácter masónico, y cualquier proyección a la acción extramural solo es posible cuando las condiciones están maduras para ello. La gran tarea masónica está orientada a la formación de conciencias, sobre la base de los contenidos axiológicos que la Orden propone como opción de Humanidad y humanización.

Es muy importante tener esto en la esencia de nuestra marca magisterial, ya que, muchas veces, Maestros precoces tienen la tendencia a promover una acción extramural prematura, que termina por subordinar los objetivos de la Masonería a eventualidades que deben ser asumidas por otras instancias de la sociabilidad humana. No debemos culpar a quienes extramuralmente están extraviados, pero, si debemos ser capaces de salvar todo aquello que favorezca la precocidad magisterial que nos lleva a errores que, muchas veces, han tenido un enorme costo para la Masonería.

El verdadero éxito de la Maestría, en ese aspecto, es cuando los iniciados, luego de un sólido proceso docente, son

capaces de asumir los problemas de la sociedad con el enorme acervo que la Orden les ha entregado, y se transforman en líderes creíbles capaces de cambiar las sociedades sobre el asentamiento axiológico que la Masonería pretende para la Humanidad toda.

El gran desafío: superar la Maestría inconclusa

De lo planteado, surge una cuestión que debe hacernos reflexionar, y que, cuando somos investidos con el mandil del Maestro, viene a hacerse realidad aquello que tiene mucho que ver con lo que nos dejara como reflexión el V.:H.: Martín Pino Batory³¹: *"El Maestro Masón, no obstante ser representativo del adulto que ejerce en plenitud los deberes y los derechos masónicos, lo cual puede parecer una situación terminal de madurez y realización, es, en realidad, un masón inconcluso, imperfecto y en trance de **llegar a ser**".*

¿Cómo se advierte el Maestro masón inconcluso? ¿Cómo podemos advertirlo en nuestros actos, para retomar el mazo y el cincel, y pulir aquello que quedó como sedimento de nuestra imperfecta condición temperamental que nos viene de la cáscara primaria de nuestra animalidad?

Sin duda tiene que ver muchos con la constatación de nuestros propios actos. Sin embargo, podemos esbozar algunas de las conductas que lo hacen patente, y que son señales inequívocas del mal hacer, de la carencia de completud iniciática

Por ejemplo, una de las conductas que tiene efectos altamente negativos en la docencia, y que incide en el fracaso iniciático de los recipiendarios, es el relajamiento de la Maestría, que se manifiesta en indiferencia frente a los problemas de la logia, el hastío sobre la recurrencia de los temas iniciáticos, la pereza para enfrentar los trabajos o el desapego en relación al

³¹ Ibid

esmero de otros maestros. Un maestro puede equivocarse, lo que es posible por una percepción errónea, pero, jamás puede dejar entrever una sensación de relajo, indiferencia, hastío, o de pereza o desapego.

Hay mucha casuística que podemos aportar a esta forma de incompletud. Una de ellas es la delegación de responsabilidades a las columnas menores, que son propias de la Maestría.

No está demás traer a nuestros templos, ciertos conceptos profanos que nos ayudan a desarrollar una acción coherente con nuestras responsabilidades iniciáticas. Así, podemos decir que un Maestro más completo es aquel que es *proactivo*. La proactividad, dicen los expertos en gestión, está estrechamente relacionada con la sensación de control y de autoeficacia.

Las personas que se consideran eficaces, piensan que pueden controlar la situación y solucionar los problemas, por lo cual, tienen más facilidad para emprender la acción. Steven Covey, autoridad en políticas de liderazgo y consultor organizacional, considera que la esencia de la persona proactiva reside en la capacidad de liderar su propia vida. ¿No les parece conocida esa afirmación? ¿Acaso no está en nuestra doctrina?

Al margen de lo que pase a su alrededor, la persona proactiva decidirá cómo quiere reaccionar ante esos estímulos y centrará sus esfuerzos en el círculo en el cual ejerce influencia, es decir, se dedica a aquellas tareas en las cuales objetivamente puede hacer algo. No significa sólo tomar la iniciativa, sino asumir la responsabilidad de hacer que las cosas sucedan; decidir en cada momento qué queremos hacer y cómo lo vamos a hacer.

Expertos como Bateman y Crant consideran que las personas proactivas se caracterizan por estar buscando continuamente nuevas oportunidades; por marcar objetivos efectivos orientados al cambio; se anticipan y previenen problemas; hacen cosas diferentes, o actúan de forma diferente; emprenden la acción y se aventuran, a pesar de la incertidumbre;

perseveran y persisten en sus esfuerzos; y consiguen resultados tangibles, puesto que están orientadas a conseguir resultados.

Pero, hay otras señales que son ciertamente expresivas también de la incompletud. ¿Acaso no lo es aquella fórmula dañina de la infidencia a las columnas menores? No hay nada más artero en el espíritu logial que aquella infidencia deslizada al Compañero o al Aprendiz, aún cuando sea con la mejor de las intensiones. Pero, aún, cuando ellas se deslizan hacia las columnas menores en relación con las decisiones, actitudes, controversias, hechos, etc. que son propios del conocimiento de la Maestría. Definitivamente es antimasónico, cuando se deslizan el rumor y las naturales desavenencias en hombres que piensan distinto.

Es señal de incompletud, la incapacidad para manejar conflictos. Muchas veces, lejos de tener masones que extingan el fuego de los conflictos, Maestros incompletos se transforman en incendiarios, que avivan el fragor de las controversias, embebidos por una pasión insensata, que se asienta en las antípodas del Magisterio, para radicarse definitivamente en la pasión criminal que se anidó en el corazón de los tres Malos Compañeros.

Maestros incompletos son quienes relativizan la fidelidad que se debe a quienes conducen los trabajos y cumplen deberes en la Oficialidad. El Maestro más pleno reconocerá irrestrictamente a quienes cumplen la misión de conducir, ya sea respecto de quien empuña el malleto rector de la logia, o quien conduce a la Orden, no por ciega obediencia, sino por la convicción de que no hay obra posible, si ella no es ejecutada por una corporación organizada, donde los deberes están perfectamente definidos, y donde cual se aboca con esmero a cumplir con su trabajo, asumiendo que debe dirigir y ser dirigido.

Por último, hay una última señal de incompletud, que no debemos ignorar, y que se refiere a la incapacidad de comprender el tiempo en que se vive y se actúa. Muchas veces nos encontramos con Maestros incompletos que viven refugiados en

los tiempos idos, en las excelencias del pasado muchas veces remoto, y se refugian en la experticia de lo perdido. Hay una alegoría muy potente en el relato cinematográfico de George Lucas, sobre los *Caballeros Jedis*, que debe hacernos meditar. Las glorias del pasado no tienen más efecto que la debida enseñanza de la más pura y necesaria tradición. Lo que hace que ese pasado tenga vigencia, es que de allí sacamos las enseñanzas para nuestra acción de hoy. Si no somos capaces de ser y hacer con las cuestiones de hoy, nada de lo que hagamos tendrá algún valor, porque, como lo hemos escuchado y dicho tantas veces, la Masonería es lo que son los masones, en cada tiempo y en cada lugar.

Conclusión

La Masonería no es una institución perfecta, aún cuando sea su razón de ser se encuentre en la búsqueda de la perfectibilidad humana. No es perfecta, porque la forman hombres imperfectos, y su calidad está directamente relacionada con la calidad de sus miembros. Sin embargo, de los tres grados iniciáticos que determinan el carácter de la Masonería simbólica, el más determinante en la calidad institucional es el grado de Maestro.

De lo dicho, no perdamos nunca de vista que los problemas que enfrenta la Masonería contemporánea son de exclusiva responsabilidad de la Maestría que hoy hace Masonería. En un sentido inverso, digamos que los aciertos y los éxitos de la Masonería, ha sido, son y serán consecuencia de su Maestría.

Solo una excelente Maestría permite que tengamos buenos Aprendices y buenos Compañeros, es decir, que tengamos una muy buena Maestría futura. La ley de causa y efecto es determinante para el desarrollo iniciático de la Orden. Busquemos entonces, al Maestro que está en nosotros, para que la Vida del

Maestro asesinado sobre vigor con nuestra decidida acción, aproximándonos de ese modo a aquel Taller Ideal que Hiram condujera tan ejemplarmente.

*

* *

***LA BÚSQUEDA DEL
ESOTERISMO PERDIDO***

ESOTERISMO Y OCULTISMO³²

INTRODUCCIÓN

Una de las características que impone la condición postmoderna es lo inasible frente a la magnitud de lo cognoscible; la ambigüedad frente a las certezas determinantes del conocimiento acumulado; la ambivalencia frente a la constatación y la evidencia; la incertidumbre frente a lo irrefutable. Aún la fe, que durante el tránsito histórico del hombre, ha sido la expresión más arraigada de sus certezas y el factor ordenador de sus conductas gregarias, adquiere en estos tiempos evasivos una expresión distinta, pues, la fe tiene hoy, por sobre todo, la impronta de la angustia, de la desazón frente al hecho tradicional.

Cuando las dudas son muy significativas, las respuestas personales son, en un sentido, abrazarse a la fe más próxima, a lo más coherente con su voluntariedad, o, en otro sentido, a la frenética búsqueda de lo simple. La condición postmoderna favorece, ante la angustia cotidiana del individuo, la necesidad de creer, de asirse a la certeza de lo más cercano que, ante el arraigado individualismo, favorece lo sectario.

Porque la fe es la legítima y necesaria respuesta del hombre a la incógnita de su existir, a la imposibilidad de explicar sus carencias, ante la magnitud de respuestas contradictorias que el hecho natural contiene – ya sea en una perspectiva caótica u cósmica –, y que la finitud de la vida individual no le da tiempo a comprender; porque en la insalvable condición efímera de su

³² Plancha de Investigación presentada en la Respetable Logia de Investigación y Estudios Masónicos “Pentalpha” # 119, y publicado en el Anuario # 20 (2004)

existir, el hombre quedará siempre, manifiestamente, en la imposibilidad como constatación de su transcurrir, pues, nunca tendrá todo el conocimiento necesario, nunca tendrá todas las respuestas, aunque persista en la pretensión de creer que las tiene.

La envergadura de la innovación, como acento característico de la condición postmoderna - a fuerza de doctrina, antes que de actitud trascendente -, a la vez que impronta exacerbada y relictio superlativo de lo moderno, no escapa a la necesidad de fe en el hombre. En esa presión innovadora se expresa también la emergencia de nuevas religiones, de nuevas creencias, algunas de las cuales, no tienen, necesariamente, fundamentos divinos.

Así, ciertas expresiones de fe, vienen a ser verdaderos placebos espirituales, para quienes, ante la envergadura y el peso de la tradición, prefieren escapar hacia obligaciones más etéreas, hacia exigencias más volátiles, que lo salven del agobio de la responsabilidad y de la necesaria coherencia intelectual que todo conjunto de ideas requiere. Entre ellas, toma presencia la proclividad ocultista que se advierte en muchas personas bajo el ficticio nombre de “esoterismo”.

Incursionaremos, entonces, en las páginas siguientes, en la necesidad de buscar una clara demarcación que permita poner fin a una confusión típicamente postmoderna, que une y hace sinonímica la comprensión entre el esoterismo y el ocultismo, aberración intelectual o simplicidad vulgar, que los esoteristas deben superar, a contrapelo de lo tendencioso de quienes se benefician de la confusión, y de quienes buscan afanosamente el anatema.

LA CONFUSIÓN DE NUESTRO TIEMPO

Es un hecho que el *esoterismo*, desde hace ya mucho tiempo, ha venido siendo desnaturalizado en su comprensión. Ello

no es un fenómeno nuevo. Diversas concepciones iniciáticas, a través de los siglos, han sufrido el mismo perverso proceso – tendencioso, vulgarizante, mercantil –, al punto de desvirtuar la percepción exacta de ellos; fenómeno que se manifiesta incluso entre quienes se jactan de ilustrados y eruditos.

La astrología, el pitagorismo, los esenios, los terapeutas, el alquimismo, la kabbalah, etc. son concepciones esotéricas que, al ser de dominio vulgar, han sido distorsionadas, llevándolas a tipificaciones que motejan, antes que auscultan en el significado y la profundidad que contienen.

En ese contexto vulgar, se le mezcla con el ocultismo, se distorsiona su contenido, se atrofia su definición lingüística, y se le utiliza para albergar en su vocablo, toda suerte de pretensiones misteriosas: cuestiones con cierto perfil oculto, que solo benefician a una suerte de profetas tendenciosos y comerciantes de la credulidad ajena.

Así, hay comerciantes que se dedican a vender artículos “esotéricos”, rufianes que sugieren metodologías “esotéricas”, cuenteros que venden “literatura esotérica”, audaces que ofrecen “sanaciones esotéricas”. En ese propósito mercantilista, se ofrecen bajo el vocablo *esotérico*, objetos de la más diversa índole, tales como “velas purificadoras”, pirámides ornamentales, incienso, libritos, folletos, servicios adivinatorios, en fin, todo lo que sirva para satisfacer las débiles creencias de aquellas conciencias que producen la demanda de mercado.

¿Cuántas veces hemos escuchado en nuestro medio social que A le hizo a B un “regalo esotérico”? Y podemos comprobar sin mucho esfuerzo, que aquello que se define como “esotérico” no pasa de ser un objeto un tanto singular en su forma o presentación, simple artesanía, que muchas veces se encuentra exclusivamente en el amplio espacio de los ocultismos, de las magias, y de las creencias más primarias.

Por otro lado, la enorme falencia espiritual de la postmodernidad, hace que aquellas personas que no se nutren de religiosidad, o cuya religiosidad es más bien pobre, encuentren un espacio para sus creencias, en un cúmulo de alternativas, que se pretenden como “esotéricas”, y que objetivamente no escapan al más simple ocultismo.

¿Qué se incluye en ese cúmulo de alternativas vulgarizadas como “esotéricas”? “Ciencias ocultas”, misterios de diversa índole, enigmas, hechicerías, magias, brujerías, “astrologías” de diverso origen, profecías de múltiples alcances, leyendas meta-religiosas, “metafísicas”, adivinaciones, “tarotismos” callejeros, demonología y satanismo, santerías, magias blanca y negra, animismo, “orientalismos”, el más amplio conjunto de mancias, ufología, angelismo, karmismo, “alquimismos”, luminismos, niños índigos, magnetismos, atlantismo, etc.

La masificación de estas propuestas, tendencias, estudios, o creencias, es tan amplia, sostenida, y hasta aceptada por gente con un manifiesto rigor intelectual, que resulta sorprendente ver defensas y promociones argumentadas con un sentido doctoral, sobre las virtudes y bondades de ellas. No en vano, muchos tratados de *esoterismo*, incluyen manifestaciones, conceptos, y exponentes del ocultismo. A su vez, mucha literatura de tipo ocultista, incluye manifestaciones, conceptos y exponentes del esoterismo.

Autores, que pretenden una reputación en las llamadas “ciencias ocultas”, tratan denodadamente de mezclar el ocultismo con el esoterismo. Durville, por ejemplo, une de un modo desenfadado, los antiguos cultos chinos; la India veda, brahmánica y budista; el Yoga; los misterios egipcios; los misterios órficos, pitagóricos y elusianos; los contenidos mosaicos y cristianos; las herencias gnósticas y neo-gnósticas; la teosofía, de la cual se siente parte; cierta “verdadera Masonería”; el hermetismo, el rosacruzismo y el martinismo; y el alquimismo. Empero, tal vez

por algún prejuicio teosófico, no incluye la kabbalah ni los esenios.

André Nataf, en un libro que pretende ser una especie de erudito manual de estudio de los “*maestros del ocultismo*”, incluye en esa definición a la alquimia, el *compagnonnage*, a la masonería, la kabbalah, el gnosticismo, junto al trantismo, el rosacruzismo, la magia, el espiritismo, las *mancias*, y lo que se le viene a la cabeza.

En atención a lo expuesto, el esfuerzo que debemos hacer, necesario y oportuno, es separar lo iniciático de lo profano, teniendo el firme propósito de diferenciar con prístina claridad conceptual, lo que contienen el esoterismo y el ocultismo, entendiendo que uno y otro son ámbitos distintos en la búsqueda humana de la verdad. No en vano, lingüísticamente, el idioma español usa conceptos distintos, lo mismo que el pragmático idioma inglés.

Al definir el concepto de *esotérico*, la Real Academia Española de la Lengua, señala que es una expresión que se refiere a algo oculto, secreto, reservado a unos pocos, algo que tiene una difícil comprensión. Otra acepción indica que se trata de una doctrina que se comunica solo a iniciados, y que no se trata de una doctrina de uso común o vulgar. Una tercera acepción expresa: “*Se dice de la doctrina que los filósofos de la Antigüedad no comunicaban sino a un corto número de discípulos*”.

En tanto, el *ocultismo*, desde el punto de vista de la Real Academia, se entiende como un conjunto de conocimientos y prácticas mágicas y misteriosos, con los que se pretende penetrar y/o dominar los secretos de la naturaleza. A mayor extensión, algunos diccionarios de lengua española, señalan que el ocultismo se entiende como aquella teoría que defiende la existencia de fenómenos, que no tienen explicación racional y que no pueden ser demostrados científicamente.

El *Merriam Dictionary*, en tanto, define el concepto *esoterism*, bajo la siguiente definición: “1. *Understood by or meant for only the select few who have special knowledge or interest; recondite: poetry full of esoteric allusions.* 2. *Belonging to the select few.* 3. *Private, secret, confidential.* 4. *(of a philosophical doctrine or the like) intended to be revealed only to the initiates of a group: the esoteric doctrines of Pythagoras.*” Es decir, algo cuyo significado es entendido solo por unos pocos, que pertenece a un grupo selecto, privado, confidencial, secreto. Algo que puede ser revelado a unos pocos, como, por ejemplo, las doctrinas esotéricas de Pitágoras.

En tanto, la *Enciclopedia Columbia*, al definir *occultism*, dice lo siguiente: “*Belief in supernatural sciences or powers, such as magic, astrology, alchemy, theosophy, and spiritism, either for the purpose of enlarging man’s powers, of protecting him from evil forces, or of predicting the future. All the so-called natural sciences were in a sense occult in their beginnings; most early scientists were considered magicians or sorcerers because of the mystery attending their investigations. In the modern world occultism has centered in small groups that seek to perpetuate secret knowledge and rites alleged to be derived from the ancients*”. Creencia en ciencias o energías sobrenaturales (menciona algunas de ellas), con el fin de dar poder a los hombres, protegerlo de fuerzas malignas o predecir el futuro. Seguidamente sugiere que todas las ciencias naturales y los científicos tempranos daban un sentido oculto a sus investigaciones, y que en los tiempos modernos el ocultismo se ha centrado en ciertos conocimientos y ritos secretos derivados de ellos.

MISTERIO Y FE

Si hay un elemento que une al esoterismo y al ocultismo es el misterio, naciendo de esa yuxtaposición, la fuente de todas las confusiones que llevan a analogarlos bajo ciertas apreciaciones. Aquel lugar común que los une, produce una cierta ambivalencia, donde pocos se detienen a advertir la diferencia que los separa, taxativamente, y que los hace inconciliables: la naturaleza del misterio y su propósito.

Al hablar de secreto, podemos referirnos a las definiciones kantianas, que se desglosa en las siguientes acepciones: el secreto natural o *arcanum*, contenido en la creación divina; el *secretum*, que está presente en las creaciones y actividades humanas; y el secreto sagrado o *mysterium*, que se expresa en las excepciones del hacer humano, en relación con el secreto natural.

Lo que une al esoterismo y al ocultismo está en la última acepción, es decir, en lo misterioso, no en el *secretum*, ya que sus existencias no son desconocidas para cualquier persona medianamente informada. La filiación misteriosa es la que hace que, uno y otro, se entrecrucen, creando encrucijadas, que desorienten a los investigadores superficiales.

La filiación misteriosa hace específico a cada cual, y posibilita la creación de los dogmas particulares, es decir, comprensiones de fe, que unen los vacíos que deja lo inexplicable o lo imprevisible. Porque la fe es como la argamasa que une los ladrillos de la Creación o de la Naturaleza, siendo los ladrillos los hechos tangibles, que se expresan por comprobación o tradición. Unir las parcialidades que expresan las constataciones, requiere de una creencia, que pone en perspectiva ordinal los fenómenos que la mente humana necesita procesar frente evento decisional del día a día.

Sin la fe – cualquiera sea su carácter – no hay capacidad de acción, no hay actos humanos. Así, cuando los arcanos cobran

fuerza y presencia en el transcurrir humano, solo la fe permite pasar de una parcialidad del conocimiento a otra, cuando no se tiene el conocimiento integral. Más aún, cuando se trata de los tres formidables arcanos: “¿Qué somos?”, “¿De donde venimos?”, “¿Para donde vamos?”

Lo místico tiene como objeto aproximarse a los arcanos. Es como la escalera que permite subir de un piso a otro. Porque, no solo la ciencia es una opción para penetrar los arcanos. El espíritu tiene una enorme capacidad: no solo tiene la posibilidad de comprobar y ratificar, por medio del método científico y por la experiencia, sino que también tiene la posibilidad de creer. Al creer, rompe con la rigidez de la experiencia y con la amplitud del tiempo científico, cuyo transcurrir es de siglos.

La espiritualidad humana necesita respuestas para la acción, y no puede esperar lo que otro hombre descubrirá y comprobará dentro de 100 años. Al fin y al cabo, la constatación de los fenómenos y la explicación de sus eventos, no es la constatación de la Verdad, sino la constatación de la realidad. La Verdad, debemos admitirlo, es una comprensión de la realidad. Ergo, la Verdad es una creencia, es una expresión de fe, y cuando digo fe, no digo fe religiosa, pues, también hay fe científica, fe filosófica, ¡fe mística!, etc.

Los misterios son una expresión de fe. Son construcciones espirituales que devienen en comprensiones sobre la realidad, a partir de una forma o método de aproximarse a ella. Tal pues que, todo misterio contiene una promesa, porque lo que oculta en sus formas y contenidos, significará una respuesta a una necesidad del hombre, sea material o espiritual.

ESOTERISMO. UNA DEFINICION FUNDAMENTAL

Uno de los problemas que tuve que resolver, para enfrentar la definición del vocablo “esoterismo”, fue comprobar si

correspondía utilizarlo en propiedad, considerando que, en rigor, el origen del concepto griego, se refiere a “esotérico”, lo que se expresa también en las definiciones del vocablo, tanto en idioma inglés, español, alemán o francés.

Es un hecho que los *ismos* son expresiones que se asocian indudablemente a la formulación de orientaciones innovadoras, y relacionadas con las vanguardias en las ideas. Pero, el sufijo ha quedado reconocido como válido en la formación de palabras con un sentido de doctrina o sistema, más allá de lo estrictamente vanguardista, dejando el vocablo “esoterismo” como “relativo a esotérico”. En virtud de ello, podemos aplicar la palabra “esoterismo”, sin ambages, en tanto el sufijo “ismo” le da sentido de doctrina o de sistema al concepto inicial.

En las definiciones revisadas precedentemente, se nos plantea que el esoterismo es una práctica o disciplina del hombre fundada en el misterio, y reservada a unos pocos: los iniciados; por lo cual, se trata de una doctrina que no es de uso común o vulgar. Tanto la Real Academia Española de la Lengua, como los más reputados diccionarios del idioma inglés, francés y alemán ponen en evidencia la definición de *esotérico*, como una doctrina según la cual, los conocimientos no pueden ser vulgarizados, sino comunicados a iniciados o discípulos, reconociendo su origen griego: ἑσωτερικός (*esoterikós*).

De los antecedentes registrados en la historiografía, el concepto “esotérico” habría sido aplicado por primera vez, por Clemente de Alejandría (208 d.C.), en su obra “*Stromata*”, cuando se refiere a las enseñanzas de Aristóteles. Su discípulo Orígenes, en su “*Contra Celso*” (248 d.C.), ampliará el concepto al designar todo lo que las escuelas del pensamiento griego entregaban a sus discípulos ya formados. En tanto, Yámblico, en su “*Vida de Pitágoras*”, describe la forma como se entendía y aplicaba el esoterismo entre los pitagóricos.

Ya en nuestro tiempo, Nataf cita el Diccionario Robert, para exponer la siguiente definición: *“Dícese de la enseñanza que, en ciertas escuelas de la Grecia Antigua, y para uso de discípulos particularmente calificados, completaba y profundizaba la doctrina”*. El citado texto agrega: *“Cualquier doctrina o conocimiento que se transmite por tradición oral a adeptos calificados”*.

Más de medio siglo antes, Guénon señalará que *“toda doctrina esotérica puede únicamente transmitirse por medio de la iniciación, y cada iniciación incluye necesariamente varias fases sucesivas”*, y en uno de sus trabajos puntualiza que el esoterismo *“es esencialmente algo diferente de la religión”*, y que tampoco *“es la parte interior de una religión”*.

Los más recientes esfuerzos de Riffard, se aventuran en proponer que el esoterismo es un fenómeno social, antes que cultural, y que actúa como balanceador del lado oscuro de la vida en relación a su brillantez, y afirma que el mundo natural tiene sus enigmas que no se comprenden, pero, que están en él. Sin embargo, a Riffard debe reconocérsele una buena aproximación a la conceptualización esotérica, aún cuando incurre en notables errores respecto a que y quienes incluye en la calificación de esoteristas. En su *“Diccionario de esoterismo”*, define este, como *“una enseñanza oculta, doctrina o teoría, técnica o procedimiento de orden metafísico y de intención iniciática”*.

Una definición más integral de esoterismo, desde mi personal punto de vista, es que corresponde a un conocimiento velado, que se adquiere solo por la vía de la iniciación, cuyos contenidos implican una visión trascendente del hombre en su condición espiritual, el cual se entiende constituido por una conciencia perfectible, de manera gradual y ascendente.

La principal característica del misterio, en el esoterismo, es que permite ser penetrado, para convertirse, a partir de ese momento, en un conocimiento. De este modo, el esoterismo está

constituido por un conjunto de misterios que, de acuerdo al grado o nivel, serán cognoscibles.

Así, el valor del misterio está en los contenidos que cada grado o nivel posee, para ser conocidos por quienes tienen la competencia o la preparación para ello. En ese contexto, habrá misterios que serán revelados por quienes le preceden en el grado o nivel, y habrá misterios que, con ciertas herramientas, deberá el recipiendario conocer por su propia actividad o acción. Entonces, el esoterismo viene a ser una pedagogía en el más exacto sentido.

Por medio de distintos componentes y conceptos, tiende a conducir al hombre hacia el estado espiritual superior, asentada en la firme convicción de que el hombre es un ser espiritual perfectible, que, gradualmente, puede llegar a estadios más elevados, en la medida que adquiera conocimientos y herramientas para lograr ese fin. El esoterismo – dice un autor – viene a ser la parte del conocimiento del hombre que progresa a través de la conciencia, usando las herramientas de la experiencia, de la razón, la voluntad, la intuición y la realización personal.

Sin embargo, ello no ocurre por sí, ni en relación con la observancia exclusivamente personal, sino en relación con los demás. El bien, el conocimiento, la sabiduría, la rectitud, la ponderación, la templanza, el respeto, la caridad, la tolerancia, el amor, etc. no son bienes espirituales del hombre para guardarlos en un cofre personal, sino que son para compartirlos, para ponerlos a disposición de toda la especie humana.

Así, el iniciado en el esoterismo, guardará los misterios de su camino gradual como un tesoro, pero, el resultado que aquellos obren en sí mismo, será un hombre emancipado del error y de las cadenas que someten el espíritu, para poner ese espíritu emancipado al servicio de la Humanidad.

Otro autor afirma que el esoterismo es aquel cúmulo de conocimientos y experiencias recogidas y sistematizadas a lo largo de milenios, por medio de la profunda sabiduría y el alto

nivel de conciencia individual de los iniciados del pasado y del presente, entendiendo como tales a los que han dedicado su vida a reflexionar sobre los secretos del hombre y del Universo, llevando sus conclusiones a la práctica, en forma de servicio a la Humanidad.

Lo esotérico traspasa lo temporal y espacial, aún cuando, todo esoterismo tiene relación con un exoterismo, esto es, con la condición espiritual predominante en una sociedad. Ello, sin embargo, no ocurre con la filiación a alguna idea específica de carácter religiosa, política, o filosófica, toda vez que la condición espiritual de una sociedad se produce por el equilibrio entre las distintas concepciones que se expresan en ella. De hecho, cuando más ecléctica es una sociedad más fuertemente se expresa el esoterismo y su influencia. Así ha ocurrido a través de los tiempos, con los grandes esoterismos: el pitagorismo, los esenios y terapeutas, alquimistas y kabbalistas, y así ha ocurrido con la Masonería.

OCULTISMO. LOS OTROS MISTERIOS.

El ocultismo corresponde a una práctica humana fundada en misterios y en conocimientos y rituales, con los cuales se pretende penetrar y/o dominar fuerzas desconocidas. A mayor extensión, podemos definirlo como un conjunto de teorías que defienden la existencia de fenómenos que no tienen una explicación racional, y que no pueden ser demostrados científicamente. La palabra “ocultismo” proviene del latín *occultare* (oculto).

Contrariamente al esoterismo, el ocultismo se funda en que los misterios deben permanecer ocultos. Si determinado fenómeno expresa la existencia de ciertas fuerzas ocultas, o si determinada condición permite adquirir ciertos poderes, tales fuerzas o poderes seguirán ocultos en su origen.

Bajo ningún aspecto, entonces, hay un proceso cognitivo en torno al misterio, el cual pueda hacerlo comprensible para el beneficiario del eventual conocimiento. Así, en el ocultismo, el misterio se revela como misterio, permaneciendo en esa condición, como un objeto de culto o como un relato.

Los ocultistas, en general, plantean la existencia de un conocimiento escondido, que puede elevar al hombre por encima de su animalidad, pues, al dominar ciertas leyes ocultas, estará libre de las pesadas cadenas de las leyes materiales. Ser ocultista para sus cultores, significa ser capaces de penetrar en el mundo de las fuerzas que condicionan, impulsan, modelan, gobiernan y dirigen la materia, y dominarlas, para que estas cumplan con los objetivos esperados.

Dion Fortune, afamada escritora ocultista, señala. *“Las operaciones del Ocultismo están basadas en los poderes de la voluntad y de la imaginación, que son dos fuerzas ciegas, y si no están dominadas, controladas y dirigidas por un motivo que tenga relación con el Universo en conjunto, no es posible arribar a la síntesis última”*.

El término *oculto*, como expresión de lo no aprehensible por el espíritu y como algo más allá del entendimiento humano, según Mircea Eliade (citado por Nataf), data de 1545, y cien años más tarde, la acepción se ensancha para englobar pretendidas ciencias que contenían un saber que podía hacer obrar a fuerzas de naturaleza secreta y misteriosa. Obviamente, antecedentes anteriores ya existían ampliamente: magias, teurgias, artes de adivinación, necromancias, etc., con antecedentes en Egipto y Roma, e incluso Mesopotamia. Lo propio ocurre con las prácticas del I Ching y el yoga tántrico, en Oriente.

Sin embargo, cuando adquiere realmente un cuerpo de ideas literariamente abundante y sistemático, es a partir del siglo XVIII, con la aparición de distintos autores que publican libros y tesis, del mismo modo que desarrollan determinadas técnicas para

sondear en lo oculto, varias de las cuales corresponderán a artes de adivinación. Al respecto, se destacan el Conde Claude Luis de Saint Germain (1734-1784) o Jean-Francois Aliette (1738-1791), creador de la cartomancia. Ya en el siglo XIX, aparecen los nombres de Adolphe Desbarolles (1801-1886), notable quiromántico; y Alphonse Charles Constant “*Eliphas Lévi*” (1810-1875), autor de varios libros y del célebre pentagrama invertido; Gerard Encause “*Papus*” (1865-1916), que incursionó fuertemente en un ocultismo iniciático; y, por supuesto, la célebre Héléne P. Blavatsky, fundadora del teosofismo. Ya en el siglo XX, destacan Raymond Abellio (1907-1986), promotor de una especie de sincretismo de connotaciones fascistas, y Violet Mary Firth “*Dion Fortune*”, autora de varios libros traducidos a diversos idiomas. Entre comillas hemos puesto los nombres con los cuales se han hecho famosos, considerando que, en el campo del ocultismo, tiende a darse la pontificia costumbre de optar por un “nombre santo”, desechando la denominación vulgar.

Todo ocultismo, en algún sentido, tiene siempre una base cosmovisional, es decir, una interpretación de la realidad y del Universo, manifestando una forma de entender al hombre en relación con la Naturaleza. De este modo, hay una conexión con cierto tipo de creencias, sean estas religiosas o agnósticas. Sin embargo, ello ocurre en los márgenes del cuerpo de ideas convencionalmente aceptado por esas creencias. Por esto mismo, los ocultismos son expresiones marginales de las religiones, de la ciencia, de la filosofía, etc.

En el caso religioso cristiano, el ocultismo siempre ha sido asociado a la idea de malignidad, o a poderes que buscan verdades soterradas, al margen del bien, o de la fe. Sin embargo, no por ello, las iglesias cristianas, incluyendo la católica, dejan de aceptar concepciones ocultistas en las prácticas de la fe: exorcismos, santerías, animismos, etc.

El conjunto de fenómenos que pueden tener cabida en el ocultismo es muy variado, pero, todos tienen como rasgo común la proclividad hacia expresiones de culto en torno a la fenomenología que los fundamenta. Ello no es óbice, sin embargo, para reconocer que ciertos fenómenos de ocultismo han tenido una explicación científica o racional, dejando de ser misterios, y por lo tanto, abandonando sus dominios irreversiblemente. Otros casos han permanecido como objetos de culto, a pesar de la evidencia científica que los refuta, básicamente, por la fuerza de la fe que los sustenta.

Obviamente, es un hecho que existen muchos fenómenos que el hombre aún no es capaz de desentrañar o explicar en su racionalidad. La Naturaleza aún contiene una gran cantidad de misterios, tal vez incommensurables, que la Humanidad en su tránsito histórico seguirá dilucidando hasta el fin de los tiempos. Ellos, por cierto, serán factores coadyuvantes a la formación de cultos hacia lo que aparezca poco comprensible o derechamente incomprensible, pero, que, en su fenomenología, ofrezca una promesa para vencer las limitaciones humanas.

LOS OBJETOS COMO EXPRESIÓN MISTÉRICA

Los objetos, desde tiempos remotos, han jugado un papel fundamental en la expresión mística, por lo cual, merecen una consideración necesaria en este análisis, por cuanto, en ellos también se expresa diferencia entre esoterismo y ocultismo.

En el campo del ocultismo, el uso de objetos es amplísimo y, muchas veces, el objeto mismo es el misterio. Es conocida la existencia de talismanes, emblemas, figuras, amuletos, etc. de los más variados orígenes, interpretaciones y significaciones, que forman parte de las prácticas ocultistas, a muchos de los cuales se les confiere poderes propios, o se le asignan capacidades o influencias extraordinarias. En realidad, en las doctrinas

ocultistas, los objetos son parte fundamental en su fundamentación y prácticas.

Contrariamente, en el esoterismo, un objeto cualquiera, aunque represente determinados símbolos o reproduzca símbolos de origen esotérico, no puede ser considerado como “esotérico” por sí mismo, ya que, para tener esa condición debe expresar un contenido místico, y tener al recipiendario de tal misterio, es decir, al iniciado.

En Masonería, por ejemplo, una escuadra es una simple herramienta geométrica, igual que para toda persona común. Sin embargo, adquiere otra condición, cuando el iniciado debe recibirla en su proceso iniciático, y sus misterios le son revelados, quedando *a posteriori* el deber de develar aquello que no se le ha comunicado: una letra le será comunicada y la otra deberá balbucearla por sus propios medios.

De este modo, en el mundo no hay objetos “esotéricos”, como no sea en la realidad y en la práctica misma de esoterismo. Pensar que un objeto, por ser presentado para su comercialización de una manera peculiar, le da una condición superior a los demás que le son parecidos, no le da un valor espiritual. Son los conceptos, las ideas, los contenidos, que el hombre crea en sus distinguos, lo que le da una condición especial, en el tiempo y en el espacio adecuado. Por lo demás, los objetos materiales, por sí mismos, son inanimados, inertes, y su única transformación, a través del tiempo, es la degradación propia de su condición material.

Un madero pulido y formateado, que se deja expuesto a la acción del sol y la lluvia, terminará por degradarse, perdiendo la utilidad para el que fue preparado. Solo cuando un hombre le da un propósito adquirirá su valor y trascendencia. De nada sirve una joya preciosa en el fondo del mar. Allí no es una joya preciosa, sino un simple trozo de sedimento. Lo propio ocurre con los

“objetos esotéricos”: si el hombre no está presente para darle un contenido, no tendrá cualidad alguna.

CONTRASTACIÓN ENTRE ESOTERISMO Y OCULTISMO

Como consecuencia de lo expresado en las páginas precedentes, al contrastar lo que el esoterismo y el ocultismo significan, podemos establecer los siguientes criterios diferenciadores:

- a) El esoterismo no tiene una filiación concreta con ningún conjunto de ideas determinado, sea de tipo cosmovisional, religioso, filosófico o político. No ocurre lo mismo, con el ocultismo, el cual presenta siempre vinculación o basamento en torno a alguna creencia religiosa o posición cosmovisional.
- b) El esoterismo es, antes que todo, un método, cuya finalidad es la elevación y el perfeccionamiento espiritual del hombre, para alcanzar estadios superiores de conciencia. El ocultismo es, básicamente, un relato, que propone metas a alcanzar, en relación con el misterio que lo fundamenta. Los caminos del esoterismo son preferentemente racionales, aún cuando incorpore mitos como modelos simbólicos. Los caminos del ocultismo son fundamentalmente míticos, e incorporan modelos racionales para dar coherencia y contemporaneidad a su mensaje.
- c) El esoterismo siempre está enmarcado o relacionado con un exoterismo, es decir, con una condición espiritual predominante en una sociedad. El pitagorismo estuvo enmarcado en las mejores condiciones del helenismo; los esenios surgen en medio de un eclecticismo espiritual,

provocado por la *pax romana*; el kabbalismo, se potencia en medio de eclecticismo renacentista; la masonería surge como consecuencia del humanismo. El ocultismo, en cambio, tiende a desvincularse de toda relación externa, favoreciendo la segregación del cuerpo social y la connotación sectaria de sus prácticas.

- d) Un genuino esoterismo es gradual, y por lo tanto, iniciático, donde cada nivel contiene misterios, los que se convierten en un conocimiento para quien accede a ese nivel, es decir, el misterio trastoca en saber. A pesar de que hayan expresiones de ocultismo que puedan ser graduales, los misterios siguen siendo tales, perpetuándose como objetos de adoración o culto.

Como podemos ver, las diferencias entre esoterismo y ocultismo son determinantes, para establecer su absoluta diferencia y objetivos. Ello no es óbice, sin embargo, para que se produzcan coincidencias en el uso de las terminologías, donde muchas acepciones se usan de la misma forma, en uno y otro, al punto que, en un texto, muchos de los vocablos pueden tener validez para éste o aquel. Sin embargo, aquellos usos lingüísticos que, en una frase para un profano son evidentes respecto a lo análogo de las expresiones, llevándolo a creer que esoterismo y ocultismo son lo mismo, en el contenido simbólico, en la interpretación de los conceptos, bajo uno y otro, son absolutamente distintos.

Para ejemplificarlo, podemos tomar las interpretaciones que uno y otro tienen respecto de la legendaria búsqueda del Santo Grial. La mítica lectura de este símbolo misterioso, dice que éste corresponde a la copa, que estuvo en la mesa de Jesús, el Cristo, y con la cual se recibió su sangre cuando este muere en la cruz.

Una interpretación esotérica dirá que el Santo Grial es la *forma* en la cual se recibe la sangre del Cristo, y su sangre

simbolizará el contenido esencial de su legado, *lo que corre por sus venas*, lo que recorre todos sus órganos: su doctrina. Tal doctrina se funda en una idea de perfeccionamiento, a través del amor al prójimo. La copa que recibe esa doctrina, es la forma como la contienen quienes se dedican a estudiarla y mantenerla viva.

Una interpretación ocultista nos dirá que, en aquella copa, hay fuerzas ocultas que pueden cambiar el destino o las vidas de las personas, en la medida que entren en contacto con aquella.

Por lo tanto, encontrar en un texto esotérico y en un texto ocultista la frase: *beber en el Santo Grial puede dar poderes desconocidos, permitiendo acceder a estadios superiores*, semánticamente tiene una validez común para cualquier persona, que lo llevará a creer que esoterismo y ocultismo pretenden lo mismo. Sin embargo, la interpretación del texto será distinto en uno y otro: en uno será una expresión simbólica respecto a la significación de la doctrina, y en otro, será una promesa de cambio y poder.

Demás está decir lo que las lecturas del alquimismo permiten en uno y otro sentido. La idea de *transmutación* ha provocado las más erráticas explicaciones, incluyendo a eruditos de la talla de Mircea Eliade. Paracelso, por ejemplo, ha sido utilizado de un modo grotesco, para explicar las más absurdas *erudiciones* de tratadistas. Objetivamente, para leer y estudiar el alquimismo se requiere una mirada iniciática. Pero, a fuerza de supercherías, también se tiene una mirada ocultista. El profano, obviamente, no demorará en decir “esto es lo mismo”.

EL ANATEMA AL ESOTERISMO

En nuestra civilización cristiana occidental, el anatema al esoterismo se manifiesta en sus inicios, ante la hegemonía católica que se establece a partir del siglo III d.C. De hecho, esa

hegemonía se impone en la profunda pugna que deviene, en los primeros siglos del cristianismo, entre quienes sostenían la idea de una iglesia universal y quienes optaban por una visión esotérica.

Los primeros concilios del cristianismo, provocan la hegemonía del concepto católico (*katholikes*: para todos), imponiéndose el anatema a los esoteristas cristianos, los que son segregados de la iglesia. Junto a ellos serán anatomizadas distintas visiones que presentaban rasgos conceptuales discrepantes con el perfil dogmático que terminará por imponerse.

El anatema al esoterismo prevalece hasta nuestros días, es decir, por más de 17 siglos, retomando nuevas fuerzas cuando han surgido nuevas escuelas esotéricas significativas, que ponen en entredicho el fundamento dogmático católico.

Empero, ello no ha sido óbice para que, en los siglos posteriores, en medios religiosos católicos se hayan expresado algunas formas de esoterismo, en ciertas etapas históricas particulares, que no tardaron en ser tenazmente perseguidas.

En los últimos tres siglos, la condena a las manifestaciones esotéricas se ha expresado fundamentalmente contra la Masonería, la más importante y significativa escuela de esoterismo contemporánea, a través de las bulas, emitidas por los pontífices católicos, a partir de 1738, con “*In Eminentí Apostolatus Specula*”, del Papa Clemente XII. Posteriormente, nuevas bulas papales serán emitidas reafirmando la misma condena en 1751, 1821, 1825, 1829, 1832, 1846, 1865, 1873, 1884 y 1902, siendo “*Annum Igredi*”, de León XIII, la última de ellas. Este Papa y su antecesor Pío IX, serán los más recurrentes en los esfuerzos de condena.

Desde otro ámbito, producto de la confusión de percibir el esoterismo como análogo al ocultismo, el ataque ha provenido de ámbitos cientifiquistas y ultra-racionalistas, influenciados por prejuicios que devienen del desconocimiento del carácter y propósitos del esoterismo. Es un dato de la causa, que el método

científico ha sido incapaz de estudiar seriamente al esoterismo, y notables eruditos, que han tenido sobresalientes éxitos en el estudio de otras corrientes espirituales, han caído en la comprensión superficial y el prejuicio.

LA CRÍTICA AL OCULTISMO

A través de los siglos, los ocultismos han tenido variados retractores, a la vez que una crítica sostenida desde el ámbito de la ciencia y la religión. Sin embargo, la opinión de la religión católica presenta relativismos en sus juicios y conductas. Es un hecho que, como ya lo señalamos anteriormente, en muchas prácticas y doctrinas ocultistas hay un fuerte componente religioso, y muchas de ellas se encuentran muy enraizadas en dogmas específicos de algunos credos.

Hay determinados ocultismos, por ejemplo, que la religión católica ha condenado y atacado de un modo pertinaz, mientras, en otros casos, en su sincretismo universalista, ciertos ocultismos han sido adoptados e integrados a dogmas propios del credo, imponiéndoles categorizaciones “cristianas”.

Así, cultos propios del animismo han sido elevados a condiciones milagrosas, incorporándolos al santoral o a festividades religiosas, de la misma forma que diversas creencias escatológicas han sido cambiadas de nombre para relacionarlos a misterios marianos o milagros de beatos de la iglesia, del mismo modo que se han cristianizado prácticas tales como el exorcismo.

De este modo, la religión, por su cercanía con el ocultismo, en tanto comparten el mismo espacio de creencias, tiene una actitud ambivalente que solo se vuelve contradictorio o antagónico, en la medida que el relato ocultista se haga más agnóstico o menos cristiano.

En tanto, desde el ámbito intelectual, hay profundas críticas hacia el ocultismo, que ejemplificaremos con tres

expresiones. La primera, que nace contra las visiones racistas que el ocultismo intelectual europeo ha cobijado de un modo significativo. La segunda, la crítica guenoniana contra el teosofismo, que recoge la visión masónica francesa de la segunda década del siglo XX. Y la tercera, que corresponde a la crítica racionalista.

Ya, en los inicios del siglo XX, se manifestaron reparos éticos a ciertas concepciones racistas, que los ocultistas y pseudo-esoteristas planteaban en sus relatos teóricos. En Francia, Rusia y Alemania, especialmente, se ponen de manifiesto una serie de teorías raciales, que dan fundamento a relatos míticos, donde se mezclan determinados conocimientos místicos con teorías donde se advierte el concepto ario y el mito atlante.

Estas teorías pseudo-esotéricas, especialmente expresadas a través del teosofismo, serán denunciadas ya como anti-judías por Guénon y otros intelectuales en los años 1920. Sus contenidos insuflaron las teorías raciales del nazismo, que encontrará en la afición por el ocultismo de Hitler, terreno abonado para acogerlas y coadyuvar a darle un contenido “tradicional” a la persecución antisemítica.

Efectivamente, gran parte de aquellas teorías que tienen un fundamento atlante, lemuriano, o raciales, que se advierten en ciertos ocultismos, presentan un ineludible perfil racista, donde se pretende la existencia de determinadas evoluciones, generadas por ciclos astrales, que persiguen poner de manifiesto ciertas condiciones superiores de determinadas razas por sobre otras. En Chile, un exponente significativo de esas tesis pseudo-esotéricas ha sido el nazi Miguel Serrano.

A modo de ejemplo, se puede citar a H.M. de Campigny, teósofo, autor de un libro titulado “*Las Tradiciones y las Doctrinas Esotéricas*”, que usa una serie de conceptos y conocimientos tradicionales propios de doctrinas esotéricas, para configurar un relato racial con fundamentos lumirianos, atlantes y

arios, propios de la más lujuriosa concepción mítica, que no oculta la propuesta de la existencia de razas superiores e inferiores.

Todas estas teorías del ocultismo intelectual europeo, siguen siendo reproducidas, usando sin ningún miramiento, teorías supuestamente científicas, y citando contenidos tradicionales, y autores tan distantes de sus propósitos, como es el caso del propio Guénon, para darle coherencia a sus planteamientos.

El uso de Guénon, y sus trabajos de esoterismo, por parte de los autores ocultistas, adquiere connotaciones verdaderamente no éticas, y que dan cuenta de la superficialidad de contenidos que respaldan sus relatos, o de una manifiesta perversión en el uso de los conocimientos que están fuera de toda connotación ocultista. De hecho, la herencia de Guénon ha sido muy manipulada por las corrientes ocultistas pseudo-masónicas.

Al estudiar a aquel esoterista francés, referente obligado para todo estudio serio y honesto del esoterismo, es evidente su distancia y su crítica a las manifestaciones ocultistas. Objetivamente, Guénon atacó frontalmente los fundamentos de la Blavatsky y sus seguidores, en su obra *“El Teosofismo”*, calificándolos de “pseudo-religión”, “perversión de la religión” o “típica parodia de la espiritualidad”. Define las teorías propagadas por la Sociedad Teosófica como “invenciones occidentales” de las tradiciones hindúes, con claros perfiles anticristianos y anti-judíos. Igualmente insiste en lo fraudulento que gira en torno a la Blavatsky, tal como lo pusieron en evidencia Richet y Solovioff.

Es más, Guénon no tuvo consideración alguna con el espiritismo y el animismo, como lo pone de manifiesto su trabajo *“El Error Espiritista”*, donde sostiene cuatro ideas que lo desvirtúan, entre las cuales está la imposibilidad de la comunicación con los muertos.

Sin embargo, no solo los esoteristas han puesto en evidencia el carácter mítico de los relatos de los ocultismos. De hecho, una de las mayores críticas, proviene del racionalismo

francés, que ha tenido innumerables episodios, que generaron un significativo debate intelectual.

A partir de los años 1930, por ejemplo, la Unión Racionalista francesa, fundada por Henri Roger y Paul Langerin, mantendrá una intensa polémica con el ocultismo expresado a través de la revista “*Planète*”. Poco más de 30 años después, ella tendrá un nuevo hito con la publicación del libro “*El retorno de los brujos*” de L. Pauwels y J. Bergier. Esto dio pábulo para la publicación del libro “*El fracaso de los brujos*”, una selección de monografías efectuada por Yves Galifret, donde se exponen los puntos de vista de varios académicos franceses frente a los planteamientos de Pauwels y Bergier.

En ese libro contestatario se expresa que “*hoy los magos no proceden con encantaciones, humos y brebajes de hierbas, sino con el arte sutil donde lo que sugieren y lo que se afirma está sutilmente dosificado dentro de una argumentación*” (R. Imbert-Negal). El libro denuncia que un principio fundamental rige la puesta en escena del ocultismo: “*todo es posible, todo está permitido, lo que asegura a los autores una licencia tanto más preciosa cuanto que el éxito aumenta en proporción a la incontinencia imaginativa*”. Y agrega que “*pueden invocarse el sentido común, el rigor del pensamiento, la experiencia, el acervo científico, el control, la coherencia, y, naturalmente, el método científico. Pero, se está dispensado de tenerlos en cuenta. No se demostrará, se afirmará*” (R. Imbert-Negal). Ello lleva a Jean Rostand, a afirmar en ese libro, que el ocultismo, desde la antigüedad, “*no ha hecho más que retardar la marcha del progreso*”.

Obviamente, una gran parte de la literatura ocultista, se sostiene en secretos guardados por hombres de gran sabiduría, en santuarios ignotos, a través de milenios, que se mantienen ocultos porque su revelación masiva puede ser provocar un grave daño a la Humanidad, lo que hace recomendable su entrega progresiva.

Cuando no se trata de “conocimientos” de un origen arcaico, puede tratarse de “conocimientos” de seres extraterrestres, o aportados por seres supra-naturales o investidos de cierta divinidad, o santones del más diverso origen.

CONCLUSIÓN

El objetivo de este ensayo, ha sido establecer la diferencia definitiva que conceptualmente presentan el esoterismo y el ocultismo, ante la confusión profana que induce a hacerlos sinónimos. Sin embargo, al concluir la presentación de los antecedentes entregados, reconociendo e insistiendo en los objetivos y el carácter de cada uno, que los distingue y los separa taxativamente, no está de más considerar un aspecto que los relaciona de un modo común en sus orígenes. Ello tiene que ver con las necesidades espirituales del hombre, y con la interpretación que este requiere respecto de su rol en el Universo, y como explica ese Universo del cual es parte.

En el origen histórico de la Humanidad, es el desarrollo de una concepción mítica, que se convierte en la esencia de su comprensión de la realidad, de la vida y de su historia social e individual. A través del mito, describe, explica, articula y organiza la experiencia personal y colectiva. Con su relato se asientan las creencias, que ordenan la realidad sin una argumentación razonada, imponiéndose con autoridad, a través de la tradición, sin propósito de debate ni de revisionismo intelectual.

A través de una estructura de pensamientos generales y un sistema simbólico, organiza la experiencia y ofrece soluciones a las interrogantes sobre el origen de los fenómenos que presenta la realidad. Así, a juicio de Eliade, el pensar simbólico es consustancial al ser humano, precediendo al lenguaje y a la razón discursiva, en tanto, símbolo, mito e imagen, pertenecen a la sustancia de la vida espiritual.

Sin embargo, con la emergencia de la cultura griega fundada en las *polis*, se establece la argumentación, el diálogo y el despliegue discursivo, como métodos para buscar el conocimiento. Por primera vez, se plantean los recursos de la experiencia y del pensamiento, como formas para buscar respuestas en la realidad, respuestas sin misterios, lejanas al concurso de los dioses. El reino del *Phobos*, del temor, fue reemplazado por el *Peithó*, la persuasión.

Comienza de ese modo, el largo proceso que determinará el comportamiento intelectual occidental, donde el pensamiento se reflejará, a partir de entonces, en principios lógicos. Es válido decir entonces, que la cultura griega inventó la razón y el lenguaje como el medio fundamental para comunicar el pensamiento.

Sin embargo, la cultura griega no llegará a ser enteramente racional, ya que el mito no dejó de ser narrado, y ninguno de los ciudadanos de las *polis* estaba al margen de las numerosas actividades de culto. Dice Dodds que los creadores del primer racionalismo fueron profundamente concientes del poder, misterio y peligro de lo irracional, pero, que los componentes no racionales jamás desaparecieron de su cultura.

En efecto, de su tradición simbólica emergerá con mucho vigor el esoterismo, a partir de la obra pitagórica, que establecerá un camino de perfeccionamiento del hombre, a través de la racionalidad que el simbolismo puede desarrollar, estableciendo un sentido de proporción, entre la realidad y la imaginación, cuestión que se expresa con fuerza en sus indiscutibles aportes matemáticos.

El sentido del esoterismo, como toda la obra griega, es apropiarse de la totalidad de la existencia, distanciándose de toda pretensión de establecer reinos autónomos para lo racional o lo mítico. Esa herencia será la que se recuperará en la esencia del Renacimiento y la emergencia del Humanismo en Occidente.

Posteriormente, el predominio cartesiano llevará a la odiosa fractura entre la visión científica y cualquier concepción simbólica o mítica, quiebre que presentará drásticamente la modernidad, donde los relatos mítico-religiosos y el método racional no se pudieron compatibilizar, en la forma como pudieron hacerlo los griegos, como ha ocurrido consecuencialmente también en la postmodernidad.

Decidida e irrefutablemente, el esoterismo ha buscado esa conciliación, y ha mantenido ese esfuerzo a través de los siglos, por medio de una relación docente entre lo racional y simbólico. Esa búsqueda de la conciliación, entre esos dos ámbitos del pensar del hombre, empero, será también abordada por algunos hombres de ciencia, lo que permitirá la revisión de la lógica cartesiana durante parte del siglo XX, a partir de Jung.

El ocultismo, equidistantemente, a partir de sus diversos relatos, ha seguido expresando de un modo cierto, aquello que Eliade denomina “*la búsqueda del paraíso perdido*”, impronta de todos los relatos religiosos y míticos, donde todo se inicia con la pérdida de lo que tratará de ser recuperado. Así como Adán y Eva, en el relato religioso judaico-cristiano, son expulsados del Paraíso y sus descendientes buscarán volver a ganarse un lugar en él, alguna vez, en el relato ocultista, la humanidad perdió poderes y facultades que la práctica oculta le permitirá recuperar.

En atención a lo expuesto y, en consecuencia, Eliade no vacila en afirmar que la crisis más terrible del mundo moderno “*ha demostrado suficientemente que es ilusoria la extirpación de los mitos y símbolos*”, y que “*toda la parte del hombre, esencial e imprescriptible, que llama imaginación, flota en pleno simbolismo y continúa viviendo de mitos y teologías arcaicas*”, por lo cual, “*el retorno al paraíso*” es un dato humano de antigüedad incontestable”.

El valor o trascendencia que pueden tener tales concepciones en la espiritualidad humana, dependen de la

fortaleza o debilidad en la racionalización de nuestras creencias, esa argamasa que une los ladrillos de la realidad, y que nos permite interpretar la vida y sus alternativas.

Quienes tenemos el privilegio de la Iniciación, podemos tener una ventaja, en la medida que nos esforcemos en el camino del esoterismo, para lograr la conciliación entre lo que la ciencia nos demuestra y lo que son nuestras legítimas creencias, sin la impronta de tener que conquistar el Paraíso.

BIBLIOGRAFÍA.

- Atienza, Juan G. *Los saberes alquímicos*. Temas de Hoy, España, 1995
- Blavastky, Helene. *La doctrina secreta: síntesis de la ciencia, la religión y la filosofía*. Kier, Argentina, 1993
- Blavastky, Helene. *La doctrina secreta de los símbolos*. Barcelona, 1925
- Blavastky, Helene. *Doctrinas y enseñanzas teosóficas*. Madrid, 1922
- Blavastky, Helene. *La voz del silencio*. Edit. Solar, Bogotá, 1990
- Campigny, H.M. de. *Las Tradiciones y las Doctrinas Esotéricas*. Kier, Argentina, 1992
- Charroux, Robert. *Cien mil años de historia desconocida*. Plaza y Janes, España, 1982
- Dodds, E.F. *Los griegos y lo irracional*. Alianza, Madrid, 1993
- Durville, Henri. *Historia de la Ciencia Secreta*. Talleres Gráf. Codel, Buenos Aires, 1969
- Eliade, Mircea. *Imágenes y símbolos. Ensayos sobre simbolismo*. Taurus, España, 1989.
- Eliade, Mircea. *Tratado de historia de las religiones*. Edit. Era, México, 1992
- Fortune, Dion. *Esoterismo, Órdenes, fraternidades y grupos*. Grupo Edit. Tomo. México, 1999
- Galyfret, Yves. *El fracaso de los brujos*. Edit. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1966
- Guénou, René. *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Eudeba, Argentina, 1969
- López, Ricardo. *Apuntes sobre la razón griega*. Revista Electrónica "Cinta de Moebio" # 16, Facultad de Ciencias Sociales. Univ. de Chile.
- Nataf, André. *Maestros del ocultismo*. Alianza Editorial, España, 1994

- Nestlé, Wilhelm. *Historia del Espíritu Griego*. Ariel, Barcelona, 1987
- Riffard, Pierre. *¿Qué es el esoterismo?* Edit. Diana
- Riffard, Pierre. *Diccionario de esoterismo*. Alianza Editorial, España, 1983
- Valenti Camp, Santiago. *Las sectas y las sociedades secretas*. Edit. del Valle de México, 1980
- Vernant, Jean-Pierre. *Los orígenes del pensamiento griego*. Eudeba, Argentina, 1970

*

* *

EL TEOREMA DE PITÁGORAS Y LOS PITAGÓRICOS³³

INTRODUCCIÓN

Los primeros conocimientos matemáticos de los que se tiene noticias, en los albores de la Humanidad, solo estaban orientados a necesidades puramente prácticas. Pueblos como los babilonios, los egipcios e hindúes, conocían unos cuantos métodos aritméticos y geométricos, sustentándose básicamente en el tanteo y la inducción, despreocupándose de la validez general de aquellos. Es, a partir del siglo VI a.C., cuando aparece una nueva cultura, que cambiará el mundo de las matemáticas, la griega, teniendo a la *escuela pitagórica* como uno de sus principales exponentes

Cuando el mundo griego abarcaba las tierras comprendidas entre los mares Egeo y Jónico, y las colonias establecidas en las costas de los mares Negro y Mediterráneo, estando sus *polis* más importantes fuera del Peloponeso, es cuando surgirá en todo su esplendor la matemática griega. En aquella época, un comerciante, nacido en Mileto, conocido como Tales, transformará las matemáticas en la ciencia deductiva que hoy conocemos. Se cree que entre sus discípulos tuvo a un personaje casi legendario, que se convertirá en uno de los hombres de ciencia más importantes de la Grecia Antigua: Pitágoras.

La importancia de los matemáticos de la Grecia Antigua, no solo radica en lo que lograron probar, sino también, en que

³³ Plancha de Investigación presentado en la Logia de Investigación y Estudios Masónicos "Pentalpha"# 119. Publicada en el Anuario # 17 (2002).

desarrollaron los métodos para comprobarlo. Comenzaron desde algunas afirmaciones básicas – *axiomas* –, hasta deducir, mediante la lógica, sus consecuencias más complicadas – *teoremas* -. Aquel modelo sigue vigente en las matemáticas actuales, solo que ahora, las afirmaciones básicas reciben el nombre de *premisas*. Sin embargo, la forma como construir un argumento matemático convincente ha evolucionado desde aquellos tiempos, y seguirá cambiando, con seguridad, en el futuro.

En las civilizaciones antiguas, anteriores a Tales, consideraban cierto un teorema, al coincidir con sus observaciones experimentales. Sin embargo, con el surgimiento de la especulación matemática, a la que el *pitagorismo* aportará decisivamente, podrá comprobarse que la opinión común no garantiza la verdad de una afirmación matemática.

La importancia de las matemáticas en la cultura griega fue trascendental, tanto en su cultura, como en su pensamiento, que constituye el enorme legado cultural de esa civilización a nuestra cultura. Platón, en su "*Epinomis*", señala que "*los números son el más alto grado del conocimiento*", afirmando aún con más vehemencia: "*El Número es el conocimiento mismo*". En el mismo contexto, Nicómaco de Gerasa (siglo I a.C.), afirmará. "*Todo está dispuesto conforme al Número*", sustentándose en lo planteado por Aristógenes de Tarento, con 400 años de antelación.

El filósofo, matemático, e historiador rumano, Matila C Ghyka, que ha servido como base para el desarrollo de este trabajo, señala que estas afirmaciones, para una visión marcadamente racionalista, parecerán envueltas en una metafísica apriorística, desconcertante. Sin embargo, las construcciones matemáticas de los griegos, obedecían a una cosmovisión de contenido lógico, que separaba el número en dos clases: el Número Divino o Número-Idea, y el número científico propiamente tal. El primero es el modelo ideal del segundo. En el número científico están contenidas todas las cosas materiales y las

formas – dependiendo de la cantidad, la calidad, la estructura y sus disposiciones -, como consecuencia de un principio o Arquetipo Rector del universo: el Número Divino.

Nicómaco, en su *"Theologumena Arithmeticae"*, trata del Número-Idea o Número Puro, señalando que hay dos disciplinas en la teoría de los números: la *Aritmología*, o mística del número, metafísica que se ocupa del número puro, y la *Aritmética*, que trata del número científico abstracto. Sin embargo, como la teoría científica de los Números se dirige siempre hacia el conocimiento más elevado, es necesaria una tercera disciplina: el Cálculo, es decir, una aritmética para negociantes o de uso común o vulgar. Al respecto, Platón dirá que el Cálculo es la teoría que se ocupa *"de los objetos enumerables, y en ningún caso de los verdaderos Números"*.

Para el verdadero conocimiento numeral de los griegos, existía la Unidad, el Binario, la Triada, etc. En el uso vulgar, por ejemplo, el 3 reemplaza la triada, el 10 a la década, y así, sucesivamente. Es decir, para entender el sentido estricto de las matemáticas de los griegos, debemos tener presente que, para ellos, había una notable distinción entre la Filosofía del Número y la Teoría de los Números, con respecto al uso numeral común o cálculo.

El ya citado Nicómaco, plantea: *"Todo lo que la naturaleza parece haber sido, tanto en sus partes como en el conjunto, determinado y puesto en orden de acuerdo con el Número, por la previsión de Aquel que creó todas las cosas; pues, el modelo estaba fijado, como un bosquejo preliminar, por la dominación del Número preexistente en el espíritu del Dios creador del mundo, número-idea, puramente inmaterial en todos sus aspectos, y, al mismo tiempo, la verdadera y eterna esencia, de manera que, de acuerdo con el Número, como de conformidad, en un plano estético fueron creadas todas las cosas, y el tiempo,*

el movimiento, los cielos, los astros, y todos los ciclos de todas las cosas".

Tal pues, que, para los griegos, el mundo perceptible, la estructura, la forma y el ritmo de la naturaleza, de la realidad tangible e intangible, del mismo modo que en el dominio de la Idea Pura, el Número es la esencia de la Forma o la Forma por excelencia. En ésta concepción tuvieron una influencia fundamental los discípulos del hombre que se señala como el descubridor del *teorema de la hipotenusa*, que lleva su nombre: Pitágoras.

FUNDAMENTACIÓN MATEMÁTICA DEL TEOREMA DE LA HIPOTENUSA

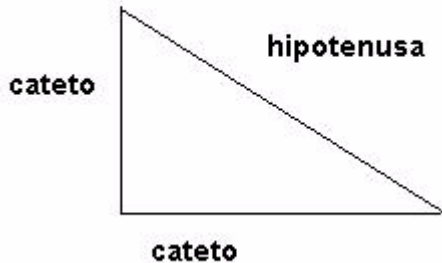
Una de las más conocidas herencias del pitagorismo, a las matemáticas, lo constituye el *teorema de la hipotenusa*, más conocido como el Teorema de Pitágoras. No está claramente establecido si éste fue obra del Maestro o de sus discípulos, ya que los pitagóricos fueron grandes matemáticos que acostumbraban a atribuir a Pitágoras todos sus descubrimientos.

Su efecto sobre la geometría será de importancia fundamental, al punto que, constituye una referencia obligada para muchas disciplinas del conocimiento, no solo en cuanto a las relativas a las matemáticas. No en vano, Kepler aseveraría que, junto a la proporción áurea, el teorema de Pitágoras, eran las dos joyas de la geometría.

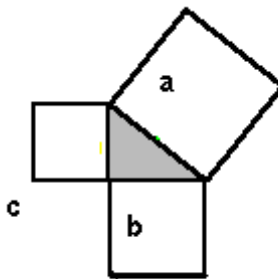
El célebre Teorema de Pitágoras señala: *En un triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos.*

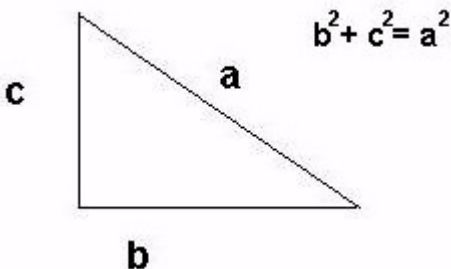
En primer lugar, debemos recordar que un triángulo rectángulo es un triángulo que tiene un ángulo recto, es decir de 90° , y en segundo lugar, que, en un triángulo rectángulo, el lado más grande, contrario al ángulo, recibe el nombre de *hipotenusa* y

los otros dos lados se llaman *catetos*. La palabra *cateto* proviene del griego *khátetos*, que denominaba un trazado de arriba a abajo, en tanto, la palabra *hipotenusa*, viene de *hypotéino*, relativo a tender una cuerda.



Si un triángulo tiene tres lados de longitud (a,b,c), con los lados **b** y **c** formando un ángulo de 90 grados ("ángulo recto"), tenemos que $b^2 + c^2 = a^2$.





El teorema también se puede definir de otra forma: si las longitudes de los tres lados (a , b , c) de un triángulo satisfacen la relación $a^2=b^2+c^2$, el ángulo entre los lados c y b debe ser de 90 grados.

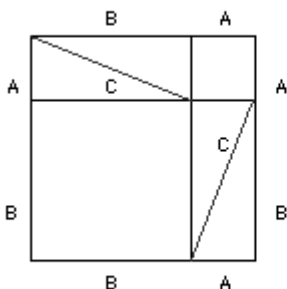


FIGURA 1

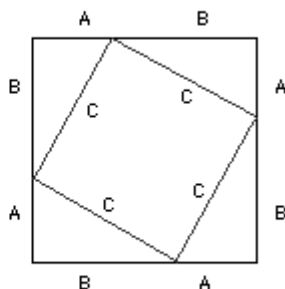


FIGURA 2

Por otro lado, el siguiente razonamiento prueba, desde un punto de vista matemático, que el teorema de Pitágoras es cierto. Las figuras 1 y 2 muestran que la relación que hemos indicado anteriormente, se cumple para cualquier triángulo rectángulo. La figura 1 (abajo) muestra cómo un cuadrado de lado $A + B$ se puede

dividir en cuatro triángulos rectángulos, un cuadrado de lado A y un cuadrado de lado B . La figura 2 muestra que el mismo cuadrado de lado $A + B$ se puede también dividir en cuatro triángulos rectángulos más un cuadrado de lado C . Como los dos cuadrados de lado $A + B$ deben tener igual área, seguirán teniendo la misma superficie si se eliminan los cuatro triángulos rectángulos en ambos. El área total restante en el lado izquierdo es $A^2 + B^2$, y el área del cuadrado que queda en el lado derecho es C^2 . Por tanto, $A^2 + B^2 = C^2$.

PITÁGORAS, ENTRE LA HISTORIA Y EL MITO

La figura de Pitágoras, está condicionada respecto de sus detalles históricos, por la polémica que surge de sus historiadores. Hay muchos aspectos de fábula o mitología, que distorsionan la apreciación que podamos tener de su conocimiento histórico. Sus biógrafos tardíos, tales como Diógenes Laercio y Porfirio, y el no menos relevante Yámblico, han sido calificados por algunos historiadores recientes, poco menos que de "novelistas", cuyos objetivos apuntaban a magnificar su desempeño como una especie de "santo patrono". Aquella calificación (o descalificación) incluso alcanzaría a Heródoto (siglo V a.C.), que nos presenta un Pitágoras mítico, y al mismo Aristóteles, que describe un Pitágoras en la bruma misma de la leyenda.

Se sabe que Aristóteles, escribió un libro sobre los pitagóricos, llamado "*Oi Pythagoricoi*", el que, desgraciadamente, desapareció hace siglos, y no se ha conservado ningún ejemplar. Es probable que haya desaparecido, como mucho de lo que se escribió en la Antigua Grecia sobre los pitagóricos, en el incendio que destruyó la Biblioteca Mayor de Alejandría (47 a.C.), como consecuencia de la torpeza de Julio César, que, involucrado en las luchas de sucesión del trono egipcio, mandó a quemar la flota de los Ptolomeos, surta junto al puerto oriental de la ciudad, cuyas

llamas pasaron a las construcciones de tierra, y de allí a la Gran Biblioteca. Poco más de cuatrocientos años después, las llamas dieron cuenta de la Biblioteca Menor, en el 391 d.C., aventadas ahora por el Patriarca Teófilo de Alejandría, un cristiano monofisita, que quiso de esa manera destruir todo vestigio pagano. Esta segunda Biblioteca había nacido durante el esplendor de la Biblioteca Mayor, para acoger los libros que no tenían cabida en la primera. En una de las dos estuvo depositada la biblioteca personal de Aristóteles, comprada por Ptolomeo II Filadelfo, que gobernó Egipto entre el 285 y el 246 a.C.

Sobre la vida de Pitágoras se saben, con relativa seguridad, algunos datos. Por ejemplo, que nació en la isla de Samos, en la primera mitad del siglo VI a.C., dato que lo convierte en contemporáneo de Buda, Confucio y Lao-Tsé. Su padre fue Menesarco, un comerciante de fortuna. Samos, era una colonia jónica, contigua a Mileto, de gran importancia comercial, en la costa del mar Egeo.

El año de nacimiento de Pitágoras es motivo de controversia, desde los tiempos mismos de los griegos, pues, Eratóstenes y Aristóxeno, plantean la data con 30 años de diferencia.

Sostienen algunos, que su vida estuvo marcada por tres etapas. La primera, que corresponde a su permanencia en el mundo griego-jónico (Samos y Mileto); la segunda, determinada por eventuales viajes que podría haber realizado a Babilonia y Egipto; y la tercera, marcada por su presencia en la *Magna Grecia* (sur de Italia).

De la primera etapa, se menciona su relación con Tales de Mileto, quién le habría iniciado en el estudio de las matemáticas. Durante su permanencia en Mileto, pudo conocer al filósofo Anaximandro, aunque Aristóteles y Aristóxeno, afirman que su maestro más importante fue Ferekides de Siros. También, en esa época, habría participado en la 48ª Olimpiada, en las

competencias de pugilato, donde habría conquistado la rama de olivo.

De la segunda etapa, hay más dudas, pero, los pocos antecedentes permiten coincidir en que sus peregrinaciones duraron mucho tiempo, ya que lo ubican regresando a Samos con más de 50 años de edad. Varios de los historiadores antiguos coinciden también, en cuanto a su estadía en Egipto, lo que sirve de fundamento para aceptar su iniciación en los misterios egipcios, especialmente cuando se advierte un parentesco de muchas de las ideas pitagóricas iniciales, con los contenidos del esoterismo de los egipcios.

Sus viajes concluyen con su retorno a Samos, donde se le habría pedido que enseñara sus ideas a los ciudadanos de la *polis*. El éxito de sus planteamientos, al parecer, provocó la irritación del tirano gobernante Polícrates, obligando a Pitágoras a exiliarse en el sur italiano.

Se inicia, entonces, la tercera etapa, cuando arriba a Crotona, en el año 529 a.C. Esta *polis* o ciudad estado, ubicada al sur del golfo de Tarento, había sido fundada por los aqueos doscientos años antes, siendo, al arribo de Pitágoras, una de las más florecientes y prósperas colonias griegas, la cual es identificada por algunos eruditos recientes, como la "ciudad esotérica". Vecina a Crotona, estaba Síbaris, su rival más enconada, famosa en el mundo griego por sus riquezas, lujos, y gusto por la vida opulenta.

Se dice que llegó con cierto prestigio, por lo cual, los crotonienses le pidieron que explicara sus ideas, lo que se hizo efectivo, a través de cuatro discursos que realizó por separado: a las mujeres, al senado, a los jóvenes y a los niños. El contenido de esas piezas oratorias estaba constituido por recomendaciones morales, de elevada perfección, destinada a ajustar la conducta humana a los cánones de armonía y justeza derivadas de las cosas, e ilustradas con elementos de la mitología crotoniense.

Al poco tiempo, nace la escuela pitagórica, entre los jóvenes de Crotona, habidos de conocimientos, que encuentran en Pitágoras a su maestro. Yámblico menciona un notable discurso, en que éste llama a sus discípulos a formar una hermandad destinada a hacer realidad la doctrina que predicaba.

Pese a que las mujeres estaban prohibidas de asistir a reuniones públicas, se dice que, entre su auditorio, estaba Theano, la hermosa hija de Milo, el posadero que lo alojaba, con la cual, en definitiva, se casará. Ella escribirá, en la viudez, una biografía de su esposo, que fue consultada por autores posteriores, pero, que no ha llegado a nuestros tiempos. Incluso, algunos autores post-pitagóricos, la hacen aparecer dirigiendo la fraternidad, después de la muerte del Maestro.

La fama de Pitágoras creció pronto por todo el sur italiano, extendiéndose hasta Sicilia. El número de adeptos se multiplicaba con gran rapidez, atrayendo a jóvenes deseosos de la ciencia y la mística que la hermandad poseía. Ghyka dice que la fraternidad era "una especie de fascismo esotérico", que creció con tanta rapidez que, al poco tiempo, se apoderaron del poder político en Crotona, Síbaris y otras ciudades de la Magna Grecia.

Como las ideas que propugnaban los pitagóricos, eran más bien contrarias a las democracias existentes en las *polis*, pronto fueron objeto de sospechas por quienes no formaban parte de la fraternidad. Las ideas de los pitagóricos, eran más bien aristocráticas, seguramente por la proveniencia social de sus adeptos, los que no compartían las concepciones democráticas que, en la época de Pericles, encontrarían amplia difusión en todas las ciudades-estados del mundo griego. Esta será la causa que desencadenará la primera rebelión popular contra los pitagóricos, precisamente en Crotona, cuando una revuelta incendió la casa de Milo, lugar donde Pitágoras alojaba junto a sus principales discípulos.

Producto de aquellos acontecimientos, el Maestro, junto a su esposa y seguidores, debió refugiarse en Tarento, y, luego, en Metaponto, donde viviría hasta su muerte. No se tiene certeza sobre la causa de su muerte, que pudo deberse a la ancianidad, a alguna enfermedad, o por mano asesina, provocada por una nueva revuelta que ocurrirá en Metaponto. Se calcula como año de su muerte el 501 a.C.

Sin embargo, la dominación política de los pitagóricos, en el poder de Tarento y Metaponto, seguiría por otros cincuenta años, en tanto, la fraternidad perduraría un siglo más. Hacia el año 450 a.C., se desataron violentas revueltas populares en Metaponto, y demás ciudades donde gobernaban los pitagóricos. En esa *polis*, la fraternidad fue asediada en su lugar de reuniones, muriendo gran parte de ellos en el incendio provocado por la muchedumbre. Entre los que lograron salvarse se menciona a Filolao de Crotona, Lysis, Arquitas de Tarento, etc. Arquitas sería quien le entregó el legado pitagórico a Platón, cuando éste visitó la Magna Grecia, en el año 388 a.C.

LA DOCTRINA DE PITÁGORAS

La doctrina de Pitágoras abarcaba aspectos científicos, éticos, estéticos, filosóficos y religiosos, ligados en su conjunto por claves matemáticas que condensaban las relaciones invariables y los principios comunes de aquellos dominios.

Su visión se fundaba en un Universo que veía como un *cosmos*, es decir, un todo ordenado y armoniosamente conjuntado. La palabra *cosmos*, que Pitágoras fue el primero en aplicar al Universo percibido, significa explícitamente *orden*, el que debe llegar a ser *armonía*. La armonía cósmica fue, con seguridad, la más audaz de sus conclusiones, a la que llegó producto de la congruencia que percibía en los números, las formas, las notas

musicales, etc. con las ideas recibidas desde el oriente sobre el alma, los astros y la divinidad.

Porfirio, en su biografía sobre Pitágoras, recogida del testimonio de Diarcos (alumno de Aristóteles), resume las enseñanzas del Maestro en cuatro puntos:

1. El alma es inmortal.
2. Las almas cambian su lugar, pasando de una forma de vida a otra.
3. Todo es cíclico, nada es realmente nuevo.
4. Todos los seres animados están emparentados entre sí.

La filosofía pitagórica aparece fuertemente influida o relacionada con el *orfismo*, movimiento religioso que, probablemente, tuvo su origen en el oriente, y que comienza a manifestarse en Tracia, en el siglo VI a.C., para luego pasar al resto del mundo griego. De hecho, el pensamiento de un alma inmortal era ajeno al pensamiento griego anterior, aunque si se manifestaba en las culturas egipcia, persa e hindú. Los *órficos*, reciben ese nombre de Orfeo, el sacerdote fundador de la secta, que veneraba al dios Dionisio.

Para el *orfismo*, el espíritu humano procede de otro mundo y se encuentra desterrado en éste, encadenado al cuerpo, por lo cual, la vida debe vivirse en fuga de lo terreno. Esa idea está presente en el pensamiento pitagórico, que ideó el juego de palabras "cuerpo-tumba", cuya influencia perdura aún en Platón, quien pone en boca de Sócrates la frase: "*¿Quién sabe si la vida no es una muerte y la muerte una vida! ¿No es una tumba nuestro cuerpo?*".

Es muy probable que Pitágoras trabajara en sus concepciones con esos elementos órficos, proponiendo la purificación a través de la contemplación, por lo cual, proponía la

vida pura, concretada en la armonía del alma con el cosmos, que había de liberarla del círculo o sucesión de reencarnaciones, que llamó *palingnesia*, es decir, una metempsicosis que, al concluir, permite que las almas de conviertan en *daimones*, genios divinos que no regresan más a la tierra ni a la carne.

Para Pitágoras, todas las almas, incluso la de los animales y las plantas, derivaban de una misma gran alma universal, una pampsiquis. De allí que promoviera la vida vegetariana y el amor hacia los animales y hacia el mundo vivo, creyendo que, al sacrificar un animal, se podía destruir la morada de alguna alma transmigrada.

Una parte vital de la doctrina del Maestro se basaba en el empleo de símbolos, que Yámblico señala como aprendida en Egipto, donde utilizaban jeroglíficos. El símbolo podía ser una palabra, una figura geométrica, o un número. El número, en particular, provenía de paradigmas o modelos que el Maestro refería anteriores a la creación, al ser principios eternos, símbolos o agentes de armonía. Así, el número constituía el armazón inteligible de las formas. De allí se desprende su *armonía de las esferas*, en la cual, los números develan todas las proporciones que rigen los componentes del Universo, al punto de determinar las consonancias musicales.

Según Porfirio, Pitágoras "dirigía su oído y su espíritu hacia las sublimes consonancias del cosmos, gracias a una inefable capacidad divina difícil de imaginar. Con esa capacidad entendía toda la armonía y el concierto de las esferas y los astros que en él se mueven". Así, la música era el símbolo de la armonía del cosmos y un medio para lograr el equilibrio interno del espíritu humano, un método de elevación y purificación del alma, y al mismo tiempo objeto de contemplación intelectual, que revelaba, con sus congruencias expresables mediante relaciones numéricas, la armonía más profunda del cosmos. Así, el análisis

de los sonidos armónicos, era un rasgo fundamental de la doctrina del Maestro.

Existen varias versiones del modo con el que Pitágoras llegó a desentrañar las relaciones numéricas, de los sonidos que originan una sensación agradable a nuestro oído. Se menciona que todo se originó con el sonido producido sobre un yunque, por parte de un herrero que utilizaba para su trabajo martillos de distinto peso. Percatándose de las diferencias de sonido entre uno y otro, el Maestro los reprodujo tensando una cuerda, que dividió en doce partes iguales, haciéndola sonar en cada parte, obteniendo distintos sonidos.

Con todo lo dicho, lo que constituyó el aporte de la doctrina de Pitágoras a los descubrimientos científicos, al estudio matemático, al conocimiento astronómico, o al desarrollo esotérico de la confraternidad pitagórica, es una tarea muy difícil de definir, ya que la importancia del Maestro, en algunos casos, ha sido superlativizada por quienes escribieron sobre su vida de un modo marcadamente apologético, y, en otros casos, minusvalorada por quienes, sobre todo en nuestros tiempos, han estudiado al Maestro de Crotona y Metaponto, desde un ángulo excesivamente escéptico.

Por lo demás, determinar lo que fue obra de Pitágoras y lo que fue obra de sus discípulos, es muy difícil de separar, ya que todos los descubrimientos y aportes desarrollados por los miembros de la Fraternidad, era reconocida como proveniente de *Aquel*, el Maestro innombrable, que se entendía dominando el espíritu superior de quienes habían sido iniciados en sus misterios y conocimientos. Tal, pues, que todos los descubrimientos que la escuela pitagórica realizó, fueron atribuidos siempre a Pitágoras.

EL PITAGORISMO

En un trabajo realizado por el profesor De Guzmán Ozamiz, éste se basa en la obra publicada en 1979, por el historiador Van der Waerden, para distinguir cinco generaciones en el desarrollo del pitagorismo, en el periodo transcurrido entre los años 530 a.C. y 360 a.C., es decir, en los 170 años que perdura la fraternidad.

La primera generación la ubica Van der Waerden, entre el 530 a.C. y el 500 a.C., es decir, durante el periodo en que el Maestro se encuentra vivo. La segunda (500-480 a.C.) destaca por la presencia de Hipaso de Metaponto y Alemeon. La tercera generación transcurre entre el 480 y el 430 a.C., donde predominan miembros anónimos. La cuarta, entre el 440 y el 400 a.C., permite destacar a Filolao y Teodoro. En tanto, la quinta, entre el 400 y el 360 a.C., se ve dominada por la presencia del talentoso Arquitas de Tarento.

El pitagorismo debe entenderse como una fraternidad esotérica, dedicada a la práctica del ascetismo, la comunidad de bienes y el estudio de las matemáticas, con el objeto de procurar la realización de la armonía interior, acorde con la gran armonía del cosmos, cuya vía de acceso se encontraba en la gnosis numeral ("todo está conforme al Número").

Los miembros de la comunidad se comprometían a mantener en secreto las enseñanzas que recibían, orientadas a encontrar en las matemáticas la clave para resolver el enigma del Universo y la purificación del alma. Aristóteles sintetizó los objetivos de los pitagóricos, señalando que *se dedicaron primero a las matemáticas, ciencia que perfeccionaron, y, compenetrados de ésta, imaginaron que los principios de las matemáticas era el principio de todas las cosas.*

Para los pitagóricos *Matemática* significaba el conocimiento por excelencia, la que clasificaron en cuatro ramas:

aritmética, geometría, música y astrología, constituyendo el *quadrivium* de las ciencias que perduraría por dos milenios.

Se sabe que había tres etapas en la iniciación pitagórica: un noviciado de tres años, permitía acceder al primer grado, el cual duraba cinco años, al cabo de los cuales era reconocido como un *completo*, es decir, de aquellos que podían ver al Maestro. Durante los primeros tres años, el novicio o *político*, debía ejecutar diversas tareas fuera de la fraternidad, sirviendo también de enlace con la *polis*, para efectos prácticos. En los cinco años siguientes, los *nomotetas*, se dedicaban al estudio filosófico, al mismo tiempo que debían desarrollar la actividad social y política de la fraternidad, e instruir y asignar tareas a los novicios. Por último, el *completo o matemático*, estaba consagrado exclusivamente al estudio.

Yámblico habla de la existencia de dos clases de miembros: los *mathematikoi* (conocedores) y los *akousmatikoi* (oidores). Sin embargo, esta diferencia parece haberse dado entre los *completos*. Los *mathematikoi* eran los que recibían la comunicación directa de Pitágoras, en tanto, los *akousmatikoi* participaban de los conocimientos y creencias, de los principios morales, ritos y prescripciones, pero, sin conocer en profundidad las razones de su credo y proceder. Cuando el Maestro murió, parece ser que esa división se acentuó, ya que la diferencia, entre matemáticos y acusmáticos, tendrá trascendencia decisiva en la forma como se conservará la herencia del padre de la comunidad pitagórica.

En efecto, los matemáticos fueron los que se consideraron continuadores del espíritu de Pitágoras, legado que consideraron susceptible de perfeccionamiento y profundización. En tanto, los acusmáticos reclamaron ser los custodios de las enseñanzas del Maestro, esforzándose en conservarlas tal cual habían sido transmitidas. Esa diferencia de pareceres, produciría inevitablemente la división de la fraternidad.

Analizadas ambas tendencias, no cabe duda que ambas tendrían consecuencias en la historia del pitagorismo, así como en la historia de la humanidad. Desde el punto de vista de los orígenes del pitagorismo, la posición del grupo de los *matemáticos* terminó por destruir las bases del esoterismo de la comunidad, dejando prevalecer solo el conocimiento puramente científico. Empero, la divulgación de los secretos de la fraternidad, permitirá a la cultura griega dar un gran salto en el conocimiento, que será de gran trascendencia para toda la humanidad.

La posición de los acusmáticos, en tanto, dejó como herencia la fidelidad hacia lo más profundo del esoterismo pitagórico, que buscaba más allá de la conclusión científica, y que se expresaba en plenitud en lo que el Maestro había construido como escuela: el conocimiento no es solo un desarrollo de variantes técnicas, sino que producto de una condición espiritual del hombre.

Algún tiempo después de la catástrofe de Metaponto, que siguió a la muerte de Pitágoras, cuando las revueltas populares dieron muerte a muchos miembros de la comunidad, los pitagóricos lograron rearticularse en pequeñas cofradías locales, tanto en el sur italiano como en Sicilia. La actividad política se abandonó por completo, con la excepción del grupo de Tarento, que tuvo en Arquitas a su más brillante expresión, cien años después de la muerte del Maestro.

La característica de aquellos grupos era extremadamente secreta, pero, con fuertes lazos de apoyo mutuo. Esa regla de secreto es lo que tendrá efectos en la imposibilidad de conocer, históricamente, más detalles sobre la actividad e integrantes del pitagorismo, especialmente entre la tercera generación planteada por Van der Waerden.

Entre los que lograron salvarse del incendio de Metaponto, durante la matanza desatada por la ira popular, figuran los

nombres de Hipaso, Filolao e Hipócrates de Chios. El primero fue el principal representante de los *mathematekois*, que entró en conflictos con los acusmáticos, al dar a conocer a los profanos el secreto de *la esfera de los doce pentágonos*, que aludía a la construcción del dodecaedro regular. Por haber revelado *la naturaleza de lo conmensurable y de lo inconmensurable*, a quienes no eran dignos de participar de esos conocimientos, dice Yámblico, Hipaso fue expulsado de la comunidad y le erigieron una tumba, para demostrar que para ellos estaba muerto, aunque, en realidad, éste moriría tiempo después en un naufragio, que no escapa a la sospecha de intervención de sus ex cofrades.

Hay asidero, dicen los historiadores recientes, para considerar que Hipaso fue quien planteó la existencia de las longitudes inconmensurables, señalando que una parte no es un múltiplo de la otra, a través del estudio del pentágono regular. Yámblico acusa a Hipaso de arrogarse el mérito de ese descubrimiento, cuando, en realidad, provenía de Pitágoras. Para la historia de las matemáticas, en tanto, Hipaso es reconocido como un gran matemático.

La tercera generación pitagórica, según la propuesta de Van de Waerden, es aquella de los matemáticos anónimos, dominada por el celo hacia la herencia del Maestro, y cuyo trabajo iniciático permitió un importante avance en el desarrollo de las matemáticas, según Aristóteles, dejando un enorme aporte en la geometría y en la aritmética, que, de manera rigurosa, atribuyeron a Pitágoras, conocimientos que recogerá Euclides en sus "Elementos".

La cuarta generación, en tanto, está dominada por la figura polémica de Filolao, aquel joven que escapara del incendio de Metaponto, y que, ya en la ancianidad, cargaría sobre sus hombros la innoble condición de traidor. Su recuerdo está vinculado a la grandilocuencia y a la ampulosidad, sin mucho rigor matemático, con una lógica muy floja. Fue acusado de haber divulgado los

secretos filosóficos y matemáticos de la fraternidad en sus escritos, y de haber vendido a Dionisio de Siracusa o a su hermano Dión, tres libros que contenían la doctrina secreta del pitagorismo. A esa información tendría acceso Platón, quien gozó de la amistad de Dión.

Éste antecedente lleva a pensar que toda la filosofía de Platón, respecto de la armonía, sobre los "números puros", la geometría, su teoría sobre las proporciones, de la *pampsiquis*, las correspondencias entre lo humano y lo divino, etc. se enlazan profunda e indisolublemente con la esencia del pitagorismo.

Hacia el siglo II a.C., comienza a retoñar el neopitagorismo, en Alejandría, capital cultural del mundo mediterráneo de la época, lo que provocará un profundo impacto en el mundo romano que se consolida con posterioridad. Sin embargo, a fines del siglo III a.C., en el foro romano ya había sido erigida una estatua de Pitágoras, con un tributo que decía "al más sabio de todos los griegos".

Cicerón, quien plantea que Platón fue el heredero espiritual de Pitágoras, identifica en su obra dialogada "*Cato Maior*", al censor Catón como iniciado en las enseñanzas pitagóricas por Nearco de Tarento. Es más, un amigo de Cicerón, Nigidio Fígulo, fundará hacia el año 70 a.C. una comunidad pitagórica en Roma.

Nigidio Fígulo, político, senador de la República Romana, astrónomo, matemático y adivino, fue desterrado por César, muriendo en el exilio. La importancia de éste romano, reside en que restauró el primitivo fervor del pitagorismo, aunque, desde luego, con caracteres muy romanos, es decir, con menor acento en los empeños investigativos del pitagorismo originario, pues, de hecho no hubo nuevos aportes en el estudio matemático. Sin embargo, la fuerza difusiva que provocó en el imperio, fue tal, que hacia los años 60 y 50 a.C. se había extendido hacia los distintos dominios romanos, incluyendo Egipto, especialmente en Alejandría, lo que provocó temor en los emperadores, que

prohibieron las sociedades secretas, como una forma de impedir la influencia política que éstas habían ido adquiriendo contra sus dictaduras. Ello no impidió que Séneca reconociera la influencia recibida por el pitagórico Soción, o la condición de iniciado en las doctrinas del pitagorismo que tuvo Estatilio Tauro, quien sufriera el destierro por orden del emperador Claudio.

Posteriormente, para algunos eruditos, es inevitable reconocer las herencias pitagóricas en los *esenios* o *taciturnos*, en la *kábala*, en el gnosticismo cristiano, y en los *terapeutas*, donde se expresa un misticismo numérico, que tuvo sus raíces en el pitagorismo, y cuyos componentes provienen de la escuela nacida en Crotona.

PRACTICAS Y DOCTRINAS DEL PITAGORISMO.

Cuando el *pitagorismo* tuvo su época de esplendor, en la Magna Grecia, quienes eran iniciados en sus prácticas y doctrinas eran jóvenes, en la mayoría de las veces, provenientes de las familias acomodadas de las *polis*. Tras un severo examen de ingreso, los candidatos eran incorporados a la observancia de un exigente régimen de reglas morales y físicas.

En la vida religiosa de la Grecia contemporánea a Pitágoras, abundaban los misterios o ceremonias secretas de iniciación y de purificación progresiva, con la finalidad de provocar en el espíritu del iniciado un estado de veneración, fervor religioso y entusiasmo, llevadas a cabo en la parte oculta del templo, dedicada a sus prácticas y doctrinas. Los festivales nacionales de Delfos, a Eleusis, incluían misterios celebrados con genuina exaltación mística. Parece muy probable que Pitágoras adoptase, en la tarea de formación de sus adeptos, los métodos y técnicas órficas que había observado ser de gran eficacia.

Al parecer, el candidato era ingresado a una caverna, previo a su iniciación, donde debía permanecer durante muchos

días, ante de ver la luz. Porfirio señala que Pitágoras había habilitado una gruta subterránea, como casa de filosofía, donde era ingresado el iniciado y vivía su periodo de preparación. Esa gruta representaba la prisión del cuerpo o del mundo en que viven las almas que aún no han logrado la luz, por medio de la muerte o de la iniciación. Ésta, parece ser la caverna que incentiva a Platón a desarrollar su tesis de las apariencias, con las sombras chinescas, que los hombres creen que es la realidad. Posteriormente, el *neopitagorismo* mantendría esa práctica, como lo demuestra el hallazgo de la Gruta de la Plaza Mayor, en Roma, descubierta en 1917.

Solo después de pasar aquella prueba de reflexión y ensimismamiento, el discípulo era liberado de su "tumba", siendo iniciado en la metafísica matemática y en la interpretación de los símbolos. Solo entonces, el recipiendario podía estar en condiciones de jurar, entregando su alma a la *Tetraktis*, renunciando a la vida mundanal o profana, sobre la base de un rotundo "No" a todo aquello que sea contrario a la doctrina de la Hermandad.

Bajo diversas formas se ha conservado una breve fórmula pitagórica de difícil interpretación que, según es de suponer, contenía algo muy cercano a la quinta esencia del espíritu pitagórico. En la versión más corriente reza así: "No, por Aquél que ha entregado a nuestras almas la *Tetraktis*, una fuente que contiene las raíces de la naturaleza eterna".

"No" significaba negar otra posibilidad que no fuera la iniciación. "Aquél", por supuesto, es Pitágoras mismo, a quien los pitagóricos primitivos no osaban nombrar. La *Tetraktis*, o Cuaterna, consistía probablemente en los números 1,2,3,4, que conjuntamente solían representar los pitagóricos en forma figurativa piramidal.

¿En qué sentido la *Tetraktis* podía ser "fuente de las raíces de la naturaleza eterna"? Según parece, la *Tetraktis* alude a la

iluminación pitagórica inicial y fundamental, sobre las proporciones numéricas que rigen las notas musicales consonantes: el tono (1:1), la octava (1:2), la quinta (3:2) y la cuarta (4:3). En la experiencia pitagórica esta fórmula debió de constituir el estímulo decisivo hacia la extrapolación cuasi-mística de que el cosmos es en algún modo alcanzable a través del número. Tal vez es, en este sentido, en el que se exalta la *Tetraktis* como fuente del conocimiento de las raíces de la armonía de la naturaleza eterna, en el cual se basa la existencia pitagórica.

Como hoy, el secreto compartido constituía un fuerte vínculo de conexión de los miembros de una comunidad reducida. La comunidad pitagórica llegó a tener una complicada organización interna, con largos períodos de noviciado, pruebas de silencio y de robustecimiento del espíritu a través de experiencias encaminadas a fomentar la humildad y la asimilación paulatina del espíritu.

Muchas de sus doctrinas esotéricas de los pitagóricos se prestaban, fuera de su contexto total, a malentendidos que era conveniente evitar. Las mismas enseñanzas matemáticas cobraban, probablemente, un halo especial, colocadas dentro del ambiente de los iniciados pitagóricos, constituyendo para ellos un soporte de su camino de vida con un significado que va mucho más allá del carácter de simple curiosidad especulativa, que podía constituir para los espectadores externos.

La vida en la hermandad pitagórica era comunitaria, y todos debían colaborar para que ello fuera posible. Practicaban la caridad hacia los seres vivos. La actividad cotidiana comenzaba, según Yámblico, con un "¿qué haré?" por parte del discípulo, y terminaba con una rigurosa revista a lo realizado durante el día, reconociendo ante todos los presentes sus faltas y omisiones. No cumplir durante el día, con los ejercicios físicos y nemotécnicos era una falta grave. Al término de la jornada, escuchaban los acordes de una lira, según Plutarco, aquietando la parte sensible e

irracional del alma, mientras hacían emanar de un recipiente ardiente los aromas de un perfume. Previamente, compartían la cena, esencialmente vegetariana, aunque comían carne de cerditos o cabritos de leche, oportunidad en que escuchaban un discurso o mensaje del jefe de la comunidad.

La moderación, la gravedad, la abstinencia discreta, la sobria amabilidad, el amor a la armonía, el culto a la amistad, el respeto a la ley, el rechazo a la ilegalidad, etc. eran los aspectos más connotados de la identificación pública de sus miembros.

La más escrupulosa compostura física era una regla de trascendental importancia, para lo cual, practicaban constantes ejercicios. En el aspecto espiritual, debían desarrollar ejercicios nemotécnicos, a través del recitado de aspectos doctrinales y conocimientos propios de la fraternidad. Cuando estaban reunidos vestían con túnicas y togas blancas de lino, como identificación de pureza. Parte de las enseñanzas recibidas, están en los Versos Áureos, una compilación de enseñanzas pitagóricas escrita, probablemente, en el siglo II o III d.C., teniendo a la vista fuentes mucho más antiguas.

He aquí algunas de sus consideraciones con más probabilidad de pertenecer al pitagorismo primitivo:

"Honra ante todo a los dioses inmortales, como manda la ley y observa el juramento.

Honra también a los nobles héroes y a los dioses del mundo inferior con las ofrendas prescritas.

Nunca hagas nada vergonzoso ni con otros ni contigo mismo;

sobre todo, avergüénzate de ti mismo.

Cuando la fatalidad te alcance, sopórtala y no la lledes mal.

Remédiala, cuanto de tu parte esté y piensa que el destino, al que es bueno, no le reserva mucho de ella

No dejes que el sueño suave llegue a tus ojos, antes de que hayas repasado en tu mente, por tres veces, cada una de tus acciones del día.

¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he omitido?

Comienza desde el principio y recórrelo todo.

Si has hecho algo mal, arrepiéntete; si has hecho algo bien, alégrate.

Esto te conducirá por las huellas de la virtud divina.

Sí, por Aquél que ha entregado a nuestra alma la Tetraktis, fuente de la naturaleza eterna".

Con seguridad, tenían métodos de reconocimiento, como es posible de constatar en el siguiente episodio, narrado por Yámblico. Después de una penosa y larga enfermedad, un pitagórico muere en una posada, dejando una gran deuda, producto de su permanencia yacente en el lugar. Antes de morir, escribió un signo en una tablilla y le pidió al posadero que la dejara colgada ante la puerta de acceso. Así lo hizo el posadero, y a los pocos días pasó por allí un individuo, que indagó con el dueño de la posada sobre quien había muerto y sus circunstancias, recibiendo a cambio el pago de todos los gastos ocasionados por el difunto.

Otro ejemplo de su profundo sentido de fraternidad, que podía llevarlos al sacrificio de la propia vida, ocurre cuando el tirano Dionisio El Viejo, de una *polis* de la Magna Grecia, quiso probar aquella fraternidad con los pitagóricos Damón y Fintias, encarcelando a éste último bajo acusación de muerte. Permitió a Damón que sustituyera a Fintias, garantizándole la vida al rehén hasta la puesta de sol. Fintias regresó antes de esa hora a su encarcelamiento, para que Damón fuera liberado.

Esta camaradería traspasaría las fronteras y los enfrentamientos entre enemigos. Así, el cartaginés Milcíades reconoce entre sus prisioneros a un miembro de la fraternidad –

Argien Posidio – y lo libera. Lo propio ocurre cuando el etrusco Nausithous libera al mesenio Euboulos.

El símbolo distintivo de la hermandad fue la estrella pentagonal, que ellos llamaban *pentagrama*, que resulta al trazar cinco diagonales de un dodecaedro regular.



En sus cinco vértices, solían colocar las letras de la palabra *ugeia*, que significaba *salud*. Las razones de la veneración a ésta figura en particular no es bien conocida. El pentágono estrellado ya había aparecido con anterioridad en el arte babilónico. Pero, obviamente, las derivaciones de su armonía geométrica tienen que haber sido decisivas, donde los ángulos que aparecen en la figura, son múltiplos enteros del más pequeño de entre ellos ($72^\circ = 2 \times 36^\circ$, $108^\circ = 3 \times 36^\circ$, $144^\circ = 4 \times 36^\circ$, $180^\circ = 5 \times 36^\circ$). Para los pitagóricos, como para muchas sociedades iniciáticas posteriores, el pentagrama era el símbolo del microcosmos y de la euritmia viva, por su perfecta simetría.

Respecto de su interpretación del Universo, como ya dijimos, estaba determinada por un orden armonioso de todas las cosas, que llamaron *cosmos*, donde reconocían las cosas moviéndose de acuerdo a un orden numérico. Pensaban que los cuerpos celestes estaban separados, unos de otros, por intervalos correspondientes a longitudes armónicas, que mantenían el movimiento, dando origen a un sonido musical, que llamaron "armonía de las esferas".

Los pitagóricos definieron que los cuerpos celestes eran esferas perfectas, que describían órbitas perfectamente circulares,

teniendo aquí la palabra *perfecto* significación moral y matemática. Según Aristóteles, creían que todo el cielo era una escala musical y numeral, y que los movimientos de los cuerpos celestes originaban sonidos acordes, aunque inaudibles; la razón por la cual no eran oídos, residía en que los individuos estaban habituados a ellos desde su nacimiento.

El pitagórico que profundiza en estas ideas, es Filolao, para el cual, el centro del Universo es una masa invisible de fuego y la Tierra gira en torno a él, así como los demás cuerpos celestes, el Sol y la Luna. Pero introduce un segundo cuerpo invisible, la Anti-Tierra, que gira alrededor del fuego central, interior y opuesto a la Tierra. Observando desde el centro hacia el exterior se tendría: el fuego central, luego la Anti-Tierra, a continuación, la Tierra y exteriormente a ésta, la Luna, el Sol y los planetas.

De acuerdo con Aristóteles, la Anti-Tierra fue un factor que los pitagóricos utilizaron para que coincidieran sus teorías con sus propios argumentos matemáticos y opiniones místicas. Como sostenían que el número diez era sagrado y los cuerpos que se mueven en los cielos son nueve (la esfera de las estrellas fijas, considerada como uno; dos planetas inferiores: Mercurio y Venus; tres planetas superiores: Marte, Júpiter, Saturno; el Sol, la Luna y la Tierra), para satisfacer esa condición, inventaron un décimo, la Anti-Tierra.

La característica más interesante de esta visión cosmológica de los pitagóricos es que elimina a la Tierra del centro del Universo. Según Aristóteles, no consideraban a la Tierra lo suficientemente noble para ocupar la posición más importante del Universo.

Los pitagóricos, como ya hemos visto, le adjudicaron importancia determinante al número. Esto se refleja en las siguientes palabras de Filolao: "*Todas las cosas que se conocen, poseen número, pues, ninguna cosa podría ser percibida ni*

conocida sin éste". El mismo Pitágoras habría aseverado: "*Dios es, en efecto, número*".

Pero, no sólo todas las cosas poseían número, sino que los números eran concebidos como cosas; las expresiones: "números cuadrados" o "números triangulares", no eran metáforas; esos números eran, efectivamente, ante los ojos y ante el espíritu, cuadrados y triángulos. El número era definido, desde el punto de vista geométrico, como una suma de puntos representados en el espacio, y las figuras (líneas, superficies o volúmenes), que estaban constituidas por esos puntos materiales llamados *mónadas*, que también representaban números. De esta manera, identificaron al número uno con el punto, al dos con la línea, al tres con la superficie, y al cuatro con el volumen, de acuerdo con el número mínimo de puntos necesarios para definir cada una de esas dimensiones.

Según Filolao, el número tiene dos formas propias: el impar y el par. Existía una tercera especie: el par-impar. Esta última denominación, que ha sido aplicada algunas veces a la unidad, designa también los números pares, como el seis y el diez, que, a la primera bi-sección, dan números impares.

Los pitagóricos clasificaron a cada número considerando sus divisores, pero exceptuando al mismo número (es lo que se llamará sus partes alícuotas) y sumándolos. Esta suma será, en general, mayor o menor que el mismo número, que será llamado, en consecuencia, abundante o deficiente. Por ejemplo, 12 es abundante, porque la suma de sus partes alícuotas es: $1+2+3+4+6=16$. En cambio, el 8 es deficiente, pues $1+2+4=7$. Pero existen ciertos números en los cuales, la suma de sus partes alícuotas, dan como resultado el mismo número. Estos números eran llamados perfectos.

Los pitagóricos dieron a los números significados esotéricos. El **cero** significaba lo absoluto e infinito, el estado latente, previo a la manifestación. Al número **uno** se le identificó

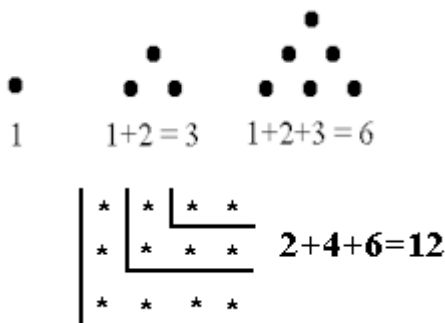
con la razón y se lo consideraba como el origen de todos los números, principio de todo, el germen del que emanan todas las cosas, el principio activo. El **dos** es la opinión, y es el primer número par o hembra, el principio pasivo, lo transitorio, la dualidad esencial. El **tres** es el primer número macho o el número de la armonía, representa la estabilidad, el cimiento sobre el que reposan todas las cosas. El **cuatro** es la justicia, inmutable y equitativo, la cifra del mundo objetivo y de los elementos. El **cinco** sugería el matrimonio, la unión del primer número par (2) con el primer número impar auténtico (3), representación genuina del hombre, el quinario glorificado como hombre perfecto.

El **seis** es el número de la creación. El número **siete**, es el único de la década que no tiene ni factores ni producto, y se le asoció con la salud, pero, también con el septenario divino, símbolo del hombre perfecto y, a la vez, del Universo. El **ocho**, o doble cuadrado, símbolo de la pureza, de la igualdad entre los hombres y del amor (3+5). El **nueve** es la triple trinidad, símbolo de la justicia.

El número **diez**, *Tetractys sagrada*, fue un símbolo muy venerado por la hermandad. La virtud de este número reside en que, estando constituido por la suma de los cuatro primeros números: $1+2+3+4$, encierra la naturaleza de las diversas especies de números: la de los pares, de los cuales el primero es el dos; la de los impares, de los cuales el primero es el tres; la del par-impar, que es aquí la unidad; la de los cuadrados perfectos, de los cuales el primero es el cuatro. En boca de Filolao, el número **diez** "*es la norma del Universo, la potencia ordenadora de los hombres y de los dioses*".

Del estudio numérico, se desprendió el estudio de las formas, es decir, donde cada número es el principio de objetos sensibles, donde las *nómadas* expresadas en puntos, dan nacimiento al mundo geométrico y algebraico de números

figurados, fuesen planos – triangulares, cuadrados, pentagonales, etc. – o sólidos - piramidales, cúbicos, paralelepípedos, etc. -.



Del estudio de los polígonos se llegó al estudio de los cuerpos o poliedros. En la Geometría del espacio sólo existen cinco poliedros regulares. Los tres más simples: el cubo, el tetraedro y el octaedro, ya eran conocidos en el antiguo Egipto. Los pitagóricos descubrieron los otros dos: el dodecaedro, compuesto por doce pentágonos regulares; y el icosaedro, limitado por veinte triángulos equiláteros.

Parece ser que Hipaso fue el primero que logró inscribir un dodecaedro regular en la esfera. Se cuenta que, en contra de la acostumbrada reserva de los pitagóricos, hizo público este descubrimiento y pereció en el mar a causa de este sacrilegio.

Se designaron a estos poliedros como cuerpos cósmicos. Esta denominación, dice Guzmán de Ozamiz, se halla probablemente relacionada con la representación post-pitagórica y atomística de la estructura del Universo. Según esta escuela, los elementos estarían formados por pequeñas partículas, las cuales, en el caso del fuego, tienen la forma de tetraedro; en el aire,

octaedro; en el agua, icosaedro; y en la Tierra, cubo. Como la forma del dodecaedro no figura entre las partículas constitutivas de los elementos, se afirmaba que dicha forma servía de plan de construcción del Universo, y hacía las veces de contorno del mismo.

La contribución de los pitagóricos a la música es sumamente interesante. Demostraron que los intervalos entre notas musicales pueden ser representados mediante razones de números enteros, utilizando una especie de guitarra con una sola cuerda, llamada *monocordio*. Éste poseía un puente móvil que al desplazarse producía, en ciertas posiciones, notas que, comparadas con la emitida por la cuerda entera, resultaban más armoniosas que otras.

Así, en el concepto de armonía de los pitagóricos, se puede destacar la explicación, asombrosamente acertada, de la naturaleza del sonido como una sucesión de percusiones en el aire, haciendo depender el tono del número de percusiones que se producen por unidad de tiempo, es decir, de la frecuencia. Su composición daba lugar a una estructura de percusiones, sencillas, previsibles y armoniosas al oído. En cambio, la producción de dos sonidos de frecuencias de percusión arbitraria, daba lugar a una estructura un tanto caótica, no previsible, en una palabra, disonante.

EL TEOREMA DE PITÁGORAS Y EL CONCEPTO DE PROPORCIONALIDAD

En el concepto de armonía, que prima en el pensamiento griego, sobre todo por la herencia pitagórica y por el esfuerzo platónico, tenía una importancia fundamental *la proporcionalidad*, expresada en el conjunto de la naturaleza, en el hombre y sus obras, y en relación con lo divino.

Los números constituían el ladrillo primario, en que toda proporción descansaba, y la idea de perfección se validaba,

precisamente, en la adecuada correspondencia numeral sobre todas las cosas. Tanto los números considerados *divinos*, como aquellos que se identifican como *científicos*, establecían su dominio sobre toda forma, estructura y ritmo, en lo perceptible y en lo imperceptible, entendiendo como esto último *la Idea Pura*.

La idea de proporcionalidad, como fundamento de la armonía y de la simetría, se manifestaba en una proposición geométrica, musical, estética, cosmogónica y metafísica, pasando, sin esfuerzo alguno, de los números de uso común a los números puros, y a todas las alternativas del conocimiento. En la arquitectura y la escultura desarrolladas por los griegos, por ejemplo, el cuerpo humano fue considerado como el ejemplo más perfecto de simetría. Pero, no solo en estas áreas de expresaba esta tendencia, pues, todo su esfuerzo cosmovisional, buscaba situar al hombre en el centro del Universo, privilegiando el desarrollo físico y espiritual, en un contexto armónico, que podemos resumir en la expresión *kalos k'agathos* (hermoso y bueno).

Debemos tener presente que, la idea de armonía requiere de simultaneidad de componentes, de correspondencia entre unos y otros, por lo cual, tiene un estadio en que se expresa el todo. La idea de proporción, en cambio, tiene que ver con una parte del todo, que se expresa numéricamente en el todo.

Euclídes, por ejemplo, establece una teoría entre *razón* y *proporción*, cuya génesis parece encontrarse en Platón – heredero del pitagorismo -, al decir que "*la razón es la relación cualitativa en lo que se refiere a la dimensión entre dos magnitudes homogéneas. La proporción es la igualdad de razones*".

Suponemos que, gran parte de esas maravillosas especulaciones que dieron fundamento a las ideas de proporción entre los griegos, se las llevó el incendio aventado por César, que consumió la Biblioteca Mayor de Alejandría. Carente de muchas de esas fuentes, podemos recurrir a Platón, diciendo que fue, probablemente, el pensador que más meditó sobre la proporción y

la armonía, ocupándose con especial dedicación, de las proporciones entre los sólidos.

En su obra "*Timeo*", dice sobre la proporción geométrica: *"No es posible que dos términos formen por sí solos una hermosa composición sin un tercero, pues, es necesario que entre ellos haya un vínculo que los aproxime. Ahora bien, de todos los vínculos, el más bello, es el que se da a sí mismo, y a los términos que une, la unidad más completa. Y es naturalmente la proporción, la que realiza esto del modo más bello"*.

Basado en las herencias del pitagorismo, indica: *"Más, la superficie recta, la de base plana, se compone de triángulos. Más, todos los triángulos salen en principio de dos triángulos; cada uno de ellos tiene un ángulo recto; los demás agudos. Uno de estos triángulos tiene el ángulo recto dividido por la mitad y enmarcado de parte y parte por lados iguales; el otro, dividido en partes desiguales según lados desiguales"*.

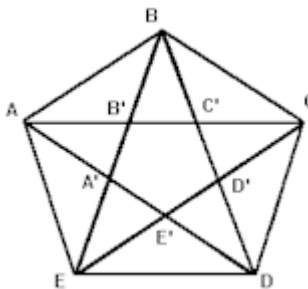
No menos reconocimiento merece Nicómaco, para quien la proporción era la combinación de dos o más relaciones, no implicando la igualdad de las dos razones iniciales, sino también considerando, entre ellos, una diferenciación u otro tipo de correlación o comparación. En una de sus obras, afirma *que todas las especies complejas de desigualdades y las variedades de estas especies, pueden sacarse de una sola igualdad, como de una misma madre o raíz*.

Este mismo esfuerzo por encontrar la proporcionalidad, se repetirá en quienes han tomado de los griegos su forma de interpretar el cosmos. Vitruvio Pollion, que escribe pocos siglos después, sobre el bagaje arquitectónico greco-romano. En el Renacimiento, el sacerdote Luca Pacioli, que sostenía que la *Divina Proporción*, era, ni más ni menos, que una de las múltiples razones o cocientes que podían expresar una proporción numérica. Este fraile, discípulo del pintor Piero della Francesca, amigo de Leonardo da Vinci, quien ilustró su libro, y del pintor Alberti,

dedicó su libro a desvelarnos aquellas virtudes y razones de la Divina Proporción. Todo este debate se proyecta hasta Le Corbusier, Scholfield, o Mossel, en tiempos recientes. La esencia conductora de tales reflexiones, es que la proporción es la consonancia de cierta parte de la obra con toda la obra, respondiendo a la misma idea de encontrar aquel componente que haga posible la simetría y la armonía, pues, encontrar la medida que permita la proporción, da la posibilidad de armonizar o llenar el intervalo entre dos términos dados.

El Teorema de Pitágoras es la conjugación de una proporcionalidad que surge de la diferencia, donde dos superficies distintas permiten una rigurosa proporcionalidad. Por lo cual, no hace sino confirmar ese esfuerzo por expresar geométricamente la proporcionalidad que surge, en cierto modo, dialécticamente, entre dos componentes dados, que tienen su correspondencia en un tercer componente. La regla de la proporcionalidad se cumple de modo tan perfecto, que lo convierte en un paradigma de la intención griega en su búsqueda de la armonía, basada en la diferenciación.

Sin embargo, la proporción áurea tuvo también en el pitagorismo, otra expresión tangible en el símbolo que les identificaba, el *pentagrama* o *pentada*, cuyas propiedades son relatadas por Boyer:



"Si comenzamos por un pentágono regular $ABCDE$, y trazamos cinco diagonales, éstas se cortarán en los puntos $A'B'C'D'E'$ que forman otro pentágono regular. Observando que el triángulo BCD' , por ejemplo, es semejante al triángulo isósceles BCE , y teniendo en cuenta también los varios pares de triángulos congruentes que aparecen en la figura, resulta fácil ver que los puntos $A'B'C'D'E'$ sobre las diagonales, las dividen de una manera sorprendente. En cada caso, uno de estos puntos divide a una diagonal en dos segmentos distintos y tal es que la razón de la diagonal completa al mayor de los dos segmentos es la misma que la de éste al segmento menor. Esta subdivisión de la diagonal es la conocida sección áurea de un segmento".

Por cierto, para el pragmático arquitecto de nuestro tiempo, que construye edificios lineales y erectas torres de cristal, carentes de las preocupaciones cosmogónicas de los griegos, o para aquel escultor que se aísla en su abstracción creativa, o para el academicista que estudia el pensamiento humano, desde su atalaya racionalista, tales aspectos aparecen como discursos esotéricos poco relevantes para la realidad pragmática de la postmodernidad.

Sin embargo, aquello que tan ansiosamente buscaron griegos y renacentistas en el ámbito de las formas geométricas, que tan vapuleado ha sido por el excesivo racionalismo empírico, que ha provocado tanta polémica, especialmente, en el ámbito de la arquitectura, que la ha asumido como algo exclusivo de sus fueros, vendrá a tener una nueva perspectiva en el siglo XX, más cercana al ámbito esencialmente filosófico, desde la investigación biológica, al establecerse la justa proporción, áurea y divina, que se hace realidad en toda forma viviente, y que, efectivamente, tiene un componente numérico: el ADN (ácido desoxirribonucleico), material genético de todos los organismos celulares, entre los cuales está el hombre.

El ADN lleva la información necesaria para dirigir la *síntesis de proteínas* y la *replicación*, es decir, la producción de proteínas que necesita una célula para desarrollarse, y el conjunto de reacciones por medio de las cuales el ADN se copia a sí mismo cada vez que una célula se reproduce y transmite a la descendencia la información de síntesis de proteínas que contiene.

Cada molécula de ADN está constituida por dos cadenas o bandas, en torno a un eje simétrico, formadas por un elevado número de compuestos químicos llamados nucleótidos. Estas cadenas forman una especie de escalera retorcida que se llama doble hélice. Cada nucleótido está formado por tres unidades: una molécula de azúcar llamada desoxirribosa, un grupo fosfato y uno de cuatro posibles compuestos nitrogenados llamados *bases*. Para cualquier estudioso esotérico del pitagorismo, no podrá pasar desapercibida la secuencia $1+2+3+4$.



La molécula de desoxirribosa ocupa el centro del nucleótido y está flanqueada por un grupo fosfato a un lado y una *base* al otro. El grupo fosfato está, a su vez, unido a la desoxirribosa del nucleótido adyacente de la cadena. Estas subunidades enlazadas desoxirribosa-fosfato forman los lados de la escalera; las bases están enfrentadas por parejas, mirando hacia el interior, y forman los travesaños. Los nucleótidos de cada una de

las dos cadenas que forman el ADN establecen una asociación específica con los correspondientes de la otra cadena.

Como podemos ver, tampoco puede pasar desapercibido para un estudioso del pitagorismo, los efectos de armonía, simetría y proporción, que plantea esta descripción, que, por primera vez, hicieran Watson y Crick.

ASPECTOS ESOTÉRICOS RELATIVOS AL TEOREMA DE PITÁGORAS

Las formas y los cuerpos que componen la naturaleza, desde los tiempos más remotos, el hombre los ha representado a través de su mano, utilizando las más diversas técnicas. Todas sus creaciones, desde sus construcciones más complejas hasta sus más elementales utensilios, han tenido que enfrentar el desafío de las formas.

En el albor de la civilización, comprobó que las líneas curvas era la base o característica de las formas de la naturaleza, donde todo era sinuoso, nada rectilíneo. Por derivación, estableció que la curva era el trazado divino por excelencia. Cuando quiso enfrentar el desafío de modificar la naturaleza, trazó la línea recta, que producirá la ruptura con las formas naturales, dando inicio a su cultura y a su tiempo.

La recta fue el intento humano de poner su propio sello en un Universo de formas, trayectorias y relaciones curvas. En cierta forma, la línea recta vendría a ser una acción a contrapelo del determinismo natural. Puede que, sin embargo, sus ojos le hayan aportado la idea de la recta, cuando contempló la línea del horizonte, o cuando observó la trayectoria aparente de una estrella fugaz. Pero, entonces no podía saber aún, que no había línea recta en las formas visibles del Universo, ni siquiera cuando un cuerpo recorre raudamente las inmensidades del espacio, donde su trayectoria se curva por efecto de la gravedad de los cuerpos más

grandes. Ni siquiera la luz, lo más veloz que existe en el Universo, se salva de esa regla.

Sin embargo, en su intento por moldear nuevas formas, en su enorme capacidad de abstracción, idealizó las formas curvas que tenía ante sus ojos, y buscó el trazo que mejor las representara, creando el círculo.

El círculo, desde las más remotas culturas del hombre, siempre ha representado la idea del Universo, de lo que está contenido o autocontenido. Cuando el hombre antiguo quiso representar el cosmos, trazó un círculo con un compás, siguiendo su perfecta curva de 360°. Todo lo que viniera de la naturaleza, de la creación divina, del universo, ha quedado, desde entonces, representado de esa manera. Por lo mismo, a través de los tiempos, muchas ceremonias iniciáticas se desarrollan dentro de un círculo, y, en el alquimismo, era uno de los cuatro signos fundamentales, que estaba relacionado con la Unidad.

Su punto central, es el Principio Creador, el punto de partida, el punto de simetría, desde donde nacen los trazos, y por donde pasan prácticamente todas las posibilidades geométricas de manera determinante.

Todas las formas que conocemos, en un contexto de planitud, han estado en constante relación dialéctica entre lo curvo y lo recto, tal vez, entre la disposición divina y la aspiración humana, y el concepto de belleza que, civilizacionalmente, hemos tenido en sus diferentes perspectivas, ha estado determinado por ese diálogo.

Por ejemplo, Platón, en su libro "Filebo", citado por Ghyka, señala: *"Lo que entiendo por belleza de la forma, no es lo que el vulgo comprende generalmente bajo éste nombre, sino algo de rectilíneo y circular, y las superficies y cuerpos sólidos compuestos con lo rectilíneo y lo circular, por medio del compás, de la cuerda y la escuadra. Pues, éstas formas no son, como las*

otras, bellas bajo ciertas condiciones, sino que son siempre bellas en sí mismas".

Siglos después, en el Renacimiento, el fraile Paccioli, en sus reflexiones sobre la Divina Proporción, recomendaría *"ateneos siempre al cuadrado y al círculo, que son las dos principales formas de las líneas recta y curva"*.

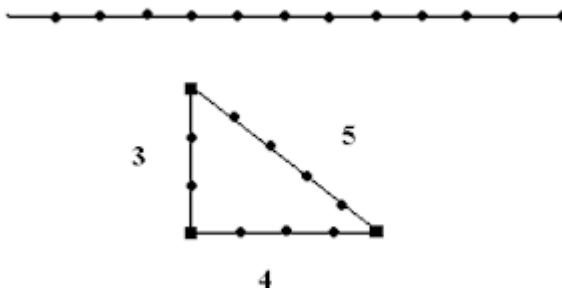
Llevado este diálogo, entre lo curvo y lo recto, al espacio de los cuerpos sólidos, el *eidos* que estudiaban los griegos, es la dicotomía o la dialéctica entre la *esfera* y el *cubo*. Recordemos que Timeo, discípulo aventajado de Sócrates, impulsado por éste, desarrolla un largo parlamento, haciendo deducciones sobre el Ser del Universo, y sobre la Naturaleza, en el cual explica: *"Más, al arrancar a organizarse bellamente el Todo (...) lo primero fue darse configuración mediante cuerpos y números. Que Dios los compuso, en lo que fue posible, de la más bella y mejor manera."*

Ambos, esfera y cubo, son la representación paradigmática de la euritmia de los cuerpos, es decir, cuando todo está convenientemente proporcionado entre lo alto y lo ancho, entre lo ancho y lo profundo, cuando todo está acorde entre los diversos elementos que lo componen. Del estudio de la esfera se desprenderá la circunferencia, que, aunque siendo un círculo, se diferencia por poseer la propiedad de ser aplicable a cualquier parte de la esfera, mientras el círculo mantuvo su propiedad de planitud.

El impacto mayor de estas concepciones, se materializará de manera tangible en la arquitectura, donde el círculo será la base primordial del trazado de toda construcción. Al respecto, Vitruvio Polión, citado por Ghyka, recuerda con claridad el procedimiento, a partir del cual se orientaban los templos de los egipcios y griegos, el cual será heredado por los romanos, indicando que, sobre un gran círculo trazado en el mismo suelo, se colocaba un mástil en el centro, al mediodía real, produciéndose la sombra de alcance mínimo, que indicaba rigurosamente la dirección norte-

sur, trazando luego los ángulos rectos que daban las direcciones este y oeste, utilizando el triángulo rectángulo 3-4-5, cuyas propiedades habían sido descubiertas por Pitágoras.

El procedimiento consistía en hacer un triángulo rectángulo con una cuerda de 12 nudos, que dividían la longitud de la cuerda en 12 partes iguales. Clavaban dos estacas, que unían con un segmento de tres espacios entre nudos, y luego una tercera estaca, que se unía a través de los siguientes 4 segmentos de la cuerda, quedando los otros 5 segmentos para formar el triángulo rectángulo de manera proporcionalmente perfecta.



La relación numérica que se produce en el triángulo 3-4-5, de cuya suma resulta 12, lo asocia a la significación esotérico-numeral que propone el duodenario, símbolo del Universo perceptible, del Cosmos mensurable, del tránsito a través de las constelaciones.

A partir de ese trazado, se desprendían proporcionalmente las dimensiones de la construcción, basadas en el despliegue de triángulos rectángulos, que permitían determinar, correspondientemente, los distintos espacios necesarios para la utilidad de la edificación, especialmente, cuando aquella estaba destinada al culto.

De éste modo, el triángulo, como forma plana, se deriva de los 360° del círculo, dando una lectura tanto geométrica como esotérica, que no puede pasar desapercibida, en el contexto del estudio del teorema de la hipotenusa.

Pero, previamente, volvamos un instante al origen numeral del pensamiento griego, a su matemática rica en contenidos y posibilidades abstractas, que sirven de base a las definiciones geométricas. En esa perspectiva, la Unidad (el número 1), geométrica y aritmética, es el *punto centro* de las formas planas o corporales. Esotéricamente es la primera ley, el principio, en centro omnipresente que carece de dimensiones, la Nada que contiene el Todo. Le sigue el Binario (el número 2, que resulta del $1+1$), representado en la *línea recta*, expresión de la fuerza y direccionalidad, la relación entre dos infinitos, entre el Uno y el Otro, en fin, la idea de avance, de progresión, la emanación creadora.

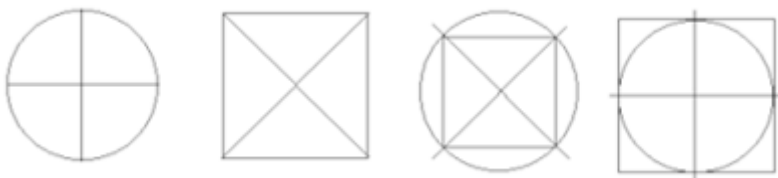
El Ternario (el número 3, que resulta de $2+1$), se representa con el *triángulo*, la unión de tres puntos por medio de tres líneas rectas, expresión de superficie. Esotéricamente es el dominio de la ley que gobierna toda acción, de la aplicación de la actividad regulada. El triángulo equilátero o regular, de tres lados y tres ángulos iguales, representa la perfección, la armonía, la sabiduría, por lo cual, constituye la base esencial del Delta Luminoso, representación de la divinidad, desde hace miles de años. El triángulo rectángulo, en tanto, representa la norma, la ley y la rectitud de proceder. De los triángulos se desprende el tetraedro o pirámide triangular, que, con sus 4 caras y cuatro vértices, es uno de los cuatro cuerpos o sólidos regulares.

El Cuaternario (el número 4, que resulta de $3+1$) está representada en el *cuadrado*, formado por la unión de cuatro puntos, siendo expresión de los cuerpos sólidos. Esotéricamente, representa la obra realizada, la *forma* que ha llegado a constituir un *cuerpo*.

En el círculo están presentes los números 1, 2 3 y 4, que, al sumarlos, dan origen al número 10, que constituye la sublime década, principio y fin de las cosas: el 1 está presente en el punto centro, el 2 en el diámetro que lo divide, el 3 en la cantidad de veces que el diámetro está en el trazado de su circunferencia, y el 4 en la división elemental de 90° cada una.

Siendo los triángulos, una parte de los 360° del círculo, cuatro veces contenidos en proporción rectangular de 90° , lo mismo ocurre con los cuatro triángulos rectángulos presentes dentro del cuadrado. Esto permite deducir que, a través del triángulo, el círculo tiene proporcional cabida en el cuadrado, y el cuadrado, a su vez, contiene proporcionalmente al círculo. Se desprende de esto, esotéricamente, el proceso dialéctico entre lo divino y lo humano, entre lo material y lo espiritual, donde cada ángulo recto, que compone el círculo o el cuadrado, está asociado a los elementos.

De este modo, el triángulo rectángulo tiene la doble condición de simbolizar tanto lo espiritual como lo material, pues, siendo proporcionalidad del círculo, es parte elemental de la condición espiritual, y, siendo proporcionalidad del cuadrado, establece la misma calidad elemental que caracteriza la condición de la materialidad.

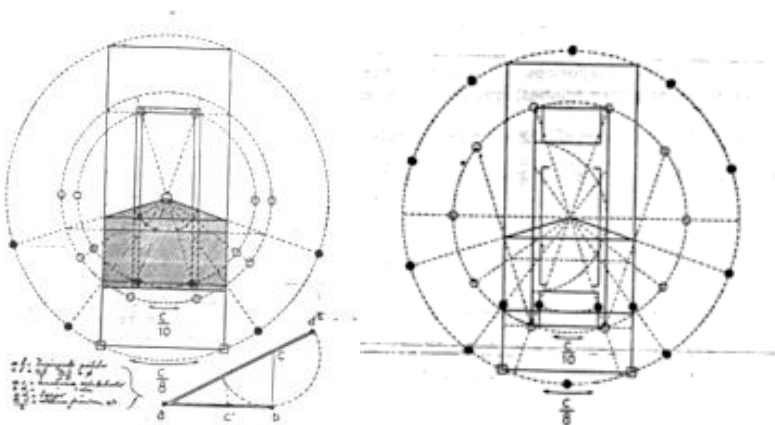


La validez que tiene, entonces, el esoterismo del teorema de la hipotenusa, es aplicable en un sentido u otro, de la manera más amplia, teniendo valor para cualquiera de las alternativas elementales.

Sobre esas premisas, el teorema de Pitágoras será la conjugación de una proporcionalidad que surge de la diferencia, pues, dos superficies distintas, expresadas en los cuadrados de los catetos, permiten una rigurosa proporcionalidad en el cuadrado de la hipotenusa, que los contiene.

No parece ser el triángulo rectángulo, empero, una expresión simbólica de la armonía, en tanto, al desplegarse sus cuadrados en el trazado, carece de los equilibrios dimensionales, que dan simetría a otras formas planas. Pero, debemos tener presente que, si bien los triángulos son formas que presentan, en ocasiones, irregularidades simétricas, en el caso del triángulo rectángulo permite componer toda simetría, a partir del adecuado uso de la proporcionalidad que de él emana, como una verdadera ley.

Así, al construir los antiguos templos, los agrimensores basaban todas las posibilidades de proporcionalidad en la certeza de los triángulos rectángulos, trazados a partir del centro del círculo, como nos recuerda Vitruvio, porque, ello permitía, en definitiva, armonizar el contexto global de la construcción, especialmente cuando se trataba de un lugar de culto.



RELACIÓN DEL TEOREMA DE PITÁGORAS CON LA MASONERÍA

En su trabajo revelador, Ghyka, que hemos señalado como base de esta Plancha, orienta su esfuerzo investigativo en torno a los Ritmos y Ritos, que determinan lo profundo del pitagorismo, y que se hace presente en la civilización occidental, hasta, prácticamente, nuestros días, especialmente en la Masonería.

Su obra no ha pasado desapercibida para los masones de distintas latitudes, que han descubierto que, más allá de lo cotidiano de sus quehaceres, el sentido profundo de sus rituales y símbolos, se encuentra dentro de un vigoroso legado de sabiduría, que, a veces, se pierde en la monotonía de su estudio superficial. Sin embargo, la búsqueda sistemática en la historia vestida de mitos del pitagorismo, permite, sin duda, establecer los vínculos insoslayables entre el esoterismo pitagórico y el contenido simbólico y ritual que caracteriza a la Francmasonería.

Sin pretender establecer una segura concatenación entre ambas escuelas esotéricas, resulta inevitable reconocer que, parte importante de la forma y el fondo de la herencia de la Hermandad de Crotona y Metaponto, se recrea en la Masonería, desde sus orígenes. Ese hilo conductor, por cierto, ha tratado de ser superlativizado por el entusiasmo de algunos, mientras otros, por escepticismo o superficialidad, han preferido soslayarlo.

La verdad, sin embargo, es que el pitagorismo ha permeado a sus similes, que los tiempos han dado con posterioridad: *esenios*, *khabalistas*, *collegias* romanos, *comachinos*, constructores medioevales, *alquimistas*, etc., dando una continuidad que se proyecta, en definitiva, hacia lo más profundo de la Masonería, según respetables testimonios históricos. Algo que se perdió por efecto de dos fenómenos que han sido gravitantes en la pérdida de la profundidad esotérica de la

llamada Masonería Especulativa: el espíritu de club inglés y el espíritu de barricada francés.

Reconociendo el valor de ambas influencias – inglesa y francesa - , importantes para el arraigamiento de la Masonería en la sociedad moderna, se hace, sin embargo, más que necesario, reconocer que han influido en lo referido a una mayor contemporización, pero, perjudicando la mirada más lejana y profunda de lo que constituye el fondo subyacente de las herencias que expresan nuestros ritos y símbolos.

Se hace necesario, pues, buscar con mayor dedicación lo profundo de la Masonería, en los antecedentes que, aparentemente, la preceden, si no la gestan, que se pierden en los tiempos pretéritos, a fin de dar un gran paso que abra las puertas de nuestra búsqueda de la verdad y de la perfectibilidad, objetivo sustancial de la Masonería.

En ese contexto, resulta interesante comprobar la forma en que se expresa el Teorema de Pitágoras, en nuestros símbolos, haciendo vívida la herencia del pitagorismo en los ritos y contenidos masónicos.

Sin duda, la presencia más tangible del Teorema de Pitágoras, en el simbolismo masónico del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, se encuentra en la Joya del Ex Venerable Maestro. Ésta se haya constituida por una escuadra, de la cual cuelga un cuadrado, dentro del cual se graba un triángulo rectángulo, en cuyos catetos e hipotenusa se encuentran desplegados sus respectivos cuadrados. Esta joya representa esencialmente la Justicia.

En el contexto reglamentario de la Gran Logia de Chile, corresponde al Ex Venerable Maestro, constituirse en el defensor de cualquier miembro de la logia, que enfrente un proceso ante el Tribunal de Honor. Con ello se establece el primer requisito de todo proceso de administración de justicia, cual es, el de la legítima defensa. Sin embargo, la idea de Justicia va más allá de

lo que constitucional o reglamentariamente le corresponda como tarea a cada Oficial de una Logia. La idea de la joya del Ex Venerable Maestro es poner en evidencia que las querellas y las diferencias entre los hombres, solo pueden ser resueltas con Justicia.

Sabemos que la Escuadra representa la rectitud, constituyendo una de las seis joyas o alhajas de una Logia Justa y Perfecta, y una de las tres joyas movibles, expresada en la joya del Maestro que preside la Logia, que cuelga del collarín desde la punta de su ángulo. El Cuadrado que cuelga de la Escuadra del Ex Venerable Maestro, se relaciona con la materialidad y con lo intrínsecamente humano. El cuadrado corresponde a una creación específica del hombre y es aquella figura plana con cuatro lados rectos, cuyos cuatro ángulos interiores son ángulos rectos de igual longitud, que, en geometría, es llamado paralelogramo de lados iguales, o polígono de cuatro lados iguales.

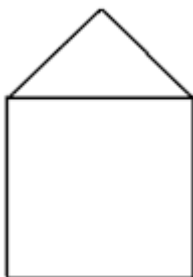


El inserto de la graficación del Teorema de Pitágoras, dentro del cuadrado, está indicando claramente el simbolismo de la Justicia, porque ésta debe ejercerse en los ámbitos necesariamente humanos. La justicia es una tarea y una responsabilidad de los humanos para con los humanos.

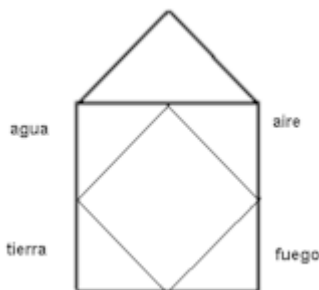
Para los pitagóricos, el ángulo recto era llamado *el ángulo de la equidad*, implicando con ello, que representaba el sentido de lo equitativo, dando a cada cual según sus merecimientos y condiciones, no favoreciendo a uno en desmedro del otro, propendiendo a guiar los actos por la templanza del deber juiciosamente asumido, por la justicia natural antes que la legal o escrita.

Siendo el triángulo rectángulo el resultado de un ángulo recto cuyos trazados pueden ser iguales o de distinta longitud, se está representando en ello que, las tesis y antítesis de los hombres, son aspectos en discordia, en constante contradicción, y las áreas de los cuadrados de los catetos, señalan las dimensiones de sus intereses en disputa. Cortando el trazado de los catetos, se impone la hipotenusa, representando la función de la justicia bien ejercida, en cuyo cuadrado, suma de los cuadrados de los catetos, se da cabida a los intereses, derechos y reclamaciones de las dos partes en disputa. El cuadrado de la hipotenusa da, pues, justa y proporcional cabida, a las partes en contradicción, de un modo integrativo.

El segundo símbolo que recoge la presencia del Teorema de Pitágoras, es el mandil con el que nos decoramos para efectuar nuestros trabajos en logia. En rigor, el mandil está formado por un triángulo rectángulo de catetos iguales, y por un cuadrado. El triángulo representa el espíritu, mientras el cuadrado representa la materia. En la Francmasonería el término Triángulo es, por antonomasia, el área de los tres puntos de la Perfección Masónica, que está simbolizado en todas nuestras reuniones por las Tres Luces del Taller.



Así, cuando el Aprendiz trabaja con la faldeta triangular levantada, para protegerlo de los materiales innobles, diremos que aún el espíritu no ha penetrado la materialidad, lo que recién viene a ocurrir cuando el iniciado pasa al grado de Compañero, y baja la faldeta superior, siendo la Maestría, cuando viene a manifestarse la plena penetración y el acceso a un nivel de perfectibilidad. La parte inferior, viene también a representar el cuadrado de la hipotenusa, que puede considerarse como la condición material del Templo del Universo que, al mismo tiempo, es el de la Logia y del Iniciado Francmasón. El cuadrado está formado por cuatro triángulos rectángulos, relacionados con los elementos, donde cada uno de sus lados representa las purificaciones de la Iniciación, a saber: la Tierra, el Fuego, el Agua, y el Aire.



Sin embargo, también cabe considerar, en el caso del mandil, otra lectura simbólica, que tiene que ver con la suma de los tres lados del triángulo y los cuatro lados del cuadrado, que suman siete ($3+4=7$). En la lectura pitagórica, el siete era símbolo del hombre y del universo, el ser humano como microcosmos, el hombre completo, que ha trascendido los principios inferiores – el cuaternario de la materia -, alcanzando la trinidad superior o divina.

En el mismo contexto, de relación masónica con el Teorema de Pitágoras, Richter, masón de la Gran Logia de Israel, se refiere a la perfecta ejecución de la Marcha ritual y el ceremonial del saludo a las tres grandes Luces de la Logia, condición sin la cual no es posible incorporarse a los trabajos de un Templo Masónico. Al terminar la marcha, el iniciado queda frente a frente con el sitial del Venerable Maestro, que muestra una Escuadra de brazos iguales. No obstante, la joya que porta en sus paramentos es una Escuadra de una relación de 3 a 4, como es la posición de los pies en la Marcha del Aprendiz y los catetos del Triángulo del Teorema de Pitágoras.

En ese momento, agrega Richter, el iniciado saluda al Venerable Maestro completando, con dicho acto, la cuerda de la hipotenusa que enlaza las dos puntas de los pies. Por su parte el Venerable Maestro contesta el saludo desde su sitial, describiendo una segunda hipotenusa desde su propia escuadra. Construye de esta forma una antinomia con el triángulo realizado por los movimientos del Iniciado, dando como resultado el que dos hipotenusas toman posición paralela, en Oriente y Occidente, formando los lados del cubo.

Al saludar a los Vigilantes, el Iniciado completa las aristas del lado del Norte, que une las dos hipotenusas. Por su parte, el Segundo Vigilante, al contestar el saludo describe dos líneas de unión del lado Sur de las hipotenusas, cerrando de este modo, los cuadrados inferior y superior, pues al señalar su joya completa las

aristas verticales y deja formado el Cubo Perfecto. De esta manera, concluye Richter, en forma casi imperceptible, se construyen los cuadrados y el cubo, con los simples movimientos rituales que se ejecutan en el espacio logial.

CONCLUSIÓN

No es posible concluir este trabajo de investigación masónica, sin preguntarse cual es la relación que tiene el pitagorismo con la masonería o viceversa. En la última parte comprobamos la relación existente entre el teorema de Pitágoras y la simbología masónica. Pero, queda la interrogante respecto de la escuela pitagórica, aquella fraternidad que sobrevivió por casi siglo y medio a su creador.

Para dar conclusión a esta investigación, no me separaré del notable libro de Matila Ghyka, que ha servido de sustento a las hipótesis que este autor ha desarrollado en las páginas precedentes. Creo que la tesis del rumano tiene un valor importante, por tratarse de un intelectual con un bagaje de conocimientos, que escapa al lugar común de quienes hacen del esoterismo un objeto de culto, más que un camino de búsqueda.

Su libro "El Número de Oro" nos abre muchas puertas, que podemos abrir con deleite investigativo, de aquel que llama "el Fénix de Metaponto", el Maestro que muere en aquella *polis* de la Magna Grecia, cuyo legado la muchedumbre trata de destruir con el fuego de su rebelión, pero, que renace como el eucaliptus, luego del incendio forestal o del destroncado del hacha del leñador, o, precisamente, como el ave fénix, para alzar un nuevo vuelo.

La tesis de Ghyka, desarrollada en su libro, establece la hilación entre la geometría esotérica de Pitágoras, a través de la arquitectura y la magia, hacia las corporaciones constructoras de la Antigüedad y Edad Media, poniendo en evidencia los aspectos que se expresan en la Deutsche Bauhütte, en la Masonería

operativa inglesa y en las cofradías francesas del *compagnonage*; así como las constataciones que se dan entre el alquimismo, los kabalistas y los rosacruces, y de todas ellas hacia la Masonería.

Por ejemplo, en el caso de la Bauhütte, recuerda los signos lapidarios, usados como firmas, por los constructores góticos, donde se construye dentro de un círculo, a partir del punto simétrico, un cuadrado dividido por círculos, cuadrados y triángulos, en medio de los cuales se advertía el emblema geométrico del tallador, que se recuerda en un proverbio de aquellos geómetras constructores: "*Hay un punto, que en el círculo se coloca, y que se halla en el cuadrado y en el triángulo. Si lo encontráis, os salvaréis, y saldréis de cuitas, angustias y peligros*". Sin duda, es la misma idea que se expresa en, lo que Vitruvio recuerda, como la proyección simétrica y proporcional de la construcción, que utilizaban los constructores de templos en la Antigüedad.

En su hilación, Ghyka pone de manifiesto las claras implicancias geométrico-esotéricas del **Poema Regius** (siglo XIV d.C.), que comienza con su notable frase "*Hic incippiunt constitutiones artis geometrie secundum Euclýde*", del **Manuscrito Cooke** (siglo XV d.C.), del **Manuscrito Tew** (siglo XVII d.C.) y del **Manuscrito William Watson** (se presume del siglo XV d.C.), que indican la claramente el reconocimiento a la relación con la *geometría profunda*, concebida por el pitagorismo. Incluso el "**Cooke**" construye una hermosa leyenda en la cual Pitágoras y Hermes encuentran dos columnas, luego del diluvio, en que se encontraban inscritos los principios de las artes constructoras.

Asevera Ghyka que, "*la gruta de Metaponto, la caverna simbólica de Platón, la sala subterránea de Maat, tal vez forman también la gran cripta del santuario inmemorial de los montes de malaquita, que reaparecen en la logia misma donde se reúnen los hermanos, y es, en fin, el eterno pentagrama pitagórico mediterráneo, el que, convertido en la estrella flamígera ya*

presente en las actas de las últimas logias operativas inglesas del siglo XVII, toma el puesto de honor en la mayor parte de los documentos francmasónicos propiamente dichos del siglo XVIII y fulgura, sobre el trono del maestro de la logia o del altar, teniendo siempre en su centro la enigmática G".

Haciendo una crítica – casi un reproche - de lo que considera "*la atmósfera utilitaria, terrestre*", de la Masonería Francesa, valora "*la renovación iniciática*" que advierte en ella, en la época que escribe su libro (fines de los 1960), indicando: "*Pasa un soplo nuevo...o más bien dicho un soplo muy antiguo: los ritos, los símbolos, que vienen de tan lejos, pero que están a su vez algo gastados y laicizados, son escrutados de nuevo, y las palabras de paso lentamente deletreadas*".

Por último, Ghyka termina diciendo de la Masonería, que "*esta Fraternidad universal moderna, que dispone de influencia política(...) se relaciona mediante una bizarra filiación – serie de injertos, vástagos, transmisiones de símbolos, que aparecen en su ritual, su técnica del secreto, su ideología geométrica – a través de los gremios de constructores de la Edad Media, los colegios de artesanos, cofradías religiosas, agrupaciones iniciáticas de la antigüedad, con la otra gran Sociedad política que hemos visto perecer en el incendio de Metaponto. El fénix ha resistido la prueba del fuego*".

Tal aseveración tiene un enorme peso, del cual resulta difícil de abstraerse. Por ello, más allá de establecer aquella concatenación, que nos permita estructurar componentes evidentes de relación, debemos señalar la premisa de que, más allá de las formas que revisten el conocimiento esotérico, lo esencial sigue siendo el fondo, que da sustento a la acción de búsqueda humana, donde la verdad siempre se encuentra velada, lo que nos recuerda nuestra simbología, alegórica y arquetípica, cargada de una sabiduría que se pone en evidencia gradualmente, como ya lo concibiera hace 26 siglos, un hombre venido de Samos.

BIBLIOGRAFÍA.

BELL, E.T. "Los Grandes Matemáticos" - Ed. Losada

BOYER, Carl . "Historia de las Matemáticas"

GHYKA, MATILA. "El Número de Oro".

GUZMÁN OZAMIZ, MIGUEL DE. "Los Pitagóricos" Universidad Complutense. 1986"

LLOYD, G.E. "De Tales a Aristóteles" - Ed. Eudeba

MORALES, ANDREA Y SALPETER, CLAUDIO "Pitágoras y la escuela pitagórica". Revista Axioma.

PLATÓN. Obras completas. Universidad Central de Venezuela. Trad. G. Bacca. Caracas 1980.

RICHTER, SANTIAGO. "Pitágoras". Gran Logia de Israel.

SANCHEZ SARMIENTO, FERNANDO. "Historia de las Matemáticas"

*

* *

LOS ORÍGENES ESOTÉRICOS DEL CRISTIANISMO

A MODO DE PREÁMBULO

Debemos entender por *esoterismo* todo conocimiento velado, que se adquiere solo por la vía de la iniciación, que implica una visión trascendente del hombre en su condición esencialmente espiritual, que se entiende como un ser constituido por una conciencia perfectible, de manera gradual y ascendente. El esoterismo es inseparable del *exoterismo*, la otra cara del conocimiento, que se adquiere en la estructura social, donde la conciencia dimensiona su condición finita y material.

Desde el punto de vista guenoniano, esoterismo y exoterismo son las caras de una misma moneda, que responden a necesidades de un mismo individuo, en sus posibilidades de crecimiento espiritual. Es más, define el esoterismo como "el lado interior" del exoterismo, y "la adhesión a un exoterismo es la condición esencial para llegar a un esoterismo". Sobre esa definición, todos los grandes movimientos o revoluciones espirituales del hombre, han concebido una expresión esotérica, donde ha descansado lo esencial y trascendente de ellos. El cristianismo presenta condiciones que hacen posible que, en el espacio que determina su expansión religiosa universal, esté expresado un esoterismo que es parte constituyente de su esencia y trascendencia. Esto, en el contexto de un desarrollo religioso coherente con la comprensión esotérica de su sentido más profundo.

Para Mircea Eliade, lo religioso existe porque hay una estructura de la conciencia del hombre en relación con lo sagrado,

es decir, lo sagrado es constituyente de la conciencia humana³⁴. Es más, desde su punto de vista, la religiosidad sería la primera estructura del existir humano en el mundo. Lo sagrado es fuente de lo real, sustrae el hombre y al mundo de un devenir incierto y afirma la existencia sobre un cimiento de la realidad que llena de significado toda la existencia humana.

El hecho religioso es un fenómeno universal que funda una estructura de lo real, revela la existencia de lo sobrenatural y resulta formativo para la conducta del hombre. Debido a su alcance espiritual, todas las grandes religiones han desarrollado siempre un componente esotérico, iniciático y gradual, que estableció niveles y categorías en el conocimiento detentado. Ello es lo que constituye la tradición, es decir, la forma como se cautela y se transmite la doctrina, como se concibe lo sagrado, y por lo tanto, lo esencial de la fe. A esto no escaparía el cristianismo en sus orígenes, pero, en la medida que se impuso una tendencia hacia la universalización, hacia lo masivo, hacia la asamblea (iglesia), hacia el proselitismo, perderá esa condición esotérica, logrará predominar un exoterismo masivo y dogmático.

TESIS SOBRE EL ORIGEN

Buscar los antecedentes germinales del cristianismo es una tarea casi imposible, considerando que las fuentes principales que revelan su origen, tienen su fundamento en los textos bíblicos correspondientes al Nuevo Testamento, por cierto, una elaboración marcada por la fe y la distancia, más que una referencia historiográfica, escritos cuando la iglesia necesitaba darle forma al dogma cristológico.

No está de más recordar que los datos históricos más concretos son los referidos por Flavio Josefo, quien habla brevemente de los cristianos y Cristo, en su obra "*Antigüedades*

³⁴ . "*Historia de las creencias y de las ideas religiosas*". Vol. I. Mircea Eliade.

Judías" (Libro XVIII, capítulo III). Tales datos apuntan a la constatación de la presencia cristiana en la llamada Tierra Santa, más o menos en el contexto temporal que tiene cierta coherencia con nuestra referencia calendaria cristiano-occidental.

Autores que han estudiado el cristianismo, como es el caso de Karl Kautsky³⁵, P.L.Couchoud³⁶, así como Adeodato García³⁷, han basado su refutación a la historicidad de Cristo, precisamente, en los antecedentes que impone Flavio Josefo, así como en la carencia de toda referencia a Jesús, el Cristo, en otros autores importantes, ubicados cronológicamente y contemporáneamente con su probable existencia, y que pudieron dar cabida a los hechos relatados por los Evangelios, los que no lo mencionan ni para bien ni para mal: Justo de Tiberíades, un historiador judío; Juvenal, un escritor que satirizó las supersticiones de aquella época; Plutarco, Séneca o Filón, el gran filósofo hebreo de Alejandría.

No es la intención de este trabajo, en todo caso, indagar en lo eventual de la historicidad de Cristo, sino más bien, explicarse el desarrollo del cristianismo primitivo, por lo cual, nuestras preguntas se encaminan en otro sentido. Suponiendo que Jesús, el *Messiah* en judío o el *Cristo* en griego, tiene un fundamento histórico, ¿tuvo realmente ubicación su vida, pasión y muerte en el escenario espacial y temporal que indican los Evangelios?

¿Es posible que los personajes del drama de Jesús - Herodes, Poncio Pilatos, Barrabas, etc. - hayan sido convocados literariamente en los Evangelios, para sustituir otros personajes cuyos nombres, en el relato oral, fueron perdiendo en sus referencias?

³⁵ "El cristianismo: sus orígenes y fundamentos". Karl Kautsky. Ediciones Frente Cultural, México, 1939.

³⁶ "Le Mystère de Jesús". J.P.Couchoud.

³⁷ "Jesús ¿Entidad histórica, legendaria, espiritualista o mitológica?" Adeodato García Valenzuela. Editorial Unión Fraternal. Chile, 1935.

Ahora bien, ¿constituyen los Evangelios una fuente confiable, en cuanto a permitir la determinación en el tiempo, con nuestras referencias cronológicas cristiano-occidentales, del momento en que surgen las primeras comunidades cristianas, no solo en Judea o Palestina, sino que más allá de la Tierra Santa?

Si analizamos los datos existentes, que tienen su presencia en el Nuevo Testamento, respecto de comunidades cristianas en el siglo I d.C., repartidas en lugares tan distantes en su ubicación, como Judea, Siria, Capadocia, Macedonia, Egipto y Roma, es obvio que cabe preguntarse si los antecedentes de que se disponen no están ocultando una existencia muy anterior a la etapa judaico herodiana.

Si tomamos en consideración las dificultades de comunicación de aquellos tiempos, especialmente para creyentes pobres, como eran los primeros cristianos, es lógico suponer que no pudieron tener el crecimiento tan acelerado que se pretende en los textos bíblicos, y que las comunidades cristianas existían antes de la supuesta definición cronológica que se establece con el año 1, correspondiente a nuestro calendario, que se inicia con el eventual nacimiento de Jesús.

Considerando que hacia en el primer siglo cristiano, ya habían comunidades en Antioquía, Capadocia, Éfeso, Filipos, Tesalónica, Corinto, Roma, Sicilia, Egipto, y otros lugares tan distantes de Judea, es dable suponer que el desarrollo del cristianismo comienza a lo menos un siglo antes que aquellos posibles acontecimientos originarios.

Todo parece confirmar que el drama de Jesús y el nacimiento de la fe, se produce efectivamente en Palestina, en medio de un grupo sectario judío, que da forma a una primera comunidad, en el contexto de la ley mosaica, pero, con una interpretación distinta a la tradición judía. De Palestina, la naciente fe pasó a las comunidades de la diáspora, que durante

algún tiempo la mantuvieron como algo propio de su condición cultural. Sin embargo, ella trascenderá hacia los gentiles.

Renán³⁸, sostiene la idea de que, el punto de partida de la Iglesia de los gentiles, el hogar primordial de las misiones cristianas se encuentra en Antioquía, siendo allí donde se constituyó, por primera vez, la iglesia cristiana desligada del judaísmo, y que allí es donde parte la gran propaganda apostólica, y donde, además, se formó Pablo. Desde ese lugar, aquella doctrina se esparcirá hacia las costas del Mediterráneo, con la particular característica de hacerlo en medio de los desheredados y el bajo pueblo. Así, los primeros vestigios del cristianismo, en ámbitos diversos del Imperio Romano, se encuentran entre los humildes, los proletarios, los esclavos, los oficios menos significativos, en fin, los desprovistos de cualquier bien o riqueza. Los Evangelios hablan de que los primeros discípulos de Jesús, fueron un grupo de humildes pescadores del lago de Galilea, lo que marca el ambiente social en que comienza su prédica. Jesús mismo es hijo terrenal de un carpintero.

Esta característica determina la esencia del mensaje cristiano, en su difusión hacia distintas comunidades sometidas al poder romano, que produce una audaz ruptura con la magnificencia del mensaje y la forma de las divinidades que, hasta entonces, habían predominado en la cultura mediterránea. La definición de la figura y el mensaje de Jesús, no tiene que ver con la grandilocuencia de los dioses griegos, ni tampoco con el soberbio perfil del dios israelita o con la complejidad de las divinidades persas, mesopotámicas o egipcias.

En éste caso, se trata del Hijo de Dios, que vino a compartir la vida terrenal con un grupo de humildes pescadores, que plantea una nueva doctrina, basada en el amor y en la

³⁸ "La vida de Jesús". Ernest Renan. Versión en Intranet, con traducción Google.

humildad, y que muere crucificado, para sellar una nueva alianza entre el Dios Único y su pueblo elegido.

LA DIVULGACIÓN DEL CRISTIANISMO

Desde luego, aquel mensaje era una concepción mucho más cercana y simple de aceptar para los humildes y los desheredados, los credos sectarios, el animismo y otras creencias similares, que nutrían la fe de aquellas personas, lejanas al poder y la riqueza, en la escala social del Imperio. El hecho que esta creencia fuera cosa del bajo pueblo, fue un factor que influyó en su difusión, ya que no había las cortapisas naturales que se habrían producido, de haber sido una fe de las clases altas. Mientras la fe cristiana fuera cosa de esclavos, no ponía en riesgo ningún equilibrio de poder. Obviamente, aquello cambiaría con el tiempo, cuando esta fe penetró el poder político.

Parece ser, como lo sugiere Guignebert (7), que, a fines del siglo I a.C., convertirse en cristiano era aún algo fácil, pues, bastaba reconocer que Cristo era el Mesías prometido por Dios a los hombres, que fue crucificado, murió y resucitó de entre los muertos, y que volvería pronto a juzgar a los vivos y a los muertos, para inaugurar el Reino de Dios. Creer en ello implicaba recibir el bautismo, que era administrado por cualquiera de los miembros de la congregación. Podríamos decir que era una expresión de religiosidad muy similar a la del cristiano promedio de nuestro tiempo, que se manifestaba en la fe, sin mayor compromiso o profundización respecto de los alcances del dogma.

En su modesta condición, los primeros cristianos se dirigieron a sus semejantes, los modestos y humildes, proponiéndoles una doctrina consoladora, basada en la fraternidad y el amor. El mensaje prometía salvación eterna, debido a la intervención del Messiah, a través de su sacrificio, y una nueva vida basada en el amor y la virtud. Desde luego, ese mensaje

constituía un bálsamo a las vicisitudes de la pobreza o la esclavitud.

Empero, llamó la atención también de aquellos más pudientes o poderosos, y de los cultos que mantenían conflictos de fe con las creencias predominantes, y que se sintieron atraídos por esta nueva creencia, que parecía mucho más sublime en sus contenidos que el común de los credos politeístas.

Sin embargo, no debemos creer que era una religión universalista, en sus propósitos, sino que, por el contrario, se mostraba reacia a aceptar el roce con otras creencias, a las que criticaba visceralmente, planteándose en términos absolutos como la verdadera fe, como la expresión única de un Dios verdadero. Este aspecto es muy importante, porque tiende a creerse que la divulgación evangelizadora hubiera sido el objetivo desde los inicios. Por el contrario, lo que se advierte en los primeros años, es, precisamente, una tendencia hacia el selectivismo, hacia la existencia de comunidades cerradas y contrarias a cualquier sincretismo riesgoso.

En ese contexto, destacan aquellos que hicieron posible la divulgación del credo, en condiciones que difieren, en algunos casos, del propósito general, y que contribuyeron a un debate bastante amplio respecto de los objetivos de la fe, en torno al carácter de sus dogmas, respecto de los contenidos de la cristología, sobre la organización eclesial, y sobre las modalidades de divulgar el credo.

Muchos de ellos son conocidos de un modo historiográficamente difuso, y en casos, prácticamente, hay una muy vaga referencia sobre su desempeño. Se tiene claro el rol cumplido por Pablo, y su herencia epistolar es reconocida como la más clara señal del propósito fundacional de la nueva fe. De Pedro se sabe menos, salvo por las referencias bíblicas. Después de ellos se pueden destacar solo algunos nombres, con niveles de certeza

aceptables, como, por ejemplo, Clemente, reconocido como Papa, y que habría muerto en el 101 d.C.

Casi cien años después, es posible identificar otras figuras, como Víctor, Pantaeno y Teodoto, que aparecen cumpliendo funciones de *episkopos* (obispos), compartiendo contemporaneidad con el célebre Clemente de Alejandría. No menos importante es la personalidad de Hipólito, que mantuvo un debate con Noeto, cuando éste último rechaza la idea trinitaria de Dios. Poco después, iniciándose el siglo III d.C., se destaca la personalidad de Orígenes, de la misma forma que Pánfilo de Cesárea, Ammonio y Cipriano de Cartago. Ya entrado el siglo IV, aparece el importante Eusebio de Cesárea.

Cada uno de ellos, representó una visión particular sobre como encauzar el desarrollo del creciente cristianismo, y animaron los debates, que no fueron pocos ni menores, sobre la modalidad de la doctrina, sobre el carácter de la ligazón de las distintas comunidades en torno a la fe, y sobre los misterios que dan forma al dogma.

LA INFLUENCIA HELENISTICA

Si consideramos que el nacimiento del cristianismo fue esencialmente judío, la primera divulgación se produjo también entre las comunidades judías de la diáspora, especialmente por la región oriental mediterránea. Sin embargo, estos judíos de la dispersión no tenían las mismas características de aquellos de Palestina, que fundaban su cultura en el exclusivismo, en el temor al contacto con otros pueblos y culturas, y en su rechazo a la gentilidad.

Los judíos que estaban repartidos por la diáspora, por Oriente, Roma y Egipto, luego de tres o cuatro generaciones fuera de Palestina, se asemejaban por su aspecto, idioma y formación intelectual a cualquier griego de su misma condición social. Al

decir, *griego* nos referimos a aquellos que vivenciaban la cultura griega o helenismo, que repartiera Alejandro el Grande por el entorno mediterráneo.

Los judíos helenizados fueron permeables a los contenidos del pensamiento griego, y los más instruidos profesaban una gran admiración por las letras y la filosofía de aquella cultura. Guignebert³⁹ recuerda a Filón de Alejandría, como el prototipo de los judíos helenizados, que buscó demostrar la concordancia entre las prescripciones mosaicas y las especulaciones platónicas.

Serán estos judíos los que recibirán, primeramente, la fe en el Mesías corporizado en Jesús, y los que formarán las primeras comunidades, manteniendo el sesgo inicial del judaísmo de Palestina, en cuanto a constituir cuerpos cerrados en torno a su distinción hebrea. Pero, como también eran griegos, no pasó mucho tiempo en que abrirán sus creencias al resto del mundo helenizado.

Por ésta causa, en el proceso originario del cristianismo, el helenismo significará un factor fundamental. Si no hubiese existido ese medio cultural y geográfico, el desarrollo de las comunidades cristianas, tal vez, no hubiera sido posible. Pero, también habrá otro factor fundamental: la presencia ciudadana de Roma, que posibilitó el espacio jurídico-político, ya que fue en sus colonias y a través de sus medios de comunicación, en que la nueva fe pudo difundirse.

Tal pues, que, el fundamental rol de Pablo de Tarso, no habría adquirido la trascendencia fundacional que se le asigna, en la difusión de la doctrina cristiana, sin la triple condición de este hombre formidable – judío, griego y romano-, que le permitirá construir el armado filosófico y doctrinario de la fe. Judío, porque era miembro de la diáspora, pero, griego en su formación cultural,

³⁹ "*El cristianismo antiguo*". Charles Guignebert. Fondo de Cultura Económica. México, 1956.

y romano en su ciudadanía. Esta última cualidad le permitió desplazarse por distintos territorios del imperio.

Quienes han estudiado a Pablo como un producto de la cultura griega, no vacilan en reconocer en sus epístolas el inequívoco trasfondo estoico. Recordemos que nació en Tarso (Turquía), cuna de una de las más brillantes universidades de su tiempo, donde dominaba la filosofía estoica. Sin embargo, lo más importante de todo, es que Pablo escribió en griego, es decir, en la lengua de la universalidad mediterránea, que aunque constituía ahora dominios de Roma, seguía siendo expresión del helenismo. De tal modo que, como lo indica Guignebert, utilizó el más precioso instrumento de acción y pensamiento que existía en aquel tiempo.

Si reconocemos ese medio de desarrollo, hay que tener presente, del mismo modo, que en el concepto griego, predominó siempre en toda asociatividad el sentido iniciático vinculado a la búsqueda del o de un conocimiento. Todo camino cognitivo estaba basado en la relación entre el maestro y el aprendiz, es decir, en la iniciación y en el acceso gradual al conocimiento. Así lo hizo tanto Sócrates como Pitágoras, así lo hicieron tanto en Atenas como en Alejandría o Crotona.

Ser iniciado tenía el vocablo *teleisthai*, y para acceder a esa condición había que morir para la vida anterior, o profana. Aquella muerte recibía el nombre de *teleutan*. Todo camino iniciático tenía un objetivo, cual era la Perfección - *to teleion* -, siguiendo los conceptos de armonía y proporcionalidad, que constituyeron los paradigmas que predominaron en toda su construcción intelectual, cultural y social.

El anhelo de ser perfectos – *teleioi* – será una impronta en la cual se moldeará gran parte de su constructo civilizacional y cognitivo. Ello se hace recurrente en los distintos cultos, en las distintas escuelas, y en los fundamentos congregacionistas del más diverso tipo. El pitagorismo será la más excelsa de ellas, pero, en

el mismo sentido, en el vasto mundo helenístico, se verán otras expresiones no menos importantes.

El cristianismo no escapará a esto, al ser una obra esencialmente griega, a pesar de su origen inicialmente judío. El helénico Pablo, transmitirá de manera significativa esa tendencia, y llamará a la Perfección, desde su visión judeo-griega, invitando a las comunidades cristianas desparramadas por el mundo griego, a ser *perfectos*. A aquellos recién incorporados al camino del cristianismo los llamará *nepios* (niños), fórmula que repetirán los redactores de los Evangelios, años después.

Es más, aspectos sustanciales del pitagorismo se renovarán en la creencia cristiana, cuando reconocen el cuerpo como una carga y un castigo del espíritu, que lo mantiene cautivo y oprimido, y del cual hay que liberarse por medio de la exaltación espiritual. La desafección a los bienes materiales de los cristianos reconoce también influencia pitagórica, cuando Tertuliano escribe en su *"Apologético"* (150 d.C.): *"Nosotros, unidos de corazón y alma, no tenemos dificultades acerca de la comunidad de bienes; con nosotros todo es común, excepto nuestras esposas"*.

En tanto, Clemente de Alejandría, construirá su aporte sobre la base de la utilización del platonismo como instrumento conceptual, así como Orígenes, su discípulo, señalará en su *"Tratado de los Principios"* que las razones más profundas de la fe, estaba destinada *"a los que merecieran los dones más eminentes del Espíritu"*, en una concepción claramente pitagórica.

LOS PRIMEROS TRES SIGLOS

En los primeros dos siglos del cristianismo se advierten dos ámbitos sociales de desarrollo distintos, que producirán una suerte de sincretismo social en el siglo II d.C., para afianzarse en el siglo IV d.C. como una fe multisocial, pero, de predominio de la clase culta.

En los primeros cien años de nuestra era, como hemos dicho, la fe cristiana estuvo radicada en las clases pobres (artesanos, labradores, esclavos, sirvientes, etc.). De hecho el apóstol Pablo define a las comunidades cristianas del siglo I d.C. como alejadas de la fortuna y de la cultura⁴⁰. Demás está decir que, durante esa etapa, hay una constante crítica al poderoso y al rico, lo cual tiene un testimonio en los primeros Evangelios, donde se expresa notoriamente esa idea en el Sermón de la Montaña, y en no menor medida en la Epístola de Santiago.

La preponderancia que tuvieron las clases bajas en el desarrollo de la naciente religión, permitió que personas de esa condición social, tuvieran el control de gran parte de la dirección de las comunidades de la naciente religión, prueba de ello es que un esclavo – Calisto - llegaría a ser *episkopos* de Roma (217 d.C).

Pero, aquella idea fundada en el amor al prójimo, en la humildad y en un conjunto de valores de bondad y benevolencia, no advertidos en los sistemas religiosos existentes, atraerá paulatinamente la atención de los sectores cultos y pudientes, cansados de la vanalidad de sus creencias politeístas. En su sencillo mensaje, el cristianismo se apoyaba en una idea de revelación divina, que prometía la salvación a través de un mediador, el Mesías, Jesús, que prometía instaurar una nueva vida, plena de amor y virtud. La salvación del fiel, dependía de su unión al Cristo salvador, unión que debía efectuarse a través de dos ritos: el *bautismo*, símbolo del renacer en Cristo, y la *eucaristía*, el ágape de comunión en la mesa del Mesías.

Ese sencillo planteamiento, agradaría a quienes rechazaban las conductas y el ambiente moral de los poderosos del Imperio Romano, que se ufanaban de lo insustancial de la fe en torno a creencias particulares, basadas en concepciones agresivas de deidades hechas a la medida del poder detentado.

⁴⁰ Corintios I. 26:29

Kautsky señala que, personas atraídas por la naturaleza caritativa del cristianismo, *"trataron de llevar a ésta a una esfera superior"*. Guignebert, en tanto, plantea que *"hombres como Justino, Taciano o Tertuliano, llegaban al cristianismo como la culminación lógica de una crisis interior"*. Esto desembocará, por cierto en el acceso a las comunidades cristianas de elementos de cultura y no pocos de riqueza. Frente a este proceso, Kautsky concluye que *"el surgimiento de los maestros está relacionado con la admisión de elementos ricos e instruidos en la congregación"*.

Sonoros nombres que aparecen en la reflexión cristiana de la primera época, corresponderán a esos nuevos miembros, instruidos y cultos, que aportarán al credo la reflexión filosófica y, por sobre todo, el carácter profundamente iniciático. Hombres formados en la filosofía, en el estudio del conocimiento y en la forma griega de pensar, nutren con su intelecto los aspectos doctrinarios y teológicos del cristianismo, iniciándose debates de gran importancia para las definiciones del dogma. Y lo que es más importante, el contenido oral del credo, va quedando consignado en los textos. Desde el punto de vista de los contenidos, ya no se trata simplemente de creer en el Cristo, sino que hay que especificar con claridad lo que se cree. En ese periodo, las comunidades de Cártago y Alejandría serán las que harán los aportes más significativos.

En la comunidad de Cártago resalta la figura de Tertuliano (Quinto Septimio Florencio), hijo de un centurión romano, nacido hacia el 160 d.C., el que destacará como filósofo, jurista y literato. En Roma se hizo abogado y cristiano. Se considera que fue Tertuliano es quien introduce un vocabulario jurídico en la teología occidental, recogiendo la herencia judaica, en que Dios aparece como un legislador y juez, donde el pecado es la violación de la ley.

Sin embargo, el aporte sustancial de Tertuliano reside en dos aspectos: la idea de la universalidad del credo y su definición sobre la naturaleza trinitaria de Dios, que señala de hay *un Dios único y tres personas diferentes*, y que en Cristo *hay una persona, pero, con dos naturalezas*: humana y divina.

En tanto, en Alejandría, sobresale la figura de Clemente, nacido alrededor del 150 d.C., quien previo a hacerse cristiano recorrió Italia, Siria, Palestina y Egipto, en una búsqueda del saber, que no satisfizo la filosofía y las creencias de su tiempo. En el cristianismo encontró la respuesta que buscaba, sobre la base de la convicción de que Dios concedió a los griegos la filosofía, a los judíos la Ley, y a los cristianos la plenitud de la verdad, en la cual se encuentra la salvación: una obra salvífica que ilumina al hombre y lo educa para la vida divina.

Entrado el siglo III d.C., comienza el debate y la confrontación entre aquellos que defendían la idea de una verdad revelada a través de la iniciación, es decir, el camino esotérico, y quienes estaban convencidos de su universalización. Este debate, por cierto, estaría determinado por opciones de contenido en la fe, pero, fundamentalmente, por la inspiración de la comunidad cristiana de Roma, que pretendía erguirse como la cabeza de la fe y de su organización.

No estaba exenta, en aquella pretensión, la relación de la Iglesia Romana con el poder político emanado de su coexistencia con patricios influyentes, en la capital imperial. Roma era la capital del vasto imperio que dominaba el borde mediterráneo, y la comunidad cristiana local, era una de las más ricas entre sus hermanas.

La confrontación tendría destacados protagonistas, como lo ejemplifican Cipriano, obispo de Cartago, y Esteban, obispo de Roma, quienes disputaron en el siglo III d.C. defendiendo los derechos de cada comunidad para organizarse y conducirse, el primero, o los derechos de la Iglesia de Roma para regir los

destinos y doctrina de toda la cristiandad, el segundo. Cipriano señalaría con vehemencia que "*la iglesia se halla fundada en los obispos*". Sin embargo, logra imponerse la opción en que ya no se trata de la fraterna unión entre comunidades en una misma fe, sino que una integridad, una unidad de fe, ritos y doctrinas, pero, por sobre todo, una unidad orgánica. La tesis de Cipriano de Cártago quedaba descartada.

Esto, desde luego, irá contra la representación que Pablo había tenido respecto de la Iglesia de Cristo, y a favor de las propuestas de Tertuliano, que había señalado, que los cristianos formaban un solo cuerpo. De tal forma que, se impone la idea del *ser católico*, nombre griego que deviene de *katholikes*, conjunción de *kata* (perteneciente) y *holikes* (todo), es decir, *perteneciente a todos*. El *catolicismo* significará la fe común, general, única, opuesta a una fe particular de cada comunidad.

Pero, hubo otras discusiones no menos intensas. Diversas concepciones respecto de la naturaleza de Cristo, se enfrentarán en el siglo II y III, dando cuenta de un debate que no solo diferenciaba la interpretación del origen divino del Mesías, sino de aspectos fundamentales del credo. Esta discusión no fue menor, porque enfrentaría concepciones tan disímiles como aquellas apegadas al sencillo origen de la fe, es decir, a aquella que creció y se divulgó entre los marginados, hasta aquellas más complejas, de tipo metafísico, que respondían a cosmovisiones de alta complejidad intelectual.

Arrianos, ammonianos, adopcionistas, patripasionistas, ebionistas, montanistas, monarquianos, etc. son algunas de las tendencias que chocaron con fuerza en la definición del dogma cristiano. Sin embargo, en el 322 d.C., se celebra en Nicea el primer concilio reconocido oficialmente por la iglesia cristiana, convocado por el Papa Silvestre, oportunidad en que se produce el enfrentamiento contra las tesis de Arrio, dando paso a la definición *nicena*, resumida en el Credo, que perdura hasta hoy en

el mundo cristiano, optando por una concepción trinitaria de Dios, en la cual, Jesucristo es el Hijo y Dios al mismo tiempo.

El siglo IV d.C. es el periodo en que el cristianismo toma el rumbo que le permitirá convertirse en una religión universal y realmente *katholikes*, es decir, para todos. Hacia la segunda mitad de la centuria, aparecen los grandes doctores de la doctrina de la Iglesia, que darán fundamento misional y apostólico a la fe, determinando su curso evangelizador. Estos grandes doctores son San Jerónimo y San Agustín. Éste último será quien promoverá el ideal del universalismo, que se resumirá en su afamado *compele intrare*, es decir, la voluntad de ir por el mundo convirtiendo a la fe a todos los que encontraran. Hacia finales de ese siglo, se celebra un nuevo concilio en Constantinopla, que consolida esa visión, y donde la corriente esoterista es anatemizada por herética.

LOS VESTIGIOS DEL ESOTERISMO

Guénon define el esoterismo como un modo de inferencia de naturaleza trascendental. La utilización del término "esotérico" muestra que hay una forma de conocimiento, que incluye aspectos misteriosos, con conceptos y métodos que pueden ser entendidos y utilizados sólo después de un proceso de iniciación.

En uno de sus libros más afamados, Guénon sostiene que “*en sus orígenes el cristianismo tenía, en su doctrina y ritualismo, un carácter esotérico, y por lo tanto iniciático*”. Desde su punto de vista, el cristianismo originario no busca convertirse en una religión para todos, pues, a diferencia del islamismo o el judaísmo, no promulga un código que reglamente la sociedad en que la religión pretende imponerse.

Cuando el islamismo busca imponerse en la sociedad, difunde el Corán, donde se legisla sobre todos los aspectos de la organización social de modo específico. Lo propio ocurre en el judaísmo con la ley mosaica, donde se manifiestan 613 preceptos

en que se señalan claramente, en nombre de Dios, lo que se debe y no se debe hacer. Recordemos que para el judío la Torá es la palabra de Dios, una ley inmutable y eterna, porque inmutable y eterno es el legislador.

El cristianismo originario, indica Guénon, carece de aquella formulación legal, de un código para todo el cuerpo social, porque no pretende reglar o legislar para toda la sociedad, pues, su pretensión fundacional es convivir en comunidades cerradas y excluyentes, selectivas, sin la intención de llevar su discurso de revelación a toda la sociedad, a la que considera condenada.

Solo cuando se impuso la opción exotérica, el *katolikhes*, el episcopado papal y romano, advertirá que carece de esa legislación, por lo cual, recurrirá al Derecho Romano como primera fuente, y a la reivindicación de la ley mosaica, regulada por el contenido cristológico fundacional resumido en los textos evangelísticos. De acuerdo a la tradición islámica, citada por Guénon, el cristianismo no opera inicialmente como una *shariyah*, es decir, como un mandato dirigido a todos, sino más bien como una *tariqah*, es decir, como una vía exclusivamente iniciática.

De tal modo, que al estudiar las conductas de esas comunidades, en sus primeros dos siglos, veremos que destacan por su distanciamiento con el colectivo social, al punto de ser consideradas como sectas riesgosas para la estabilidad social. Son agrupaciones cerradas, que se reconocen por signos, que realizan sus ritos en lugares inaccesibles para todo elemento exógeno, incluso recurriendo a cavernas subterráneas para proteger de mejor manera sus secretos.

Más allá del mito de las persecuciones por consecuencias de la fe, la realidad es que la acción represiva de las autoridades romanas contra los cristianos, obedecerá precisamente a la condición refractaria de éstos respecto al ordenamiento social y a su exacerbado secretismo. La existencia de las catacumbas da cuenta de una concepción oculta de sus prácticas y doctrinas,

antes que de un espacio de refugio para eventuales persecuciones. Objetivamente, la existencia de las catacumbas no era un secreto para el poder político romano, como sí lo eran las prácticas que ellas abrigaban, que no se hicieron sospechosas sino en la medida que los cristianos fueron ganando adeptos en la clase política.

Pero, no es necesario tener a la vista ese hecho, para advertir los vestigios del esoterismo en el cristianismo originario. En un hecho que en las Escrituras hay muchos testimonios. En sus cartas a las comunidades cristianas, Pablo pone de manifiesto que, en el contenido de la fe que difunde, hay un componente central, constituido en torno a un misterio que se revela progresivamente, en la medida que se robustece el vínculo y el nivel de conocimiento. En su primera carta a los corintios les dice claramente que se trata de una sabiduría entre los que han alcanzado la madurez - *"hablamos de sabiduría entre los perfectos"*-, y reitera la idea de un misterio, de un conocimiento que no es vulgar, ni conocible por los príncipes de su tiempo. Sabemos que, en el concepto griego, el conocimiento o gnosis – *gnostiké* -, no se trata de un saber común, sino de un saber que contiene un sentido y un propósito.

Sin embargo, en el desarrollo de la conceptualización iniciática y esotérica, es indudable que Tito Flavio Clemente, conocido como Clemente de Alejandría, será quien adquiera la mayor preeminencia, y que se hace presente en sus obras *"Pedagogo"*, *"Astrómatas"* y *"Misceláneas"*. En ellas sostiene que la existencia humana del Cristo, es un método de enseñanza, pues, su obra salvífica consiste en que el Verbo se da a conocer para educar al hombre para una vida divina: *"El Verbo se hizo hombre, para que ustedes aprendieran de un hombre como el hombre puede hacerse Dios"* (*Pedagogo*).

Para Clemente, el Cristo no reveló a muchos lo que no estaba al alcance de muchos, sino a unos pocos, a los que sabía que estaban preparados para ello. Los misterios, señalaba, se

comunican de manera misteriosa "*para que estén en los labios del que habla y de aquel a quien se habla*". Así, la tradición no era cosa vulgar y al alcance de cualquiera.

En el mismo sentido, su posible discípulo, Orígenes Adamatius, desarrolla la idea del Logos o Palabra Encarnada, además de aquellas ideas que serían anatemizadas como heréticas por Anastasio (obispo de Roma) y por Epifanio de Salamina, ratificadas en Constantinopla. Orígenes propone la idea de una salvación universal, mediante el camino de la purificación, contraria, por cierto, a la idea del castigo eterno de los condenados. Junto con ello, propone la *apokatástasis*, es decir, la restauración cósmica, en que todas las almas volverían a la gloria de Dios, incluyendo a los ángeles condenados.

Ese planteamiento se sustenta en su idea de la preexistencia de las almas, las que pasan a ocupar un cuerpo, para purificarse y ser rescatadas por el Verbo, y elevarse nuevamente a su condición inicial.

En su concepto, los apóstoles dejaron la tarea de buscar las razones más profundas de sus afirmaciones, a los que merecieran los dones más profundos del espíritu, es decir, a aquellos que conocieran los misterios del Verbo.

Los tres ejemplos que hemos citado, son solo aquellos más relevantes, dentro de muchos vestigios que hablan de conceptos específicamente esotéricos, de misterios comunicados en círculos reducidos de adeptos, de aprendices (niños), de detentores de todos los secretos (maduros), de un conocimiento que se imparte gradualmente, y que se hacen presente en la Biblia cristiana, en el llamado Nuevo Testamento.

LA PRESENCIA DEL ESOTERISMO

Como podemos ver, la presencia esotérica, en los orígenes del cristianismo, es una realidad imposible de ignorar. Es más, a

poco de indagar en los símbolos dogmáticos esenciales del credo, esa presencia se hace evidentes aún cuando puedan estar deformados por el uso dogmático, y, por lo mismo, incomprendidos por la aplicación exclusivamente religiosa.

De esos símbolos, el más importante, sin duda, es el concepto trinitario de la naturaleza de Dios. Esta concepción no es originaria de las primeras comunidades cristianas, sino que cobra presencia cuando se incorporan aquellos intelectuales vinculados al pensamiento filosófico y esotérico de la civilización helénica.

Sabemos que la concepción trinitaria logró imponerse bajo fuertes críticas de una parte del cristianismo. Praxeas, por ejemplo, acusaba a los trinitarios de politeístas, diciéndoles: "Ustedes predicán dos y hasta tres dioses", cuando aquellos sostenían la idea de un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo. Noeto, exponente del *patripasionismo*, defenderá la idea de que Cristo era el Padre, quien nació, sufrió y murió, para resucitar luego, planteamiento que sería también sostenido posteriormente por Sabelio.

Contra Praxeas y Noeto, surgirá el planteamiento de Tertuliano, quien defiende la idea de un Dios Único, con una sola sustancia, pero, que es tres personas diferentes. Orígenes también reflexiona sobre la naturaleza trinitaria de Dios, a través de lo que llamará "*hypóstasis*", es decir, la existencia de tres realidades subsistentes – Padre, Hijo y Espíritu Santo -, pero, con la diferencia respecto de Tertuliano, que ya no se trata de una sola sustancia, sino de una pluralidad que constituye una unidad. Obviamente, la influencia del Ternario pitagórico adquiere plena presencia.

No está demás, recordar la evidente presencia del esoterismo en las propias Escrituras, en el libro de la "Revelación" (Apocalipsis), cuyo contenido está muy lejos de la comprensión de los sencillos miembros de las primeras comunidades cristianas,

como lo sigue estando para los miembros de las sencillas comunidades cristianas de nuestro tiempo.

Pero, no solo en los conceptos es posible constatar la presencia esotérica, en el proceso constitutivo del cristianismo, sino que también en la forma como se prepararon a los encargados de detentar el verdadero conocimiento cristológico. La más relevante de esas escuelas, lo constituyó el *catecumenado*, en el segundo siglo II d.C.

Catecúmeno proviene de discipulación, de enseñar en el sentido más exacto del origen etimológico de la palabra: poner una seña. Guignebert plantea que, para convertirse en catecúmeno había que someterse a varios ritos preparatorios, siendo el exorcismo el principal de ellos, es decir, el acto de expulsión del mal. Venía luego un periodo de instrucción que permitía acceder a la categoría de *competentes*, es decir, de aspirantes al bautismo. El bautismo se confería en una festividad especial de la comunidad de creyentes, siendo una ceremonia altamente compleja, que consideraba una triple inmersión en agua, la imposición de manos, la unción con ungüento consagrado, y la primera comunión o ágape.

Otra visión permite saber la existencia de tres grados del catecumenado, mencionada por D'Asembourg⁴¹, quien señala que, el primero de ellos, era el *akoumenos* o *escuchante*, que debía permanecer mudo y asimilar la *catequesis*, por lo menos, por dos años. Luego, accedía a *hipopipton* o *prosternado*, que, durante un periodo de ayunos, recibía el misterio de la Santísima Trinidad, la doctrina eclesiástica y la remisión de los pecados. Al cabo de un tiempo, recibía el secreto de los Símbolos de los Apóstoles, quedando en condiciones de ser bautizado, adquiriendo la denominación de *pistos* o fiel, *memuemenos* (iluminado o iniciado), o simplemente *nepios* o *puer* (niño).

⁴¹ “La tesis de René Guénon sobre los orígenes del cristianismo”. J. M. D’Asenbourg. <http://www.scribd.com>

Esta denominación de *nepios* o *niño*, se otorgaba, por cierto, a un adulto que, renacido como un hombre nuevo, debía crecer y alcanzar la plenitud de la madurez en la enseñanza de Cristo. Reiteradamente, en los Evangelios es posible constatar el vocablo *nepios* o *niñitos*, para referirse a una comunidad de escuchantes.

Como podemos ver, la concepción de discipulado, que imponía el ser catecúmeno, no tiene que ver con una difusión masiva y universal de la fe, más aún, si consideramos que, en los siglos II y III, el bautismo tenía una exigencia de vida tan alta, que el peligro de no poder cumplir con los requerimientos y las exigencias que se derivaban de su recepción, llevaba, según señala Guignebert, a los espíritus más cautos y prudentes, a no pedir el bautismo sino en condición previa a la muerte. Esto era una práctica muy difundida entre hombres cristianos de corazón y temerosos de su fe, que se consideraban imperfectos aún para recibirlo.

LOS SIGLOS POSTERIORES

Desprovisto el conocimiento cristológico de todo contenido de perfectibilidad iniciática, por el predominio religioso impuesto por su oficialización imperial romana y el proselitismo agustiniano, anatemizados los contenidos que hablaran de opciones distintas a la administración cerrada del dogma, toda la especulación y el aporte de los esoteristas fue barrido por la determinación de imponer la fe a todos los que estuvieran al alcance de la espada de los conquistadores cristianos.

Sin embargo, la semilla quedó lanzada. Bastaría que las condiciones permitieran que madurara, para renacer aunque fuera episódicamente. Cuando ya el cristianismo estaba fuertemente eclesiastizado, enraizado dentro de un concepto de religión

universal, ligada al poder y a lo profano, de una u otra forma, hubo quienes buscaron retomar aquella opción de búsqueda.

Cátaros y Templarios obedecerán, con sus particularidades, a una manifestación vinculada con los orígenes iniciáticos y esotéricos, y que terminarán bajo el sostenido ataque de la Iglesia Oficial, mundana y temporal, alejada del valor germinal de aquellos que le dieron sabiduría y conocimiento, de los que han renegado con soberbia y persecuciones. Pero, la verdad puede más que la mentira.

La recuperación de la herencia griega, en el Renacimiento, produjo cierto efecto también en el cristianismo, en términos de recuperar las tradiciones del esoterismo, que se habían perdido en la segunda parte del primer milenio cristiano. Las nuevas formas de religiosidad que surgen, especialmente en Italia, dan una notable fuerza a la acción caritativa y a la catequesis, lo cual implica que se manifiesta un rescate del trabajo interior, individual, con influencias neoplatónicas, lo que fomentará la existencia de grupos iniciáticos.

En el siglo XV, por ejemplo, se conoce de la existencia de la "*Estoile Internelle*", una asociación secreta que tendría vestigios hasta las primeras décadas del siglo XX. Relacionada con esa asociación, se conoce de la existencia de la "*Hermandad de los Caballeros del Divino Paráclito*", la cual sería una genuina organización esotérica cristiana, relativamente numerosa, cuya principal tarea exotérica era la caridad. Hacia el 1500, se tiene referencias sobre la "*Hermandad u Oratorio de la Sabiduría Eterna*", fundada en Rávena por Giovanni A. Belloni, a la cual habrían pertenecido varios Papas. Poco después, en el mismo siglo XVI, se sabe de intensas actividades esotéricas en la Abadía de Montecasinó, uno de los centros más vivos de la espiritualidad de su tiempo.

En el contexto de un cristianismo intelectual y marginal, en 1775, el Marqués de San Martín, toma como base las doctrinas

de un judío portugués, Martínez Pascalis, y del sueco Manuel Swedenborg, creador de un rito que lleva su nombre, para fundar un rito iniciático y masónico que buscaba profesar un cristianismo depurado: el *martinismo*. También, debemos tener presente, que los seguidores de Swedenborg trataron de formar una iglesia aparte, a la que llamaron *la Nueva Jerusalém*, destinada a recoger esas antiguas tradiciones. Previamente, los intentos de los Iluminados de Avignón, liderado por el cura benedictino José Perteny, y los Iluminados Teósofos, bajo el impulso del francés Benedict Chastanier, habían buscado los mismos propósitos.

Hacia los años 1920, por la labor de notables eruditos del esoterismo, en Francia, se habla de un *esoterismo cristiano*, donde destaca la figura de Louis Charbonneau-Lesay. Ello quiere decir que el componente nuclear o el vector del conocimiento que se expresa, es el esoterismo, desde una óptica que considera un marco de ideas singulares, como es el cristianismo. En tanto, otros promoverán un *cristianismo esotérico*, refiriéndose a una expresión del cristianismo que toma una perspectiva de indagación hacia el esoterismo.

Más, en la medida que la presencia esotérica se ha perdido ante la arremetida dogmática, ha quedado para la Iglesia la necesidad de dar algún tipo de respuesta ante la necesidad nutriente de la fe, que hurga inexorablemente en la tradición. Reconociendo que hay cristianos que requieren respuestas más profundas que la sola adhesión y observación del dogma, se ha ido expresando ese *cristianismo esotérico*, que ha ido asimilando ciertos componentes de la tradición, pero, sin involucrarse en el propósito medular que aquel contiene. En ese sentido, se reconoce la existencia de *misterios*, donde el objetivo es el misterio mismo, es decir, el misterio no es un instrumento de emancipación espiritual, o una forma de aproximación a un conocimiento que se adquiere progresivamente. El misterio adquiere, entonces, un

carácter oculto, inaccesible, impenetrable: es decir, es solo un ocultismo.

Movimientos como el propio Opus Dei o el Movimiento Carismático, recientemente, por poner algunos ejemplos, no hacen sino utilizar esa modalidad oculta, como cancerberos de un tesoro inexpugnable, pero careciendo de un verdadero esoterismo, es decir, de una opción de perfectibilidad gradual, verdaderamente iniciática.

CONSIDERACIONES FINALES

El cristianismo, como exoterismo, ha sido, es y será una preocupación fundamental para la Masonería, por razones muy determinantes: una parte importante de sus miembros responden al credo en Cristo, y porque una parte importante de la Masonería Universal recoge la herencia doctrinaria del cristianismo. Es más, la fundación de la Masonería moderna, es obra de cristianos, y un pastor de ese credo es el autor de su primera Constitución.

Por otro lado, el desarrollo de la Masonería especulativa ocurre en medio de una civilización eminentemente cristiana, y una parte importante de la Masonería Universal mantiene vínculos rituales con la concepción eclesiástica. Aquella Masonería más identificada con postulados laicos, sin embargo, tampoco abandona sus vínculos con la doctrina cristiana, la cual está presente en muchos aspectos propios de sus rituales, y, por cierto, en el contenido doctrinario.

Conocer en profundidad lo medular del mensaje cristiano, cómo este se construyó, y cual es su aporte a la comprensión del hombre, es de gran importancia, por lo tanto, para entender la significación propia de la Masonería, ayer, hoy y mañana. Por lo demás, no debemos ignorar que las Bulas que condenaron a la Masonería, tienen el mismo fundamento que los anatemas a Orígenes, y, tanto, la Masonería como el esoterismo griego, que

estuvo latente en el cristianismo original, están centrados en el hombre, en su perfeccionamiento, en su potencialidad, en su capacidad cognitiva; aspectos que, obviamente, afectan la adhesión dogmática a una fe religiosa, la que exige solamente creyentes fieles, alejados de todo perfil crítico. Objetivamente, ese parece ser el punto en que las religiones y el esoterismo terminan por divergir irremediablemente, a pesar de su cercanía, manteniéndolos insanablemente separados, a pesar de sus orígenes comunes.

*

* *

EL SIMBOLISMO ZODIACAL EN EL TEMPLO MASÓNICO⁴²

INTRODUCCION

La Masonería Simbólica fundamenta su labor docente a través de los símbolos, y, a partir de aquellos que físicamente adornan el Templo, promueve el estudio y la acción transformadora de sus miembros, en su formidable Obra inmaterial, axiológica y espiritual. Los símbolos que ornamentan este lugar consagrado al Hombre y a su relación con la Obra del Gran Arquitecto, son motivo de la indagación intelectual de sus adeptos, desde el momento en que se nos confiere el privilegio de la Iniciación, siendo conducidos al estudio de la significación esotérica y exotérica de aquello que se presenta ante nuestros ojos: las herramientas de cada grado, el ara, el libro, el pavimento mosaico, las columnas del pórtico, la cadena, la bóveda celestial, las luces de los sitiales, en fin. Todos ellos nos sugieren un conjunto de posibilidades, que estimulan al estudio, a la reflexión, y a la más intensa vivencia espiritual.

Miles de horas, miles de páginas, han dedicado los masones en cada generación, para escudriñar las alternativas y variables de interpretación, que proponen los distintos componentes del Templo. Sin embargo, aquel elemento simbólico menos abordado, es la representación de los signos zodiacales en las 12 columnas que sostienen la bóveda celestial.

⁴² Trabajo de Incorporación a la Logia de Investigación y Estudios Masónicos “Pentalpha” # 119. Este trabajo fue publicado en el Anuario # 17 (Año 2001)

No es un aspecto poco significativo. De hecho, por ejemplo, desde la fundación de la Revista Masónica hasta 1994, solo se publicaron en sus páginas tres trabajos relativos al tema, lo que constituye una muy baja cifra, si consideramos que sobre el simbolismo de *la piedra bruta*, se publicaron 38 trabajos.

En los Programas de Docencia de la Gran Logia de Chile, en las últimas cinco décadas, incluido el actualmente vigente que data de 1998, temáticamente no aparece propuesto el simbolismo zodiacal en ninguno de los tres grados simbólicos. Solo se hace presente en los planes de la Masonería Filosófica o Capitular, a pesar de que, desde el momento de ver la luz, el Aprendiz ve desplegado ante sus ojos los doce signos, ordenados de izquierda a derecha, los cuales le acompañarán durante toda su vida iniciática.

No es una indiferencia menor respecto a este símbolo, y ha sido, precisamente, aquella falta de intensidad en las indagaciones simbólicas de la Masonería Chilena, la que me ha motivado, muy especialmente, para abordar este aspecto simbólico, con la esperanza de incitar a quienes puedan estar indiferentes frente a su inamovible presencia, por siglos, en los talleres de la Orden.

Cotidianamente, en nuestros Talleres nos reunimos entre doce columnas, que, simbólicamente, sostienen el espacio sidereal, en cada una de las cuales se encuentra una imagen que representa a uno de los signos zodiacales. Allí se encuentran, muchas veces ignorados en la cotidianidad de nuestras preocupaciones iniciáticas, sugiriéndonos que, en tiempos pasados, la Masonería originaria quiso dejar en uno de los lugares más importantes de la logia una presencia simbólica singular.

Es mi intención, en el plan de esta plancha, dar una visión que abarque los siguientes aspectos fundamentales: a) una indagación sobre el conocimiento zodiacal en la historia humana; b) los contenidos del conocimiento zodiacal en la Masonería; c) tratar de interpretar la baja opción investigativa de los masones chilenos de las recientes generaciones frente a éste símbolo

fundamental, y d), proponer una visión personal sobre lo que implica el conocimiento zodiacal, desde una perspectiva gnoseológica y lo que, masónicamente, su simbolismo representa.

Desde luego, no hay una pretensión de dar una respuesta definitiva al respecto. Solo es un intento de reflexión que da cuenta de algunas perspectivas personales, que someto al libre juicio de ésta Logia de Investigación.

EL ZODIACO Y EL CONOCIMIENTO ASTROLÓGICO

El término "Zodiaco" proviene del griego, que significa *cintura de lo viviente, círculo de la vida o círculo de los seres vivos*. Etimológicamente provendría de los vocablos **Zoon**, que quiere decir *ser vivo*, y **dia**, que significa *a través*.

El Zodiaco es una zona del espacio sideral, determinada por un observador terrestre, que se extiende a lo largo de la eclíptica u órbita descrita por la Tierra, en su movimiento anual de traslación alrededor del Sol. La determinación del ancho de esa banda, ha variado con el tiempo, para comprender dentro de ella el desplazamiento aparente – para un observador terrestre, insisto – de los planetas y astros que se requieren para el estudio astrológico. Esta franja debe comprender en ella el tránsito que el Sol, la Luna y los planetas recorren durante un año, pasando por las constelaciones, que da nombre a cada signo, o aproximándose a ellas.

Desde antiguo, esta franja de 360 grados está dividida en doce partes iguales, de 30 grados cada una, que reciben el nombre de las doce constelaciones que se encuentran ubicadas dentro o cerca de ese espacio. El nombre les fue conferido simbólicamente, de acuerdo a las características que se percibieron en aquellas épocas en cada constelación: Aries (el carnero), Tauro (el toro), Géminis (los gemelos), Cáncer (el cangrejo), Leo (el león), Virgo (la virgen), Libra (la balanza), Escorpio (el escorpión), Sagitario

(el arquero), Capricornio (la cabra), Acuario (el aguador) y Piscis (los peces).

El desplazamiento de los astros, en el fondo estelar, según un observador ocular desde la superficie terrestre, ha sido el fundamento para desarrollar el conocimiento zodiacal. Como todos los planetas cambian de posición en el citado espacio, durante el año, describiendo singulares derroteros, se establecen distintas lecturas e interpretaciones, sobre las proximidades que, unos y otros, tengan, en un día determinado, e incluso, en una hora determinada. Es lo que se conoce como **horóscopo** (*imagen de la hora*), es decir, la hora astral del suceso o evento a estudiar, que presenta características específicas para ese momento en particular.

Por ejemplo, si observamos el planeta Marte, tomando como referencia determinadas estrellas, éste se desplaza durante algunos meses siguiendo una línea ligeramente curva, para luego hacer un giro ovoide (retrogradación), siguiendo por último, el mismo sentido anterior. El curso de ese desplazamiento, con respecto al del Sol, de la Luna y de los demás planetas, permite establecer relaciones frente a determinados procesos, que tienen que ver con la Naturaleza y con el Hombre, desde un aspecto individual y/o colectivo.

Primitivamente, los planetas considerados para el estudio zodiacal, fueron cinco: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, sumados a las dos luminarias: el Sol y la Luna, que, en la terminología astrológica, se llaman también "planetas". Mas adelante, con el descubrimiento de los nuevos planetas, se agregaron Urano, Neptuno y Plutón.

El estudio zodiacal es lo que conocemos como astrología. Inicialmente, la astrología tuvo una perspectiva eminentemente *natural*, es decir, tenía que ver esencialmente con los fenómenos de la naturaleza. En la medida que se vinculó a los astros con los

acontecimientos humanos, surgió lo que algunos llaman *astrología judicialia*.

Durante muchos siglos se pretendió que, del estudio de los astros, se podían establecer "presagios" que afectarían los conglomerados sociales (locales, nacionales, etc.). De allí que se habla de una *astrología colectivista*. Sin embargo, a partir del desarrollo astrológico en la Grecia Antigua, tomará un curso básicamente individual, que apuntará a la determinación del carácter individual, más que a la definición del futuro colectivo.

Según la Astrología, el aparente desplazamiento de los planetas por el Zodiaco, establece relaciones que determinan influencias en el nacimiento de las personas, moldeando sus rasgos fundamentales de índole espiritual y física. Ello constituye el *hecho astrológico*, expresado en el ciclo de la natividad y el individuo al cual pertenece. Esta aseveración no tiene demostración científica taxativa, pero, para el entender de los astrólogos, posee fundamento en el análisis estadístico de las frecuencias en las tendencias zodiacales.

Como metodología de trabajo, se construye la Carta Astral, un diseño gráfico, sobre un trazado circular, donde, a través de ciertas definiciones preestablecidas y algunos cálculos matemáticos, se ubican los planetas, representados con símbolos específicos, logrando, en definitiva, hacer una lectura del resultado gráfico que se obtenga. Para esa lectura existen también ciertas tablas o constantes de apoyo, de acuerdo a la posición de cada componente en el plano circunferencial de la Carta Astral, las que señalan determinadas tendencias que ayudan a lograr el objetivo (definición de rasgos de personalidad, influencias, eventualidades, etc.).

Como toda forma de conocimiento, a través de los tiempos, ha ido variando muchas de sus afirmaciones y conceptos, producto del propio desarrollo del pensamiento humano y de su acción esclarecedora. Desde las primeras aproximaciones de los

caldeos hasta nuestros días, los cambios de perspectivas y referencias en la astrología han sido notables, como lo han sido los propios cambios en otras disciplinas mas reputadas en el ámbito del pensamiento empírico.

Los descubrimientos, los cambios de perspectivas, la acción de la ciencia, los aportes de la filosofía, en fin, han permitido modificar la comprensión que tiene el Hombre de la Naturaleza, así como han tenido un profundo impacto en los parámetros que dan sustento al estudio astrológico. Constituye un error pensar que la astrología se ha enclaustrado en sus referencias ptolomeicas o renacentistas. Mucha de la crítica dura contra el conocimiento zodiacal, basa sus argumentos en las visiones más arcaicas del conocimiento astrológico, sin considerar que, como el hombre, el estudio zodiacal, efectuado por hombres, está evolucionando permanentemente, poniéndose al día, reconsiderando sus afirmaciones cardinales.

A través de los tiempos, las ópticas de estudio de los fenómenos de la naturaleza y su relación con el hombre, han variado en su eje o centro de observación. En algunas oportunidades ha predominado el *geocentrismo*, es decir, el predominio de observación teniendo a la Tierra como centro. En otras, ha sido el *antropocentrismo*, es decir, una visión que tiene como centro al Hombre. En ocasiones, el predominio ha sido *nomocentrista*, es decir, sostenida en las leyes. También el *teocentrismo*, la visión a partir de la religión, ha tenido una presencia muy gravitante, como, en momentos, la visión *deocéntrica*, que sostiene la realidad centrada en Dios. En cada una de estas visiones, la astrología ha ganado un lugar, compatibilizando sus planteamientos.

Con todo, el estudio astrológico no es absolutamente objetivo, ya que en él pueden incidir factores subjetivos, propios de la profundidad del conocimiento del que interpreta los fenómenos zodiacales. La cuestión a discernir, frente a esta forma

de conocimiento, es un tema de resolución personal. Si los movimientos de los planetas y del Sol y la Luna, producen efectos en las personas o en la Naturaleza, sigue siendo un tema de debate que no concluirá en lo inmediato. Si esos efectos tienen un índice de frecuencias suficiente, como para demostrar el nivel de acierto de la astrología, es el gran tema a resolver para la aceptación plena de la misma.

LA ASTROLOGÍA DESDE SUS ORÍGENES HASTA PTOLOMEO

En el principio de su civilización, el hombre, en su percepción más elemental e intuitiva, observó la imponente bóveda celestial, en las sobrecogedoras noches de los tiempos inmemoriales, y absorto y maravillado, por lo que tenía desplegado frente a sus ojos, consideró que aquel firmamento tachonado de luces titilantes debía tener un origen sobrenatural. No pudo evitar, seguramente, asociar aquello a una idea de divinidad, y estableció entonces formas de culto hacia los luceros y estrellas, los que identificó con nombres de dioses. Es lo que, para efectos de estudio, llamamos *astrolatría*.

Con el paso de los siglos, fue comprobando que los hechos cotidianos podían relacionarse con aquellos cuerpos celestiales. La Luna influenciaba las mareas, además de tener alguna coincidencia con los periodos de fertilidad de las mujeres. El Sol determinaba los ciclos climáticos. Las estrellas del firmamento permitían la orientación nocturna.

Sin embargo, a medida que fueron surgiendo mayores interrogantes sobre lo que ocurría en el cielo, la experiencia contemplativa fue siendo sustituida por el activo deseo de develar los misterios de la existencia humana, entendida como un fenómeno estrechamente ligado a la existencia del cosmos. Así, la *astrolatría* cedió su sitio a la *astrología*.

Sin duda, existió gran actividad astrológica mucho antes de los primeros documentos de ese carácter que hemos conocido con posterioridad. Investigaciones llevadas a cabo sobre inscripciones arqueológicas de la Edad del Hielo, indican, por ejemplo, que el hombre conocía los periodos lunares hace más de 32.000 años.

Se han encontrado antecedentes astrológicos del reino de Sargón de Agade, alrededor del año 2.870 a.C., que muestran predicciones basadas en las posiciones del Sol, la Luna y los cinco planetas entonces conocidos, mas una serie de datos sobre otros fenómenos, incluidos cometas y meteoritos.

No obstante, fueron los caldeos los primeros en dejar una herencia específica en el estudio zodiacal y en el desarrollo de la astrología. Los caldeos, astrónomos y matemáticos agudos, observaron que los acontecimientos del cielo tenían un mismo patrón: las estrellas en el cielo se movían en el firmamento siguiendo un orden fijo, y los planetas se desplazaban casi en un mismo plano sobre el espacio estelar. Desde luego, era una observación simplemente ocular, y de naturaleza eminentemente terrestre. Estas observaciones los llevó a la conclusión de que los planetas seguían determinadas leyes, diseñándose las primeras tablas de los movimientos planetarios, siendo las más antiguas las que datan de la época del reinado asirio de Asurbanipal.

Para confeccionar su sistema cosmológico, los caldeos utilizaron doce constelaciones, por las que el Sol y la Luna pasaban periódicamente. Fundados en esa estructura cognitiva, se dedicaron a hacer predicciones sobre los grandes acontecimientos que podían afectarlos como nación, y las repercusiones que ellos podían traer (guerras, inundaciones, eclipses, en fin). Estos conocimientos fueron heredados por las culturas posteriores, tales como la egipcia, la griega y romana.

En el Egipto Antiguo, se estima que fueron introducidos en tiempos también remotos, aunque su mayor difusión parece

haberse logrado en el siglo III a. C., bajo el Imperio de Alejandro Magno. En los muros de los templos egipcios es posible aún consignarlo, siendo el más célebre el Zodíaco esculpido en el Templo de Hathor, en Déndera (Alto Egipto).

Importancia especial tuvo en la cultura helénica, el aporte de la *escuela pitagórica*, la primera en llamar **cosmos** a todo lo existente, implicando una reciprocidad de efectos entre el Universo y el Hombre, sosteniendo un principio de armonía, no basado en la divinización de los astros, sino que en su número, medida y en leyes geométricas. Hiparco de Nicea, en tanto, fue quien reafirmó dentro de la Grecia Antigua la idea de las doce divisiones, dándoles el nombre de las constelaciones más cercanas, y detectó el fenómeno conocido como *precesión de los equinoccios*.

En tanto, durante el apogeo del Imperio Romano, el arte de la adivinación, sostenido en el conocimiento astrológico, proliferó de tal manera que se hizo habitual su dominio por charlatanes y oportunistas que contribuyeron históricamente al desprestigio de quienes se dedicaban seriamente al estudio zodiacal, al punto que, muchas de las descalificaciones que hoy sostienen los argumentos contra la astrología, descansan en esa herencia cultural.

Otras civilizaciones antiguas también desarrollaron un importante aporte al conocimiento astrológico. En la India se han encontrado vestigios de 5.000 años de antigüedad. Los nombres que los hindúes de hace 2.000 años, dieron a los signos de su zodiaco, fueron coincidentes, en su gran mayoría, con los nombres usados por los griegos.

Los chinos, en tanto, desarrollaron su propia interpretación astrológica, dividiendo los signos astrológicos en 5 moradas – un punto central y cuatro regiones cardinales – y cinco elementos – madera, fuego, tierra, metal y agua –, los que, a su vez, se agrupan en dos géneros: el Tang (macho, claridad, actividad), y el Ying (hembra, oscuridad, pasividad).

Los signos chinos recibieron los nombres de los animales más próximos a su cultura, y se identificaron con las características de éstos: rata, buey, tigre, liebre, dragón, serpiente, caballo, cabra, mono, gallo, perro y cerdo. Estos signos no dividen la franja del firmamento, como en el zodiaco babilónico, sino en el ecuador, y cada signo corresponde a cada una de las doce horas dobles, usadas para medir el día y los doce meses del año. Mucho más tardíamente, son dignos de mención los estudios astrológicos de los árabes, que tuvieron a Albumansur, hacia los años 800 d. C., como uno de sus principales exponentes. Es importante tener presente, que los mayas y toltecas, también desarrollaron un estudio zodiacal, a pesar de no haber tenido, aparentemente, relación con las cultural mediterráneas u orientales.

Sin embargo, no cabe duda que el aporte más fundamental al estudio de los astros, y al desarrollo científico de la astrología, provino de la cultura griega y del helenismo. No es una casualidad, si consideramos el contexto cultural que favorece esa potenciación.

En Alejandría, capital del Egipto desde el siglo III a. C., gracias al sistemático trabajo de Ptolomeo (138-180 d. C.), se establecen los enunciados sobre los cuales se interpretará el Universo a través de más de un milenio. Es él quien formula una cosmovisión geocéntrica del mundo, especialmente en su libro **Almagesto**, que, más allá de sistematizar la perspectiva astronómica de su época, indicaba que la Tierra era el centro del Universo, lo que le lleva a interpretar una visión humana del mundo, donde el conocimiento astrológico es lo medular. Recordemos que para los griegos la visión de la Tierra era esferoide, ya desde Eratóstenes (siglo III a. C.), concepción que cambiaría en el mundo cristiano con Kosmas (500 años d. C.), que aplicó la doctrina eclesiástica de un mundo plano, en el cual, el Paraíso estaba en el Este. En su obra **Tetrabilón**, Ptolomeo ordena las herencias astrológicas mesopotámicas, egipcias y

griegas, formula la categoría de los signos, respecto de los llamados "planetas regentes" y plantea la importancia del horóscopo individual, apartándose de la astrología colectivista que había predominado hasta entonces.

Esta visión ptolomeica era absolutamente compatible con los valores y el sentido de armonía de los griegos, donde el hombre se sentía en el centro del Universo, y la finalidad de su existencia era el desarrollo total y armónico del cuerpo y el alma. Las dos máximas que estaban grabadas en el Templo de Apolo: "Nada en Exceso" y "Conócete a ti mismo", eran las referencias que servían para indicar el camino del auto-conocimiento, del autodomínio y la moderación, con relación a sí mismos, y en relación con el Universo.

A la luz de la historiografía modernista, hoy día el legado de Ptolomeo es reconocido en el ámbito de la astronomía, de las matemáticas, de la física y de la cartografía, ocultándose que no fue un astrónomo, sino que un astrólogo, cuyo aporte a la comprensión del hombre en el Universo, estuvo marcado por una cosmovisión que contenía lo fundamental del hombre griego que exaltó Alejandro Magno.

LA IMPORTANCIA DE LA ASTROLOGÍA EN EL RENACIMIENTO

Con el advenimiento de la Edad Media, se expresó claramente el dilema de los teólogos, en torno a clasificar a la astrología como ciencia o como arte adivinatorio prohibido. La pérdida irreparable de Alejandría y de su influencia cultural en el mundo mediterráneo, el anatema sobre aquellos pensadores cristianos que estaban en contradicción con la impronta de San Agustín de Hipona, creó las condiciones para la satanización religiosa de la astrología. Así, por ejemplo, John de Salisbury (1115-1180) plantearía que aquella usurpaba las prerrogativas del

Creador. Pese a ello, algunas Universidades de la Edad Media, enseñaban astrología, como la de Bolonia (desde 1125) y Cambridge (1250)

En el siglo XIII, San Alberto Magno (1200-1280), separaría claramente la astrología de sus asociaciones paganas, planteando que las estrellas no podían incidir en el alma humana, aunque podían influir en el cuerpo y en la voluntad de los hombres. Santo Tomás de Aquino (1225-1274), reforzando aquel punto de vista, llegó a afirmar que la astrología podía considerarse un complemento de las visiones que la Iglesia tenía del Universo. El planteamiento tomista adquirirá tal arraigo, a nivel de la jerarquía eclesiástica, al punto que varios Papas contaron en su círculo de asesores o cortesanos, a uno o más astrólogos.

En los siglos inmediatamente siguientes, el estudio astrológico adquirirá gran relevancia y gran difusión, como consecuencia de la expansión espiritual que significó el Renacimiento. Esta época constituyó la reposición o recuperación de los conceptos fundamentales del helenismo, luego de casi mil años de oscuridad cultural, impuesta por los dogmas de la fe y el poder confesional. Los conceptos griegos de armonía, de un Universo en que todo estaba relacionado, y cuyos componentes eran inter-dependientes, recuperó presencia en el mundo cultural occidental.

En virtud de ello, la astrología cobró especial importancia, así como se pudo desarrollar la alquimia. Había una valoración de los componentes de la Naturaleza, dentro de los cuales estaba el Hombre, como expresión culmine de la Obra del Creador. Por eso, se recuperó la singular valoración por la belleza humana, por el sentido armónico entre éste y Dios (recordemos el notable fresco de la Capilla Sixtina, obra de Miguel Ángel, en que el Hombre y su Creador, refulgen en sus anatomías físicas, el uno junto al otro, componiendo una misma realidad). El antropocentrismo significaba que el Hombre estaba, pues, en el centro de la

Creación, no que era el centro mismo, ya que el centro estaba ocupado por el Creador.

Consecuencia de esto, en la primera parte del Renacimiento, hubo intelectuales de trascendente importancia para la civilización occidental, que no fueron ignorantes del estudio astral y a su posible gravitación en el ser humano.

Uno de estos fue, sin duda alguna, Theophrastus Bombast von Hohenheim (1490-1541), más conocido como *Paracelso*, verdadero padre de la medicina basada en la quimioterapia. Médico, alquimista, filósofo, astrólogo. Sin duda, representa a un arquetipo del hombre renacentista. A pesar de que nunca incursionó en la definición de horóscopos, avanzó profundamente en la relación de los astros con el cuerpo humano, así como con los minerales y las plantas. Esto fue muy gravitante en sus formulaciones respecto del uso de sustancias químicas en el tratamiento e enfermedades. Una de sus afirmaciones más relevantes, que, desde hace algún tiempo, cobran especial fuerza en el estudio psicosomático, es la relativa a la relación de los fenómenos físicos con los psíquicos, en una concepción unitaria del cuerpo humano, que *Paracelso* relaciona íntimamente con la influencia astral.

Vale considerar en ésta perspectiva, en el mismo contexto, al sabio de Vinci, Leonardo (1452-1519), quien, con celo investigador y una profunda mirada, no se sustrajo a ese espejo de la armonía universal, que es el cielo estrellado, donde seguramente encontró la confirmación de que había descubierto, en la indagación del cuerpo humano y en su sensibilidad humanista: el mundo en miniatura – el hombre o microcosmos – es una reproducción de un modelo más grande – el universo o macrocosmos.

Casi contemporáneamente a Leonardo, el concepto geocéntrico de Ptolomeo, comenzaba a desmoronarse con las tesis de Copérnico, que, en 1543, el mismo año de su muerte, plantea

en su libro **De revolulianbus arblum caelestlum**, que la Tierra no era el centro del Universo, sino que el Sol, en torno al cual giraban los planetas.

La teoría de Copérnico afectó profundamente las tesis de los astrólogos, y la Iglesia Católica se declaró enconada enemiga de la misma, porque echaba por tierra su propio planteamiento de planitud terrestre. Quien sufriría los peores embates a causa del planteamiento copernicano, será Galileo, quien trató de hacerlas evidentes, a través de sus observaciones efectuadas con un telescopio, recibiendo las condenas de la jerarquía de la iglesia papal, que lo obligó a retractarse. Como sabemos, esta teoría será luego profundizada por Kepler, quien formula la ley del movimiento planetario, la velocidad de los planetas y la naturaleza de sus órbitas alrededor del Sol.

Kepler (1571-1630) sostuvo que "la ciencia de los astros se divide en dos partes: la primera, la astronomía, se refiere a los movimientos de los cuerpos celestes; la segunda, la astrología, a los efectos de los mismos cuerpos en un mundo sublunar". De hecho, su decidida opción astrológica, lo llevó a escribir varios libros al respecto.

Sementovsky-Kurilo plantea que la intención de alejar a Kepler de la astrología, por parte de ciertos historiadores, pretende superlativizar al científico en relación al hombre, pues, su obra, como expresión coherente de su personalidad, fue profundamente sensible a la armonía estructural de las cosas que hay en la naturaleza. "La astrología aparece a los ojos de Kepler – dice ese tratadista – como una ciencia, en sus premisas fundamentales, debido a los descubrimientos de la astronomía, y como un arte, en su aplicación práctica, que exige del astrólogo una aguda sensibilidad, lo que, en lenguaje cotidiano, significa asociación imaginativa de intuición psicológica".

Kepler, no solo se limitó a crear un sistema cosmológico con carácter genérico, sino que supo intuir la forma efectiva en la

que se concretan las relaciones entre el cosmos y el hombre, proponiendo la existencia de un elemento activo, irradiado por los cuerpos celestes, que constituye algo así como la quintaesencia en movimiento, y que puede hoy homologarse con las comprobaciones de la física contemporánea respecto de la masa y onda de la luz.

Se puede decir, dice Sementovsky-Kurilo, que, con Kepler, termina la era de las grandes cosmologías. Nada de lo que se ha hecho, posteriormente, alcanza la profundidad y amplitud de aquellas. Lo que siguió en adelante, fueron la fragmentación, la unilateralidad, y el reduccionismo.

Efectivamente, en un momento del Renacimiento, hubo una ruptura entre el humanismo, que centraba sus objetivos en el Hombre y en su desarrollo espiritual, para centrarlo exclusivamente en el desarrollo material. El antropocentrismo, es decir, el Universo centrado en el hombre, fue sustituido y reemplazado por una visión en que el Universo es el hombre, ignorando el efecto de su acción en el resto de la cadena de la vida.

En un trabajo titulado "Refilosofía", propuse el siguiente criterio, que quiero traer a colación en esta oportunidad: *"...el Humanismo renacentista estuvo predominado ampliamente por el antropocentrismo, es decir, aquella condición en la cual el hombre era puesto al centro de la Naturaleza, en armonía con un Universo que era comprensible - dentro de los límites del conocimiento de la época - respecto del transcurso humano. En cambio, lo que predomina a partir del apogeo modernista, es el antropocismo, que pone al hombre **sobre** la Naturaleza, la que supone funcional al propósito humano. Ergo, siendo el hombre parte de esa Naturaleza, éste se hace también funcional al hombre".*

La ruptura con la astrología y el conocimiento zodiacal, se produce cuando la cultura europea opta abiertamente por un

conocimiento espiritualmente neutral. Interesa del estudio de los astros solo aquello que permita definir las leyes que los gobiernan, no la relación de los astros con los hombres. En lo mismo que ocurre con el alquimismo, donde se acepta el manejo de las sustancias químicas, pero, no cualquier valoración de tales sustancias, como elementos de la naturaleza que forman parte de un sistema común, del cual es parte el ser humano. La ruptura con la astrología, es, ni más ni menos, que la ruptura con una concepción de la realidad, de la vida y del Universo, para imponer una concepción de la Naturaleza "objetiva", neutra, amoral, ideologizada.

Tal, pues, que, la depredación del medio ambiente, el deterioro progresivo de los recursos, la deshumanización, han sido expresiones de un gran desequilibrio que se producirá en adelante con la incontrolable acción transformadora del hombre, que busca, en la conquista de la Naturaleza, un exclusivo beneficio material.

LA ASTROLOGÍA EN LA MODERNIDAD

Una de las características del mundo cultural, determinado por la concepción occidental – empírica y reduccionista -, que podemos calificar de "cientifiquista", es el manifiesto desprecio por todo aquello que no está caracterizado por la impronta científico-empírica. Todo aquello que tenga otros componentes, otras raíces, otros parámetros de análisis, ha sido catalogado de "sospechoso", "subjetivo", "arcaico", "mitológico", "retrasado", "ignorante", "charlatanería", etc.

De este modo, se ha minusvalorado conocimientos ancestrales, formas de vida, comunidades sostenidas sobre otros basamentos espirituales. Basados en una idea de "progreso" que implica esencialmente una agresión cultural, una dictadura espiritual, se ha impuesto un molde único, una forma de entender

la realidad, en que solo puede tener valor aquello que es calificado como *moderno, científico o racional*.

La ruptura del equilibrio espiritual de muchas pequeñas civilizaciones, en los últimos 100 años, el avasallamiento de las culturas autóctonas, el envilecimiento de la idea de desarrollo, la imposición de una concepción espiritual excluyente, han marcado con patetismo el rumbo de una civilización que lo domina todo, que destruye toda originalidad civilizacional, y que moteja de modo categórico lo que no se encuadra en sus parámetros exclusivos. La ruptura, hacia finales del Renacimiento, entre la ciencia, la filosofía y la religión, provocará la progresiva fragmentación del conocimiento.

En la medida que se consolidó la visión empírica de la ciencia, progresivamente, se inició una fuerte arremetida contra el estudio zodiacal, que fue considerado cercano a la superchería. Contribuyó a esa embestida la Iglesia Católica, desde sus esferas de poder político, en las cortes europeas. Emblemático en esa escalada, será el Ministro de Luis XIV, rey de Francia, Jean-Baptiste Colbert, que, en 1666, ordenó excluir la astrología de la Universidad de París.

En tanto, la superación del sistema ptolomeico, será decisiva para la separación de la astrología y de la astronomía. Ello obligó a los estudiosos de la primera, a revisar profundamente sus premisas teóricas y sus métodos de trabajo. No obstante, aquello permitió también superar muchas de sus debilidades, pues, pudieron resolverse muchos de los problemas interpretativos que permanecían poco claros bajo el esquema geocéntrico. Al respecto, Sementovsky-Kurilo sostiene que "la sustitución del sistema geocéntrico por el heliocéntrico, no significaba sino la desviación del punto de observación, un cambio de perspectiva, por lo que, la relación real entre el cosmos y el hombre, no sufrió ningún cambio fundamental".

Con todo, la dispersión de las ideas cosmológicas y la consiguiente disgregación de todo el complejo astrológico, en campos de observación independientes, será una de las causas de la carencia de una visión humanista. Contribuirá, en esa perspectiva, el concepto cartesiano donde solo es considerada aquella que se basa en principios racionalistas y empíricos.

Uno de los esfuerzos realizados para recuperar esas perdidas visiones, aunque solo de un modo parcial, fue el realizado por Helena Blavatsky (1831-1891), al dar forma a una visión que llamó *teosófica*, pero, que tenía la limitación de ubicarse solo en un ámbito esotérico. Revisando las ciencias actuales, tal vez solo la física moderna y la biología, así como el pensamiento holístico y el pensamiento complejo, sean los espacios que tienden a recuperar aquella intensión de sabiduría, que la especialización reduccionista ha buscado sepultar.

La astrología, en las últimas décadas, ha ido recuperando su prestigio en ciertos círculos científicos e intelectuales. En cierto modo, contribuyó a ello, la opinión de Carl Gustav Jung, en la primera parte del siglo XX, que consideró los fenómenos zodiacales, de manera franca, para explicar muchos de los problemas de la mente humana. Promotor de la *psicología de la profundidad*, Jung ha permitido encontrar, en su trabajo sobre el inconsciente colectivo, una persuasiva conformación científica de la astrología contemporánea. Según sus estudios, los elementos de la astrología presentan todas las características de lo que llama "elementos integrantes de la estructura arquetípica del alma humana". En base al concepto fundamental de los arquetipos, Jung define la astrología como un método experimental, que permite reconocer las leyes psíquicas y el conjunto de las características humanas.

Con la masificación de la prensa escrita, desde fines del siglo XIX, se abrió un espacio para la horoscopia cotidiana, de la mano de oportunistas e inhábiles astrólogos de baja monta,

muchos de los cuales se han movido en el mínimo espacio de la especulación de las creencias. Objetivamente, su calificación cae derechamente en la *astromancia*, y no en la astrología, los que, lejos de dar prestigio al conocimiento zodiacal, han contribuido a su desprestigio y a su descalificación.

Pero, ello no ha sido óbice, para que muchas personas, con ideas menos prejuiciosas, especialmente, personas de estudio y de juicio sereno, busquen de manera creciente profundizar en el conocimiento astrológico, y en sus alcances metodológicos. El estudio astrológico hoy descansa fuertemente sus argumentaciones en las estadísticas, lo que ha permitido establecer índices de frecuencia, que demuestran tendencias claras, relativas a la influencia determinativa de los astros zodiacales en factores tales como: la personalidad, los ciclos de ciertos procesos fisiológicos, factores de determinación psíquica de las personas, aspectos referidos a herencia astral, diagnóstico de enfermedades, etc.

Esto ha provocado que, desde mediados del siglo XX, muchas investigaciones han descansado en la posibilidad astrológica, tanto en universidades como en diversos institutos de investigación científica. En esa misma tendencia, se han fundado organismo e instituciones que buscan mantener el prestigio y la adecuada interpretación astrológica. Reputación, en ese ámbito, tiene la Sociedad Internacional de Investigación Astrológica.

Pero, volviendo a la concepción cosmovisional del Universo, que, luego de Kepler, se perdiera por la fuerte tendencia cientifiquista, las nuevas teorías y los cambios en el pensamiento, producidos por la crisis de la modernidad, permiten vislumbrar una tercera gran cosmovisión unificadora del pensamiento humano, en que nuevamente habrá cabida para una concepción interpretativa del hombre, mas estrechamente relacionada con el Universo en el cual se encuentra.

LA REFUTACION A LA ASTROLOGÍA

En nuestro tiempo, el conocimiento zodiacal y la astrología, como método de aplicación y estudio, han sido refutados desde diversas concepciones del pensamiento, muchos de los cuales tienen arraigados orígenes en la cultura occidental. De modo sintético, podemos hablar de tres refutaciones fundamentales: la cultural, la científica y la religiosa. En el campo de la filosofía es poco lo que es posible constatar, fundamentalmente porque la astrología no ha sido un motivo de preocupación especulativa, y cuando ha existido una opinión, esta ha sido adoptada desde los criterios de la religión o de la ciencia.

La refutación cultural

Esta se funda en las tradiciones anti-astrológicas de nuestra civilización, con influencias de tipo laica o secular, muchas veces, con arraigos ideológicos o sociológicos de diverso origen. Se nutre de aspectos de percepción colectiva, que entiende a la astrología como un arte propia de la subcultura de la adivinación o de la especulación ocultista.

El uso de la astrología por parte de individuos que se dedican a beneficiarse de sus supuestas capacidades adivinatorias, a través de diversos artes – entre ellos, la horoscopea –, ha contribuido a acendrar la opinión cultural, en una parte de nuestra sociedad, de que, todo lo relacionado con el estudio zodiacal, tiene que ver con timadores y charlatanes, o falacia circense.

La creencia de cierta gente, de que la astrología tiene relación con las llamadas *ciencias ocultas* o con ciertas energías desconocidas, que requerirían una especie de iniciación mística para acceder a su conocimiento, ha contribuido para catalogarla como un arte de parlanchines.

La acusación más común, entonces, señala que la astrología, es una ciencia falsa, un simple arte o doctrina con perfiles ocultistas, desprovista de valor ético – una simple creencia profana -, basada en afirmaciones no demostrables ni verificables.

Algunos de los criterios populares, para denostar el conocimiento zodiacal, son las siguientes:

- La división del zodiaco en 12 casa o signos, es una simple arbitrariedad, lo que demuestra su inconsistencia. Los distintos sistemas astrológicos, dan como resultado distintas divisiones, en las distintas escuelas astrológicas: mesopotámica, grecolatina, china, celta, maya, etc.
- El estudio zodiacal tiene su origen y fundamento en las culturas inter-tropicales (entre los trópicos de Cáncer y Capricornio), donde es posible establecer los parámetros de la franja zodiacal. La influencia astral pierde todo sentido sobre esos parámetros, en las regiones polares, donde se distorsiona la visión de la eclíptica.
- Las supuestas influencias astrales no son demostrables ni como fuerzas ni como energías, por lo que son indefinibles.
- Siendo la astrología un esquema que funciona en la Tierra, sobre la base de la observación terrestre de los astros, carecería de sentido ante un eventual nacimiento de un individuo fuera de la Tierra.
- La relación de los signos zodiacales con las constelaciones que reciben esos nombres es ridícula, ya que éstas no están comprendidas en la franja zodiacal.
- El fenómeno de la *precesión equinoccial*, o desplazamiento de la esfera celeste en un movimiento

rotatorio, que cada 2.150 años produce una diferencia de 30 grados, provocando que la franja zodiacal vaya variando con el paso de los siglos en su ancho, lo cual hace insostenible la tesis astrológica a través del tiempo.

- El efecto de los astros sobre la natividad de un individuo es una falacia, ya que, si hubiese una influencia posible, esta debería manifestarse en el momento de la gestación, pero, como eso ocurre en un momento más inestable como dato, no se toma en cuenta.

La refutación religiosa

Nuestra referencia, para esta refutación, por cierto, se centra en la opinión de las religiones de origen cristiano – católica y/o protestantes – cuya presencia es predominante en nuestro ámbito civilizacional occidental.

La refutación que hacen las religiones, no se centra en una crítica respecto de los aspectos metodológicos que pueda contener la astrología, sino que en el fundamento de ella. Bajo el punto de vista teológico cristiano, la práctica de la astrología es una manifestación irreligiosa, de claras tendencias paganas, que se manifiesta ante la falta o la debilidad de la fe.

La existencia de la astrología – como la del tarot, runas, y otras manifestaciones de tipo adventicio-pagano – es contraria a la debida observancia de las doctrinas de la Fe. Teológicamente no es posible concebir la existencia de una práctica o metodología, que pretenda escrutar el misterio de la concepción humana o del porvenir, pues, ellos están determinados solo y exclusivamente por el designio divino.

Para el cristiano, para quien se considera un verdadero creyente, el hombre está hecho a la imagen de Dios y es producto

de su determinación, y no puede haber otra influencia en el proceso de natividad de un individuo, que la voluntad de Dios, ya que la vida es consecuencia de su creación, y solo a él está subordinada.

La refutación científica

La refutación que la ciencia ha hecho de la astrología, no tiene mas de tres siglos, puesto que, antes de la separación de la astronomía y la astrología, esta última era considerada como una ciencia más.

Sin duda, influirán en la refutación científica respecto de la astrología, la noción científica que se impone a partir a Descartes, en el siglo XVIII, empírica y reduccionista, y la concepción newtoniana (recordemos que Newton fue un entusiasta astrólogo) de un Universo determinado por leyes y por principios matemáticos, que tendrá su máximo exponente en la noción que entrega el Marqués de Laplace.

Desde un punto de vista clásico, la ciencia es entendida como un conocimiento sistematizado, organizado a través de la experiencia sensorial, objetivamente verificable. Tiene, en ese contexto, un valor universal, que se caracteriza por un método determinado, que se funda en objetivos controlables, así como en observaciones y pruebas repetibles y verificables.

Hasta hace algunas décadas, se afirmaba que la ciencia no podía admitir una afirmación que no fuera verificable desde un punto de vista empírico, y toda búsqueda del conocimiento tampoco podía desligar la *ciencia pura* – la investigación científica sin objetivos concretos – de la *ciencia aplicada* – la búsqueda de usos prácticos del conocimiento científico - y de la tecnología, a través de la cual se hace tangible y práctico el conocimiento científico.

De éste modo, si los preceptos de la astrología no podían ser objeto de un estudio empírico, si sus conceptos no podían ser reducidos a la más mínima escala de análisis y verificación, no tenía valor científico. Dentro del concepto empírico, se llegó a la conclusión de que, en el estudio de los astros, solo tenía valor el estudio de las leyes que regían su comportamiento (desplazamiento, rotación, gravitación, etc.), eliminando toda influencia del *logismo*, para dar valor solo al *nomismo*.

La concepción de la ciencia, en la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, comenzó a variar hacia la segunda mitad, fundamentalmente con los profundos cambios que se manifiestan a partir de la física, donde determinados procesos solo son posibles de sostener a través de la teoría, bajo ciertos modelos y condiciones, derrumbando la noción de Laplace, quien había afirmado que el Universo era completamente determinista, y que bastaba conocer un conjunto de leyes en un instante de tiempo del Universo, para predecir lo que sucedería en otro instante de tiempo.

Sin embargo, será desde la física donde vendría un nuevo argumento para liquidar toda viabilidad del conocimiento astrológico, específicamente, con el *principio de incertidumbre*, que enuncia Werner Heisenberg, en 1927. Este principio sostiene que existe un límite de precisión para determinar las coordenadas de un suceso dado, a escala subatómica. Para predecir la posición y velocidad futuras de una partícula, hay que tener la capacidad de medir con precisión la posición y velocidad actual de esta. El modo obvio de hacerlo, es iluminando con luz una partícula. Como algunas de las ondas de luz son dispersadas por la partícula, es posible constatar su posición.

Sin embargo, no es posible determinar la posición de la partícula con mas precisión que la que se produce entre dos crestas consecutivas de una onda de luz (la ondulación de la luz forma crestas y valles). Para poder medir con mas precisión se

requiere de luz de onda más corta, pero, como ello no es posible, porque las ondas de luz y rayos X, no se pueden emitir en cantidades arbitrarias (constante de Planck), no existe la posibilidad de determinar la dirección de una partícula, y, en consecuencia, su velocidad, sino entre dos crestas de una onda de luz. Así, cuanto mayor sea la precisión necesaria para predecir la posición de una partícula, menor será la precisión para medir su velocidad, y viceversa.

Heisemberg señaló que la incertidumbre en la posición de una partícula, multiplicada por la incertidumbre en su velocidad y por la masa de la partícula, nunca puede ser más pequeña que una cierta cantidad. Este límite no depende de la forma en que se trata de medir la posición o velocidad de un tipo de partícula, sino que es una propiedad fundamental, ineludible, del mundo. Hawking sostiene que el principio de incertidumbre marcó el final del sueño de Laplace, ya que no se puede predecir los acontecimientos futuros con exactitud, si ni siquiera se puede medir el estado presente del universo en forma precisa.

Este principio tiene efectos en la astrología de un modo concluyente, ya que sería imposible establecer efectos físicos de los planetas o astros, sobre el proceso de la natividad de un individuo, en fenómenos que ocurran – vía fuerzas y/o energías – en escalas mayores a la velocidad de la luz.

LA APOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO ASTROLÓGICO

Frente a la refutación cultural

La primera comprobación que debemos reconocer respecto del conocimiento zodiacal, es que, como toda forma del conocimiento humano, está expresada a través de la acción de estudiosos serios, por un lado, y por otro, de charlatanes que hacen un uso perverso de ciertos aspectos de ese conocimiento. Es

lo que ocurre con otras disciplinas del conocimiento. ¿Cuántos falsos médicos, por ejemplo, encontramos hoy día, encastillados en ciertas atalayas de las comunicaciones, entregando un falso conocimiento doctoral, medrando sobre la base de la labor anónima de aquellos que honestamente se han entregado a la labor de buscar soluciones al sufrimiento humano, a través del estudio y la honesta dedicación? ¿Se desprestigia la labor del médico consagrado, por la acción de aquellos que hacen usufructúo del conocimiento medicinal para enriquecerse, gracias a manejar ciertas técnicas y conocimientos?

En virtud de esta consideración, si asignamos validez de estudio zodiacal, a aquello que hacen los quirománticos, los brujos, los horoscopistas matutinos, los timadores de la adivinanza, o los escrutadores de bolas de cristal, no estamos siendo realmente rigurosos, y solo estamos siendo inocentes víctimas de nuestros propios prejuicios. No corresponde, con verdadero rigor intelectual, poner en una misma balanza, lo que ha sido al aporte de grandes sabios al conocimiento astrológico, a través de los tiempos, con el usufructúo de los oportunistas.

Un segundo criterio apologético es el planteamiento que contradice la visión cultural anti-astrológica. Este punto de vista nos señala que la astrología, como método de estudio zodiacal, no se encuentra concluído en sus alcances ni absolutamente definido en su ámbito de investigación. La astrología, como todas las metodologías del conocimiento humano, está sujeta a profundización, modificaciones, correcciones y perfeccionamiento.

De hecho, los verdaderos astrólogos consideran que el estudio astrológico aún tiene mucho que aprender de los fenómenos astrales, como el hombre mismo tiene mucho que aprender aún del Universo. Por lo cual, la astrología tiene las debilidades e insuficiencias que puede caracterizar a otros campos del saber. En la medida que la astrología vuelva por sus fueros en

el ámbito de la investigación científica, que las instituciones de investigación abandonen sus prejuicios, en la medida que la rigidez empírica abandone los ámbitos académicos, será posible que la astrología adquiera un nuevo desarrollo, y muchas de sus insuficiencias podrán superarse.

Un tercer aspecto, dice relación con los alcances que tiene la influencia astral en nuestro planeta. Los estudios y metodologías existentes indican que la influencia de los astros se manifiesta en todo el globo terrestre, a pesar de que el modelo de estudio esté planteado ecuatorial o inter-tropicalmente. Es posible que los efectos de la influencia astral puedan sufrir variaciones de un tipo no definido aún, debido a la mayor o menor distancia relativa del punto exacto de perpendicularidad del efecto astral, pero, ello no impide que ese efecto sea aplicable sobre cada parte de nuestro planeta. Es como lo que ocurre con la luz del Sol: los efectos de intensidad y perdurabilidad están sujetos a variaciones, en el norte y sur ecuatorial, por el efecto del desplazamiento del eje de la Tierra a través de año, pero, ello no es óbice para que la luz del sol tenga efecto sobre todo el planeta. Por lo que, la fustigación anti-astrológica, respecto del origen inter-tropical del estudio zodiacal queda desechada en su fundamento.

Respecto la imposibilidad de aplicar el estudio astrológico fuera de nuestro planeta, no es algo que sea posible de determinar aún. El hombre solo ha explorado la Luna, es decir, aún no sale del ámbito propio de nuestro planeta. Eso, en verdad, es una falencia que tienen muchas ciencias que son aplicables solo a escala terrestre. La física ha demostrado taxativamente, que determinados fenómenos se expresan a una escala, y que, en otra escala, ellos se expresan de otra manera. Por lo demás, ya existen visiones distintas dentro de la astrología, que demuestran perspectivas de estudio distintas. De la *escuela zodiacal tradicional*, se ha desprendido una *escuela sideral*, que no basa su estudio en los astros y planetas solares, sino en relación con las

constelaciones. Incipientemente, también debemos constatar que se comienza a expresar una *escuela astrológica holónica*, que busca relacionar el estudio zodiacal tradicional con las revisiones metodológicas de la ciencia.

Por último, las presuntas incoherencias que hay entre las *casas zodiacales* y las constelaciones que le dan nombre, ellas parten de un criterio equivocado. Desde el punto de vista del estudio zodiacal tradicional, las constelaciones no tienen relevancia, salvo haber utilizado sus nombres para designar a los signos o casas. Por otro lado, la nascente astrología sideral, no tiene como referencias exclusivas a aquellas constelaciones, sino el conjunto del universo conocido por el hombre.

Frente a la refutación religiosa

La apología del estudio astrológico, con relación a la refutación religiosa, afirma que ésta no niega, ni relativiza, ni soslaya la divinidad. Por el contrario, como lo afirmaban los teólogos renacentistas, la creación de Dios está a disposición del Hombre para ser descubierta en todas sus maravillas.

Si Dios impone su voluntad en la Naturaleza, ella sigue estando antes que los fenómenos posibles de constatar a través del estudio zodiacal, y la astrología es, como otras formas de conocimiento humano, una alternativa mas del ser humano, que dispone para escrutar el designio divino.

Pretender que solo la religión es el único camino para descubrir a Dios, o para interpretar sus designios, para descubrir la verdad, es la misma pretensión de detentar la verdad que pueden tener la ciencia o cierta filosofía. La posición excluyente, que optan los religiosos, es propia del fundamentalismo que se manifiesta en las creencias de las personas, ante sus propias debilidades.

Frente a la refutación científiquista

Los científicos de la modernidad, han anatemizado a la astrología de un modo determinante. Conceptualmente, desde un punto de vista axiológico, la ciencia lejos de marginar a la astrología, la acoge. Pero, quienes han hecho ciencia, se han negado a aceptarla, por no responder a ciertos parámetros de investigación y por estar fundamentada en errores.

Sin embargo, ante esa afirmación, es válida la interrogante planteada desde el ámbito de la astrología, en cuanto a que ¿si la astrología se ha sostenido en un error, cuantos errores han sostenido aquellas ciencias basadas en la metodología empírica? Por lo demás, ¿es importante que la astrología sea una ciencia, en vez de ser, como lo es, una forma de conocimiento?

El anatema empírico contra la astrología, sin embargo, ha comenzado a derrumbarse con las nuevas percepciones del hombre. La emergencia de las nuevas visiones, que han cambiado la interpretación del hombre y del universo, producto de los propios descubrimientos científicos, y la revalorización de la metafísica como camino de búsqueda, hacen posible una comprensión distinta del antecedente astrológico.

La teoría holónica o Teoría General de Sistemas –TGS – propuesta por Von Bertalanffy, ha permitido, de un modo importante, dar un nuevo aliento al conocimiento astrológico o zodiacal. Contra la crisis gnoseológica planteada por el pensamiento empírico-reduccionista, la TGS propone la integración de las ciencias naturales y sociales, a través de principios conceptuales y metodológicos unificadores.

La noción predominante, bajo esta teoría, es que hay "una totalidad orgánica", la cual es dicotómica con el paradigma anterior que se funda en una imagen inorgánica de la vida y la realidad. Si entendemos la vida y el Cosmos como un sistema, en el cual están expresadas las nociones de la TGS, no nos puede

sorprender que la (s) relación (es) interna (s) o externa (s), del o los sistemas que lo integran, apuntan a expresar, de un modo evidente, el valor de una teoría como la que, en lo sustancial, la astrología expone. Objetivamente, la relación entre los elementos de un sistema y su ambiente, es un hecho inevitable del proceso vital.

En el mismo sentido, la visión bioética, que ha configurado uno de los grandes cambios en la percepción de la vida, y que nos lleva a asumir ante nuestras consciencias la constatación que el proceso de la vida es mucho más inconmensurable que nuestra cotidianeidad antropológica. Entender el proceso de la vida, mas allá de nuestras propias necesidades como especie, requiere entender que, intrínsecamente, somos solo una parte ínfima en un Universo vital, al cual estamos indisolublemente ligados.

Por último, en el capítulo anterior, desde un punto de vista científico, indicábamos que con el principio de incertidumbre se había llegado a la conclusión definitiva, en cuanto a la imposibilidad humana de predecir el futuro, ya que físicamente ello tenía la insalvable barrera de predecir la dirección y velocidad de una partícula entre dos crestas de una onda de luz (nada hay más rápido que la luz).

Ello, empero, da margen para la especulación teórica respecto de lo que no está en condiciones de ser medido o controlado, pues, hay una circunstancia física en la cual queda mucho por resolver, y donde caven sucesos que están más allá de nuestra capacidad inmediata de resolver como sujetos cognoscentes. Recordemos que la enunciación del principio de incertidumbre provocó una fuerte tendencia mística entre muchos científicos.

A ello debemos sumar, en el mismo contexto, las actuales conclusiones que pueden sacarse de los resultados del Proyecto Genoma, en su informe de febrero de 2001, que darán bríos a los

apologistas del conocimiento astrológico, al comprobarse que las diferencias en el mapa genético entre los animales, incluido el hombre, parecen no ser tan sustanciales como se suponía, y que, para explicarse al hombre como entidad espiritual, no basta solo saber su origen y tránsito genético.

VALORACIÓN DE LA ASTROLOGÍA FRENTE A LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

No cabe duda que la concepción predominante, en el mundo científico occidental de los siglos XVIII al XX, ha sido empirista. Aún más, el mundo de la modernidad se ha fundado en la superlativa valoración de la ciencia, donde el esquema cartesiano-laplaciano ha sido la impronta que ha moldeado las distintas variables epistemológicas y gnoseológicas predominantes.

En consecuencia, el conocimiento, en los últimos dos siglos, ha quedado condicionado a la exclusiva paternidad de la ciencia, única forma *legítima* para acceder a la búsqueda de la verdad *de un modo racional*. A la luz de esa forma de entender la actividad cognoscente, todo aquello que no tiene asidero en la ciencia empírica y en el método reduccionista, no puede ser aceptado como *respetable, serio o racional*.

Esta tendencia no solo ha invalidado y motejado cualquier forma de conocimiento que no tenga ese "reconocimiento científico", sino que ha creado el dogma del ***cientifiquismo***, en el cual nada existe que no tenga una demostración empírica y que no pueda reducirse a su más mínima escala fenomenológica. Solo lo que proviene de ella es considerada como fundadamente serio, lógico, verdadero y/o real.

Esta tiranía axiológica proviene de la pretensión de reducir todas nuestras facultades cognitivas al método experimental. Pero, aún suponiendo que el método experimental descubra todo lo

inteligible de los hechos, cabe preguntarse seriamente: ¿es esa razón teórica la única facultad espiritual por la que entramos en relación con el Universo?

La ciencia nos ha permitido avanzar de un modo extraordinario en el conocimiento de la Naturaleza, nos ha permitido acceder a un extraordinario avance tecnológico, ha logrado solucionar muchos males que afectan al hombre, y ha permitido develar grandes misterios del Universo. Sin embargo, la superlativización modernista respecto de su rol ha conducido a serias aberraciones axiológicas y profundos errores.

Boutroux señalaba en el siglo XIX, que cada vez mas, a la ciencia se le hace aparecer como un riguroso encadenamiento de verdades demostradas o de leyes descubiertas, cuya forma más perfecta es la ciencia matemática, que nos representa al mundo sometido a un determinismo inevitable, cuya última expresión parece ser la necesidad matemática. Para este pensador francés, sin embargo, la ciencia efectivamente se refiere a los hechos de la realidad, pero, es el espíritu humano quien la construye y la va formando con ayuda de signos, conceptos, símbolos, que inventa para manejar a su modo objetos que para él son heterogéneos.

En virtud de esa comprobación, sostenía que la ciencia es radicalmente impotente para abarcar la complejidad y riqueza de los seres. El dato diario, para cualquier individuo, en cualquier tiempo, en cualquier lugar del mundo, es eminentemente subjetivo, ya que la ciencia no nos da todo lo real, sino solo el hecho cuantitativo – lo real descompuesto en sus elementos –, lo real que puede reducirse progresivamente a la unidad, conforme a las leyes de nuestro entendimiento (reduccionismo). Lo que hace la ciencia es comprobar. No ordena, ni aconseja, ni apoya.

¿Cuales son las *muletas* espirituales, entonces, en las que hombre se apoya para enfrentar el desafío cotidiano de vivir? Tal vez, en ese aspecto, sean la moral, la religión, la filosofía, la astrología, los factores más determinantes, aunque muchas veces

estén en abierta contradicción con la recomendación o el dato científico. Los problemas de la vida son múltiples y su área de procesamiento es básicamente subjetiva. Las angustias, la alegría, el sufrimiento, el éxtasis, el placer, el dolor, la pena, tal vez podamos explicarlas de un modo científico, pero, cuando el hombre siente, es decir, cuando comprueba sus sentimientos, no explica aquello como consecuencias de determinadas reacciones químicas, eléctricas, atómicas, sino como consecuencias de los factores subjetivos que desencadenan sus emociones. Reconocer que el hombre es esencialmente emocional, no eminentemente químico, es lo que permite aproximarnos a una percepción más integral respecto de la plenitud de su complejidad.

Si analizamos los problemas de la existencia humana, que sobrevienen de su realidad de vida, en más de un 99% dicen relación con problemáticas espirituales, psicológicas o emocionales, y menos de un 1% tienen relación con problemáticas de índole material o física. Los problemas con los hijos, los conflictos de pareja, los problemas en el medio laboral, las dificultades en el medio social, en fin, todos los que se derivan de la relación con los demás, en definitiva, los determinados por nuestra emocionalidad, son mejor resueltos desde el ámbito de las creencias, desde el ámbito de la subjetividad, antes que desde el punto de vista de la racionalidad científica, y eso es tangible, desde el momento en que podemos comprobar, v.gr., que va mas gente a las iglesias que al psicólogo.

Tal pues, que, el mundo que nos ha mostrado la modernidad en su apogeo cientifiquista, en el cual todo funciona perfectamente, de acuerdo a determinadas leyes, sin embargo, se ha venido diluyendo con los propios descubrimientos de la ciencia. Por ejemplo, el segundo principio de la Termodinámica, a hecho zozobrar toda la imagen del Universo construida desde Copérnico hasta hace no más de cien años, haciendo variar profundamente la idea de realidad, que impuso el empirismo. El

sustancial aporte de la física, en el último siglo, ha debilitado la idea de realidad modernista, sobre la base de relativizar la idea de la materialidad, a partir de la ampliación de la noción de energía. Obviamente, ya no es posible concebir el Universo según un único principio. Al privar al Universo de un Centro, de un Orden, la visión respecto de éste se vuelve acéntrica, dispersiva, turbulenta y deflagrante. La gran incertidumbre sobre la naturaleza del Cosmos, que provoca la crisis de la modernidad, es que no sabemos de donde y por qué ha surgido, ni para dónde va.

A pesar de haber avanzado extraordinariamente, en los últimos cien años, como nunca había ocurrido en otras etapas de la humanidad, el conocimiento del hombre respecto del universo en que vive, sigue siendo extraordinariamente limitado. Es lo que Hawking trata de ejemplificar cuando cuenta una anécdota, en la cual una señora contradice a Beltrand Russell, que explicaba en una conferencia cómo la Tierra gira alrededor del Sol. A juicio de la señora, la Tierra era una plataforma sostenida por una tortuga. Esta anécdota da pie para que Hawking se pregunte: ¿en que nos basamos para creer que conocemos mejor el Universo que aquellos que creían que la Tierra era plana, y que estaba sostenida sobre una gigantesca tortuga? ¿Qué sabemos realmente del Universo? ¿De donde surgió, hacia donde va?

En general, todo hombre ilustrado, o con un grado de información científica básica, será capaz de explicarse una teoría como la del *big bang*, en sus distintos niveles de desarrollo, hasta aceptar que tal noción se puede comprobar a través de los espectros de color de las estrellas, que indican que estas se alejan unas de otras. Sin embargo, ésta afirmación sigue siendo una teoría sustentable en el tiempo, como lo fue durante siglos el esquema teórico ptolomeico.

¿Qué nos lleva, entonces, a descartar que pueda haber una relación entre los cuerpos siderales y el cuerpo humano (relación macrocosmos-microcosmos)? ¿Por el contrario, que nos lleva a

pensar que esta existe? ¿Tanto sabemos del Universo para tomar una postura definitiva, a favor o en contra? ¿Aquello que sabemos permite realmente descartar una eventual influencia astral en nuestras vidas? ¿Acaso no puede el Hombre estar determinado por la influencia astral, como lo puede estar respecto de la vegetación que le rodea, respecto de las condiciones del paisaje, del medio ambiente, en fin?

Hay aspectos que, al analizar el estudio astrológico, tienen importancia relativa. Por ejemplo, centrar la discusión sobre el valor del conocimiento zodiacal, respecto de cuantos son los planetas que influyen, o que son gravitantes en la determinación del carácter o temperamento del individuo, no tiene tanta importancia como la tiene el hecho de aceptar o rechazar que hay un Cosmos que nos determina o influye. Si aceptamos esto último, los mecanismos o metodologías pueden ser secundarias, perfectibles, modificables, en cuanto son herramientas que permiten estudiar, analizar y descubrir la forma como esa influencia se expresa.

Con esa premisa, el estudio zodiacal adquiere un valor mas allá de las técnicas con que trate de escudriñar lo escrutable de la Creación. Aceptémosla como una teoría en desarrollo. Al decir de Kopper, una teoría debe caracterizarse por predecir un número de resultados que pueden ser refutados o confirmados por la observación. Cada vez que se comprueba que un experimento está de acuerdo con las predicciones, la teoría se sustenta y aumenta la confianza en ella. Puede que la teoría se ajuste a un modelo de observación, y que en otro no funcione, o que funcione a cierta escala, y que en otra escala fracase.

Von Bertalanffy, sostenía que toda teoría científica de gran alcance, tiene aspectos metafísicos, y, como concepto, tiene que ver con la idea de paradigma. Por cierto, la astrología y su teoría interpretativa sobre la influencia astral, es paradigmática, y contiene muchos aspectos metafísicos que se deben considerar en

su evaluación. En virtud de lo cual, más allá de los errores que pueda contener el uso de determinadas técnicas o métodos para profundizar en el estudio zodiacal, esa crítica no es un fundamento concluyente para ignorar los contenidos y posibilidades que el estudio astrológico pueda tener.

La astrología, en las antiguas culturas, era entendida como una de las ramas de los antiguos misterios y se estudiaba en las escuelas iniciáticas mas reputadas por la historiografía. Los astros del universo sideral observables por el ojo humano, eran considerados como vehículos de energías astrales, desde un punto de vista metafísico trascendente, relacionado con el universo humano – con el alma individual -. Su doctrina se basaba en la naturaleza, en el ser, en el destino del hombre, en su función en la vida y en el universo.

La valoración que debemos hacer de ella, a la luz de la crisis de la modernidad, debe partir de esa premisa, erradicando la apreciación superficial que podamos tener, sobre la base de prejuicios sustentados en aquellos aspectos de vulgarización o deformación que son fáciles de advertir en nuestra cultura contemporánea. Hay que separar, en ese contexto, la verdadera astrología del "horoscopismo" u "horoscopea", que no es otra cosa que el burdo conocimiento de la astrología, como mero arte adivinatorio. Debe separarse también de su estudio, un cierto *laplacismo*, que convierte a la astrología en un conjunto de operaciones matemáticas, con una lectura determinada y esquematizada. La matematización del estudio zodiacal es funcional a un conjunto de estandarizaciones, disponibles en manuales de poca monta, que, aprovechando ciertos conocimientos, solo buscan ediciones de consumo popular masivo.

Por último, debemos reconocer que el conocimiento astrológico se encuentra estancado, porque no cuenta con una base de investigación relevante. No hay posibilidades *prácticas* que

coadyuven a su desarrollo. La investigación en su ámbito no se puede traducir, desgraciadamente, en ningún producto para el mercado. ¿Qué valor práctico puede tener para una Universidad o Instituto de Investigación, un conocimiento que no contribuirá al autofinanciamiento, y que no interesa a las corporaciones que financian investigaciones para claros objetivos tecnológicos cuyo destino es el mercado?

Ante la crisis de la modernidad, producto del derrumbe de los paradigmas ideológicos cartesianos, la opción de retomar los caminos abandonados del antropocentrismo, permite re-pensar las construcciones espirituales que nuestro antropismo abandonó, y que nos pueden llevar a un re-encuentro con el humanismo perdido. En ese contexto, lo que el estudio zodiacal propone, tiene una legitimidad que se ganó en la lucha por el esclarecimiento, de la mano de la filosofía y de la ciencia, y, por que no, de la religión, cuando éstas estaban pensadas y direccionadas en función del hombre, en armonía con el Universo, la Gran Obra del Creador.

VISIONES SOBRE EL SIMBOLISMO ZODIACAL EN LA MASONERÍA CHILENA

Como todos los símbolos que ornamentan el templo masónico, los signos zodiacales presentan múltiples y hasta contradictorias interpretaciones, según el punto de vista de cada miembro del colectivo masónico. Resulta interesante conocer la opinión de cuatro masones, cada uno de una década distinta, y, por que no decirlo, de generaciones distintas de iniciados. La primera opinión tiene una data de hace casi sesenta años, la segunda tiene poco menos de medio siglo. La tercera refleja la opinión de un masón que vive la prodigiosa década de los sesenta, y la última es la expresión de los desvelos de un Aprendiz de una

década ya dominada por la ultranza tecnológica, por la aceleración de la crisis de la modernidad, y por la ambigüedad postmoderna.

En 1944, un masón de la logia # 57, analizaba en un trabajo el simbolismo zodiacal, indicando: *"es nuestra opinión que el Zodiaco, ha sido colocado en nuestros templos, por dos motivos: como un homenaje a la cultura de aquellos pueblos, y por el simbolismo que ellos encierran. La sabiduría de todos los sabios y lumbreras de la antigüedad, que ha llegado hasta nosotros, es simbólica, porque simbólica fue la primera instrucción que recibió el hombre inteligente. Todas las proposiciones teológicas, políticas y científicas, fueron eminentemente simbólicas, porque los símbolos suplían con gran eficacia la deficiencia de lenguaje, que es simbólico también, porque las palabras en último resultado, no son más que símbolos convencionales, por medio de los cuales damos expresión a nuestras ideas. Los modernos podemos formular nuestras ideas en proposiciones abstractas, pero, los antiguos tenían que hacerlo por medio de alegorías. El hombre aprende mejor por medio de las comparaciones, que por cualquier otro medio. Los trabajos del hombre están limitados por el tiempo. Los masones en sus trabajos en el taller tienen representado simbólicamente el tiempo por medio de los signos del Zodiaco. El tiempo pasa faltamente, y los masones no deberán desperdiciarlo si pretenden llegar al ocaso de su vida por el camino de la verdad. La arquitectura del Templo se sustenta en las doce simbólicas columnas zodiacales. Es el tiempo indestructible y eterno en que descansan la Moral y la Sabiduría Masónica"*

Algunos años después, en un trabajo publicado en la misma revista, el autor identificado con las iniciales E.H.H. señala: *"Estimamos que el Zodiaco solo tiene valor positivo como símbolo del año y los meses, la sucesión de los meses, o sea, el tiempo. Si el Templo todo representa una imagen espacial del Universo, estos signos nos darían una imagen temporal. En este*

sentido constituirían otra advertencia: ¡Cuidado, el tiempo transcurre inevitablemente! Empleadlo bien. Solo disponéis de unos pocos años. Cultivaos y aportad vuestro grano de arena al mejoramiento de la Humanidad: así habréis cumplido la misión superior del hombre. Finalmente, consideramos que los doce signos del Zodíaco, constituyen uno de los temas más instructivos, valiosos y atrayentes del Programa del Aprendiz. Su investigación nos conduce principalmente al estudio de la historia, la geografía, las religiones, y especialmente de la astronomía. Resumimos: Se pueden ver en los signos zodiacales las primeras supersticiones del hombre, el nacimiento de las religiones y de la ciencia, la lucha entre la ignorancia y la verdad, un símbolo del tiempo y una poderosa incitación al estudio como el mejor medio para combatir el error".

En 1964, en un artículo elaborado en un miembro de la Logia "Unión Fraternal", se sostiene que: "los Templos Masónicos están fundamentados en doce columnas iguales, a las cuales se ornamenta con los doce símbolos zodiacales, con el objeto de poner en evidencia que el Hombre y el Cosmos constituyen una sola estructura orgánica, sus ritmos vitales presentan notables correspondencias, y la inter-acción e inter-relación son notorias y evidentes, tanto en sus múltiples funciones como en sus reacciones y movimientos. Por esto, al Círculo Zodiacal, la Geometría Iniciática de Pitágoras le denominaba el Dodecaedro. Es decir, la figura que tiene doce lados, por cuanto es el mismo número de los signos zodiacales y en medio de ellos se inscribía el pentágono (Estrella Radiante, Penta Alpha), que simboliza al ser humano como Iniciado en sus dimensiones áureas. En consecuencia, el Pentaedro inscrito en el Dodecaedro, significa el Microcosmos (Hombre) como centro rector del Universo (Macrocosmos), presentando ambos una perfecta analogía en todos sus ritmos vitales y vibraciones energéticas. De manera que, cada movimiento que realiza el sistema solar en la

periferia de las doce columnas o constelaciones zodiacales, presentan un equivalente proporcional en todo los individuos de la especie humana, cuyo conjunto armónico es una verdadera estructura diversificada funcionalmente, para la mejor ejecución de nuestras labores en su forma integral".

En tanto, en un artículo publicado en 1985, se dice: *"La Masonería ha sido sabia al incluir los signos zodiacales en el Templo, ya que con ello nos recuerda que todos los hombres no son iguales, somos de personalidad diferente, de diferentes caracteres, nacidos en diferentes etapas, bajo diferentes signos del zodiaco, y lo más importante, debemos tolerarnos, así como la armonía silente del Universo mantiene en perfecto equilibrio a cuerpos celestes desde ya diferentes unos de otros".*

"Esa característica del Universo, representada en el Zodiaco, - agrega - nos imprime un orden, nos orienta al trabajo en silencio y a imitar su grandiosidad que solo será posible conociendo el real significado de cada uno de los símbolos que están representados en el templo, y que, a veces, solo nos conformamos con observar sin comprender, mirar sin ver, sin entender".

Los puntos de vista citados, constituyen, sin lugar a dudas, visiones distintas, valiosas, sinceras y audaces, que buscan dar un sentido simbólico, una significación a la presencia zodiacal en nuestros trabajos cotidianos. Es lo poco que se ha publicado al respecto, con reales propósitos interpretativos, puesto que la mención de los signos zodiacales, objetivamente, es más habitual que su análisis.

ZODIACO Y MASONERIA

Algunas de las aspiraciones que rodearon el esbozo de este trabajo, lamentablemente han quedado al débito, considerando, por un lado, que no hay antecedentes bibliográficos sobre la

materia, y por otro, porque se requiere de un proceso investigativo mas prolongado, que rebasa largamente los límites de la oportuna entrega de éste trabajo.

En esa perspectiva, no ha sido posible, dentro de los límites de tiempo de su desarrollo – el verano de 2001 -, poder determinar documental o bibliográficamente, cuando aparecen los signos zodiacales en la decoración del templo masónico. Tampoco ha sido posible encontrar elementos concluyentes que indiquen la relación de esta simbología en el Templo, con alguno de los grados simbólicos en particular. En muchas oportunidades, he escuchado debates sobre la pertinencia de que los signos zodiacales integren la decoración del Templo del Aprendiz y/o del Compañero.

Obviamente, el uso simbólico de los signos del Zodiaco, tiene que tener un origen, pero, ante la imposibilidad de tener antecedentes específicos al respecto, me permito esbozar una teoría, sobre la base del estudio de la propia evolución de la Masonería, desde sus raíces operativas hasta su consolidación especulativa.

Como ya sabemos, en la segunda década del siglo XVIII, funcionaban en Londres cuatro logias: la *del Ganso y de la Parilla*, que se reunía en una cervecería cercana al cementerio de la Parroquia de San Pablo; la *Logia de la Corona*, cuyas reuniones se efectuaban en una cervecería ubicada en el Callejón de Parker, cerca del Callejón de Drury; la *Logia del Manzano*, que funcionaba en una taberna de la calle de Charles, en Convent-Garden; y la *Logia del Rom y las Uvas*, que tenía sus actividades en la taberna ubicada en Channel-Row, en Westmister. Estas logias serían convocadas para la formación de la Gran Logia de Londres, considerada como el hito que da cuenta del nacimiento de la Masonería Moderna o Especulativa.

Todo parece indicar, que, hasta entonces, las prácticas masónicas eran esencialmente *de mesa*, no existiendo las prácticas

esotéricas como usos doctrinarios de la Fraternidad. Luis Umberto Santos sostiene la idea de que, solo a mediados del siglo XVIII, las actividades masónicas comenzaron a semejarse a las que conocemos ahora. La práctica de la iniciación esotérica, también parece adquirir importancia en ese periodo histórico. De hecho, en la medida que se robusteció el uso de la masonería de iniciación, se fue consolidando la riqueza simbólica. Ello se verá reflejado en la ornamentación del Templo, que debió cobijar todos aquellos componentes que dieran sentido a los contenidos propuestos.

Previamente, los usos pudieron ser otros. Carlos Gayán esboza la teoría de lo que, seguramente, ocurrió durante la masonería operativa, donde se construía una *logia*, antes de comenzar la construcción, la cual, era "una pieza o barraca que tenía múltiples usos y también era un lugar de reunión para organizar los trabajos. Pero, en un momento determinado, esta sala o pieza se convertía en un templo, en el que se confirmaba la socialización del oficio. Esta transformación se conseguía dibujando previamente en el piso los símbolos o herramientas idealizadas, transformadas en virtudes. Al término del trabajo ritualístico, se borraban estos dibujos y el templo también dejaba de ser tal". Esta costumbre de dibujar los símbolos en el piso, dice Gayán, sería reemplazada, posteriormente, por una tela que tenía los símbolos necesarios para ese efecto, y que se colocaba en el piso o se colgaba en la pared, costumbre que prevalece en el rito inglés, donde se cuelga una tela con los elementos simbólicos en la pared, o en el Rito de Schroeders, que utiliza una alfombra.

Tal pues, que, en la medida que, hacia mediados del siglo XVIII, la Masonería se consolida y adquiere una condición más institucional, con el uso de sedes definidas y templos estables la decoración permanente adquiere una importancia relevante.

No debemos pasar por alto que, en la época a la cual nos referimos, se vive una etapa en que la ciencia aún no tomaba su camino segregado de las demás formas de conocimiento. En el

siglo anterior, los grandes hombres de ciencia, aún basaban su bagaje en elementos que tenían otros componentes, más allá de la *razón científica*, que imperaría en los siglos inmediatamente siguientes. Anteriormente indicamos, por ejemplo, la importancia del estudio zodiacal en Kepler. A fines del siglo XVII e inicios del XVIII, sin lugar a dudas, la figura de Newton llena un espacio singular.

El célebre matemático, que estableció a ley de gravitación universal y los principios fundamentales de la dinámica, prestó especial importancia a algunos estudios que son componentes masónicos de fundamental importancia, y que se explican en Newton, por su concepción de la realidad, que veía determinada por el Creador, y donde el hombre tenía por misión ir desentrañando las pistas que aquel manifestaba en su Creación. Por eso indagaba en la Biblia, que consideraba un compendio de sabiduría revelada, y en el estudio astrológico y alquímico, sosteniendo la teoría de que las grandes creaciones arquitectónicas del hombre, estaban asociadas a determinadas conjunciones astrales.

De esa dedicación de Newton, surge su libro "El Templo de Salomón" , que escribiera en 1684, donde es posible percibir que sostenía la idea de que la Naturaleza es un Gran Templo del Gran Arquitecto del Universo, y que el propósito de la religión verdadera es proponer a la Humanidad, mediante la estructura de los antiguos templos, el estudio de la estructura del mundo como el verdadero Templo de Dios.

Considerando la condición contemporánea de Newton con aquellos que promovieron la fundación de la Gran Logia de Londres, y la perspectiva esotérica que comenzó a primar en su estructuración, después de las dos primeras décadas, no sería extraño que las tesis de éste científico, sobre el carácter de la creación, sobre la influencia astral y sobre el templo de Salomón,

haya permeado fuertemente las concepciones de quienes dieron forma y contenido a la emergente masonería especulativa.

Si analizamos los nombres de algunos de los primeros líderes de la emergente Gran Logia de Londres, no podemos ignorar lo que intelectualmente pesaban. George Payne, segundo Gran Maestro, por ejemplo, era un anticuario, profesión u oficio que, entonces, gozaba de gran reputación cultural, pues, se trataba de personas con un vasto conocimiento, producto de la propia naturaleza de su trabajo. Teófilo Desaguliers, quien le reemplazará, era un hombre de formación científica en el campo de la física, además de ser un pastor hugonote. James Anderson, además de ser un pastor presbiteriano, era un doctor en filosofía.

No estamos hablando de personas ignorantes, ni seguidores de sectas extrañas, sino, de hombres que estaban vinculados al conocimiento y la cultura de su tiempo, en el siglo que vio brillar, precisamente, las luces de la Ilustración.

¿Cuánto influyó Newton, y otros autores que trabajaron abundantemente, en esa época, en los masones que concibieron la masonería especulativa?

Esta es una interrogante que rebasa lo estrictamente relacionado con lo central de esta plancha, pero, que da pie, para sostener que, en el periodo de fundación y asentamiento de la masonería moderna, el estudio zodiacal tenía una reputación y un valor, que lo hicieron necesario de incorporar en la simbología del Templo Masónico.

Pero, también, hay otro aspecto que abordaremos en esta parte, y que dice relación con el hecho que no existe una disposición reglamentaria o decreto potencial, o algún texto oficial u oficioso de nuestro poder regulador – la Gran Logia de Chile –, que indique como debe decorarse un templo constructivamente. Cuando digo "constructivamente" me refiero a aquella decoración permanente del Templo, que forma parte de su estructura física, considerando que existen componentes simbólicos que se

incorporan para las necesidades rituales de cada grado. En ninguno de los textos propios de la Orden en Chile, se mencionan los usos simbólicos *permanentes en el Templo*, aquellos que corresponden a la universalidad simbólica de los grados,

Lo actualmente en uso, no corresponde a normas establecidas, sino, esencialmente a la tradición no escrita y al más venerable uso consuetudinario. Ello da pie, para que surjan interpretaciones que niegan pertinencia al estudio simbólico de los signos zodiacales en los grados menores.

En el *Libro del Aprendiz*, de Wirth, que tiene circulación oficial en la Gran Logia de Chile, es posible tener una descripción de los elementos necesarios del templo para el trabajo de Primer Grado. En la parte final de éste texto, se hace una descripción de los componentes del Templo del Aprendiz, entre los cuales, está la cadena de unión, que puede ser hecha con un lazo, el que debe tener 12 nudos, seis en cada costado del templo, "*para corresponder así a los signos del Zodiaco*". No hay más alusión ni un tratamiento más extensivo de este símbolo. En tanto, en el *Manual del Aprendiz* de Lavagnini (Magister), se citan los signos como componentes del Templo del Primer Grado, también de un modo discreto, al describir el cielo del templo, y la ubicación de la cadena de unión, que descansa sobre los capiteles de doce columnas "distribuidas así: seis en el lado Norte y seis en el lado Sur, simbolizando los seis signos ascendentes y los seis signos descendentes del zodiaco"

En el *Libro del Compañero*, de Wirth se definen los elementos adicionales que deben incorporarse para los trabajos en Logia de Compañeros. En ninguno de los componentes se mencionan los signos. Lo propio ocurre con el texto de Lavagnini.

En el *Libro del Maestro*, no se indica nada con relación a lo que debe contener el Templo del Maestro, sin embargo, existe una extensa interpretación sobre los signos zodiacales, a partir del

estudio del *duodenario*. En el alternativo *Manual del Maestro (Magister)*, por el contrario, no se hace alusión a ellos.

Aparte de lo que hemos señalado, en la bibliografía disponible en Chile, hay pocos antecedentes que nos permitan una definición específica respecto de la relevancia que pueda tener el Zodíaco respecto de cada uno de los grados simbólicos en particular. La información enciclopédica masónica, tampoco arroja luz para indicar, decisivamente, alguna idea respecto a la relación específica con alguno o con todos los grados simbólicos. Sin embargo, hay muchos usos que nos indican en un sentido claro, que los signos del Zodíaco son parte de aquella simbología que tiene alcance en todos los grados, a partir del Primer Grado.

Tal pues, que, la tradición y el uso consuetudinario, nos indican que los 12 signos en las 12 columnas, son elementos permanentes del Templo, y por lo tanto, parte de su diseño constructivo y de su decoración básica. Ello porque el Templo es la simbólica representación del Universo, y todo aquello que decorativamente apunta a poner en evidencia esa condición, es un componente permanente y transgradual.

¿Cuales son los otros componentes permanentes y transgraduales, además de las 12 columnas con los 12 signos zodiacales? Las dos columnas del pórtico, el pavimento mosaico, el ara, la bóveda celestial, la cadena de unión, el Sol y la Luna, el Delta Luminoso. Todo otro componente es parte de la circunstancialidad del o de los Grados.

VALORACIÓN DEL SIMBOLISMO ZODIACAL

Todos los símbolos que adornan el templo masónico, tienen un antiguo origen, algunos de los cuales exceden los ámbitos exclusivamente masónicos. A estos símbolos tangibles, se suman aquellos de carácter conceptual, que no están físicamente presentes en la ornamentación del templo, y que son parte de la

docencia de cada grado: rituales, números, toques, palabras, signos, etc.

Todos los símbolos, no por antiguos, no por su data inmemorial, dejan de tener un valor esencial para nuestras prácticas y doctrinas. No por su antiguo origen dejan de adquirir, cada día, una vital y nueva significación para el trabajo cotidiano del hacer masonería. Es que, la Francmasonería reconoce la sabiduría mas allá de su condición temporal, en los elementos que son necesarios para que el Hombre alcance una mayor comprensión de su condición fundamental.

La contemporización es un factor necesario para que el hombre sepa vivir en la condición propia de su tiempo. El masón, por cierto, debe ser un hombre que vive su tiempo, lo que requiere un denodado esfuerzo de contemporización, ergo, una expresión secular de su integración y comprensión del mundo en que se desenvuelve.

Por ejemplo, si quisiéramos contemporizar, de acuerdo a los niveles de conocimiento que el hombre del 2.000 tiene a su disposición, resultaría absurdo que hablemos de los 4 elementos-agua, tierra, aire y fuego, doctrina sostenida por Empédocles, 250 años a. C.-, cuando la ciencia actual considera que los elementos son mas de 100. Pero, ello no constituye una condición excluyente para saber acoger benéficamente, meliorísticamente, el sentido fundamental del relictos del ayer.

¿Y, acaso, una natural contemporización no iría en contra de la significación, que para nosotros puede tener, por ejemplo, la idea de dualidad representada por el Sol y la Luna en el Oriente? ¿Y, acaso, no resultan innecesarias, desde ese punto de vista, muchas de las costumbres, usos y contenidos masónicos, frente a la complejidad y sofisticación del mundo actual?

Precisamente, el prurito de lo nuevo cuajó en la modernidad hasta un nivel paroxismático, al punto que, lo anterior, lo viejo, lo ancestral, lo vernáculo, quedó siempre

cercano o equivalente a la obsolescencia. Si contemporizamos, si nos desarrollamos en la idea de la innovación, ¿qué categoría ocupa en nuestras preocupaciones el relictos vivo de las antiguas simbologías, de los antiguos ritos, de las antiguas prácticas y doctrinas?

Debemos, pues, ser cautos y saber buscar el equilibrio necesario entre aquello que recibimos como herencia y lo que constituye lo fundamental de lo nuevo. Tengamos presente que, contemporizar nuestro conocimiento a ultranza, es una circunstancia que, muchas veces, en muchos aspectos de la vida, termina por erradicar muchas de nuestras acendradas visiones.

¿Acaso, como un reflejo de contemporización modernista, los signos zodiacales que adornan el templo, no provocan muchas veces una sutil irritación, que se esconde en la acidez de un comentario liviano, tenuemente ácido, planteado de modo de no ofender cierta idea sacra de los componentes masónicos?

Desde luego, la tendencia de no abordar decididamente el estudio zodiacal, en nuestros talleres, tiene una explicación que podemos relacionar con la influencia cultural occidental cartesiana y modernista.

Como ya hemos planteado, hasta hace poco, en el mundo intelectual occidental, bajo la influencia de las visiones empíricas y reduccionistas, se hizo anatema de la religión, de la astrología, de la sabiduría vernácula de los pueblos originarios, de la filosofía. Desde esa visión se aseveró que los únicos problemas genuinos eran los problemas científicos. Se afirmó que la metafísica carecía estrictamente de sentido, y que a la filosofía no le quedaba más camino que la práctica del análisis dirigido hacia las teorías y conceptos que impone la ciencia.

Desde la óptica modernista, la ciencia ha revelado las formas, los números y las leyes que instauran el Universo, que es una máquina perfecta, una armazón matemática, que se mueve perpetuamente, de manera autofundante y autosuficiente. Esta

visión ha despreciado a aquellas que no tengan un asidero empírico, que no sean evidentes a través del método científico, minusvalorando las manifestaciones de búsqueda de la verdad sustentadas en premisas eminentemente espirituales.

Tal concepción, típicamente occidental y profana, permeó a la F.: M.: de los países europeos y americanos, y, en consecuencia, a la chilena, pues, la intelectualidad que ha nutrido las filas de la Orden, desde el siglo XIX, ha sido, de un modo muy significativo, influida por ella. La comprensión de muchos masones, entonces, ha estado determinada por el culto a la verdad científica, donde todo sustento teórico ha descansado en las "evidencias científicas de la naturaleza y del progreso humano". En la consolidación de esa visión han influido también dos concepciones ideológicas, que han estado también presentes en los masones chilenos: la liberal y la socialista.

Estos contenidos, sin duda, han generado una dicotomía fundamental en la F.:M.: , que ha estado presente desde los orígenes de la Orden en Chile: aquella que se manifiesta entre el verbo cientifiquista, de una parte de sus miembros, y la conminación esotérica – desde luego, acientífica, esencialmente subjetiva – de su simbología. El trabajo masónico, por excelencia, se basa en el estudio de símbolos, en el cual, se manifiesta la relación entre el *simbolizante*, es decir, la imagen del elemento perceptible, y lo *simbolizado*, lo no perceptible, lo que para cada individuo constituye el significado. Para Jung, el símbolo representa algo mas que su significado inmediato y obvio, "tiene un aspecto inconsciente más amplio que nunca está definido con precisión". Es más, cuando hay cosas más allá del entendimiento humano, dice Jung, "usamos constantemente términos simbólicos para representar conceptos que no podemos definir o comprender completamente".

A partir de elementos simbólicos, el masón construye alegorías y conceptos, que corresponden a interpretaciones

singulares, que son coincidentes en los aspectos formales, con las que expresan los demás, pero, que, íntimamente, son una construcción personal, en la cual se conjugan las funciones afectivas y valorativas, es decir, su emocionalidad. Y es, a partir de nuestras emociones, como construimos nuestras ideas del mundo, de la realidad, de lo que nos rodea. Ellas nos permiten hacer inteligible lo que percibimos, desde nuestra singularidad como personas.

Las distintas opciones del conocimiento humano – la filosofía, la ciencia, la religión -, si bien ofrecen posibilidades para responder las grandes interrogantes del masón - ¿Qué somos?, ¿De donde venimos?, ¿Para donde vamos? -, no le permiten una respuesta mas allá del ámbito de sus propias creencias, de su recursividad, de su construcción autopoietica.

Ergo, si el trabajo masónico se funda en la especulación - filosófica, axiológica, epistemológica, metafísica – sin duda, un conocimiento especulativo, como es la astrología, es compatible con lo que regularmente determina nuestras prácticas y doctrinas, pues, ésta se liga, en lo fundamental, con lo que constituye el ser y el hacer masónicos: conocer al hombre. De tal modo, que, la valoración del simbolismo zodiacal que planteo, descansa en la convicción de que, los signos del Zodiaco en el templo masónico, ponen en evidencia un conocimiento que busca relacionar al hombre de una manera más integral con el Cosmos del cual es parte, y que, como todos los seres vivos, estamos determinados por ese Cosmos de un modo definitivo.

Pero, la Masonería también nos plantea que hay diversas lecturas que podemos hacer, para comprenderlo, porque el Cosmos, la Naturaleza, la realidad, son scrutables, desde la visión que cada cual tiene, porque cada observador, cada conciencia, es un observador singular, individual y único. Esto es muy importante, en la postura del empirismo, la relación entre el observador y lo observado nunca fue planteada como un problema

radical, puesto que la realidad era considerada como una entidad en si misma, y el observador debía mirarla tal cual era, desde el ángulo de un simple testigo, de un modo neutral. Sin embargo, la visión que impone el pensamiento complejo y las visiones post-racionalistas, es que la realidad es multiprocesal y multidireccional. La observación de un observador depende de un orden que él introduce, y de la cual él es parte integrante.

Al estudiar el simbolismo zodiacal, desde el punto de vista masónico, ambas alternativas - la empírica y la compleja - tienen un espacio en la especulación iniciática. Sin embargo, a mi modo de ver, el empirismo tiende inevitablemente al reduccionismo, y como dice Edgar Morin "la tendencia a la reducción es la que nos priva de la potencialidad de la comprensión". Como masones, debemos buscar respuestas más amplias, más integrales que la sola asimilación de información. Debemos buscar una comprensión mayor del Universo del que somos parte, o del Multiverso, la complejidad que surge de muchos y distintos observadores. Somos buscadores de la Verdad, a partir de nuestra individual capacidad cognoscente, y, según una antigua máxima masónica, *el mejor templo de la Verdad es el Universo*. El estudio zodiacal, es una perspectiva de gran alcance en ese sentido.

CONCLUSION

Al concluir esta plancha, quisiera sintetizar algunas de las ideas expuestas, en términos de poner énfasis respecto de ciertos criterios vertidos en su desarrollo.

En primer lugar, creo conveniente insistir en que el simbolismo zodiacal merece una preocupación mayor, que la posible de observar en los actuales planes docentes de las logias y del gobierno superior de la Orden. En cuanto exista una recurrencia mayor del estudio de este símbolo, sin duda, permitirá una perspectiva más amplia en las concepciones individuales,

respecto de los orígenes de la F.:M.:, en relación a sus objetivos, así como una comprensión mayor respecto de las visiones del pensamiento que emergen frente a la crisis de la modernidad.

Considero, frente a lo expuesto en el desarrollo de este trabajo, que la lectura del simbolismo que nos plantean las doce columnas, adornadas por los doce signos, nos propone que la Gran Obra es imposible de sostener sin una profundización en la búsqueda de respuestas frente al enigma de la vida, de tal modo que, de manera esencial, el Zodíaco simboliza la búsqueda del hombre - su esfuerzo cognoscente -, la búsqueda tras las claves de la vida, del Universo y del hombre mismo, por lo cual, se hace necesario su estudio desde el momento mismo en que la impronta del "*Buscar y encontraréis*" determina la conducta del Iniciado.

Pero, también es importante tener presente que los signos zodiacales y las columnas, así como todos los símbolos que ornamentan el Templo, son una creación humana. La bóveda de la logia, que representa lo infinito, lo inconmensurable, descansa en las columnas. Ello nos dice que cualquier visión que tengamos del Universo, descansa en nuestros conceptos, en nuestras limitaciones, en nuestras fortalezas y debilidades. Por lo demás, no debemos olvidar que los conceptos de finitud e infinitud, han sido creados también por el hombre, en su propósito de interpretar la integridad cósmica.

Otra idea expuesta es que, los signos zodiacales en el templo masónico, nos hacen notar que hay un conocimiento que está simbolizado de modo coherente, en consecuencia, con una percepción humanista del Cosmos. Este conocimiento implica una cosmovisión, una forma de ver la realidad, de ver el Universo centrado en el Hombre. Desde sus orígenes auténticos, la astrología es una manifestación del pensamiento humanista, porque su preocupación esencial es el Hombre, al dedicarse al estudio del eventual influjo de ciertos astros en las personas.

Obviamente, también es una forma de conocimiento, una forma de desarrollo de las perspectivas cognitivas, que permite tener una comprensión del individuo, respecto de su rol en la vida y en la realidad. Esa forma de ver el Universo implica un reconocimiento, una valoración, una comprobación de la relación entre el Hombre y el Universo, que debemos entender de manera holística, en toda su complejidad.

El conocimiento zodiacal se asocia con la filosofía, desde un punto de vista metafísico; se asocia con la ciencia, desde un punto de vista metodológico; con la religión, desde un punto de vista paradigmático. Pero, por sobre todo, se asocia con el complejo esfuerzo de tratar de entender el Universo y la Naturaleza, desde su particular método interpretativo de los fenómenos que pueden determinar la vida del hombre.

Cuando observemos, entonces, los doce signos en las doce columnas, sosteniendo la cadena de unión, y sobre el friso, la bóveda celestial que se abre hacia la inmensidad cósmica, démonos el tiempo para pensar que la Gran Obra es inconmensurable en su proporciones y alcances, y que nos falta mucho que aprender de ella, por lo cual, nuestras concepciones y convicciones mas arraigadas, solo son un minúsculo esfuerzo por tratar de comprender el Universo.

Démonos, pues, tiempo para indagar, con libertad, libre de prejuicios, en torno a lo que la sabiduría de los masones o los sabios de otros tiempos nos dejaron como herencia, porque solo en verdadera conciliación con el pasado, podemos darle un sentido real a lo nuevo, y a nuestra marcha entre columnas, bajo las constelaciones del firmamento.

*

* *

MASONERÍA Y SIMBOLISMO ZODIACAL

Los templos de la Masonería Universal son representación simbólica de lo que, los masones de cada rito, consideran necesario destacar como los contenidos fundamentales de su concepción masónica. Sin embargo, más allá de tales particularidades, la gran idea que se expresa siempre en la distinción espacial y simbólica del lugar destinado al desarrollo ritual – el templo – es que corresponde a una representación simbólica del Universo.

En el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, aquello se hace mucho más patente que en otros Ritos, que presentan muros menos dotados de componentes simbólicos, por ejemplo, en el Rito de Schroeders. La idea del Universo en el R.º E.º A.º A.º se manifiesta tangiblemente en la presencia de los signos del zodiaco, y las doce columnas que sostiene la bóveda sideral.

En este Rito, los signos zodiacales están ubicados a veces en las mismas columnas, como es el caso de la masonería chilena o mexicana, o bien, en el cielo del templo, sobre las columnas, como ocurre en la masonería colombiana.

En los nuevos Manuales de Procedimientos para Tenidas de Primer Grado de la Gran Logia de Chile, se señala: "*En la parte superior de los muros o sobre las columnas, mejor aún, alrededor de la Bóveda Celeste, irán pintados los doce Signos del Zodiaco, según el orden que les corresponde a las estaciones del hemisferio norte de la tierra*". A estos componentes simbólicos se agregan el sol y la luna en el oriente, y sobre las dos columnas del pórtico, una granada y una esfera, que sumados al lazo o cadena que circunda el templo por el friso, robustecen la idea de universalidad o de concepción cósmica.

Obviamente, no puede obviarse una explicación respecto de esta última afirmación, considerando el valor que tiene la propuesta de la ciencia actual, respecto de un mundo caótico, divergente de la concepción de origen greco-pitagórica de un cosmos, o universo ordenado y armonioso. Sin embargo, ontológicamente el hombre tiene que dar un orden para organizar su estudio y proveerse de una metodología de búsqueda, por lo cual, más allá de la naturaleza caótica, todo constructo intelectual por excelencia requiere de un orden indagatorio.

La importancia que tienen los signos del zodiaco en la Masonería es trascendental. En primer lugar, porque, todos los componentes simbólicos que están presentes en la ornatuza del templo, ligan a la Masonería a las tradiciones iniciáticas y esotéricas de más antigua data en la historia del Hombre. De ellos, las concepciones astrales relacionan a la Masonería con las remotas formas de conocimiento y sabiduría de la civilización humana.

Ellos no conectan a una *Masonería profunda*, que tiene sus raíces en las elaboraciones más sublimes de la sabiduría del hombre, y que mantienen sus constantes en el sentido trascendente de la naturaleza del *homo sapiens*.

Vilipendiada, por cierto, absolutismo empírico y por los prejuicios de la modernidad, la indagación zodiacal es un punto de unión con una forma de exploración especulativa, tan válida como otras disciplinas que profesionalmente tienen más reputación en el concepto academicista del conocimiento. Esta indagación acompañó al hombre por más de tres milenios, para sucumbir en su legitimidad bajo la impronta de la modernidad, anatémizada y caricaturizada, como lo han sido otras formas del conocimiento.

Es lo que también ocurre con el alquimismo, que ha sido motejado como una obsesión por la transmutadora de los metales. Por cierto, quien piense que el objeto del estudio zodiacal, que emerge con las primeras culturas humanas, bajo la anatémizada

denominación de "astrología", es una simple búsqueda horoscópica de adivinación cotidiana del futuro, está haciendo una caricatura. Consideraciones más extensas sobre el tema, están presentes en un trabajo que me correspondió presentar ante la Respetable Logia de Estudios e Investigación Masónicos "*Pentalpha*" # 119, publicado en el Anuario 2001, que apunta a una revaloración de la astrología y del estudio zodiacal y a su presencia simbólica en la Masonería.

El objetivo de éste artículo, apunta más bien a señalar algunos aspectos interpretativos del simbolismo zodiacal.

El primer aspecto que debemos tener presente, es que los signos zodiacales representan la idea cósmica. Esto, es el sentido pitagórico de un orden del Universo, que el hombre construye para entenderlo, para desentrañar sus misterios, sobre una mirada trascendente que se sostiene en la trina indagación consustancial del pensador: ¿qué somos?, ¿de donde venimos?, ¿para donde vamos?

El segundo aspecto, es que, el Zodíaco no solo está presente en los signos que adornan el templo. En algunos Orientes, la venda que cubre los ojos del recipiendario, durante la ceremonia de iniciación, es también llamada "Zodíaco". Esto puede tener varias interpretaciones simbólicas, algunas de ellas absolutamente contrapuestas, según el acento o perspectiva en que se perciba la explicación simbólica. La banda muaré que tuerce el pecho del maestro, también es identificada con la franja zodiacal, queriendo representar con ello que el hombre, al acceder a la maestría, se encuentra en el centro mismo del Universo.

Tenemos pues que, en un sentido general, los signos zodiacales establecen la relación simbólica con el Universo, y la ubicación de ellos en el Templo debe tener un orden en su distribución, manteniendo la condición cósmica.

Para determinar masónicamente ese orden, resulta irrelevante la ubicación o el determinismo hemisférico que puedan

darse respecto al carácter de la orientación del templo, sea boreal o septentrional. Por un efecto cultural y de fidelidad a los orígenes boreales el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, la disposición del templo masónico ha quedado con un *norte simbólico*, no hemisférico, representativo de los fríos y las sombras, de lo incipiente y remoto, y con un *sur simbólico*, que representa el calor y la plenitud de la luz, de lo logrado y cercano.

Este factor determina la disposición boreal de los seis primeros signos (Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo y Virgo), y septentrional de los otros seis (Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis). Esto se compatibiliza con la idea del desplazamiento del Sol por la franja zodiacal durante un año, en tanto los trabajos masónicos simbólicos, efectivamente, dan condición solar a quien preside la logia, que desarrolla su acción desde el norte hacia el sur (recordemos, por ejemplo, como circula la palabra).

En consecuencia, el primer signo (Aries), debe ubicarse inmediatamente a la derecha del Venerable Maestro, seguido hacia occidente, por el norte, de manera consecutiva, por los otros cinco signos boreales. Continúan por el sur, de occidente a oriente, para terminar en Piscis, junto al oriente.

En el libro "*Guía de Oro del Francmasón*", Luis Umbert Santos⁴³, éste notable autor masónico señala la relación zodiacal con los oficiales de una logia del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, al indicar: "*Las dignidades de la logia son 12, porque doce son las columnas del Templo de Salomón, equivalentes a los 12 signos zodiacales o los meses del año, eternos apoyo del tiempo*".

En tanto, Francisco Javier Peña⁴⁴, agudo investigador masónico chileno, se sumó a un planteamiento pre-existente de

⁴³ Publicado por la Editorial Humanidad (México, 1948)

⁴⁴ Trabajo realizado para la Logia de Investigación Masónica "*Pentalpha*", hace más de tres lustros, y que se publicó año en "*Temas Masónicos*" # 8.

que los signos zodiacales en el templo masónico, representan doce facultades del espíritu. Así, Aries es la voluntad guiada por el cerebro; Tauro, la fuerza del pensamiento silencioso; Géminis, la unión de la razón y la intuición; Cáncer, el equilibrio entre lo material y lo espiritual; Leo, los anhelos del corazón; Virgo, la realización de las esperanzas; Libra, la percepción externa equilibrada; Escorpión, la generación de las ideas; Sagitario, la facultad organizadora del espíritu; Capricornio, la regeneración o renacimiento; Acuario, la ciencia y la verdad; y Piscis, la paciencia y la obediencia.

Uniendo ambas ideas, si el tránsito del Sol marca o determina la condición y cualidad del tiempo, referencia humana necesariamente humana – cósmica -, como el Venerable Maestro marca y determina el hacer de la logia, podemos establecer las siguientes relaciones, entre los signos zodiacales, las facultades del espíritu y los trabajos de una logia masónica:

	Signos boreales	
Aries	la voluntad guiada por el cerebro	Secretario
Tauro	la fuerza del pensamiento silencioso	Hospitalario
Géminis	la unión de la razón y la intuición	Experto
Cáncer	el equilibrio entre lo material y espiritual	Maestro de Banquetes
Leo	los anhelos del corazón	Primer Vigilante
Virgo	la realización de las esperanzas	Guarda Templo
	Signos septentrionales	
Libra	la percepción externa equilibrada	Segundo Vigilante
Escorpión	la generación de las ideas	Bibliotecario
Sagitario	la facultad organizativa del espíritu	Maestro de Ceremonias
Capricornio	la regeneración o el renacimiento	Tesorero

Acuario	la ciencia y la verdad	Orador
Piscis	la paciencia y la obediencia	Ex Venerable Maestro

No es el propósito de este breve ensayo explayarnos con extensión respecto de estas relaciones que hemos apenas esbozado, y que buscan solo ser sugerentes propuestas para un estudio más particular y acabado.

Sin embargo, apropósito de los que hemos expuesto, en otro de sus libros, Luis Umbert Santos⁴⁵, en el capítulo referido a las "Exequias Masónicas", pone relevancia en la presencia zodiacal que también se pone de manifiesto en la ceremonia fúnebre, al decir: *"El templo revestido de colgaduras negras, sembradas de lágrimas y guarnecidas de galones y borlas de plata, presentan un triste y majestuoso aspecto. Todos los símbolos y emblemas que lo decoran, al igual que el trono del Venerable Maestro y los bufetes de los Dignatarios y Oficiales, y los asientos de los Obreros, se hallan cubiertos de negro crespón. Alrededor del friso se destacan solamente los cuatro signos del zodiaco: el de Géminis y Leo, al Norte, y el de Libra y Acuario al Sur, para significar que la muerte alcanza a los hombres de todas las jerarquías y edades"*.

Como podemos ver, las sugerencias simbólicas que pueden derivarse de la presencia simbólica del zodiaco en el templo masónico pueden ser crecientes. Lo importante es que, en el contexto de la necesaria presencia de los signos zodiacales, en la ornatura del espacio en que los masones trabajan sus ritos, se da la posibilidad de acoger una propuesta de conocimiento, que la antigua sabiduría del hombre dejó como un trascendente legado.

En virtud de ello, la Gran Logia de Chile, en la publicación reciente de sus Manuales de Procedimiento para Tenidas, deja

⁴⁵ "Manual Ortodoxo del Maestro Masón" (Editorial Humanidad, México, 1947)

establecida la importancia en la decoración del templo los siguientes criterios. En el caso del templo de Aprendices: *"En la parte superior de los muros o sobre las Columnas, mejor aún, alrededor de la Bóveda Celeste, irán pintados los doce Signos del Zodiaco, según del orden que les corresponde a las estaciones del hemisferio norte, por ser allí donde se originó nuestro Rito"*⁴⁶. En cuanto al templo de Compañeros, señala: *"El cielo está adornado por la Bóveda Celeste que descansa sobre las 12 Columnas zodiacales"*⁴⁷. Y en el caso del templo de Maestros: *" El cielo descansa sobre las 12 Columnas zodiacales"*⁴⁸.

*

* *

⁴⁶ *"Manual de Procedimiento para Tenida de Primer Grado. Logia Simbólica. Rito Escocés Antiguo y Aceptado"*. Gran Logia de Chile. Oriente de Santiago de Chile. Año 2002. Pag. 12

⁴⁷ Idem. pag 12

⁴⁸ Idem. pag 12

***MONOGRAFÍAS
HISTÓRICAS***

DEL DEBATE DE LA REGULARIDAD Y LA REIVINDICACIÓN MASÓNICA DE LAS LOGIAS “LAUTARO”

INTRODUCCIÓN

Desde ya hace mucho tiempo, entre los masones de América Latina ha existido una controversia, cuyos alcances han llegado hasta los eruditos europeos, sobre el carácter que tuvieron las vulgarmente llamadas *Logias Lautarinas*. Las ópticas de enfoque no han podido ponerse de acuerdo, debido a las más variadas intensiones y antecedentes.

El presente intento pone énfasis en algunos aspectos, que permiten agregar algunas perspectivas de análisis, para quienes hoy incursionan en esta temática historiográfica, donde aún queda algo que decir, y mucho por interpretar.

Lo hago con la convicción de que, los antecedentes que renombrados historiadores han tenido a la vista, hace 50 o más años, hoy se han visto incrementados con nuevas referencias, que hacen mirar a esas logias de una manera más amplia que las ya conocidas, y que son referenciales en este debate apasionante, en el cual debemos confrontar ideas y referencias, con muchos interesados en probar la inexistente relación de los *lógicos lautarinos* con la masonería.

Me asiste la convicción que, para los masones latinoamericanos, tiene mucha importancia la reivindicación masónica de esas logias, porque ello nos da la primera prueba de una masonería verdaderamente latinoamericana, cuando todo lo masónico en ese tiempo tenía una marcada identidad e dependencia de la metrópoli colonial.

Así, pues, en la medida que reivindicuemos a las *Logias "Lautaro"* en su condición masónica justa y perfecta, estaremos estableciendo una identidad histórica propia en el hacer masonería, que abre espacio para nuestra afirmación cultural y espiritual, contribuyendo, a través de ello, a nuestra condición plural, diversa, pero, extraordinariamente definida como realidad continental.

Si somos naciones, si somos países, si somos comunidades específicas en el concierto mundial, es porque hubo una comunidad de individuos que nos hicieron latinoamericanos, y en muchos de ellos palpité la buena nueva humana, que la masonería representa como movimiento espiritual singulárisimo.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LAS LOGIAS "LAUTARO"

Respecto de los antecedentes históricos de las *Logias "Lautaro"*, existe una bibliografía que se ha ido acrecentando en el tiempo. En el Primer Simposio de Investigación Histórica, que organizara la Respetable Logia de Investigación y Estudios Masónicos "*Pentalpha*" # 119, el año 2006, cuyas ponencias han sido publicadas en el libro "*La Masonería Chilena en América Latina*", el joven historiador Felipe del Solar, presentó una ponencia centrada en un balance bibliográfico⁴⁹ en torno al tema, en el cual da cuenta de casi 40 trabajos historiográficos publicados, desde fines del siglo XIX hasta ahora, donde se hace presente el debate sobre el rol de las popularmente llamadas "*Logias Lautarinas*" en la Independencia de Argentina, Chile y Perú, y sobre su eventual calidad masónica.

⁴⁹ "*La Francmasonería y la Independencia de América. Un balance bibliográfico*", Felipe del Solar, en "*La Masonería Chilena en América Latina*", Temas Masónico # 11, Logia de Investigación y Estudios Masónicos "*Pentalpha*" # 119, Chile, 2006.

Su balance parte con la obra de Benjamín Vicuña Mackenna, “*Vida de O’Higgins*”, en la cual pone en evidencia el rol jugado por la Logia “*Lautaro*” en las campañas militares de la Independencia, desde la batalla de Chacabuco (1817) en adelante. Esta relación del Libertador con la logia, la hace más evidente Miguel Luis Amunátegui en su obra “*La Dictadura de O’Higgins*”, mientras coetáneamente, en Argentina se conocen las obras de Bartolomé Mitre “*Historia de Belgrano y de la Independencia de Argentina*” y “*San Martín y la Emancipación Sudamericana*”, las que son el punto de partida de un ya largo debate sobre la participación de las *Logias Lautarinas* y su importancia en la lucha independentista.

En Chile, además de Vicuña Mackenna y Amunátegui, según Del Solar, son referencias sobre el tema, los trabajos de Barros Arana, Benjamín Oviedo, José Miguel Irrazábal, Jaime Eyzaguirre, Fernando Pinto Lagarrigue, Eugenio Orrego Vicuña, Fernando Campos Harriet, Regio Fernández Larraín, Julio Heisse, Luis Valencia Avaria, Francisco Herrera Valdés, René García Valenzuela. Las líneas de investigación más recientes, son las del propio Del Solar y la de Carlos Wise.

En Argentina, en tanto, después de Mitre, es necesario considerar a Antonio Rodríguez Zúñiga, Martín Lazcano, Juan Canter, Augusto Barcia Trilles, Rómulo Avendaño, Armando Tonelli, Pilar González, Alfonso Fernández Cabrelli, y Enrique de Gandia.

Referencias importantes más allá de los autores citados, son los destacados esfuerzos de Ramón Martínez y Américo Carnicelli.

Frente a esos trabajos, uno de los factores que se debe tener presente en el debate sobre la reivindicación o refutación del carácter masónico de las mal llamadas *Logias Lautarinas*, es que, cuanto más antiguas son las opiniones, tanto en uno o en otro sentido, estas fueron emitidas desconociendo muchos aspectos

documentales que, en el campo de la historiografía, solo ahora vienen a ser mensurados o tenidos a la vista para un mejor análisis de los datos. Aún así, hay mucha documentación que aún queda por analizar y a la cual echar mano. Hay testimonios que recién vienen a adquirir presencia, o que vienen a ser valorizados, y que los historiadores del pasado no tuvieron a la vista.

De allí que, en la medida que haya nuevos concursos de antecedentes y referencias, ellas permitirán ir consolidando la afirmación de que, efectivamente, todo conduce a reconocer a los *lautarinos* como lo que efectivamente fueron: masones unidos por lazos espirituales de carácter fraternal, que se vieron sometidos a la vivencia de su época, donde una parte del mundo vivió un cambio radical, que como todo evento histórico de esos alcances, cambió muchas cosas, en tanto otras perduraron sorteando con éxito aquel momento de inflexión.

SOBRE EL ORIGEN Y FUNDAMENTO DE LA REGULARIDAD

En los tiempos que vivimos, lo relativo a la Regularidad Masónica, constituye una definición conceptual de prístina comprensión. Las logias esparcidas por la faz de la Tierra pueden ser claramente identificables en su regularidad, tienen documentación y archivos que respaldan su existencia y legalidad, existen sedes perfectamente establecidas dentro de las legislaciones de cada país, se desarrollan instancias de reconocimiento y relación entre poderes masónicos, y las tradiciones que organizan ritualística y doctrinariamente los trabajos masónicos tienen una identidad e identificación sobre la base de institutas claramente validadas por la Masonería Universal.

Los basamentos que dan referencialidad a la regularidad masónica tienen una impecable línea doctrinaria y tradicional, para nosotros, los masones chilenos, cimentada en los siguientes

hitos: las Constituciones de Anderson, el Convento de Lausanne de 1875, el Convento de París de la AMI de 1927, y la Declaración de la Gran Logia de Inglaterra del 4 de septiembre de 1929, sobre Principios Básicos para el reconocimiento de Grandes Logias.

Sin embargo, frente al tema que nos ocupa, en esta oportunidad, es de suyo importante definir cómo era entendida la regularidad, a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, momento histórico en que emergen las Logias “*Lautaro*”.

Una autoridad en el estudio historiográfico masónico, Eduardo Phillips, quien fuera miembro del Círculo de la Correspondencia de la Logia de Investigación “*Quatuor Coronati*” de Londres, miembro de la Sociedad para la Promoción de los Estudios Helénicos de Londres, y dos veces Gran Dignatario de la Gran Logia de Chile, asevera que “*el concepto de Regularidad Masónica comenzó a elaborarse sólo después que las dos Grandes Logias que existían en Londres, en la primera mitad del siglo XVIII, la de los Antiguos y la de los Modernos se propusieron resolver sus mutuas pretensiones hegemónicas, lo que sólo vino a lograrse en la segunda década del siglo pasado*”⁵⁰ (se refiere al siglo XIX).

Por cierto, cuando este erudito masón se refiere al concepto de regularidad, está refiriéndose al actual concepto, que sostiene la identificación y modalidad que hace de lo masónico una actividad humana, regida por ciertos usos y costumbres que le son exclusivos y determinantes en su calificación. Sin embargo, el concepto mismo de *regularidad* nace con las Constituciones Andersonianas, aún cuando su plenitud comprensiva, tal como la reconocemos hoy, se logre solo luego de dos siglos.

⁵⁰ “*Sobre la regularidad masónica*”. Eduardo Phillips M. Anuario # 2, Logia de Investigación y Estudios Masónicos “*Pentalpha*” # 119. Año 1986. Santiago, Chile.

Así, la definición de “logia regular” ya aparece en la Constitución de Anderson del año 1723, cuando se refiere a las Reglas Generales, recopiladas por el Gran Maestre George Payne el año 1720, siendo aprobadas por la Gran Logia de Londres, el día de San Juan Bautista del año 1721. En la Regla N° 8 se establece: *“Si algún grupo de hermanos formara una logia sin la Carta Constitutiva (warrant), expedida por el Gran Maestre, las logias regulares no los ayudarán ni los considerarán como masones regulares, ni aprobarán sus actos ni hechos, sino que los tratarán como rebeldes, hasta que se humillen según disponga la prudencia del Gran Maestre y los apruebe con su carta constitutiva, que comunicará a las otras logias, como se acostumbra cuando se anota una nueva logia en el Registro General de Logias”*.

A partir de entonces, y tal vez recogiendo una tradición de siglos anteriores, ninguna logia puede existir sin este Título de Constitución (*Charter o Warrant*), que es al mismo tiempo una especie de certificado de nacimiento y un permiso para trabajar masónicamente. De este modo, la regularidad o legitimidad masónica se refiere al cumplimiento de las Logias o Grandes Logias de los principios fundamentales de la Masonería.

Entonces, la regularidad de una logia está relacionada con la legitimidad de su origen, es decir, que haya sido patrocinada y aceptada por una Autoridad Masónica debidamente calificada para hacerlo y la regularidad de una Gran Logia está vinculada al reconocimiento declarado por otra Gran Logia catalogada de regular en el concierto masónico internacional. El documento que acredita esta condición de regularización y legitimidad se denomina Carta Patente.

Con el paso del tiempo, no bastará con aquello, puesto que además un poder masónico legítimo debe ser reconocido y aceptado por la Gran Logia Unida de Inglaterra, que ejerce el papel acreditador por ser la Gran Logia Madre del Mundo. Es esta

Gran Logia la que, en última instancia, dictamina si una Potencia Masónica de cualquier parte del mundo es regular o no. Esta función acreditadora de la regularidad no se limita sólo a las Grandes Logias en formación, sino que también se extiende a aquellas Grandes Logias que, aunque estén funcionando regularmente, es decir, en poder de una Carta Patente debidamente expedida, pueden ser calificadas de irregulares por el abandono de algunas de las disposiciones estimadas como principios doctrinarios fundamentales de la Masonería Universal.

Sin embargo, esto que nos parece normal en las condiciones de hoy, no siempre fue así. Sobre todo cuando la Gran Logia Madre de la Masonería contemporánea vio disminuido su poder, producto de la discrepancia entre los “antiguos” y los “modernos”, que determinó la existencia de dos poderes reguladores y acreditadores, en el mismo siglo en que se fundara la Gran Logia de Londres.

En efecto, en 1751, emerge en Londres una Gran Logia rival, que comenzó a trabajar en instancias en 1739 y cuyas ideas eran contrarias a las sustentadas por la Gran Logia, fundada en 1717. Sostenían estos cismáticos que la Gran Logia de Londres se había desviado de la verdadera doctrina tradicional, al no cumplir con ciertas exigencias de tipo religioso.

Sabemos que la situación solo sería salvada en 1813, al constituirse la Gran Logia Unida de Inglaterra, donde se suscribieron veintiún artículos, ratificados por las Asambleas de los dos poderes masónicos correspondientes, poco después. La pugna original, fue zanjada a favor de la doctrina promovida por los “antiguos”, quedando fuertemente debilitada la opción que estuviera representada en los contenidos de las Constituciones Andersonianas.

Pero, mientras duró el Gran Cisma del siglo XVIII, la expedición de cartas patentes por los dos poderes antagonistas, fue abriendo paso a dos comprensiones de la masonería que marcarán

el gran debate que históricamente ha dividido a los masones, y que se hizo presente entre los *antiguos* y *modernos* en Inglaterra. De igual forma, fue generando una situación de descontrol en la forma como se regulaban las acreditaciones que hacían válida la regularidad de las nuevas logias y Grandes Logias. A la realidad cismática, se irán añadiendo otros aspectos, que también tendrán un impacto, como son los factores nacionales, culturales y la propia capacidad interpretativa de quienes eran investidos en condición de mandatarios para promover la gestación de logias, en distintos lugares del mundo. Esto último será determinante en la explosiva generación de ritos y formas de entender lo masónico.

El erudito masón, León Zeldis Mandel⁵¹, sostiene en uno de sus trabajos frente a aquella época: *“No existían el control y la disciplina actuales, y cuando una Gran Logia se constituía en algún lugar, debían pasar muchos años antes que tuviera éxito en imponer cierto orden y obediencia sobre las Logias que la componían. Hubo casos de logias que trabajaron durante decenas de años sin afiliarse a ninguna Gran Logia, y hubo aquellas, como en el caso de la Logia de York (en Inglaterra), que reivindicaron para sí las prerrogativas de una Gran Logia. Muchas logias extendían carta constitutiva a otras logias, asumiendo el título de Logia Madre”*.

Así tenemos que, hacia fines del siglo XVIII, la Masonería tenía presencia en los principales países de Europa y en Estados Unidos, y las cartas patentes de las nuevas logias viajaban en carruajes, a lomo de caballo y barcos, esparciendo su cimiento por distintos lugares del mundo. Muchas de esas cartas patentes desaparecieron en naufragios o cayeron en poder de cuatreros de caminos, o simplemente se perdieron en circunstancias de la más variada índole.

⁵¹ *¿Que es el Rito York?* León Zeldis.

www.geocities.com/mason_inf/044_arcoreal_rito_york_zeldis.doc.

Pero, también, muchos de aquellos que eran iniciados masones, en condiciones relativizadas por los factores interpretativos, propios de una doctrina no sistemáticamente difundida y aún sometida a condiciones cismáticas, hicieron que los medios de legitimidad se vieran ampliamente desbordados. Pese a ello, hubo algunos elementos que se mantuvieron por encima de todas las variables, y uno de ellos fue la debida autorización de constitución – la *Warrant* - expedida por un poder masónico ya existente.

En ese marco se produce la emergencia de las Logias “*Lautaro*”, que tendrán un impacto sustancial en los procesos de independencia de Argentina, Chile y Perú, y que nuevos hallazgos historiográficos dan presencia también en México.

LA IMPORTANCIA DEL CONTEXTO HISTÓRICO

El debate sobre la regularidad de las Logias “*Lautaro*”, necesariamente debe encausarse sobre la exacta comprensión del tiempo y el espacio histórico, en que les corresponde actuar. No es lo mismo hacer masonería, en América Latina, a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX que, en Inglaterra, Alemania y Francia. Las condiciones socio-culturales son absolutamente diferentes.

Bajo el colonialismo español, las condiciones del peso religioso católico y del papado, eran francamente medioevales, toda vez que la estructura de poder, encabezada por el rey de España, mantenían en su base a jefes militares locales y a párrocos, como cancerberos de la unidad de esa estructura de poder, ejerciendo una influencia y un control avasallantes sobre las conciencias y las conductas de los individuos, impidiendo cualquier tendencia a salirse de madre, ya fuere en un sentido político, religioso, social o cultural.

Sobre toda estructura jurídica e imponiendo su hegemonía sobre la sociedad civil estaba el Santo Oficio, dispuesto a sancionar con cárcel perpetua o con la muerte, todo aquello que tuviere un asomo de incongruencia con la visión lineal y excluyente de un catolicismo entendido desde la práctica hegemónica del poder.

En ese contexto, debemos entender que quienes son parte de estas Logias, no solo tenían la comprensión respecto de la necesidad de promover la independencia de España, como un objetivo político y económico, sino que también comprendían que había que romper con los lazos de una visión socio-cultural, donde las cuestiones de carácter religioso, que habían caracterizado la historia europea de los siglos previos, estaban allí en Sudamérica en toda su descarnada crudeza, dispuesta a arremeter como fiera sobre cualquier matiz de disidencia.

¿Qué riesgos podían enfrentar los emancipadores de América, en el caso de mostrarse abiertamente masones, y al decir masones, apostatas de la religión oficial del imperio colonial español? Muchos autores están para recordárnoslo. Pero, en esta ocasión citaremos a un autor masónico, Raúl Sharpe, quien nos señala: *“En 1738, el Papa Clemente XII lanzó una primera bula contra la Francmasonería. Apenas habían transcurrido dos décadas de su fundación. Le sigue otra bula papal condenatoria, la de Benedicto XIV, en 1751, fecha en que aparecería también el adversario interno - lo que es extraño si no novedoso - por análogas circunstancias. A la sazón, un panfleto publicado por la Sociedad Católica de la Verdad, dice en su parte pertinente: "los masones anglo-sajones no perjudican a la gente bien inspirada; admite que la francmasonería es "beneficiosa al país o, en todo caso, completamente inofensiva, enseguida, señala que el juramento secreto es uno de "los dos motivos más grandes de objeción"; que el otro y aparentemente más serio, es que la Francmasonería "tiende a socavar la creencia en la Cristiandad*

Católica al sustituirla por lo que es prácticamente una religión rival, basada en principios deístas o naturalistas”⁵².

Ignorar lo que sostenían los masones frente a esa tendencia hegemónica y excluyente, y la percepción que de ello podían tener los miembros de las estructuras de poder de la Sudamérica española, no podía ser peor para cualquier emancipacionista de ese tiempo. ¿Qué es lo que caracteriza el poder colonial español en América Latina, contra el cual se van a enfrentar los emancipacionistas de inicios del siglo XIX? Diversos historiadores contemporáneos nos entregan una clara identificación de la realidad que determina el estado social, cultural y espiritual de los países sometidos al poder colonial. Este se apoyaba, esencialmente, en el maridaje entre la estructura de dominación política, encabezada por la Corona española, y la estructura de dominación religiosa encabezada por el papado.

Frente a la realidad de América del Norte, que ya había logrado su independencia, en que la pluralidad confesional había obligado a un determinismo plural y tolerante, ello se confrontaba con un poder colonial español donde la religión católica era absolutamente hegemónica y prescindente de la existencia de otras confesiones. Mientras las colonias que dan forma a los Estados Unidos de América, se habían establecido a partir de migraciones multiconfesionales (protestantes holandeses, hugonotes, baptistas, cuáqueros, presbiterianos, luteranos, católicos, etc.), bajo el imperio colonial español la conquista y colonización se hizo bajo la égida de los pendones papales y de la corona. Ello se mantenía incólume bajo el poder de los Borbones, cuando sobreviene la aspiración emancipacionista.

⁵² “*La controversia masónica del siglo XVIII*”. Raúl Sharpe Anuario # 3, Respetable Logia de Investigación y Estudios Masónicos “*Pentalpha*” # 119. Año 1987. Santiago, Chile. Para más antecedentes ver “*Bulas antimasónicas*”, de José Bravo Llantén, Anuario # 4, año 1988.

Las relaciones entre el Estado, representado por la Corona, y la Iglesia Papal, estaban regidas por el patronato, en virtud del cual, el rey ejercía la suprema tutela sobre los nombramientos eclesiásticos. Ello era un factor determinante para que los administradores de la Iglesia, fueron absolutamente cómplices del poder político, aún cuando los Borbones hicieron una nueva interpretación del patronato, lo que pudo establecer cierta discrepancia en el ámbito europeo, pero, que sustancialmente no tuvo impacto en América.

Encargado de proteger ese maridaje, el Santo Oficio, desde 1569, se había encargado de sancionar todo matiz de diversidad espiritual y social. El Tribunal de la Inquisición estuvo a cargo de la Orden de los Dominicos, y *“realizaba sus pesquisas libremente. Para ello podía hacer comparecer a cualquiera, por alta que fuese su posición social. El sistema de obligar a confesar no era muy diferente al que utilizaba el poder civil: la tortura lisa y monda”*⁵³.

En ese contexto, todo el plan de emancipación, no podía sino descansar sobre estrechos lazos de hermandad, inspirados en un conjunto de valores que respondían a una condición espiritual que coetáneamente se expresaba en los movimientos de pensamiento modernizadores, que se habían desprendido de los determinismos religiosos del siglo XVIII. No olvidemos que eran hombres de fe, que reconocían los valores del cristianismo católico, sus dogmas principales y sus credos fundamentales, pero, que tuvieron la particularidad de identificar los efectos nocivos de una religión orientada a ser congruente con la estructura de dominación ejercida por el colonialismo y validada ética, moral y religiosamente por el papado. En ello fueron extraordinariamente exitosos y eficaces. Y su éxito fue, no solo político y militar, sino que también espiritual, social y cultural.

⁵³ *“Historia General de América”*. Luis Alberto Sánchez, Ediciones Rodas, España, 1972.

MIRADAS EN TORNO A LA REFUTACIÓN MASÓNICA

No debemos creer que quienes fueron parte de las *Logias "Lautaro"* solo estuvieron motivados por una voluntad estrictamente política. Eso constituye un error que tiende a la tipificación fácil y cómoda, para quienes quieren conducirnos a la descalificación masónica, donde hay tres vertientes.

Una, la de aquella mirada confesional que apunta a vincular la lucha independentista a la acción eclesial. Los historiadores con influencia confesional, no dudan en destacar todo nexo que permita unir las luchas libertarias contra el poder colonial con alguna influencia de la iglesia. Se ha llegado al absurdo, por ejemplo en Chile, de imponer la imagen de un "*Fray*" Camilo Henríquez participando de la lucha por la Independencia, en circunstancias llegó a Chile, en diciembre de 1910, luego de ser juzgado por la Inquisición por leer *El Contrato Social* de Rousseau, y tras haber participado en la insurgencia de Quito, para convertirse en un adalid de la lucha contra el poder religioso y en un precursor de la laicización, mucho antes que emergiera la señera figura laicista de Bilbao. Un prototipo de esta tendencia es claramente Jaime Eyzaguirre.

La segunda mirada, es la de ciertos puntillosos masones de hoy y de ayer, que por errores de percepción sobre el rol de las *Logias "Lautaro"*, creen ver en su acción un móvil esencialmente político y conspirativo, lejos de la más *pura doctrina* que no reconoce otros propósitos de acción masónica, que no estén señalados en torno a los objetivos fraternales y de perfectibilidad individual. Esa aprensión está fuertemente anclada en las opiniones de Oviedo y de René García Valenzuela. Recordemos que este último, respecto a las Logias "*Lautaro*", afirma que "*a menudo, tendenciosamente, se ha querido confundir con una*

organización masónica regular”⁵⁴. A estas miradas se suma el más reciente trabajo de León Zeldis, publicado en 1996. Una de las referencias masónicas que han surgido para desvirtuar la legitimidad masónica de las *Logias “Lautaro”*, ha sido Frederick W. Seal-Coon, de la Logia de Investigación “*Quator Coronatti*”, quien considera que no hay pruebas para reconocer condición masónica a Miranda y su conexión con las *Logias Lautarinas*.

Por otro lado, pesa mucho en quienes tienen un apego excesivo a un fidelismo masónico mal entendido, la visión conspirativa que han entregado otros historiadores, otorgándole a los *lógicos lautarinos* una condición de poder en las sombras, destinado a establecer un control perverso sobre nacientes repúblicas latinoamericanas. Esa lectura si bien es equidistante de las motivaciones de la primera mirada que señaláramos, responde a una misma intencionalidad antimasonónica. Es decir, si las *Logias “Lautaro”* fueron efectivamente masónicas, lo que trata de establecerse es una naturaleza conspirativa perversa en los actos de sus miembros. Esa lectura es la que se hace presente, por ejemplo, en la difusión de la serie “*Héroes*” en el Canal de la Corporación de Televisión de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se presenta a un O’Higgins dependiente de los dictados de la Logia, y a un Carrera que enfrenta esa conspiración oculta bajo los velos de un poder supranacional. Un planteamiento ciertamente antimasonónico que se basa en la ignorancia, puesto que Carrera fue iniciado masón.

La tercera mirada corresponde a una historiográfica sesgada por el desconocimiento respecto a las características de la Masonería. En ese ámbito de historiadores se encuentra, por ejemplo, el caso señalado por Felipe del Solar⁵⁵, representando

⁵⁴ “*El origen aparente de la Francmasonería en Chile y la Respetable Logia Simbólica ‘Filantropía Chilena’*”. René García Valenzuela, Imprenta Universitaria, Chile, 1949.

⁵⁵ *Ibid.*

por Francisco Herrera Valdés, supervisado por Ferrer Benimelli, quien indica que la presencia de clérigos entre los lautarinos, “es una prueba palmaria de que la ‘Lautaro’ no era sociedad masónica, ni podía tener ataduras con la masonería”.

Obviamente esa es una prueba de ignorancia sobre la masonería, no solo por los hechos históricos que dan cuenta de lo contrario, sino que también por una cuestión de doctrina masónica que no excluye entre su membresía a clérigos. De hecho, el reglamento de las *Logias “Lautaro”* establecía claramente que debía haber un clérigo, de la misma forma que en las logias inglesas debía haber un diácono. Conscientes los *lautarinos*, que no debía haber abundancia de sacerdotes, por las eventuales distorsiones en que podía incurrir, se estableció que debía haber *solo uno*. En esta tercera mirada está una parte importante de los refutadores historiográficos de la calidad masónica de las *Logias “Lautaro”*.

SEÑALES DE RELACIÓN MASÓNICA

¿Hay alguna relación de la Masonería con la independencia de la ahora llamada Latinoamérica? La pregunta es más que necesaria, como primer aspecto a dilucidar en el establecimiento de la filiación masónica de las *Logias “Lautaro”*. A pesar de las distintas opiniones que se encuentran en la bibliografía existente, sin embargo, es posible ir encontrando las primeras constataciones de una vinculación masónica, primero, sobre la base de ciertas señales claras en el aspecto documental, pero, por sobre todo en lo cultural y doctrinario.

Cuando se analiza la Independencia de Estados Unidos, es imposible no tener presente la filiación masónica de sus hombres más significativos. Desde el episodio del *Boston Tea Party*, en que tienen activa participación los miembros de la *St. Andrew Lodge*, que se reunían en la *Taberna del Dragón Verde*. Esa logia

pertenecía a la Gran Logia más antigua de América. Washington era masón desde 1752, habiéndose iniciado en la logia *Fredericksburg Lodge # 4* de Virginia. Joseph Warren, líder militar de importancia, era de la *St. Andrew Lodge*. Es más, 33 generales y oficiales del estado mayor del general Washington eran masones. Asimismo, de los 55 firmantes de la Declaración de Independencia, 53 han sido identificados como masones⁵⁶.

Por cierto, el contexto histórico es distinto, así como la realidad cultural. Las logias, en Estados Unidos, eran parte de la realidad cultural de las 13 colonias, porque eran parte de formas de sociabilidad legítimamente aceptadas. No es el caso de aplicar a la realidad de entonces en América Latina, bajo el poder de la Inquisición.

Sin embargo, el francés François Chevalier⁵⁷, analizando la cultura, los valores y comportamientos, en el proceso de configuración de las ideas y los procesos históricos de América Latina, señala la importancia de las *nuevas sociabilidades democráticas* descubiertas por Maurice Agulhon, y entre las cuales Ran Halévi reconoció a las logias masónicas anteriores a la Revolución Francesa. Estas sociabilidades se diferenciaban de la antigua sociedad por su carácter igualitario, voluntario y contractual, con sus fundamentos intelectuales nacidos de la Ilustración. En ese contexto, Chevalier afirma que “*las sociedades y tertulias literarias, económicas, filantrópicas o patrióticas, así como los clubes (sobre todo las logias masónicas) constituyen, en América Latina, una manifestación esencial, después generalizada, de las nuevas sociabilidades*”.

⁵⁶ “*La influencia de la Masonería en la Independencia de Estados Unidos*”. Alejandro Soto Cárdenas, en “*La Masonería Chilena en América*”, Temas Masónicos # 12, Logia de Investigación y Estudios Masónicos “*Pentalpha*” # 119, Chile, 2007.

⁵⁷ “*América Latina. De la independencia hasta nuestros días*”. François Chevalier, FCE. México, 1999.

En ese contexto, es posible constatar la existencia de algunas logias dependientes de Europa, aún antes de iniciarse los procesos políticos que conducirán a la independencia. Por otro lado, en el ámbito de los vehículos que llevaban las nuevas ideas a América Latina, es imposible que ello no encontrara en la expresión masónica un espacio espiritualmente adecuado para inducir una nueva mirada sobre las vinculaciones de la realidad colonial, y la esperanza de emancipación no solo política y económica, sino también espiritual.

En ese contexto, mi opinión es que hay que romper con la atrofiada mirada en torno a que las *Logias "Lautaro"* fueron formadas con el propósito de conspirar a favor de independencia de Argentina, Chile y Perú. Mi visión es absolutamente contraria, en tanto considero que la forma correcta es pensar que fueron hombres que luchaban por la Independencia y que buscaron una comunión espiritual en torno a la vida logial.

Bástenos como referencia el hecho de existir, en esos tiempos, logias itinerantes, por ejemplo, en los barcos que recorrían los océanos, o en los regimientos que recorrían Europa en el siglo XVIII, donde se practicaba la fraternidad y se estimulaban los mejores valores del hombre, en medio de un mundo sometido a guerras dolorosas, y a confrontaciones que producían muerte y desolación. Esas logias fueron capaces de aportar una confianza en el hombre y en las posibilidades de superar las tendencias destructivas de su tiempo, tal cual lo pretendieron las *constituciones andersonianas*.

Los que lucharon por la independencia de América Latina, tenían distintas motivaciones, distintas convicciones, y dentro de esa amplia lista de nombres, hubo algunos que, en medio de las dolorosas consecuencias de una confrontación sangrienta, buscaron lazos fundados en los más puros sentimientos de fraternidad y en la confianza en las posibilidades de perfectibilidad humana.

Mirar desde una óptica doctrinariamente iniciática a las Logias “*Lautaro*” es, sin duda, a mi modo de ver, la forma de poner las cosas desde la debida posición, para aproximarnos a la justa realidad que ello implica. ¿De donde viene la visión conspirativa sino de historiadores que no conocen a la Masonería, y que cuando la han conocido se han quedado anclados a tierra firme ante la carencia de un documento expedido por un poder regulador que certifique la regularidad de origen? ¿Si se aplicara este último predicamento, con que antecedentes podemos asegurar la filiación masónica de Mozart y de varios personajes históricos?

Uno de los factores que tiende a poner en duda la naturaleza masónica de las Logias “*Lautaro*”, es su denominación, la que no tiene una remembranza con las tradiciones masónicas existentes en esa época. En efecto, *Lautaro* no alude, en ningún aspecto, a los usos simbólicos y nominativos de ese tiempo. ¿Sin embargo, es válido preguntarse, si acaso no tenía una fundamento resaltar como inspiración masónica, usando como denominación una idea superior, que representara simbólicamente la lucha contra un poder colonial vestido con todos los atavíos que eran contrarios al espíritu y doctrina que representaba la Masonería Moderna, en su emergencia y veloz difusión por toda Europa, durante el siglo XVIII?

Enfrentados a ponderar los distintos elementos que caracterizan los usos y costumbres, que son posibles de identificar en las prácticas de los *lautarinos*, veremos que hay distintos componentes que permiten aproximarnos a un reconocimiento efectivo de su calidad masónica, aún cuando ciertos usos no nos sean del todo analogables con muchos de los que tenemos en práctica en nuestros tiempo, pero, en los que, sin duda, hay presencias rituales que corresponden a lo que era en uso en una masonería que aún estaba en proceso de consolidación, cuando recién transcurrían 100 años de su emergencia como movimiento espiritual, y donde muchas de sus liturgias y contenidos aún

circulaban de boca a oído, con la deformación que ello produce en las formas de comunicación.

Culturalmente los conceptos usados tienen una naturaleza masónica. El hecho de usar el concepto “*logia*”, establece una filiación necesariamente influida por la Masonería, especialmente en los tiempos en que les toca actuar.

Los lazos de unión eran de naturaleza fraternal, ya que usan el concepto de “*Hermano*”, aún cuando de manera más corriente, reiterada y insistentemente, utilicen el concepto de “*amigos*” y en otras se llaman “*lógicos*”, en derivación de “*integrantes de la logia*”. También usaron el concepto de “*filósofos*”. En su reglamento, se habla específicamente de “*hermanos*”. El comportamiento fraternal es definitivamente una señal potente, aún cuando posteriormente se presenten controversias insalvables entre ellos.

Estaba conformada exclusivamente por hombres, siguiendo la tradición que se manifestara a partir de la fundación de la Gran Logia de Londres, y puesta en práctica en todas las logias regulares de Europa, cuestión que también se hace evidente en la precursora Gran Logia de Escocia.

Por los antecedentes que aporta la historiografía disponible, hay claros indicios que la admisión era iniciática y que trabajaban con Ritual. Tal vez sus ceremonias no eran prístinamente tradicionales, pero, es obvio que en aquella época las filiaciones rituales tradicionales no estaban suficientemente acotadas, como incluso hoy también hay mucho que decir al respecto, sobre todo cuando comparamos los textos rituales de una Gran Logia con respecto a otra, que practican supuestamente el mismo rito.

Su inspiración ética se sustentaba en los ideales que propugnan las Constituciones Andersonianas de un modo irrefutable. Ello se hace evidente en los contenidos valóricos que invocan los más relevantes *lautarinos* en las circunstancias en que

deben expresar sus ideas en documentos que serán de dominio público. Esto es especialmente evidente en O'Higgins y Ramón Freire. El primero, a pesar de su indiscutida formación católica, se abre a la diversidad religiosa en muchos de sus actos como líder político y militar. Sus principios rompen con la hegemonía confesional dogmática de la Iglesia de su tiempo y se enfrentan a la exclusión moral de una religión absolutista.

Sobre esas consideraciones creo que, en los contenidos que son posibles de advertir en los pocos antecedentes disponibles, es obvio que hay en los *lautarinos*, aspectos que los relacionan íntimamente con el movimiento espiritual emancipador que predomina en Europa, y donde la masonería tenía una participación concreta. A este movimiento espiritual le dieron un carácter propio, una identidad latinoamericana, bajo el arquetipo *lautarino*, rememorando al líder indígena inmortalizado por Ercilla en el épico relato lírico de “*La Araucana*”.

Un movimiento espiritual que tuvo proyecciones en los ámbitos de la América Hispano parlante, estableciendo expresiones más allá de Argentina, Chile y Perú. Prueba de ello es la Logia “*Lautaro*” que existiera en Jalapa (Veracruz, México), según consta en el proceso contra el cura independentista Fray Fernando de Mier, seguido por el Santo Oficio en 1817, evento investigado por el historiador Eduardo Mendoza Silva, y que es citado por Carlos Wise⁵⁸.

Por otro lado, no hay que perder de vista la pista de Baltimore, antecedente que me fuera puesto en evidencia por el agudo historiador chileno Carlos Wise, ya citado, y que luego

⁵⁸ “*Las Logias Simbólicas, las Logias Lautaro, la Logia Independencia Peruana y la Regularidad Masónica*”. Carlos Wise, En “*La Masonería Chilena en América Latina*”, Temas Masónicos # 11, Logia de Investigación y Estudios Masónicos “Pentalpha” # 119, 2006, Chile.

corroboré en el libro de Manuel Reyno Gutiérrez sobre Carrera⁵⁹, el que señala que, estando este en Estados Unidos, llega a Baltimore procedente de New York, y toma contacto con John Skinner, administrador de correos “*quien escribía en el periódico ‘Lines Register’, bajo el pseudónimo de ‘Lautaro’*”, el cual le facilitará a Carrera “*la suma de 4.000 pesos, que constituían todos sus ahorros*”.

“*Este noble gesto – indica Reyno – sirvió al general para dar impulso definitivo a la organización de la exigente comitiva de parciales que se aprontaba a seguirlo*”. Y continúa: “*Skinner colocaba en manos de Carrera el esfuerzo de muchos años de sacrificios y el único patrimonio de su familia...*”.

¿Que estableció ese lazo de Skinner con Carrera? ¿Cuál era su relación con la Independencia sudamericana? ¿Qué llevaba a ese ilustrado norteamericano de Baltimore a optar por un pseudónimo tan ajeno a su realidad cultural? No hay antecedentes aún, disponibles al realizar este trabajo, para cerrar el círculo sobre la filiación masónica de Skinner y su vinculación intelectual con Lautaro, el líder indígena que se enfrentó al colonialismo español.

SIGNOS DE RECONOCIMIENTO

¿Hay alguna relación de la Masonería con la independencia de la ahora llamada Latinoamérica?, nos preguntamos de nuevo. Ergo, en el entendido de nos referimos a masones activos participando en tal proceso.

Hay muchos episodios para responder que si. No solo a través de los militares realistas, sino que, también, de modo definitivo en los que lucharon por la Independencia. Sin más, tenemos la certeza de que Carrera fue iniciado en Estados Unidos,

⁵⁹ “*José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época*”, Manuel Reyno Gutiérrez, Editora Quimantú, 1973, Chile.

en 1816, y que Joel Roberts Poinsett, el Cónsul norteamericano llegado a Chile, en 1812, también lo era. Los antecedentes respecto de San Martín también permiten establecer su condición de iniciado.

¿Lo era O'Higgins? Es la pregunta que surge frente al tema que nos ocupa en este trabajo. También hay suficientes antecedentes para responder que sí.

En el Diario Militar de José Miguel Carrera, publicado por primera vez en 1900, hay un episodio de la Patria Vieja, donde hay un alcance masónico, que pone en evidencia Germán Larenas Kramer⁶⁰, en lo escrito por Carrera el 27 de febrero de 1814: *“Don Domingo Valdés, Comandante de Artillería, acompañado de su ayudante o compañero, don José Santiago Aldunate, Teniente de Granaderos y de dos Ordenanzas, quisieron burlarse de mi, mandándome reconocer en una noche de luna que me paseaba en mi traje; este insulto me provocó a tratarlos como merecían. Valdés que tenía un genio moderado, por temor a exponer su persona disimuló y se propuso acusarme al maestro O'Higgins”*. Este evento se produce antes de la iniciación de Carrera en Estados Unidos, lo cual induce a aceptar la idea de una iniciación previa de Carrera, en otro rito o bajo otro poder masónico, que le permite reconocer a O'Higgins como un *“maestro”*.

Los usos que emergen de las cartas entre O'Higgins y San Martín o con otros miembros de la fraternidad emancipacionista, no dejan lugar a ello, según lo pone en evidencia el ya citado Felipe del Solar en su tesis para optar al grado de Licenciado en Historia⁶¹. Por ejemplo, en una carta dirigida por O'Higgins a San

⁶⁰ “José Miguel Carrera y sus vínculos masónicos en América Latina”. Germán Larenas Kramer, en *“La Masonería Chilena en América Latina”*, Temas Masónicos # 11, Logia de Investigación y Estudios Masónicos “Pentalpha” # 119, 2006, Chile.

⁶¹ *“La Logia Lautaro. El poder de la Masonería durante la Dictadura de O'Higgins. 1817-1822”*. Felipe del Solar, Tesis de Licenciatura. Instituto del Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Marzo 2004.

Martín, el 3 de abril de 1919, parte con la triple invocación “U.:F.:V.:(Unión, Fuerza, Virtud)”, que para todos nosotros evoca irrefutablemente nuestra triada “S.:F.:U.:”. En carta del mismo hacia San Martín, del 13 de mayo de 1822, escribe sobre Félix Alzaga que “*fue h.: nuestro*”. Este mismo uso lo repite en carta del 29 de noviembre de 1922, también en relación a Alzaga, cuando este se vincula con la Logia “*Lautaro*” de Perú, y O’Higgins se refiere “*a los antiguos h.:*”. Más adelante, en la misma carta se refiere a “*las credenciales de h.:*”.

Todo indica que en las cartas que tienen un conducto más cerrado o confiable, usaban el concepto de “*h.:*”, en tanto las más expuestas usaban el vocablo “*amigo*” o de “*lógicos*”. Es obvio que vencido el poder español y en estando en el ejercicio del poder republicano, hubo más confianza para hacer uso de una terminología masónica más recurrente.

¿Hay otros antecedentes que considerar? Hay ciertamente antecedentes significativos que recoge el testimonio histórico.

Verbigracia, hay un episodio narrado por el ayudante de San Martín, José Antonio Alvarez, quien fuera miembro de la Logia “*Lautaro*” de Mendoza, a los hermanos Amunátegui⁶². Enviado por San Martín a reconocer los caminos por donde se desplazaría el Ejército de Los Andes, pero, con poderes como emisario de la Junta de Gobierno argentina, para dar a conocer a la gobernación española de Chile la declaración de independencia rioplatense. Durante la cena en que se le recibe, en condición de detenido por Marcó del Pont, el coronel español Antonio Morgado hace un brindis, que Alvarez Condarco responde con signos masónicos, lo cual hace que todos los presentes se reconozcan como tales.

⁶² “*La Logia Lautaro. El poder de la Masonería durante la Dictadura de O’Higgins. 1817-1822*”. Felipe del Solar. Tesis de Licenciatura. Instituto del Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Marzo 2004.

Marcó del Pont pretendió fusilar a Alvarez Condarco, para lo cual, estableció un consejo de guerra, formado por los mismos oficiales que habían compartido la cena. La resolución del consejo fue solamente la salida del emisario del territorio de la gobernación.

Por último, dentro de diversos antecedentes que se pueden aportar, no está demás traer el caso de Manuel Blanco Encalada, integrante de la Logia “*Lautaro*”, quien ostenta la condición de Venerable Maestro de la Logia “*Filantropía Chilena*”, primer antecedente documentalmente establecido de una logia masónica chilena, formada en el 1827, bajo los usos y formas tradicionales y regulares, bajo los auspicios de un poder masónico latinoamericano: el Gran Oriente Nacional Colombiano.

Citamos de nuevo a Felipe del Solar⁶³, quien señala que existen documentos que expresan literalmente el carácter masónico de los *lautarinos*, tales como la carta de Nicolás Laguna, una carta enviada por la masonería peruana a San Martín, en 1817; las memorias del general Tomás de Iriarte, y el periódico “*El Hurón*” que editara Carrera en Uruguay, entre los más relevantes.

CONSIDERACIONES FINALES

Al concluir estas consideraciones sobre el debate de la regularidad y la reivindicación masónica de las Logias “*Lautaro*”, surge la interrogante respecto a que es lo que falta para tener una prueba definitiva de la calidad masónica de ellas: la carta patente expedida por un poder masónico establecido según los usos y

⁶³ “*La Francmasonería y la Independencia de América. Un balance bibliográfico*”, en “*La Masonería Chilena en América Latina*”, Felipe del Solar, Temas Masónico # 11, Logia de Investigación y Estudios Masónicos “*Pentalpha*” # 119, Chile, 2006

costumbres tradicionales, derivados de las Constituciones de Anderson.

Ese testimonio histórico no ha podido ser encontrado, y es probable que nunca llegue a encontrarse. De acuerdo a las costumbres de entonces, las logias se constituían como tales, y enviaban la solicitud a una Gran Logia, para ser reconocidos como regulares. ¿A donde se envió esa solicitud? Hasta ahora nos hay antecedentes. Pero, es obvio que era un largo proceso. Las dificultades de ese tiempo, no eran las más favorables. Una solicitud de reconocimiento tardaba meses en llegar a su destino, muchos meses hasta que se tomaba la decisión, y otros meses adicionales para recibir la respuesta.

Las condiciones de las Logias "*Lautaro*", muy similares a las logias militares europeas, pueden haber conspirado para dificultar el proceso de regularización. Sin embargo, el no haber obtenido la *Warrant*, no es motivo para negar la inspiración masónica que animó a sus miembros.

Por otro lado, no queremos dejar de abordar lo que, seguramente, es un tema que ronda en los eventos que rodearon su fundación, desarrollo y extinción, y tienen que ver con las controversias y querellas que, en situaciones diversas, se expresaron entre los *lautarinos*, como si los lazos fraternales solo hubieran sido una anécdota.

No está distante de las mejores inspiraciones humanas, el efecto nocivo de los intereses particulares por sobre la comunión espiritual a que las ideas convocan. Ha sido una realidad que la Masonería, desde sus inicios, ha estado marcada por controversias del más diverso tipo, y que las querellas muchas veces han producido el fracaso iniciático colectivo en muchas instancias. Las pasiones, que la Masonería tanto ha tratado de controlar en la práctica de sus adeptos, muchas veces se desbordan por cuestiones particulares y hasta nimias, siendo un formidable desafío para cada uno de los adeptos en nuestras prácticas y doctrinas, en

nuestras relaciones, en nuestras prácticas cotidianas, el necesario control de ellas.

Por cierto, esas pasiones se desbordaron muchas veces en el hacer *lautarino*. Cuestiones de poder, intereses particulares, aspiraciones controversiales. Cuestiones que se expresan también en la Masonería de hoy, cada cual con sus argumentos y pretendidas razones.

Sin embargo, las obras quedan en su grandeza, antes que en su pequeñez humana. Las falencias que se advierten en la opción iniciática, de aquellos que se dejan llevar por la incontrolable pasión de sus argumentos e intereses, aún con los yerros que podemos constatar, pueden ser evaluadas con la medida que pone el buen juicio histórico, antes que el abanderamiento en torno a querellas inconducentes.

Frente a la experiencia histórica, y frente al día a día de nuestra cotidianidad, solo nos queda la certeza que, por sobre todo, el conocimiento profundo de nuestra doctrina, la más pura práctica fraternal, y un decidido espíritu de perfectibilidad o de elevación espiritual, son los útiles caminos que conducen a fortalecer a la Masonería e imponer su sello indeleble en la sociedad en que nos toca vivir.

Si hoy seguimos terciando en el debate sobre la regularidad de las *Logias "Lautaro"*, es porque queremos ser rigurosos en la identidad de lo masónico. Sin embargo, por sobre todo, lo importante es la rigurosidad en la identidad de lo masónico de los que hoy hacemos masonería. La historia enseña, pero, los que aprenden son los iniciados de hoy. Si vemos la historia como una lección, ello significa que tendremos los medios de reflexión, para no incurrir en aquello que fue un error en el pasado.

*

* *

IGLESIA CATÓLICA Y MASONERÍA EN CHILE

Introducción

La Iglesia Católica y la Masonería mantuvieron durante la segunda parte del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, una dura disputa por la influencia ética y moral en la sociedad chilena. Esa disputa produjo significativos efectos, provocando un cambio en la condición espiritual de los chilenos. Por lo mismo, el análisis que efectuaremos lo focalizamos en el campo en que se producen esas divergencias y contradicciones: el escenario político-social.

Como sabemos, se trata de dos instituciones que tienen un propósito ético, que buscan determinar la realidad moral de su tiempo, y que, por efectos de su influencia espiritual, producen dentro de la sociedad y sus instituciones, una tendencia o una proclividad que marca la condición espiritual de un tiempo determinado, y que se traduce en definitiva en concepciones morales predominantes. No se trata de una confrontación directa, sino que se manifiesta indirectamente, a través de las distintas expresiones del hacer societal, en torno a dos conductas públicas: el clericalismo y el laicismo.

Para detectar los alcances y rasgos de las controversias que animaron la Iglesia y la Masonería, durante más de un siglo, se requiere indagar en los hechos políticos y sociales que marcan el carácter de esa época.

Por cierto, la acción de la Iglesia fue más abierta y evidente en sus señales públicas. Por el contrario, la acción masónica, en gran parte del siglo XIX, tuvo un carácter marcadamente indirecto, debido a los riesgos persecutorios que

significaba ponerse en evidencia en un medio reactivamente hostil por el prejuicio religioso predominante, en una sociedad predominante conservadora, tradicionalista y confesional.

Presencia masónica a inicios del siglo XIX

La primera afirmación que someto a vuestra consideración, es que la controversia entre la Iglesia Católica y la Masonería se inicia con los albores mismos de la República, apenas el país consolida su proceso de independencia en los campos de batalla.

Sobre la existencia institucional de la Masonería en ese periodo, existe un velo de dudas y especulaciones, a partir del antiguo debate sobre la eventual condición masónica de las Logias “*Lautaro*”.

Mi personal opinión es que la investigación en torno a la existencia de logias masónicas, en ese periodo, requiere una mirada más amplia, que permita reconocer que los aspectos relativos a la regularidad, a la regularización, a los poderes reguladores, tenían en esa época variables que no son las mismas a las que son aplicables hoy. No existían sedes oficiales, y muchas veces las logias funcionaban cuando las condiciones lo permitían (casi siempre un par de veces en el año).

Por lo demás, muchas veces no había disponibilidad de textos rituales o reglamentos, debidamente aprobados por el Oriente que confería la regularidad, debiendo improvisarse soluciones sobre la base de la memorización. En ese contexto debemos entender el manuscrito de O’Higgins con el reglamento *lautarino*, que tuvo a mano Vicuña Mackenna, cuando recibió de Demetrio O’Higgins los archivos del Libertador.

En lo personal, comparto la idea de quienes sostienen la tesis del carácter masónico de las Logias “*Lautaro*”. La propensión de sus hombres al uso de la palabra “logia”, no es gratuita. Si usamos como referencia comparativa el concepto de

club que caracteriza a la masonería inglesa, ciertamente ello no es contextualizable en colonias aún sujetas al brazo de la Inquisición. Por lo cual, la forma de hacer masonería en la América española se dio en ámbitos distintos a los que pudo darse en el medio anglosajón, francés o alemán, e incluso norteamericano.

De hecho, a partir de 1751, se estableció por decreto del Rey español Fernando VI, el *delito de francmasonería*, algo más significativo que la simple prohibición de la Masonería, y quien era acusado quedaba sujeto a la jurisdicción del Santo Oficio. Por ello, más de algún masón fue condenado por el Santo Oficio del Virreinato del Perú. Por ejemplo, un cirujano de origen francés, Diego Lagrange, fue procesado y condenado a prisión, en 1773, bajo acusación de ser “*farmasón*”⁶⁴.

Si reconocemos la validez masónica de los *lautarinos*, podemos entender de mejor forma muchos de los problemas que enfrentaron los emancipacionistas, apenas consolidada la Independencia. Y, sin duda, podemos entender de mejor forma la condena papal a la Independencia de los americanos.

Así, creo que pensar que no existía Masonería en Chile, antes de los eventos que permiten la fundación de la Gran Logia de Chile, es tan reduccionista como pensar que no había logias antes de la fundación de la Gran Logia de Londres, en 1717, punto de partida para la Masonería Moderna.

La constatación de la existencia de la primera logia de la cual se tienen antecedentes concretos, “*Filantropía Chilena*”, que tendrá como presidente fundador a Manuel Blanco Encalada, propone un antecedente imposible de ignorar. Por lo demás, hay otros antecedentes. En 1828, se produce la primera persecución anti-masónica de la vida republicana chilena, cuando el diputado Nicolás Pradel, propone la dictación de una ley que prohíba la existencia de logias masónicas.

⁶⁴ “*La Masonería en Chile*”. Benjamín Oviedo. Imprenta Universo, 1929. Chile.

Frente a ello hubo muchas opiniones de rechazo, entre las cuales, destaca la opinión del diputado Manuel Magallanes, episodio que es recogido por dos historiadores masones, Benjamín Oviedo⁶⁵ y René García⁶⁶. Respecto de ese episodio no se puede ignorar que tras el debate que genera la proposición indicada se esconde la incipiente pugna entre la Iglesia Católica y la Masonería.

El tiempo de la formación republicana

Quien llevó adelante el proceso emancipatorio en Chile, fue la clase terrateniente, señorial, feudalista, aristocrática. De ella surgieron los generales y los políticos que encabezaron la gesta libertadora o los que buscaron la restauración realista. Nada los diferenciaba social y culturalmente. Aquellos estaban cansados de los tributos y de la espera de decisiones administrativas lejanas y tardías. Estos preferían la ligazón con España, por los beneficios que les reportaban.

La jerarquía clerical se mantuvo fiel a la monarquía española, de un modo irrefutable. En 1810, en Santiago, había alrededor de 190 sacerdotes diocesanos, entre un total de medio millar de presbíteros, bajo el mandato del Vicario General José Antonio Rodríguez Zorilla. En Concepción, el otro obispado existente, bajo el mandato del Obispo Diego Antonio Navarro, había 90 sacerdotes diocesanos. Ambos religiosos eran realistas intransigentes, así como la gran mayoría del clero.

Sin embargo, junto a ambos partidos estuvo la Iglesia Católica de un modo omnipresente, y así como hubo una gran cantidad de clérigos que se mantuvieron férreamente junto a los

⁶⁵ Ibid

⁶⁶ “*El origen aparente de la Francmasonería en Chile y la Respetable Logia Simbólica “Filantropía Chilena”*”. René García Valenzuela. Imprenta Universitaria, 1949. Chile.

realistas, hubo también una minoría que de alguna manera se comprometió tibiamente con la emancipación. Socialmente, entonces, la férrea ligazón colonial de la Iglesia Católica con la clase terrateniente se mantuvo, más allá de los partidos que la dividían.

En relación al poder civil, el clero de 1810, *estaba empapado en la doctrina regalista y patronatista*⁶⁷ que sometía a la Iglesia a la potestad real. El Patronato había sido concedido por el Papa al Rey de España, para designar los administradores religiosos de común acuerdo, dada la misión evangelizadora que se suponía debía cumplir la Corona en los territorios de América.

Esa concomitancia entre la Corona y el Papado, fue renovada por el Papa León XII, a través de una encíclica, en 1824, en que hizo recomendaciones contrarias a la Independencia americana, conminando a la sumisión al Rey español Fernando VII. Su antecesor Pío VII había manifestado opiniones semejantes en 1817.

La situación que muestra Chile, entonces, da cuenta de una clase terrateniente que tiene el control absoluto de la naciente república y una Iglesia Católica estrechamente vinculada a ese poder. Sin embargo, en el ámbito de las ideas, algo había ocurrido. Si bien la realidad económico-social se mantuvo sin variaciones, las ideas de la Ilustración y del liberalismo se habían incubado en una parte de la clase terrateniente, tal vez la de menor raigambre tradicional.

Los efectos de la revolución francesa, del racionalismo, y las nuevas ideas que emergían de la Europa Central e Inglaterra, comenzaron a difundirse en muchos de los actores de la lucha

⁶⁷ “*La Historia de la Iglesia en Chile*”. Fidel Araneda Bravo. Ediciones Paulinas, 1986. Chile.

independentista, algunos de los cuales se habían empapado de las nuevas ideas estando de paso por Europa. Por esa razón no tardaron en mostrar una fuerte desvinculación con el clero jerárquico de las emergentes naciones, los que representaban el pasado que deseaban superar.

Las ideas racionalistas, el espíritu libertario, visiones demasiado equidistantes del confesionalismo, mucha evidencia secular, creó la primera alerta clerical. La caída de O'Higgins, promovida por los notables, da cuenta de una manera importante del propósito de algunas de las familias más tradicionales para deshacerse de un Director Supremo que no respondía a la visión tradicionalista católica, reputada dentro de la aristocracia colonial.

El primer gobernante del Chile independiente, no encajaba en el molde del terrateniente chileno: tenía ideas liberales, despreciaba los títulos de nobleza, reconocía valores cristianos en el protestantismo, y emitía opiniones de emancipación espiritual. En marzo de 1818, este había prohibido a los sacerdotes salir de sus conventos por la noche. Tres meses después ordenaba a los religiosos que, en los libros parroquiales, donde se consignaban los nacimientos, matrimonios y defunciones, se usara exclusivamente el gentilicio de *chileno*, para todos los habitantes nacidos en el país. El Director Supremo reclamó para el gobierno chileno la continuidad del Patronato, y realizó una serie de nombramientos y destituciones.

Medidas como aquellas desencadenaron la fobia clerical hacia quien calificaban de *bastardo*. A pesar de ser un hombre de fe, O'Higgins era contrario al uso malicioso de la religión, y realizó todos los esfuerzos para erradicar las prácticas malsanas, prohibiendo en las iglesias aquellas imágenes propias de las sanerías y las supersticiones, que los curas acogían para mantener el fanatismo religioso. De la misma forma prohibió las limosnas exigidas a los pobres por los párrocos, y las procesiones habituales, que terminaban en escándalos callejeros.

La animosidad contra el Director Supremo creció cuando, producto de la liberación del comercio, comenzaron a llegar mercaderías que, en ocasiones traían imágenes que no correspondían a la tradición colonial, que los clérigos llamaban a quemar en la plaza pública.

El esfuerzo del clericalismo, una vez caído O'Higgins, se ve coronado en 1823, con la instauración de la Constitución *moralista* de Juan Egaña, que establece la obligatoriedad de la religión católica, y que pretende incluso regular la vida privada de las personas, estableciendo rigurosas calificaciones en la moralidad, la religiosidad y la vida cívica.

El General Ramón Freire, liberal y "*lautarino*", que sucedió a O'Higgins, no vaciló en suspender su vigencia. Con la misma vehemencia se enfrentó a la Iglesia a propósito del Patronato, pues, siguiendo el predicamento reclamado por su antecesor, destituyó al obispo Rodríguez Zorrilla, nombrando a José Ignacio Cienfuegos como reemplazante. Al mes siguiente, septiembre de 1824, los bienes del clero fueron confiscados con la excepción de los elementos propios del culto.

La lucha política fue intensa, ya que el poder del clero no era menor. De hecho, en 1824, había 20 sacerdotes ejerciendo funciones en el parlamento. La libertad de imprenta impuesta por Freire permitió la aparición de varios periódicos, que se convirtieron en herramientas de la lucha valórica, donde se denunció el clericalismo de un modo muy agresivo.

En conclusión, si bien es difícil establecer documentalmente una presencia institucional de la Masonería en aquella época, no es menos cierto que sus ideas estuvieron expresadas en muchos hombres y en sus actos. Presente la Masonería a través de logias u omnipresente a través de sus ideas, el periodo señala, sin embargo, la primera controversia entre el laicismo y el clericalismo, por lo cual, podemos afirmar con plenitud que, la primera discusión valórica que protagonizan

ambas instituciones, es en ese periodo de instauración republicana.

El régimen pelucón y la restauración colonial

El fracaso del liberalismo en los primeros intentos de institucionalización republicana, terminaron con la arremetida conservadora, con un claro tinte cultural, espiritual y socialmente restaurador, que permite la instauración del régimen “pelucón”, con la firme alianza del clero. Se volvió al régimen colonial, con la sola diferencia de que el poder lo ejercían ahora los criollos.

La Constitución de 1833, tuvo como redactor a un decidido monarquista, Mariano Egaña, cuyo pensamiento estaba firmemente anclado en el despotismo ilustrado y en el modelo inglés, de desarrollo económico bajo un sistema autoritario. El guiño que hace don Mariano a su experiencia en Inglaterra, es contemplar en la Carta Constitucional el derecho a cierta libertad religiosa, que permitía a los disidentes profesar su religión en lugares cerrados.

Decisiva para la restauración colonial del “*peluconismo*”, sería la participación del clero: “*Portales captó la creciente influencia del clero y la necesidad de utilizarlo como un poderoso instrumento de gobierno*”⁶⁸. Como expresión de esa alianza, el Ministro restituyó al clero los bienes que les arrebatara Freire, triplicó el presupuesto del culto y abogó ante el Papado por la creación del Arzobispado de Santiago, y la creación de nuevos obispados en La Serena y Ancud. Las parroquias en el país eran 133, contando con 370 sacerdotes seculares.

Aprovechando el terreno propicio, la Iglesia desconocería el Patronato en 1843, y a pesar de que el gobierno hizo tibias gestiones ante el Papa Pío IX para recuperarlo (quien era el renombrado Conde Mastai Ferretti que estuvo en la Nunciatura en

⁶⁸ “150 años de vida institucional”. Julio Heise G. Andrés Bello, 1979. Chile.

Chile durante el gobierno de Freire, de quien se dice fue masón), el Patronato no fue restablecido.

Sin embargo, Chile estaba cambiando desde el mar. A través del océano llegaban a Valparaíso los gérmenes de la transformación espiritual y cultural de Chile. En medio de la bonanza económica, producido por el tráfico naviero hacia Australia y California, llegaron los artesanos y comerciantes europeos, los prestamistas, nuevos cultos religiosos, los libros prohibidos, los hijos de los terratenientes que viajaron a estudiar a Europa, y que vivieron los vientos revolucionarios de París y la industrialización inglesa, y también llegaron las logias masónicas formadas por inmigrantes.

Pronto, en esas logias serían iniciados los primeros chilenos vinculados al movimiento intelectual de 1842 y a la nueva generación de jóvenes liberales. En esas logias se incubaría el libre pensamiento, que se enfrentará con fuerza al clericalismo, en las décadas siguientes. Cuatro de ellas, formarían la Gran Logia de Chile, en 1862.

La república liberal y las luchas laicas

El acceso de los liberales al poder, se produjo mediante la fusión liberal-conservadora, y la elección de José Joaquín Pérez como Presidente de la República. Al término de ese gobierno de coalición, los liberales quedaron con el control total del gobierno.

Ello incentivó el debate entre la Iglesia y la Masonería. No de modo directo, sino a través de los exponentes del clericalismo y del laicismo, que representaban las contrapuestas visiones que cada cual tenía frente a la sociedad chilena. Antes de la república liberal, las diferencias entre liberales y conservadores, habían estado centradas básicamente en la lucha por el poder político. A partir del desplazamiento del *peluconismo*, se desencadena la pugna valórica, entre dos visiones profundamente antagónicas.

El debate giró desde la supresión del fuero eclesiástico, pasando por la laicización de los cementerios hasta el matrimonio civil. El fuero eclesiástico era el derecho de los canónicos de ser juzgados en tribunales religiosos por delitos civiles. Los cementerios y la legalidad del matrimonio, estaban en poder de la Iglesia. Desde allí, el arduo debate se extendía hacia la discusión por la libertad de enseñanza y por la separación de la Iglesia del Estado. Esto último, de algún modo, se producirá solo en 1925; *de algún modo*, ya que no fue ni ha sido un proceso definitivo.

Frente a estas propuestas los conservadores, *ex pelucones*, se transformaron en un partido esencialmente clerical. Los liberales en el poder, ante el áspero debate, se mostraron dubitativos, provocando que un sector extremara sus planteamientos, por lo que serían conocidos en adelante como “partido radical”. En ese sector figuraban los más acendrados defensores del librepensamiento y de las libertades públicas, los que eran, en su gran mayoría, miembros de las logias masónicas establecidas en las principales ciudades del país.

Las principales autoridades de la Masonería, en ese periodo, aparecen vinculadas directamente en la promoción del laicismo y de las libertades y leyes que significaban un debilitamiento del clericalismo (Arlegui, Allende Padín, Blas Cuevas, José Francisco Vergara, etc.). En la Iglesia, la figura más emblemática fue la del obispo Joaquín Larraín Gandarillas, y la del ultramontano Zorobabel Rodríguez entre los conservadores. La Iglesia publicó entre 1861 y 1868, tres folletos abiertamente anti-masónicos: “*Historia, doctrina y fin u objeto de la Francmasonería*” (anónimo), “*Historia de las Sociedades Secretas*” (Hernando Carrasco y Marino Díaz) y “*Los Francmasones; lo que son, lo que hacen, lo que quieren*” (con el pseudónimo Monseñor Segur) Fue una recia disputa, cargada de pasiones y acciones de hecho, de las buenas y de las no tan buenas.

Una notable polémica se vivió con el cuestionamiento por parte de la Iglesia, de la escuela laica “*Blas Cuevas*”, fundada por la Masonería en Valparaíso, que fue llamada “escuela atea” por el obispo Mariano Casanova. La Masonería nombró una alta comisión de cuatro miembros, para sostener el debate a través de la prensa, en defensa de la escuela.

Pero, más allá de las polémicas, la rueda de la historia avanzaba. En 1867 se establece la libertad de culto. En 1873, se impone la no obligatoriedad de la enseñanza de la religión católica, para los estudiantes cuyos padres solicitaran la exención. En el nuevo Código Penal, que entra en vigencia en 1874, el fuero eclesiástico es eliminado. Este mismo año, se reforma el Art. 5 de la Constitución de 1833, restableciendo el derecho del gobierno para acordar con la Iglesia el nombramiento de los administradores religiosos.

El gobierno de Aníbal Pinto, significará la atenuación de las pugnas éticas y sus implicancias legales. La ponderación de Pinto y su cuidadoso manejo de las fuerzas políticas expresadas en el parlamento, hizo que la intensidad del debate bajara considerablemente, lo que se vería reforzado con la Guerra del Pacífico. El conflicto bélico produjo una gran unidad nacional y las vehemencias de la contingencia política fueron canalizadas hacia el sentimiento patrio.

Sin embargo, al término de la primera fase de la guerra, con la derrota del ejército peruano y la ocupación de Lima, se produce la elección presidencial de Domingo Santa María, lo que reanuda el debate y las luchas político-religiosas. En 1883, la Iglesia pierde la administración de los cementerios. En 1884, se promulga la ley de Registro Civil, que dejaba la celebración de los matrimonios en manos de funcionarios públicos, así como el registro de los nacidos y las defunciones.

Como una manifestación de la intensidad de las contradicciones, y con un claro propósito de atacar al poder

espiritual manifestado tras las banderas del laicismo, el Arzobispado de Santiago, publica y difunde ampliamente, en 1884, la Encíclica “*Humanum Genus*”, del Papa León XIII, formulada en abril de ese año. Virulentamente antimasónica, esta encíclica sostiene que, manifestado el pecado, el género humano quedó dividido en dos ciudades: la de Dios y la de Satanás. La ciudad de Satanás, según el documento papal, trabajaba para el Reinado del Demonio, en una guerra permanente contra Cristo y su Iglesia. “*En esta guerra – decía León XIII – la Masonería es un brazo poderoso del Reinado de Satanás*”. La encíclica renovará las prohibiciones impuestas por sus antecesores y recomendará a los obispos realizar acciones que desenmascaren a la Masonería y sus miembros.

La publicación de la Encíclica en Chile, y su amplia difusión impresa, alentó la odiosidad del confesionalismo hacia la Masonería y hacia los que consideraban su brazo ejecutor, los liberales del gobierno, odio especialmente insuflado por la acción del obispo Joaquín Larraín Gandarillas. La Francmasonería era calificada como la *Sinagoga de Satanás*.

La Guerra Civil de 1891

La odiosidad del clero contra el liberalismo gobernante estimuló el desaliento conservador ante su distancia del poder. Los errores del gobierno fueron magnificados para producir una cuña entre los liberales que estaban en el gobierno y los liberales que estaban fuera de él, especialmente los radicales. Las cuestiones de doctrina, que habían caracterizado y dado sello a la acción del liberalismo, fueron diluyéndose en la medida que la pauta política fue progresivamente impuesta por el conservadurismo y sus aliados internos (el clero) y externos (los extranjeros dueños del salitre).

Si el gobierno de Santa María en términos políticos se había caracterizado por las intensas disputas por las leyes laicas, el gobierno de Balmaceda se caracterizó por las disputas en torno a las potestades presidenciales. La Constitución de 1833 estaba moldeada en torno al autoritarismo presidencial, cercano a la de un monarca español del siglo XVIII. Contra ello bregaron los liberales y los radicales, promoviendo un sistema político donde el poder presidencial estuviera relativizado por la acción democrática del parlamento: un ejemplo del ideal que perseguían fue el gobierno de Pinto.

De allí que el autoritarismo de Santa María produjo una cuña dentro del liberalismo, que se acentuó con Balmaceda, el cual trató de llevar adelante un gobierno con arreglo a las mayorías parlamentarias, pero, la inoperancia del sistema, atravesado por los vicios de una política cargada de pasiones, lo llevó a optar por volver al autoritarismo presidencial para poder avanzar en la gestión de su gobierno. Esas contradicciones fueron la fachada de conflictos más profundos que no se expresaban tan abiertamente, pero que subyacían con especial encono. Uno de esos conflictos, sino el más importante, estaba radicado en la actitud abiertamente conspirativa del clero contra los liberales del gobierno y el Presidente de la República.

Expresión de ello fue la controversia por la sucesión arzobispal de Santiago que desató el conflicto más importante del clericalismo con el gobierno. Los conservadores apoyaron la candidatura de quien consideraban debía ser elegido por derecho propio: Joaquín Larraín Gandarillas. Balmaceda, haciendo uso de sus facultades emanadas del Concordato, optó por quien había sido su profesor y que le permitía un arzobispo dialogante con el gobierno: Mariano Casanova. La acción claramente conspirativa de Larraín Gandarillas lo obligaría a abandonar el país con destino a Argentina, debido al riesgo de su detención por actividades contrarias a la institucionalidad.

Esas situaciones subyacentes, no fueron procesadas por el liberalismo que se oponía a Balmaceda, entre los cuales estaban los radicales. Su pugna con el gobierno era esencialmente política, y en ello no tomaron en cuenta otros factores determinantes en los objetivos de la política conservadora y de la conspiración clerical. El historiador Hernán Ramírez Necochea, no duda en poner en evidencia el rol del clero en la insurrección congresista contra Balmaceda⁶⁹.

Sublevado el Congreso con el apoyo de la Armada y parte del Ejército, se estableció un gobierno paralelo en Iquique, con el respaldo económico extranjero. Allí llegó Larraín Gandarillas para representar el confesionalismo ultramontano, que recuperaba su influencia sobre la política chilena que la república liberal le había arrebatado.

Del parlamentarismo a la república mesocrática

La primera etapa del parlamentarismo que siguió a la guerra civil estuvo marcado por el desequilibrio ético a favor del clericalismo. Desde el punto de vista del proceso de laicización que había vivido la sociedad chilena, hubo un retroceso inesperado que afectó el proceso de democratización y el desarrollo social. La política se hizo más oligárquica y los vicios que prohió el sistema parlamentario hicieron que Chile perdiera sus potencialidades de industrialización y desarrollo.

En ese contexto, la participación del Gran Maestro y líder parlamentario del radicalismo, Enrique Mac Iver, resultó llena de ambigüedades en el ámbito del laicismo y decisivamente

⁶⁹ “*Balmaceda y la contrarrevolución de 1981*” Hernán Ramírez Necochea. Editorial Universitaria, 1962. Chile.

favorable a la conspiración clerical-conservadora contra Balmaceda. Mac Iver no pretendió asumir su cargo de Gran Maestro ni las obligaciones que le imponía su rol como jefe y líder de una institución ética, y, privilegiando su rol político, se convirtió en un factor de divisionismo entre los miembros de la Francmasonería y del pensamiento laicista. Su gestión al mando de la Masonería fue inexistente, lo que afectaría seriamente lo que esta representaba en la sociedad chilena de la época.

La contingencia política produjo la división de los masones, y muchos de ellos enfrentaron el exilio y las persecuciones producto de su adhesión a la legalidad y al gobierno de Balmaceda. La Masonería entró en un drástico proceso de declinación que se mantendría por veinte años. Gran parte de las logias desaparecieron durante la guerra civil y en los años inmediatamente siguientes. Mac Iver, se mantuvo nominalmente a la cabeza de la Masonería hasta 1894, produciendo divergencias que tuvieron luego otras expresiones.

En los años siguientes incluso hubo un cisma, al formarse una Gran Logia paralela. El terremoto de Valparaíso y el incendio de la sede de la Gran Logia, en esa ciudad, también tuvo efectos negativos. Sin embargo, la elección del Gran Maestro Víctor Guillermo Ewing, en 1906, señala el punto de partida del proceso de recuperación de la Masonería.

Permaneció en el cargo por seis años, siendo sucedido por excepcional líder, Luis Navarrete y López, que permaneció 10 años en el cargo, considerado por los historiadores masones como uno de los periodos más fructíferos de la institución. Ello incidió en el regreso de la pugna con el clericalismo por la influencia ética en la sociedad.

La primera batalla significativa devino de la presentación por parte de parlamentarios laicistas del proyecto de Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. Pero, no fue la única pugna. El tema de la libertad religiosa y la necesidad de laicizar la sociedad

y los espacios públicos se planteó también como uno de los temas relevantes, al punto que Iquique – simbólica ciudad del clericalismo conservador – fue escenario de una disputa valórica enconada, donde desempeñaba su obispado un clérigo que retomó las banderas de Larraín Gandarillas: José María Caro Rodríguez. La pugna se presentó hasta en las calles, donde hubo enfrentamiento físico entre partidarios de una u otra opción.

Demostración de ello es célebre la anécdota que protagonizara Monseñor Caro quien puso aquel agresivo letrero en la Catedral iquiqueña, que decía: “*Se prohíbe el ingreso de perros y masones*”. Prueba de su obsesión por enfrentarse con la Masonería, es su libro “*El Misterio de la Masonería*”, que editaría más de una vez, en su vida, siendo la última en 1954, en Buenos Aires.

Pero, volviendo al periodo en que se discute la Ley de Instrucción Primaria, se hace evidente el rechazo del clero a todo intento de dar influencia a la Masonería, por lo cual, muchos sacerdotes se transformarán en enemigos del proyecto, utilizando la argumentación feudal de que las criaturas del campo lo tenían todo, gracias a la caridad de los terratenientes. Se llegó a afirmar incluso que si los dueños de fundo cristianamente les daban a los peones o inquilinos lo necesario para vivir, estos no necesitaban leer y escribir.

La crisis económica estimuló la lucha social, en medio de una sociedad que contaba ya con un proletariado organizado. Las luchas estudiantiles adquirieron presencia, reclamando leyes sociales y democratización. Allí se advirtió la presencia de masones jugando roles destacados, lo que obligó al clericalismo a hacerse fuerte nuevamente en torno al conservadurismo.

Los conflictos producidos entre el Presidente de la República y el parlamento, determinó la intervención militar en 1924, lo que después de un año de inestabilidad política significará la redacción de una nueva Constitución Política en

1925. En ella, se establecería la absoluta libertad religiosa y la separación de la Iglesia del Estado. Se estableció que la Iglesia iba a conservar todos los derechos legales sobre sus propiedades y como compensación por la pérdida del apoyo económico del Estado, se le concedía un subsidio anual durante cinco años.

En las décadas siguientes, vendrían sucesivamente la dictadura de Ibáñez, el segundo gobierno de Alessandri y los gobiernos radicales, donde hubo un importante bloque político-social de naturaleza laicista, que permitió una serie de avances en la realidad espiritual chilena, especialmente en la educación. De una u otra forma, en los hechos, la clase política se hizo más plural, con una importante parte de la sociedad que no miraba con buenos ojos el rol que cumplía la iglesia a favor del tradicionalismo político, económico y social.

La crisis de 1973

Sin embargo, a inicios de los años 1960, una época vertiginosa de América Latina, se produce una inflexión que abordaremos en la parte final de esta exposición. En ese periodo, la Iglesia vive uno de los procesos de secularización más importante en muchos siglos, al ponerse en marcha el Concilio Vaticano II, impulsado por el Papa Juan XXIII. El evento pretendía una gran puesta al día de la Iglesia frente a los cambios que estaba viviendo la Humanidad, y que estaban produciendo un retraso teológico que la estaba dejando solo en un ejercicio religioso ritual, sin incumbencia respecto a lo que cotidianamente afectaba a la gran masa de católicos repartidos en el mundo, especialmente en el continente donde se encontraba la mayor parte de los feligreses: América Latina.

Más de un 60% de los fieles en el mundo estaban en la pobreza y miraban con simpatía las propuestas de partidos no confesionales, que bregaban por la sustitución de los regímenes de

injusticia. Como nunca, dentro de las comunidades de creyentes, el debate social fue incorporado al debate religioso.

En Chile, algunas congregaciones, especialmente los jesuitas y los salesianos, llevaban la voz cantante frente a la necesidad de un mayor compromiso con la realidad social de los postergados. De hecho, desde los años 1930, diversos jesuitas se habían vinculado al movimiento obrero y habían realizado una activa concientización dentro de los jóvenes conservadores, respecto de la necesidad de mirar con ojos distintos la acción política tradicional, lo que a la larga incubó el nacimiento del social-cristianismo.

Este proceso de puesta al día, frente a lo que acontecía en la sociedad, no fue realizado por la Masonería a nivel mundial, como lo habían hecho las generaciones anteriores. Lo propio ocurrió con la Masonería chilena, cuya última obra profana había sido el sostenimiento ético del Estado de Bienestar, donde los partidos Radical y Socialista, cuyos órganos de dirección estaban en manos de masones, habían sido los principales articuladores de esa tendencia.

En ese contexto, la cuestión agraria se transformará en uno de los meollos de la recomposición de la influencia ética en la sociedad chilena. De una u otra manera, la reforma agraria nunca había estado en la preocupación, el interés o en el debate de la Masonería, salvo en algunos casos muy aislados. Ello tenía su explicación socio-económica: muchos de los miembros, y gran parte del sustento económico del Partido Radical, estaba entre los agricultores. Si bien el Partido Radical, principal fuerza del escenario político desde 1940 en adelante, era el partido de la movilidad social y el articulador del estado de compromiso que generó el Estado de Bienestar y la república mesocrática, esa condición terminaba por restarle capacidad de acción frente a problemáticas no resueltas.

El socialismo más moderado, donde se expresaba gran parte de la presencia política de masones no radicales, debía enfrentar generalmente la presión de sectores más radicalizados, que terminaban poniendo en jaque posturas que parecían de un cuidadoso reformismo. Por lo demás, las grandes tradiciones del socialismo estaban puestas en el movimiento obrero.

En el radicalismo, y en muchos de sus dirigentes masones, había claridad de que la terratenencia tradicional estaba en manos de los conservadores y de los liberales tradicionales, es decir, en la política conservadora. Recordemos que los liberales del siglo XX no tenían nada que ver con los liberales del siglo XIX, salvo en lo que tuviera que ver con la reivindicación histórica.

La terratenencia tradicional daba poder y prestigio a sus propietarios, pero, difería de los agricultores de tecnologías más modernas, de explotación más intensiva y moderna del suelo, especialmente en las zonas trigueras del sur de Chile. La diferencia entre el terrateniente y el agricultor, estaba en que, el primero, tenía la tierra para afianzar su poder y su sentido aristocrático, dejando gran parte de sus propiedades sin producir, mientras, el segundo usaba la tierra para producir dinero.

Sin embargo, ambos – terrateniente y agricultor – se beneficiaban del inmemorial sistema de inquilinaje, es decir, un sistema semi-servil de mano de obra, y allí estaba centrada la problemática social no resuelta. Los campesinos no tenían posibilidad de levantar demandas, no tenían derecho a la sindicalización, carecían de toda dignidad y posibilidades de movilidad social. En los hechos era el sector socialmente más retrasado del país.

Los radicales de ciudad percibían el problema, pero, lo aletargaban, porque ello afectaba a parte de su base política y económica. No era que los agricultores fueran enemigos de una reforma agraria en el sector tradicional; lo que ocurría era que cualquier reforma a la propiedad agraria, partía definiendo límites

en la extensión de la propiedad y significaba un cambio en la relación con la mano de obra.

Ello dio una enorme ventaja a la Iglesia Católica, que hizo de la reforma agraria una de sus banderas, y al social-cristianismo su principal portavoz. El triunfo de la política del social-cristianismo terminó por dejar al radicalismo electoralmente como una expresión menor en el escenario político.

Institucionalmente, la Masonería – presente en el radicalismo, y en el socialismo moderado – quedó con una imagen social conservadora. Desde entonces, se hizo común la imagen de que la Masonería estaba ligada a las luchas del siglo XVIII, es decir, con ideas válidas para la Revolución Francesa. Alternativamente, se asentaba la visión de la Iglesia ligada a una idea de progresismo, lo que apareció omnipresente en todas las reivindicaciones sociales.

No se puede pasar por alto la figura del salesiano Raúl Silva Henríquez, un humanista a toda prueba, que llegó al Arzobispado de Santiago en reemplazo de José María Caro, y que luego fue nombrado Cardenal. Con una visión secular de gran alcance, puso un pie firme en el ecumenismo, y ello le dio una legitimidad ética que era muy difícil de contrarrestar. Dialogante con los no confesionales, quitó todo viso de tradicionalismo a la acción de la Iglesia. No vaciló en iniciar la reforma agraria en tierras de su heredad y en las de la propia Iglesia. Cuando sobrevino la crisis de 1973 y su dramático desenlace, tampoco vaciló en ponerse de lado de los perseguidos, tuviesen o no estos una posición confesional.

Ello incidió en que la Masonería quedase, en cierto modo, en una especie de anquilosis ética, que se verá acentuada con las limitaciones a su funcionamiento impuestas por la dictadura militar y por visiones internas que daban cuenta de una visión tradicional sobre el ser masónico, que se alejaron de toda vinculación con la contemporización que impone lo societal. Las

acciones realizadas por el Gran Maestro René García Valenzuela y Horacio González Contesse, a favor de la legitimación internacional del régimen militar encabezado por Augusto Pinochet, acentuaron esa desvinculación de la Orden Masónica respecto de los eventos nacionales, reduciendo aún más la influencia ética sobre la sociedad.

Hacia el siglo XXI

Desde mediados de los años 1970, con el pontificado de Juan Pablo II, la iglesia inició un proceso reversivo respecto de lo que había vivido desde el Concilio Vaticano II. A medida que el *Opus Dei* ganó presencia en la jerarquía eclesial y en el pontificado del Papa polaco, se impuso una tendencia regresiva hacia antiguas posturas tradicionalistas, equidistantes de todo secularismo, y sobrevino una visión religiosa que ha provocó una gran crisis en las parroquias del mundo, especialmente en las de América Latina. El asentamiento en Chile de los Legionarios de Cristo, fuertemente ligado al poder económico conservador, robustecerá esa tendencia. Ello se percibirá claramente con los nombramientos de los nuevos obispos, por parte del Papa polaco, que estuvieron claramente dirigidos a clérigos tradicionalistas, de manera predominante.

La Masonería, en tanto, comenzó a recuperar su vigencia ética de un modo progresivo, la que ha ido desarrollando una gran puesta al día respecto a los contenidos y a las responsabilidades éticas que los masones tienen en una sociedad en constante cambio, producto de la globalización.

Iniciado en siglo XXI, la Masonería y la Iglesia han vuelto a sostener un debate público frente a temas valóricos, específicamente sobre el control de la natalidad, uno de los temas que tiene que ver con las libertades de tercera generación.

Sin embargo, el análisis de esos eventos escapa al estudio histórico que nos planteáramos en esta revisión sintética. Por lo demás, estos últimos eventos tienen que ver con un curso de hechos que sigue en desarrollo.

Entonces, frente a lo expuesto en esta síntesis, podemos hacer las siguientes conclusiones:

1) La pugna desarrollada por la Iglesia y la Masonería se expresó en torno a la influencia ética y moral en la sociedad, y los espacios en que se manifestó tuvieron que ver con las conductas públicas de las personas y las instituciones sociales, reflejadas en el clericalismo y el laicismo.

2) El poder de la Iglesia estuvo sustentado en la clase terrateniente tradicional y en los partidos conservadores, en tanto, el poder de la Masonería estuvo expresado en las clases sociales emergentes y originalmente en los terratenientes con menos arraigo tradicional, pero por sobre todo en la mesocracia.

3) El laicismo que se expresa a través de la influencia masónica, estuvo lejos de ser anti-religioso, ya que la mayoría de sus hombres eran creyentes y dejaron actuar las distintas confesiones en la medida que ellas no fuera un medio de oscurantismo y de control de las conciencias.

4) Producto de la pugna vivida en el siglo XIX se produjo un cambio cultural, social y espiritual en la sociedad chilena, que erradicó la rémora colonial y permitió la emancipación del pensamiento y la paulatina movilidad social del país, generando una clase media ilustrada, que fue decisiva en el siglo XX para el establecimiento del Estado de Bienestar y el Estado Docente.

5) Los acontecimientos de fines del siglo XX llevaron a un retroceso en la laicización de nuestra sociedad, que terminó bajo la notable influencia de un confesionalismo que se ha entronizado vigorosamente en las esferas del poder político y económico,

mientras la Masonería experimentará una significativa pérdida de influencia.

Los desafíos del siglo XXI, han demostrado que el rol de la Masonería será fundamental para encabezar espiritualmente la recuperación de una sociedad auténticamente libre, centrada en el hombre y en sus potencialidades. Pero ello ya es un tema de este tiempo, y escapa a la revisión histórica que se nos ha pedido para esta oportunidad.

*

* *

PALINGENIUS

INTRODUCCIÓN

Si hay un personaje con prestigio teórico en la Masonería, luego de Oswald Wirth, que merezca un profundo estudio y consideración en el debate intelectual de *lo masónico*, ese es René Guénon, una de las fuentes inevitables para el debate y la exploración de lo esotérico en la modernidad y la postmodernidad. Difícil de tipificar en su trabajo intelectual, ya que permanentemente parece estar fugándose de sus más afectas afirmaciones, presenta todas las contradicciones que pueden ser posibles en un buscador de la verdad por esencia.

Crítico descarnado de la "especialización" de los academicistas o de la "división del trabajo" intelectual, desafía aún a los especialistas en cuanto a poder definirlo en algún nicho intelectual. De hecho, Guénon jamás aceptó que fuera un filósofo, un historiador de las religiones o un orientalista. Armando Asti, prologuista argentino del primer libro es español que circula por América Latina en torno a la obra guenoniana⁷⁰, lo define como "*el último metafísico de Occidente*". No fue tampoco un sociólogo y resulta un agravio considerarlo un ocultista, en atención a lo que en uso común se califica de tal manera. Algunos, no han vacilado en definirlo como un *gurú*.

No puede ser de otro modo aquella ambigüedad sorprendente, en este erudito que reconocemos como René Guénon, que fue llamado *Pelingenius*, por mucho tiempo, y que

⁷⁰ Armando Asti, en "*Símbolos fundamentales de la ley sagrada*", René Guénon, compilación de Michel Valsan, trad. Juan Valmard. Eudeba, Argentina, 1969

murió como *Adbel Wahed Yahia*. Tal parece que, por encima de las definiciones comunes, Guénon hubiera logrado su pertinaz intención de hacer trascender su obra por sobre su persona. Sin embargo, la trascendencia de ella, durante mucho tiempo debió enfrentar cierta tendencia a la minusvaloración, a la tipificación y a la descalificación. Pese a su notable aporte a la filosofía, fue despreciado por los académicos. Pese a sus notables estudios del esoterismo, fue ignorado por los esoteristas. Pese a la profundidad de su estudio del cristianismo, y su valoración de la tradición que allí se expresa, no fue considerado por los creyentes. Cuanto más, solo se valoró su conocimiento de las tradiciones orientales.

El citado Asti afirma que, de alguna manera, en la época en que escribe el prólogo de ese libro, había una conspiración del silencio, donde la consigna parece haber sido no discutirlo ni citarlo, pues, *"mucho menos peligroso y comprometedor que enfrentar el campo de la polémica a un adversario de la erudición y la penetrante inteligencia de Guénon, es correr sobre su nombre y su obra un velo de silencio"*.

El éxito de la crítica francesa a la modernidad, a partir de los años 1960, y la valoración de los procesos culturales y espirituales que permiten la crítica postmoderna, dieron un lugar de reconocimiento a la obra guenoniana y masificaron sus puntos de vista. Sin embargo, será Internet el medio que lo pondrá en la divulgación masiva, como nunca antes su pensamiento pudo hacerlo.

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS

Nacido en 1886, en Blois (Francia), en el seno de una familia católica, de gran fervor religioso, tuvo una infancia afectada por problemas de salud, lo que, a juicio de algunos de sus discípulos, tendrá su efecto en su imagen física posterior: delgado, pálido y de apariencia frágil. En 1897 hizo su primera comunión y

cinco años después ingresa al Colegio Augustin-Thiéry, regentado por religiosos, donde fue premiado en varias oportunidades como el mejor estudiante de su curso, habiendo recibido también un premio de la Sociedad de Ciencias y Letras de Blois (1903).

Graduado de Bachiller, al año siguiente recibiría la medalla otorgada por la Asociación de Ex Alumnos del Colegio, por sus estudios en Matemáticas Especiales. Este último galardón le estimuló para viajar a París para obtener una Licenciatura en Matemáticas, cuando contaba con 17 años de edad, estudios que debió abandonar por sus dificultades de salud, en 1906.

Viviendo en la calle Saint-Louis-en-L'Ile, en un pequeño departamento, que será su hogar por veinticinco años, se vincula por aquella época con la Escuela Hermética, liderada por Gérard Encausse, más conocido por el apelativo de *Papus*, donde permanece hasta 1909. A través de estas vinculaciones conoce al patriarca de la Iglesia Gnóstica de Francia, *Synesius*, quien, en 1908, lo consagra con el nombre de *Paligenius* (el renacido).

Estas vinculaciones producen sus aproximaciones con la Masonería, a través de los gnósticos relacionados con el Rito Martinista y los *Illuminati*. De hecho, en 1898, se había firmado un tratado de alianza entre la Orden Martinista y la Orden de los *Illuminati*. El hijo de Papus en un artículo aparecido en la revista "*La Iniciación*", diría que el tratado comenzó a ejecutarse el 13 de junio de 1898 uniendo "*a las dos Fraternidades más poderosas de la Tradición occidental*".

En esa época, también participa en la fundación de la revista *La Gnose*, donde se establece su amistad con León Champrenaud y Albert de Pourvoirville. Allí publicará su primer trabajo: "*El Demiurgo*", que serán seguidos por otros artículos, que luego serían incorporados en sus libros. Allí también publicará el trabajo "*La gnosis y las escuelas neoespiritualistas*", donde realizará su fundamentado ataque al neoespiritualismo, que

significará su ruptura con el ocultismo tan en boga en ese tiempo en Francia.

En 1909, luego de su ruptura con Papus, es iniciado masón, permaneciendo en logia hasta 1914. Durante su permanencia tomará contacto con un autor masónico que venía explorando el esoterismo masónico desde mucho antes, y que también había tenido contactos con el martinismo: Oswald Wirth, el cual coincidentemente estaba profundamente motivado por los estudios esotéricos.

Estando en la Masonería, en 1912, ocurre un suceso que resulta sorprendente en el contexto de sus arraigados principios católicos, pues, se aproxima a los musulmanes, recibiendo la iniciación en aquella fe. No está claro cuales fueron los factores que ocurren en su reflexión, durante ese periodo, en que hay notables trabajos masónicos de Guénon, pero, que lo llevan, progresivamente, a tomar la decisión de abandonar su logia.

Su marginación de la Orden Masónica es interpretada por sus biógrafos, como consecuencia de su crítica al progresismo y al culto de la razón que primaba en las logias francesas, y donde, a su juicio, tenía especial responsabilidad el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, de uso en aquellas.

Del momento de su marginación de la masonería, vuelve a tomar contactos con círculos católicos, donde se relaciona con Jacques Maritain, filósofo de inspiración tomista, y con el cura Emile Peillaube, decano del Instituto Católico de París y director de la Revista de Filosofía. A partir de 1914, hasta 1925, se dedica esencialmente a la filosofía, incluso impartiendo clases. Pero, no abandona sus estudios principales, pues, en 1921, es cuando publica su primer libro, que tendrá un notable impacto en Francia: *"Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes"*, que llevará a muchos a calificarlo como "un orientalista", y que será seguido por el no menos relevante *"El Tesofismo, historia de un pseudo-religión"*.

En 1923, publica *El error del espíritu*, y al año siguiente *Oriente y Occidente*, dos libros de gran significación para entender el pensamiento guenoniano. A partir de 1925, publica sucesivamente diversas monografías en las revistas *Regnabit*, *Voile d'Isis* y *Etudes Traditionnelles*. En los años siguientes sigue impartiendo clases de filosofía, lo que le reporta para vivir, y, en 1928, muere su primera esposa. Hasta antes de marchar a Egipto, en 1930, publicará "*El Hombre y su devenir según el Vedanta*" (1925), "*El esoterismo de Dante*" (1925), "*La crisis del mundo moderno*" (1927), y otros tres libros.

Su viaje a Egipto, se produce por su interés en estudiar el *sufismo*, prolongando su estadía en la medida que se adapta a las costumbres y al idioma, el cual, llegará a dominar a la perfección. Vivió en las afueras de El Cairo, profundamente vinculado al islamismo, y se casó con la hija de Mohammed Ibrahim, un líder espiritual musulmán. En 1948 obtuvo la nacionalidad egipcia, y, en enero de 1951, falleció, según se dice, invocando el nombre de "*Alláh*". Sepultado en la bóveda sepulcral de su suegro, sus restos mortales yacen con el rostro vuelto hacia La Meca.

LOS APORTES DE GUÉNON

Un pensador tan amplio y tan indefinible como este extraordinario tránsito, es difícil de encasillar en una disciplina determinada. Asti cita la definición de Schuon, que sostenía que pueden estudiarse cuatro grandes temáticas en sus obras; a) la doctrina metafísica, b) los principios tradicionales, c) el simbolismo, y d) la crítica del mundo moderno. El mismo Asti, se atreve a plantear que, en la obra guenoniana, hay tres grandes temáticas: a) la crítica al mundo moderno, b) la doctrina metafísica, y c) los estudios simbólicos.

Pero, no es la intención de este trabajo tratar de resolver un ordenamiento del pensamiento y de las líneas investigativas del

inquieto pensador proveniente de Blois, en virtud de lo cual, para acercarnos un poco a su multifacética visión, lo abordaremos de una manera más bien informal.

El postmoderno

No aceptó Guénon ser reconocido como un filósofo, pero, reivindicaba la filosofía en la medida que fuera tomada en su más primitivo sentido: el amor a la sabiduría, según la concepción atribuida a Pitágoras, rechazando el concepto filosófico que advierte en el mundo moderno. A su juicio, la filosofía "*designa una disposición previa requerida para acceder a la sabiduría, y puede designar también, por una extensión completamente natural, la búsqueda que debe conducir al conocimiento*". Advierte que ésta posee un lado exotérico o "profano" y un lado esotérico.

Pero, como dice Asti, no es fácil exponer sistemáticamente su pensamiento, porque, a pesar del rigor de su trabajo, fue elaborado al margen de todo espíritu de sistema, aunque la visión metafísica siempre subyace o determina toda su producción. A partir de ella, se ocupa de lo universal, del conocimiento y de principios eternos y universales.

Así, construye su postura filosófica, que lo convierte en uno de los autores que abre el debate sobre la modernidad, desde una perspectiva fuertemente crítica. En atención a ello, sin duda, Guenón se inscribe dentro del movimiento intelectual y filosófico postmoderno. Su obra esencial en ese aspecto, lo *constituye "La crisis del mundo moderno"*, publicado en 1927, la que se complementará con su libro "*El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*", que data de 1945. En ese descarnado planteamiento, algunos guenonianos han advertido una notable influencia de Guénon sobre Heidegger.

A la civilización moderna la califica de "cuantitativa", donde la cantidad – no la calidad – es lo que importa, donde prima la acción por la acción misma y hay un desprecio creciente por el conocimiento, de allí, que una definición recurrente en él, al enfocar el mundo moderno, es el de *decadencia*.

En su crítica, no vacila en atacar al humanismo, como causante de la crisis moderna, y al laicismo, por ser una amenaza contra la tradición. Aún más, ve al humanismo como la primera expresión de lo que ha llegado a ser el laicismo, donde todo es llevado *a la medida del hombre*. En su ataque al humanismo dice: "*Se trata en efecto de reducirlo todo a proporciones puramente humanas, de hacer abstracción de todo principio de orden superior, y, podría decirse simbólicamente, de apartarse del cielo so pretexto de conquistar la tierra*".

A pesar de su adhesión postmoderna, sin embargo, arremete contra el individualismo, que a su juicio, constituye la negación de todo principio superior de individualidad y lo asocia a la decadencia de Occidente. El individualismo, afirmaría, implica primeramente la negación de la intuición intelectual, que es una facultad supraindividual.

Sin embargo, esta crítica a la modernidad, no tiene que ver con el postmodernismo laico, que surge con fuerza de la mano de Lyotard, Baudrillard o Foucault, de ribetes ciertamente agnósticos. La posición de Guenón, es una crítica fundada en su concepción profundamente religiosa.

El esoterista

Las indagaciones que desarrolla sobre el esoterismo, provienen de distintas vertientes, y tienen un alcance extenso y profundo, como ningún autor previo. Ellas de hacen extensivas a las tradiciones hindúes (especialmente relativa al *Vedanta advaita*), el taoísmo, el islamismo y el cristianismo.

La valorización que hizo de cada una de ellas, lo llevó a atacar fuertemente toda concepción esotérica no arraigada en la tradición. En ese contexto, rescató la gnosis, señalando que, por ella, "*debemos entender ese Conocimiento tradicional que constituye el fondo común de todas las iniciaciones, cuyas doctrinas y símbolos se han transmitido, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, a través de todas las Fraternidades secretas cuya extensa cadena jamás ha sido interrumpida*".

En el desarrollo de sus ideas sabemos que, pronto, se enfrentó fuertemente con los teosofistas, como resultado de lo cual, publicó en 1921, su obra "*Le Theosophisme, historie d'une pseudo-religion*", publicada en español en 1954. En sus trabajos, separa conceptualmente el teosofismo de la teosofía, entendiendo a ésta última como un conjunto de doctrinas religiosas y místicas de raíz cristiana. Al teosofismo, que propagara Madame Blavatsky, lo califica como una pseudoreligión, que esconde una actitud anticristiana y antijudía. Las pseudoreligiones, a su juicio, tales como el teosofismo y el espiritismo, eran perversiones de la religión, favorecidas por la decadencia religiosa, que les ha abierto camino, y que ofrecen *la ilusión de una espiritualidad al revés*.

Sin embargo, el gran aporte al esoterismo, de la obra guenoniana, está firmemente asentado en el estudio del simbolismo. Desde su punto de vista el simbolismo es la expresión visual del conocimiento metafísico, una representación sensible de una idea. Propone que su origen es no humano, que se basa entre dos órdenes de realidades, y su fundamento está en la naturaleza misma de los seres y las cosas: la naturaleza misma es un símbolo.

Desde su punto de vista, los símbolos y los mitos no son recursos estilísticos, sino formas indirectas de traducción de la realidad última. No expresan ni explican, sino que sirven de soporte al conocimiento de la verdad metafísica, mediante la

meditación. Su ambigüedad vela y revela, por lo que no pueden ser explicados sino comprendidos.

Al analizar la época en que vive, advierte un oscurecimiento de la importancia simbólica, como consecuencia de la pérdida de la mentalidad simbólica, que se refleja en dos incomprensiones, que clasifica en dos grados: la incomprensión de primer grado, que se produce por la degradación del sentido de los símbolos, a consecuencia del naturalismo y del materialismo, y la incomprensión de segundo grado, que se produce con el estudio solamente exterior de los símbolos, es decir, aquella que deriva del estudio analítico y racional.

La obra de estudio simbólico de Guénon es muy vasta, y fue enfocada desde ángulos diversos, incluso desde el punto de vista matemático, como se puede percibir, a juicio de sus panegiristas, en su obra "*Les principes du calcul infinitesimal*" (1946), una obra radicada en su predilección por el estudio matemático, abandonada en su juventud por motivos de salud.

El *homo religiosus*

En la reflexión guenoniana la religión es una forma de la tradición, considerando que, contrariamente, un espíritu no tradicional es esencialmente anti-religioso. Es allí donde encuentra fundamento para atacar al protestantismo, por su carencia de tradición.

Consideraba que la religión católica era la única en Occidente que mantenía viva la tradición, teniendo en sus manos los datos necesarios para producir un nuevo rumbo en la civilización occidental. Sin embargo, ponía en duda que esto fuese comprendido por quienes reconocían filas en ella, y sostenía que esa tradición se conservaba más bien en un estado latente. De allí que, para que la Iglesia Católica llevara a cabo la misión a que

estaba destinada, debía restituir el sentido esotérico y metafísico que ella poseía, sin cambiar, en absoluto, su forma religiosa.

Es bueno tener presente que tales planteamientos los hace con poco más de tres décadas antes que el Concilio Vaticano II, que se realiza varios años después de su muerte, y que significaría un proceso de secularización mucho más profundo y drástico que aquel que advertía contemporáneamente. Su llamado a que el catolicismo recuperara su dimensión metafísica, como una forma de que la Iglesia Católica realizara el reencuentro con los principios trascendentales, sería motivo de una dura reacción por parte de aquella.

Sin embargo, no por el hecho de reclamar una mayor disposición metafísica en el catolicismo, validará las otras formas religiosas alternativas, que él llama "*pseudoreligiones*", como el teosofismo, a las que califica de trágicas parodias de la espiritualidad, en que se descubre la huella indeleble de Satán, "el espíritu de la negación y de la mentira".

Muchos ven su posterior adhesión al islamismo, como una protesta hacia la falta de profundidad del catolicismo, que advierte en los medios que frecuenta. Su relación con el islamismo le habría permitido tener una vida más intensamente religiosa, rodeado de un ambiente intelectual más vinculado a la tradición, donde cumplía rigurosamente con las cinco oraciones diarias, y donde tomó el nombre de "*Abd-el-Wahid*", es decir, "*servidor o esclavo del Dios Único*".

El masón

Para los esoteristas, herméticos y neoespiritualistas de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en Francia, no había duda que la única institución existente, que mantenía los elementos fundamentales de la sabiduría antigua, trascendente y esotérica, era la Francmasonería. Recordemos que la Blavastky

había hecho clara expresión de conceptos en ese sentido, y la conducta de los gnosticistas seguidores de Papus da cuenta de la misma valoración.

Palingenius no se quedará atrás en esa comprobación, y su búsqueda de las claves del simbolismo, durante mucho tiempo, se centrarán en los símbolos que encuentra en la Masonería, y que se hace evidente, por ejemplo, en su libro *"Symboles fondamentaux de la science sacrée"* (1962), publicado después de su muerte, y que resume sus múltiples monografías sobre la temática simbólica. En tanto, gran parte de sus reflexiones masónicas serían publicadas recién en 1964, a través de los dos tomos de *"Études sur la franc-maçonnerie et le compagnonnage"*.

A modo de breve aproximación a algunas de sus ideas masónicas, al analizar los orígenes de la Orden, planteaba que *"la Masonería moderna, tal como se la conoce actualmente, deriva de una fusión parcial de los Rosa-Cruces, quienes habían conservado la doctrina gnóstica desde la edad media, con las antiguas corporaciones de Masones Constructores, cuyas herramientas, por lo demás, ya habían sido empleadas como símbolos por los filósofos herméticos"*.

En la definición de lo que distingue a la Francmasonería, afirmaba taxativamente que no puede ni debe sujetarse a ninguna opinión filosófica particular, pues, *"ella no es más espiritualista que materialista, ni tampoco más deísta que atea o panteísta, en el sentido que habitualmente se atribuye a estas diversas denominaciones, puesto que ella debe ser pura y simplemente la Masonería. Cada uno de sus miembros, al entrar en el Templo, debe despojarse de su personalidad profana y hacer abstracción de cuanto sea extraño a los principios fundamentales de la Masonería, principios a cuyo alrededor todos debieran unirse para trabajar en común en la Gran Obra de la Construcción universal"*.

Analizando, el carácter de la iniciación masónica, plantea que ésta *"conlleva tres fases distintas, consagradas sucesivamente al descubrimiento, a la asimilación y a la propagación de la Luz. Estas fases están representadas por los tres grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, que corresponden a la triple misión de los masones, que consiste en buscar primero, para poseer después y, finalmente, poder difundir la Luz"*.

Frente a un debate que tuvo mucha importancia, durante la segunda parte del siglo XIX, respecto de los grados superiores al Tercer Grado Simbólico, en un momento plantea: *"El número de estos (tres) grados es inamovible: no podría haber, ni más ni menos, que tres. La invención de los distintos sistemas llamados de altos grados descansa sobre un error, que llevó a confundir los grados iniciáticos, estrictamente limitados a tres, con los estados transitorios de la iniciación, cuya multiplicidad es necesariamente indefinida"*.

Desde su punto de vista, los 3 grados simbólicos corresponden al triple programa perseguido por la iniciación masónica: *"Esotéricamente, aportan una solución a las tres cuestiones del enigma de la Esfinge: ¿de dónde venimos? ¿qué somos? ¿a dónde vamos?, y con ello responden a todo cuanto puede interesar al hombre. Son inmutables en sus caracteres fundamentales y conforman en su trinidad un todo acabado, al que nada se puede quitar ni agregar: los grados de Aprendiz y de Compañero son los dos pilares que sostienen a la Maestría"*. Recordemos que este planteamiento lo sostiene también nuestro muy conocido Oswald Wirth, lo que da cuenta que fue un tema de debate en la masonería francesa contemporánea a Guénon.

Empero, con posterioridad, de manera relativa cambiaría de opinión respecto de los Grados Superiores, al señalar que *"sería necesario que los Talleres de estos altos grados fueran reservados a los estudios filosóficos y metafísicos"*, al observar que éstos estaban demasiado descuidados en las Logias simbólicas

francesas; e insiste con vehemencia que *"no debería olvidarse jamás el carácter iniciático de la Masonería, que no es ni puede ser – dígase lo que se diga – ni un club político ni una asociación de socorros mutuos"*.

CRÍTICA A GUÉNON

Al enfocar el pensamiento guenoniano, necesario es considerar algunos planteamientos que, bajo nuestra visión masónica, requieren ser sometidos a una revisión crítica. En esa perspectiva, debemos tener presente que la tradición constituye el nexo articulador de su pensamiento, de un modo superlativo. En una carta que dirige a su amigo y discípulo Frithof Schuon, le diría: *"No tengo otro mérito que el haber expresado, lo mejor que pude, algunas ideas tradicionales"*.

A partir del estudio de la tradición, explora profundamente las distintas vertientes esotéricas, simbólicas y religiosas, que produce su enorme aporte intelectual legado a las distintas escuelas iniciáticas de nuestro tiempo.

Su visión respecto de la tradición, sin embargo, llevada de un modo tan superlativo, adquiere condiciones profundamente conservadoras, al punto de vislumbrar para Occidente la barbarie, como consecuencia de la pérdida de los valores tradicionales. Este peligro no lo ve en Oriente, donde percibe que la tradición constituye la base de su organización social y cultural. Esta radical postura, llevará a sus detractores a calificarlo de retrógrado, e incluso a condenarlo a la indiferencia dentro de los círculos intelectuales. Por cierto, Guénon, asumiendo su posición de *gurú*, extrema sus argumentos llevándolos a un plano francamente ideológico.

Nuestra concepción masónica, comparte el valor de la tradición, en tanto ésta constituye la base en que se construye todo sistema esotérico, iniciático y simbólico. Nuestra discrepancia se

relaciona más bien con el rol que ella juega, donde entendemos que debe tener una función inductiva, no conductiva. Si la tradición asume una función conductiva, se convertiría en un factor inhibitorio para la necesaria contemporización de los iniciados, pues, el esoterismo tiene un sentido, vigencia y perdurabilidad, presencia y valor, en tanto pueda ser congruente con la condición secular de los hombres que lo estudian y se nutren de su esencia.

El esoterismo de la Masonería está disponible para hombres que viven extra-muralmente, no en condición monacal, y, por lo mismo, recoge las herencias iniciáticas del pasado, para ponerlas en función de la comprensión de iniciados que viven su tiempo. La masonería no es atemporal en los actos de los masones, aún cuando lo sea en su proceso iniciático, de ahí su permanencia y vigencia.

De tal modo que, la tradición no puede ser un obstáculo a la búsqueda del espíritu, ni una barrera que se oponga al esclarecimiento, para la revelación de los misterios que impone la Naturaleza – para el agnóstico – o la Creación – para el creyente -. La tradición tiene un insustituible valor para los masones, efectivamente, pero, en cuanto la recrean en función del presente, no en función del pasado.

Guénon, en su visión superlativa respecto de la tradición, plantea su profunda desazón frente al laicismo, al que llega derechamente a satanizarlo, en algunos de sus escritos. Obviamente, su comprensión religiosa se opone a la independencia respecto de la religión que advierte en las instancias públicas del mundo moderno, donde se ha quitado la influencia religiosa de la cosa pública, para dejarla radicada estrictamente en el ámbito privado. Esta realidad se opone a la comprensión que tiene Guénon sobre la relación que debe existir entre la sociedad y lo tradicional de la religiosidad, pues, concibe el ser social íntimamente ligado a una perspectiva lineal de lo

sagrado, incluso, mas bien, relejendo sus apreciaciones podemos decir que su concepción del ser social llega a ser teocrática.

No se puede negar que la modernidad provocó la ruptura con el mundo mítico y simbólico, en el ámbito del desarrollo cultural de Occidente, lo que redundó en la pérdida de lo sagrado, pero, ello trajo también el beneficio de la libertad espiritual en una perspectiva esclarecedora, que puso fin a los abusos de una teología arbitraria y al poder confesional sobre las instancias de expresión ética la sociedad civil.

Tal que, en cierto modo, en su brillante exploración iniciática, el pensamiento de Guénon se vuelve contrario al pluralismo y a la libertad espiritual, y se hace teocrático, al sostener un punto de vista religioso absolutista, que tiende hacia el fundamentalismo y el integrismo, de modo ciertamente excluyente y exclusivista. Su opción final hacia el islamismo parece conducirlo al encuentro de una mayor plenitud entre su concepto tradicional y religioso con el medio que juzga adecuado para hacerlo posible.

Sin embargo, su refugio cairota, parece conducirlo también *hacia el desierto*. No, desde luego, a aquel que impera en su concluyente refugio egipcio, sino aquel simbólico, que huye hacia la introversión y hacia la marginalidad del ruido mundano, para encontrar la respuesta de sí en su propio ensimismamiento.

Por cierto, nuestra discrepancia con Guénon, no nos hace perder de vista la valoración de su profundo esfuerzo intelectual, que nos revela, precisamente, gran parte del acervo esotérico que se encuentra en ignotos espacios de nuestra civilización, y nos lleva a una reflexión necesaria sobre aquellos ámbitos simbólicos, iniciáticos y míticos, que son imprescindibles para la comprensión del ser masónico y de la masonería del tercer milenio.

*

* *

Este libro contiene diversos trazados escritos por el autor en años recientes, para ser presentados en Tenidas o Conferencias a las cuales ha sido invitado, y planchas de investigación presentadas en la Respetable Logia de Investigación y Estudios Masónicos "Pentalpha" N° 119.

Los trazados se encuentran agrupados en tres capítulos temáticos. El primero contiene la apreciación del autor sobre aspectos doctrinarios fundamentales. El segundo trata de temas esotéricos que dicen relación con la Sabiduría Antigua y su proyección iniciática contemporánea. El tercero recoge sus miradas historiográficas sobre cuestiones de permanente debate en las logias chilenas.

Sin duda, son trazados que permitirán reflexionar masónicamente en torno a estas temáticas esenciales para un iniciado en nuestras prácticas y doctrinas.